

Amy y ROGER

5.000 kilómetros para enamorarse

Morgan Matson



neo

Amy y Roger

5.000 kilómetros para enamorarse

Morgan Matson

Traducción de Aida Candelario Castro

**Plataforma
Editorial**



Título original: *Amy & Roger's Epic Detour*, publicada en inglés, en 2010, por Simon & Schuster, Nueva York

Primera edición en esta colección: mayo de 2014

© 2010 by Morgan Matson. Published by arrangement with Folio Literary Management, LLC and International Editors' CO

© de la traducción, Aida Candelario Castro, 2014

© de la presente edición: Plataforma Editorial, 2014

Plataforma Editorial

c/ Muntaner, 269, entlo. 1ª – 08021 Barcelona

Tel.: (+34) 93 494 79 99 – Fax: (+34) 93 419 23 14

www.plataformaeditorial.com

info@plataformaeditorial.com

Depósito legal: B.9341-2014

ISBN: 978-84-16096-58-9

Realización de cubierta:

Lola Rodríguez

Composición:

Grafime

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Para mi padre.

INSTITUTO RAVEN ROCK

Raven Rock, California

BOLETÍN FINAL DE CALIFICACIONES

Alumna

AMELIA E. CURRY

TERCERO

Asignatura

Nota final

Literatura norteamericana

10

Historia norteamericana

10

Química

7,5

Francés

8,5

Educación física

8

Teatro (nivel avanzado)

10

Notas

El historial académico de esta alumna será transferido al INSTITUTO STANWICH, Stanwich, Connecticut. La alumna se matriculará en el último curso en otoño.

Ausencias

1 - Justificadas (A)

Ausencias justificadas

5 - Justificadas (D)

A Enfermedad

B Acto patrocinado por el instituto

C Vacaciones

D Duelo

E Otros

NETMAIL... ¡Tu red de seguridad en Internet!
BANDEJA DE ENTRADA amycurry@netmail.com



DE	ASUNTO	ESTADO
Mamá	¡He llegado a Connecticut!	LEÍDO
Julia Andersen	Me tienes preocupada	SIN LEER
Instituto Raven Rock	Boletín final de calificaciones	LEÍDO
Mamá	¡Espero que el musical saliera bien!	LEÍDO
Inmobiliaria Raven Rock	Vamos a enseñar la casa esta tarde	LEÍDO
Julia Andersen	¿¿Hola??	SIN LEER
Julia Andersen	Responde, porfa	SIN LEER
Inmobiliaria Raven Rock	Enseñaremos la casa a las 4	LEÍDO
Julia Andersen	Espero que estés bien	SIN LEER
Mamá	El viaje	LEÍDO

DE: Hildy Evans (hildy@inmobiliariaravenrock.com)

PARA: Amy Curry (amycurry@netmail.com)

ASUNTO: Enseñaremos la casa a las 4

FECHA: 1 de junio

HORA: 10:34

¡Hola, Amy!

Solo quería informarte de que voy a enseñarles la casa a unos posibles compradores hoy a las cuatro. Quería asegurarme de que tienes clara la hora para

que puedas hacer planes para ir a algún sitio. Como ya hemos hablado, queremos que la gente pueda imaginarse que esta es su CASA. Y es más fácil cuando solo estamos la familia y yo.

Además, tengo entendido que te reunirás con tu madre en Connecticut pronto. Puedes cerrar con llave sin problemas cuando te marches: yo tengo mi propia copia de las llaves.

¡Muchísimas gracias!

Hildy

DE: Mamá (pamelacurry@universidadstanwich.edu)

PARA: Amy (amycurry@netmail.com)

ASUNTO: El viaje

FECHA: 3 de junio

HORA: 9:22

ARCHIVO ADJUNTO: RUTA DEL VIAJE

Hola, Amy:

¡Saludos desde Connecticut! Me alegro de que te fuera bien en los exámenes finales. Y también de que *Cándido* fuera un éxito. Seguro que estuviste genial, como siempre. ¡Ojalá hubiera podido estar ahí!

¡Es increíble que ya haga un mes que no nos vemos! Parece mucho más. Espero que te hayas portado muy bien con tu tía. Ha sido muy amable al echarle un ojo, así que espero que le hayas dado las gracias.

Estoy convencida de que no habrá ningún contratiempo en el viaje. Roger y tú deberíais llegar el día 10 a más tardar, según el itinerario que os he trazado

(archivo adjunto). Tenéis habitaciones reservadas en los hoteles indicados. Paga el alojamiento, la comida y la gasolina con tu tarjeta de crédito para imprevistos.

Y, por favor, ¡tened cuidado! En caso de emergencia, los datos de contacto del servicio de ayuda en carretera están en la guantera.

Estoy segura de que echas de menos a tu hermano. Me mandó un correo electrónico y te envía saludos. No puede recibir llamadas en el centro, pero puede comprobar el correo. Estaría bien que le escribieras un día de estos.

Mamá

RUTA DEL VIAJE

Comienzo: Raven Rock, California

Primera noche: Gallup, Nuevo México

Segunda noche: Tulsa, Oklahoma

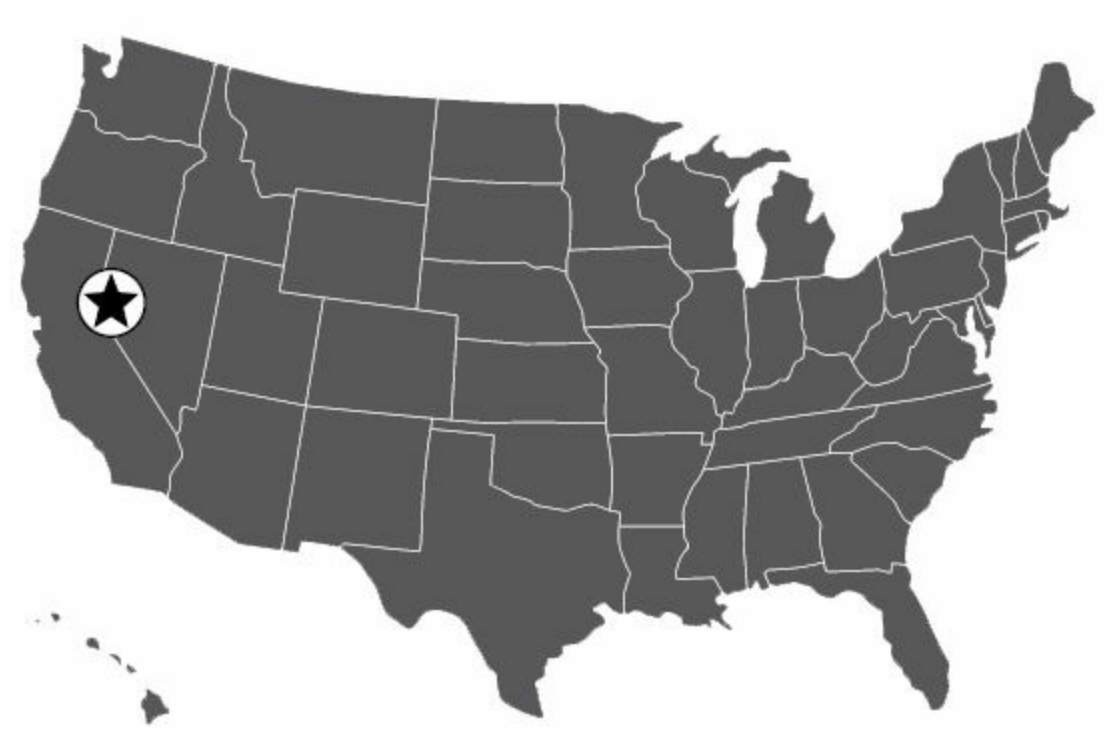
Tercera noche: Terre Haute, Indiana

Cuarta noche: Akron, Ohio

Final: Stanwich, Connecticut

Yo llevaré luego a Roger a casa de su padre en Filadelfia. ¡Por favor, tened cuidado en la carretera!

MISS CALIFORNIA



Eureka [Lo encontré]

Lema del estado de California

Me senté en los escalones de entrada de mi casa y observé cómo la ranchera de color beige pasaba demasiado rápido por la calle circular sin salida. Era un error de novatos que cometían innumerables repartidores de FedEx. Solo había tres viviendas en Raven Crescent y la mayoría de la gente llegaba al final antes de darse cuenta. Los amigos drogatas de Charlie nunca se acordaban y tenían que dar la vuelta otra vez antes de parar en nuestra casa. En lugar de seguir esta técnica, la ranchera se detuvo, las luces rojas de freno se encendieron y luego se pusieron blancas mientras retrocedía y se paraba delante de la casa. Nuestra entrada era lo bastante corta para alcanzar a leer las pegatinas del parachoques del vehículo: «MI HIJO FUE ALUMNO DEL MES EN EL RANDOLPH HALL» Y «MI HIJO Y MI PASTA VAN AL COLORADO COLLEGE». En el interior había dos personas hablando, en medio de esa situación incómoda cuando aún llevas puesto el cinturón y no puedes volverte del todo hacia la otra persona.

En mitad del césped (que ahora estaba algo descuidado) se alzaba el cartel que llevaba allí los últimos tres meses. El objeto inanimado que había llegado a odiar con tal intensidad que a veces me preocupaba. Se trataba del cartel de una inmobiliaria con la foto de una sonriente mujer rubia con un kilo de laca en el pelo. El cartel decía «EN VENTA» y debajo, en letras más grandes, «BIENVENIDOS A CASA».

Desde que habían colocado el cartel, había estado preguntándome el motivo de poner las letras en mayúscula y todavía no había encontrado una explicación. Lo único que se me había ocurrido era que sería agradable verlo si te estabas planteando mudarte a esa casa, pero no tanto si te estabas viendo obligado a marcharte de allí. De pronto, fue como si oyera la voz del señor Collins, que me dio Lengua en quinto y seguía siendo el profe más intimidante que he tenido nunca, gritándome. «Amy Curry –aún podía oírle repetir con voz monótona–, ¡no uses tanto el gerundio!» Cabreada porque después de seis años

siguiera corrigiéndome mentalmente, le dije a la versión del señor Collins de mi mente que podía ir cerrando el pico.

Nunca pensé que llegaría a ver el cartel de una inmobiliaria en nuestro jardín. Tres meses atrás, mi vida parecía tranquila y aburrida. Vivíamos en Raven Rock, un barrio a las afueras de Los Ángeles, donde mis padres eran profesores en el College of the West, una pequeña universidad a diez minutos en coche de nuestra casa. Estaba lo bastante cerca para llegar con facilidad, pero lo bastante lejos para no oír el alboroto de las fiestas de fraternidades los sábados por la noche. Mi padre enseñaba Historia (la Guerra de Secesión y la Reconstrucción) y mi madre, Literatura inglesa (el modernismo).

Mi hermano gemelo, Charlie (que había nacido tres minutos después que yo), había conseguido la máxima puntuación en la sección de lectura y escritura de la prueba de preparación para el examen de acceso a la universidad. Además, se había librado por los pelos de ser acusado de posesión de drogas al arreglárselas para convencer al poli que lo había trincado de que la bolsita de maría que llevaba en la mochila era una rara mezcla de hierbas californianas conocida como Humboldt y que, de hecho, era aprendiz en el Instituto Culinario de Pasadena.

Yo había empezado a conseguir papeles protagonistas en las obras que representábamos en nuestro instituto y me había enrollado tres veces con Michael Young, que estaba en el primer año de universidad aunque todavía no había decidido qué carrera estudiar. Las cosas no eran perfectas (mi mejor amiga, Julia Andersen, se había mudado a Florida en enero); pero, al volver la vista atrás, ahora veía que en realidad todo era maravilloso. Solo que en ese momento no me daba cuenta. Siempre había supuesto que todo seguiría igual.

Dirigí la mirada hacia la ranchera desconocida y los desconocidos que seguían hablando en el interior y pensé, una vez más, que había sido una completa idiota. Había una parte de mí (una parte a la que aparentemente solo le daba por aparecer cuando era tarde y estaba a punto de quedarme dormida al fin) que se preguntaba si yo habría tenido la culpa de algún modo, por el simple hecho de dar por sentado que nada cambiaría. Además, por supuesto, de las otras formas en las que había sido culpa mía.

Mi madre decidió poner la casa en venta casi inmediatamente después del accidente. No nos consultó a Charlie ni a mí, simplemente nos informó. Aunque tampoco hubiera servido de mucho pedir la opinión de Charlie en aquel momento. Desde que había ocurrido, mi hermano estaba casi siempre colocado. En el funeral, la gente había

murmurado con compasión al verlo, asumiendo que tenía los ojos rojos de llorar. Al parecer, aquellas personas carecían del sentido del olfato, ya que cualquiera que se le hubiera acercado lo suficiente habría olido el verdadero motivo. Charlie había estado saliendo de fiesta con bastante frecuencia desde séptimo, pero lo había hecho aún más este último año. Y, después del accidente, la cosa empeoró muchísimo, hasta tal punto que no verlo colocado se convirtió en un vago recuerdo, una especie de criatura mítica, como el yeti.

Mi madre había decidido que la solución a nuestros problemas era mudarnos. «Un nuevo comienzo», nos había dicho una noche mientras cenábamos. «Un lugar sin tantos recuerdos.» El cartel de la inmobiliaria había aparecido al día siguiente.

Nos trasladábamos a Connecticut, un estado que yo nunca había visitado y al que no estaba deseando mudarme precisamente. O, como sin duda preferiría el señor Collins, un estado al que no deseaba mudarme. Mi abuela vivía allí, pero siempre era ella la que venía a vernos porque, a fin de cuentas, nosotros vivíamos en el sur de California y ella, en Connecticut. Pero a mi madre le habían ofrecido un puesto en el departamento de Inglés de la Universidad de Stanwich. Y, al parecer, allí cerca había un instituto maravilloso que nos encantaría. La universidad la había ayudado a encontrar una casa en alquiler y, en cuanto Charlie y yo terminásemos el curso, nos mudaríamos todos allí mientras la inmobiliaria con el cartel de «BIENVENIDOS A CASA» vendía nuestra casa aquí.

Ese era el plan, al menos. No obstante, un mes después de que colocaran el cartel en el jardín, ni siquiera mi madre pudo seguir fingiendo que no veía lo que le pasaba a Charlie. Antes de darme cuenta, lo había sacado del instituto y lo había ingresado en un centro de rehabilitación para adolescentes en Carolina del Norte. Y, acto seguido, se había largado a Connecticut para impartir unos cursos de verano en la universidad y «prepararlo todo». Por lo menos, ese era el motivo que dio para irse. Pero yo sospechaba que quería alejarse de mí. Después de todo, daba la impresión de que apenas soportaba mirarme. No es que la culpara: la mayoría de los días, yo apenas soportaba mirarme a mí misma.

Así que me había pasado el último mes sola en casa. Salvo por las visitas de Hildy, la agente inmobiliaria, con posibles compradores (casi siempre cuando yo acababa de salir de la ducha), y de mi tía, que bajaba de vez en cuando de Santa Bárbara para asegurarse de que estaba comiendo y no me había puesto a fabricar meta en el patio trasero. El plan

era simple: acabaría el curso y luego me iría a Connecticut. El único problema era el coche.

Las personas de la ranchera seguían hablando, pero parecía que se habían desabrochado los cinturones y estaban frente a frente. Dirigí la mirada hacia nuestro garaje de dos plazas en el que ahora solo había aparcado un coche, el único que nos quedaba. Era el de mamá, un todoterreno Liberty rojo. Ella lo necesitaba en Connecticut, ya que cada vez era más difícil seguir pidiéndole prestado a mi abuela su viejísimo Cadillac. Al parecer, la abuela se estaba perdiendo un montón de partidas de bridge y le daba igual que mamá todavía tuviera que comprar muchas cosas para la nueva casa. Mi madre me había contado la solución que se le había ocurrido para el problema del coche hacía una semana, el pasado jueves por la noche.

Era la noche del estreno del musical de primavera, *Cándido*, y por primera vez no había nadie esperándome en el vestíbulo después de la función. Antes, siempre les daba un breve abrazo a mis padres y a Charlie y aceptaba sus ramos de flores y halagos con la mente puesta ya en la fiesta del reparto. Hasta que entré en el vestíbulo con los demás, no había comprendido cómo sería que no hubiera nadie esperándome para decirme: «Gran función». Me había ido a casa en taxi casi de inmediato, ni siquiera estaba segura de dónde iba a ser la fiesta. El resto de los actores (las personas que hace tan solo tres meses eran mis mejores amigos) se reían y hablaban entre ellos mientras yo guardaba mis cosas en el bolso y luego esperaba fuera del instituto a que llegara el taxi. Les había repetido una y otra vez que quería que me dejaran en paz, y estaba claro que me habían hecho caso. No debería haberme sorprendido. Había descubierto que, si apartabas a la gente con la suficiente insistencia, acababa alejándose.

Estaba de pie en medio de la cocina, con el peso del maquillaje de Cunegunda todavía sobre la piel, las pestañas postizas que estaban empezando a irritarme los ojos y la canción *Best of all possible worlds* dándome vueltas en la cabeza, cuando sonó el teléfono.

—Hola, cielo —me saludó mi madre, bostezando, cuando respondí. Le eché un vistazo al reloj y me di cuenta de que era casi la una de la madrugada en Connecticut—. ¿Cómo estás?

Me planteé decirle la verdad. Pero, puesto que llevaba casi tres meses sin hacerlo y aparentemente ella no se había dado por enterada, no parecía haber ningún motivo para empezar ahora.

–Bien –contesté, recurriendo a mi respuesta habitual. Metí un poco de la cena de anoche (pizza de Casa Bianca) en el microondas y la calenté.

–Oye, mira... –dijo mi madre, lo que me puso alerta. Así solía empezar cuando iba a decirme algo que no me gustaría. Y además estaba hablando demasiado rápido, lo que era otro indicio—. En cuanto al coche...

–¿El coche?

Coloqué la pizza en el plato para que se enfriara. Casi sin darme cuenta, había dejado de ser un simple plato y se había convertido en «el» plato. Prácticamente usaba, y luego lavaba, aquel único plato. Era como si el resto se hubieran vuelto innecesarios.

–Sí –contestó, reprimiendo otro bostezo—. He estado mirando cuánto costaría enviarlo con una empresa de transportes, junto con el precio de tu billete de avión, y esto... –Se quedó callada un momento—. Me temo que no va a poder ser ahora mismo. Entre que la casa todavía no se ha vendido y el precio del centro de tu hermano...

–¿A qué te refieres? –pregunté, un tanto perdida. Le di un mordisco de prueba a la pizza.

–No podemos permitirnos ambas cosas –respondió—. Y yo necesito el coche. Así que alguien va a tener que conducirlo hasta aquí.

La pizza estaba demasiado caliente, pero me la tragué de todas formas. Noté que me quemaba la garganta y los ojos se me llenaban de lágrimas.

–Pero yo no puedo conducir –repuse cuando fui capaz de volver a hablar. No había vuelto a conducir desde el accidente, y no pensaba volver a hacerlo en un futuro próximo. Puede que nunca. Sentí que la garganta se me cerraba al pensarlo, pero me obligué a decir: Ya lo sabes. Ni hablar.

–¡Oh, no tendrás que conducir tú! –Parecía demasiado animada para alguien que no paraba de bostezar hace un momento—. El hijo de Marilyn llevará el coche. Tiene que venir al este de todas formas para pasar el verano con su padre en Filadelfia. Así que es perfecto.

Había tantas cosas que no encajaban en aquella frase que no sabía por dónde empezar.

–¿Marilyn? –pregunté, comenzando por el principio.

–Marilyn Sullivan. Bueno, supongo que ahora es Marilyn Harper. Siempre se me olvida que volvió a cambiárselo después del divorcio. En fin, seguro que te acuerdas de mi amiga Marilyn. Los Sullivan vivían en Holloway hasta el divorcio, luego ella se

mudó a Pasadena. Roger y tú siempre estabais jugando a ese juego. ¿Cómo se llamaba? La patata hirviendo o algo así.

—La patata caliente —contesté de manera automática—. ¿Quién es Roger?

Mi madre soltó un largo suspiro, de esos que empleaba para hacerme saber que estaba poniendo a prueba su paciencia.

—El hijo de Marilyn. Roger Sullivan. Seguro que te acuerdas de él.

Siempre estaba diciéndome de qué me acordaba, como si con eso bastara para que fuera verdad.

—Pues no, no me acuerdo.

—Claro que sí. Acabas de decir que solíais jugar a eso.

—Me acuerdo del juego. —Me pregunté, una vez más, por qué cada conversación que mantenía con mi madre tenía que ser tan difícil—. Pero no me acuerdo de nadie llamado Roger. Ni Marilyn, ya puestos.

—Bueno —contestó, y noté que se estaba esforzando para que su voz siguiera sonando animada—, pues ahora podrás conocerlo. Os he preparado un itinerario. Deberíais tardar cuatro días.

De pronto, el tema de quién recordaba qué dejó de tener importancia.

—Un momento —dije agarrándome a la encimera de la cocina en busca de apoyo—. ¿Quieres que pase cuatro días en un coche con alguien a quien ni siquiera conozco?

—Ya te he dicho que sí os conocéis —repuso mi madre. Era evidente que tenía ganas de ponerle punto final a esta conversación—. Y Marilyn dice que es un chico encantador. Nos está haciendo un favor enorme, así que intenta mostrar un poco de agradecimiento.

—Pero, mamá —empecé—, yo...

No estaba segura de qué iba a decir. Quizá algo sobre cuánto odiaba ir ahora en coche. No me molestaba ir y venir del instituto en autobús, pero el viaje a casa en taxi de esa noche hizo que se me acelerara tanto el pulso que pude sentirlo en la garganta. Además, me había acostumbrado a ir a mi aire, y me gustaba. Solo con pensar en tener que pasar tanto tiempo en un coche con un desconocido, por muy encantador que fuera, sentí que empezaba a faltarme el aire.

—Amy —dijo mi madre con un profundo suspiro—. No causes problemas, por favor.

Por supuesto que no iba a causar problemas. Eso era cosa de Charlie. Yo nunca causaba problemas, y estaba claro que mi madre contaba con ello.

—Vale —cedí en voz baja. Esperaba que captara cuánto odiaba tener que hacer eso; pero, si se dio cuenta, hizo caso omiso.

—Genial —respondió, retomando el tono animado—. En cuanto tenga las reservas de hotel, te mandaré el itinerario por correo electrónico. Y te he comprado un regalito para el viaje. Debería llegar antes de que te marches.

Caí en la cuenta de que, en realidad, no me estaba pidiendo mi opinión. Ya lo había decidido. Clavé la mirada en la pizza que reposaba sobre la encimera, pero había perdido el apetito.

—Ah, por cierto —añadió al acordarse—. ¿Qué tal fue la obra?

Y ahora la obra había llegado a su fin, los exámenes habían terminado y, al otro extremo del camino de entrada, había una ranchera dentro de la que iba Roger, el jugador de la patata caliente. A lo largo de la última semana, había intentado hacer memoria para ver si podía recordar a algún Roger. Y me había acordado del hijo de unos vecinos. Un chico con el pelo rubio y orejas de soplillo que aferraba una pelotita saltarina de color granate mientras nos llamaba a Charlie y a mí para que fuéramos a jugar con él. Seguro que Charlie habría recordado más detalles (a pesar de sus otras aficiones, tenía una memoria de elefante), pero mi hermano no estaba precisamente cerca para preguntarle.

Las dos puertas de la ranchera se abrieron y salió una mujer que parecía más o menos de la edad de mi madre (supuse que sería Marilyn), seguida de un chico alto y delgado. El chico se mantuvo de espaldas a mí mientras Marilyn abría la puerta trasera del vehículo y sacaba un abarrotado macuto de estilo militar y una mochila. La mujer dejó las cosas en el suelo y los dos se abrazaron. El chico (que me imaginé que sería Roger) le sacaba una cabeza por lo menos y tuvo que agacharse un poco para devolverle el abrazo. Esperé oírles decir adiós, pero lo único que dijo el chico fue:

—No te olvides de que existo, ¿eh?

Marilyn soltó una carcajada, como si se lo esperara. Cuando se separaron, la mujer me miró y me sonrió. La saludé con un gesto de la cabeza antes de que se subiera de nuevo al coche. La ranchera dio la vuelta por la calle sin salida mientras Roger la seguía con la mirada, despidiéndose con la mano.

Cuando el vehículo se perdió de vista, se echó las bolsas al hombro y empezó a caminar en dirección a la casa. En cuanto se volvió hacia mí, parpadeé sorprendida. Las

orejas de soplillo habían desaparecido. El chico que venía hacia mí era guapísimo. Tenía hombros anchos, pelo castaño claro, ojos oscuros, y ya me estaba sonriendo.

En ese instante supe que el viaje se había vuelto de pronto mucho más complicado.

*But I think it only fair to warn you,
all those songs about California lied.
–The Lucksmiths*

Me puse de pie y bajé los escalones para recibirlo en el camino. De pronto, me di cuenta de que iba descalza, con unos vaqueros viejos y la camiseta publicitaria del musical del año pasado. Esta se había convertido en mi ropa habitual y esa mañana me la había puesto de manera automática, sin plantearme la posibilidad de que el tal Roger pudiera estar como un tren.

Y ahora que lo tenía más cerca pude comprobar que era así. Tenía unos grandes ojos color avellana rodeados de unas pestañas larguísimas que me dieron envidia, la cara salpicada de pecas y un aire de confianza en sí mismo. Su presencia me acobardó un poco.

–Hola –dijo mientras dejaba caer las bolsas y me tendía la mano. Me quedé inmóvil un segundo (no conocía a nadie que saludara dando la mano), pero luego extendí la mía y nos dimos un rápido apretón–. Soy Roger Sullivan. Tú debes de ser Amy, ¿no?

Asentí con la cabeza.

–Ajá –contesté. La palabra me salió con cierta dificultad, así que carraspeé y tragué saliva–. Quiero decir, sí. Hola.

Me retorcí las manos y clavé la mirada en el suelo. Podía notar los latidos acelerados de mi corazón y me pregunté cuándo una simple presentación se había vuelto algo desconocido y aterrador.

–Qué distinta –comentó Roger después de un momento.

Cuando levanté la mirada, descubrí que estaba observándome. ¿Qué había querido decir con eso? ¿Distinta de lo que se había esperado? ¿Qué se habría esperado?

–Distinta de cuando eras pequeña –aclaró como si me hubiera leído la mente–. Me acuerdo de ti de cuando éramos niños. De ti y de tu hermano. Pero sigues siendo pelirroja.

Me toqué el pelo, cohibida. Tanto Charlie como yo éramos pelirrojos y, cuando éramos pequeños e íbamos juntos todo el tiempo, la gente nos paraba constantemente para decírnoslo, como si nunca nos hubiéramos dado cuenta. El pelo de Charlie se había ido oscureciendo con el tiempo hasta adquirir un tono caoba, mientras que el mío seguía siendo rojo intenso. Hasta hace poco, no me había importado; pero últimamente parecía llamar la atención, cuando eso era lo que menos me apetecía. Me coloqué el pelo detrás de las orejas, procurando no tirar de él. Había empezado a caérseme hacía cosa de un mes, lo que me preocupaba, pero intentaba no darle demasiadas vueltas al tema. Me dije que se debía al estrés de los exámenes o a la falta de hierro de mi dieta, basada casi exclusivamente en pizza. No obstante, por lo general, trataba de no cepillármelo con demasiada fuerza con la esperanza de que el problema se arreglara solo.

—Ah... —murmuré al darme cuenta de que Roger estaba esperando a que yo dijera algo. Era como si ya no supiera mantener ni la conversación más básica—. Pues sí, sigo siendo pelirroja. Charlie tiene ahora el pelo más oscuro, pero él... eh... no está aquí.

Mi madre no le había dicho a nadie que Charlie estaba en rehabilitación y me había pedido que le contara a la gente la excusa que se había inventado.

—Está en Carolina del Norte —continué—. En un programa de perfeccionamiento académico.

Apreté los labios y aparté la mirada. Deseaba que Roger se marchara para así poder volver a entrar y cerrar la puerta, de modo que nadie intentara hablar conmigo y pudiera proseguir a solas con mi rutina. Estaba desentrenada en eso de hablar con chicos guapos. Con cualquiera, más bien.

Justo después de que ocurriera, apenas había abierto la boca. No quería hablar de ello ni quería abrir la puerta para que la gente empezara a preguntarme cómo me sentía. Aunque ni mamá ni Charlie lo intentaron nunca. Puede que hubieran hablado entre ellos, pero ninguno de los dos lo había hecho conmigo. Aunque era comprensible: estaba segura de que ambos me culpaban. Y yo me culpaba a mí misma, así que no era de extrañar que no soliéramos sentarnos a la mesa de la cocina a hablar de nuestros sentimientos. Las comidas transcurrían en silencio en su mayor parte. Charlie siempre tenía los ojos vidriosos y estaba sudoroso, nervioso o se tambaleaba ligeramente, mientras que mi madre no apartaba la vista de su plato. El intercambio de platos y aliños y luego el proceso de cortar, masticar y tragar la comida parecía requerir tanto tiempo y concentración que costaba creer que antes mantuviéramos conversaciones mientras

comíamos. Y, si de vez en cuando me planteaba decir algo, el silencio de la silla vacía situada a mi izquierda aplastaba aquel impulso.

En el instituto, los profesores me habían dejado en paz y, durante el primer mes después de que pasara, nunca me preguntaron a mí en clase. Y, con el tiempo, supongo que se convirtió en una costumbre. Al parecer, la gente podía replantearse muy rápido la idea que tenía sobre los demás, y era como si todo el mundo se hubiera olvidado de que yo antes solía levantar la mano para opinar, que antes tenía algo que decir sobre la rebelión de los bóxers o el simbolismo de *El gran Gatsby*.

Mis amigos habían captado enseguida el mensaje de que no quería hablar del tema. Y, al no hablar de ello, quedó claro que entonces no podíamos hablar de nada. Poco después, simplemente dejamos de intentarlo, y pronto ya no estuve segura de si era yo la que los evitaba o a la inversa.

Julia fue la única excepción. No le había contado lo que había ocurrido porque sabía que, si lo hacía, no podría sacármela de encima. Ella no se alejaría tan fácilmente. Y así fue. Acabó enterándose, por supuesto, y me bombardeó enseguida con llamadas, que dejé que acabaran en el buzón de voz. El volumen de llamadas fue disminuyendo, pero entonces empezó a enviarme correos electrónicos. Ahora me llegaban cada pocos días, con asuntos como «¿cómo te va?», «me tienes preocupada» o «por el amor de Dios, Amy». Y yo dejaba que se amontonaran en la bandeja de entrada, sin leer. No estaba del todo segura de por qué me comportaba así; pero lo que sí sabía era que, si hablaba de ello con Julia, se volvería real de una forma tal que no podría soportarlo.

Sin embargo, al mirar a Roger, también comprendí que hacía mucho tiempo que no me relacionaba con un chico. La última vez fue la noche del funeral, cuando me metí en el cuarto de Michael a sabiendas de lo que iba a ocurrir. Cuando me marché, una hora después, me sentí decepcionada a pesar de haber conseguido justo lo que pensaba que quería.

—Por cierto, no es verdad —dijo Roger.

Lo miré intentando comprender a qué se refería.

—Tu camiseta —explicó señalándola.

Me miré la prenda de algodón azul desteñido que tenía estampadas las palabras «ANYONE CAN WHISTLE¹».

—Yo no sé silbar —continuó con tono alegre—. Nunca me ha salido.

—Es un musical —contesté con brusquedad. Roger asintió con la cabeza y se hizo el silencio. No se me ocurría nada más que añadir sobre el tema—. Será mejor que vaya a por mis cosas —dije.

Me volví hacia la casa preguntándome cómo rayos íbamos a soportar los próximos cuatro días.

—Vale. Yo iré cargando las mías mientras tanto. ¿Necesitas que te eche una mano?

—No —respondí mientras empezaba a subir la escalera—. El coche está abierto.

A continuación, me refugié en la casa, que estaba maravillosamente fresca, oscura y tranquila, y donde podía estar sola. Respiré hondo, saboreando el silencio, y luego fui a la cocina.

El regalo que me había enviado mi madre estaba sobre la mesa. Había llegado hacía unos días, pero todavía no lo había abierto. Si lo hacía, significaría que el viaje iba en serio. Sin embargo, no podía seguir negándolo: la prueba de que todo eso era real estaba allí haciendo comentarios sobre mi camiseta y metiendo su macuto en el coche. Rasgué el paquete y cayó un libro. Pesaba, estaba encuadernado con una espiral y la cubierta era azul oscuro. Llevaba impresas las palabras «EN MARCHA» en letras blancas con un estilo años cincuenta. Y debajo ponía: «*Guía de viaje. Diario / Álbum / Consejos útiles*».

Lo cogí y lo hojeé. La mayoría de las páginas parecían estar en blanco, tenía una sección de álbum para preservar «Recuerdos memorables» y otra de diario para recoger «Ideas pasajeras». También parecía haber acertijos, listas para hacer el equipaje y consejos de viaje. Cerré el libro y me quedé mirándolo sin poder dar crédito. ¿Ese era el «regalo» que mi madre me enviaba para el camino? ¿Estaba de coña?

Lo lancé sobre la encimera. No iba a hacerme creer que aquello era una aventura divertida y emocionante. No era más que un viaje práctico que me veía obligada a hacer. Así que no veía ningún motivo para asegurarme de no olvidarlo nunca. La gente no compra suvenires en los aeropuertos en los que hace escala.

Recorrí las habitaciones de la primera planta, comprobando que todo estuviera en orden. Todo estaba perfecto: Hildy, la agente inmobiliaria, se había asegurado de ello. Todos nuestros muebles seguían allí (Hildy prefería no vender casas vacías), pero ya no parecían pertenecernos. Desde que mi madre la había contratado, aquella mujer se había apoderado de nuestra casa hasta tal punto que a veces me costaba recordar cómo eran las cosas cuando simplemente vivíamos allí y no se la estaban vendiendo a otras personas como el lugar donde serían felices para siempre. Últimamente parecía más un decorado

que una casa. Demasiadas parejas jóvenes e ilusas la habían recorrido, viendo solo metros cuadrados y conductos de ventilación, contaminándola con sus sueños de muebles y Navidades futuras. Cuando Hildy terminaba una visita y yo podía dejar de dar vueltas por el barrio escuchando música de Sondheim a todo volumen en el iPod, siempre me daba la sensación de que la casa se parecía cada vez menos a cuando era nuestra. Perfumes desconocidos flotaban en el aire, había cosas fuera de sitio y algunos recuerdos que guardaban aquellas paredes parecían haber desaparecido.

Subí la escalera rumbo a mi cuarto, que ya no se asemejaba al lugar en el que había pasado toda mi vida. Más bien parecía la habitación de la adolescente ideal, con todo ordenado a la perfección: había libros minuciosamente amontonados, CD colocados por orden alfabético y pilas de ropa doblada con precisión. Ahora parecía la habitación de «¡Amy!»: cuidada, ordenada y sin personalidad. Seguramente igual que la ficticia chica de pelo reluciente que vivía allí. Lo más probable era que «¡Amy!» fuera de esas chicas que hacían pastelitos para varios equipos deportivos y animaban con entusiasmo en las asambleas previas a los partidos sin plantearse siquiera el completo sinsentido de los deportes ni desear amenizar las cosas con un popurrí de baladas. «¡Amy!» probablemente les hacía de canguro a los adorables críos que vivían en su calle, sonreía con dulzura en las fotos de clase y era el tipo de hija que todo padre querría tener. Ella habría soltado una risita y habría coqueteado con el bombón que había aparecido en su puerta en lugar de fracasar estrepitosamente con una simple conversación y salir huyendo. Era poco probable que «¡Amy!» acabara de matar a alguien.

Mi mirada se posó en la mesita de noche, en la que solo había un despertador y un delgado libro de bolsillo: *Food, Gas, and Lodging*. Era el libro favorito de mi padre, que me había regalado esa maltrecha copia en Navidad. Cuando abrí el paquete, me había sentido decepcionada: yo esperaba un móvil nuevo. Mi padre seguramente se había dado cuenta de que no me había entusiasmado su regalo. Ideas como esa, la duda de si habría herido sus sentimientos, me daban vueltas por la cabeza a las tres de la madrugada, impidiéndome dormir.

Cuando me lo regaló, no pasé de la primera página, donde me había escrito una dedicatoria: «Para mi Amy. Este libro me ha acompañado en muchos viajes. Espero que lo disfrutes tanto como yo. Con todo mi amor, Benjamin Curry (tu padre)». Pero luego lo había metido en el cajón de la mesita de noche y no había vuelto a abrirlo hasta hacía un par de semanas, cuando al fin había empezado a leerlo. Con cada página, no dejaba de

preguntarme por qué no habría empezado hacía meses. Había llegado hasta la página 61 y allí me había parado. Señalando la página 62, había una tarjeta con la letra de mi padre: unas notas sobre el secretario de Lincoln que formaban parte de la investigación que había estado haciendo para un libro. Pero la tarjeta estaba en la novela a modo de marcador. La página 61 era hasta donde él había llegado la última vez que se había puesto a leerlo y, por algún motivo, no me atrevía a pasar la página y seguir avanzando.

No tenía ni idea de cómo seguía la historia, ni estaba segura de si lo averiguaría alguna vez; pero no iba a dejar el libro allí. Lo cogí y me lo guardé con cuidado en el bolso. Le eché un último vistazo al cuarto, apagué la luz, saqué la maleta con ruedas al pasillo y cerré la puerta detrás de mí. En realidad, era un alivio no tener que volver a ver ese cuarto. Durante el último mes, casi no había pasado tiempo en él: la mayoría de las noches me quedaba dormida abajo en el sofá y solo subía a buscar ropa. Aquella habitación representaba un recuerdo demasiado cruel de cómo era mi vida «antes». Seguía sin encontrarle sentido al hecho de que absolutamente toda mi vida hubiera cambiado, que todo se hubiera convertido en «después», y, sin embargo, las fotos de las paredes y los trastos que había en el fondo de mi armario siguieran igual. Además, después de que Hildy lo transformara en el dormitorio de «¡Amy!», era como si se hubiera convertido en la habitación de una versión de mí misma a cuya altura nunca podría estar.

Me disponía a llevar la maleta abajo cuando me detuve y dirigí la mirada hacia el otro extremo del pasillo, a la habitación de mis padres. No había vuelto a entrar allí desde la mañana del funeral, cuando me situé en la puerta para que mi madre pudiera comprobar si el vestido negro que había elegido era apropiado.

Bajé por el pasillo, dejando atrás el cuarto de Charlie, que estaba junto al mío. Aquella habitación llevaba clausurada desde que mi madre la cerró de un portazo después de sacar a Charlie de allí literalmente a rastras hacía un mes. Abrí la puerta del dormitorio principal y me detuve en el umbral. Aunque estaba más ordenada que antes, esa habitación por lo menos seguía estando reconocible, con la cama de matrimonio cuidadosamente hecha y las pilas de libros en cada mesita de noche. Me fijé en que los libros del lado de mi padre (gruesas biografías históricas entremezcladas con delgadas novelas de misterio de bolsillo) estaban empezando a acumular polvo. Aparté la mirada con rapidez mientras me recordaba que debía respirar. Era como si me encontrara debajo del agua y estuviera quedándome sin oxígeno, y sabía que no iba a poder seguir allí

mucho más. La puerta del armario de mi padre estaba entreabierta y dentro pude ver el corbatero que Charlie le había fabricado en quinto en el taller de carpintería, todavía lleno de corbatas, todas con el nudo ya hecho para ahorrarse tiempo por las mañanas.

Me aparté del lado de la habitación en el que estaban las cosas de mi padre, intentando sofocar el pánico que amenazaba con apoderarse de mí, y fui hacia la cómoda de mi madre. Sin pararme a pensarlo, abrí el primer cajón (que estaba lleno de medias y calcetines) y metí una mano hasta el fondo, a la izquierda. El cajón estaba más vacío que de costumbre, pero aun así tardé un momento en encontrarlo. Sin embargo, cuando rodeé con los dedos algo suave y de plástico, supe que Charlie me había dicho la verdad. Lo saqué y vi que se trataba de un viejo recipiente para medias con forma de huevo con la palabra «L'EGGS» grabada en un lado con unas letras doradas que se estaban descascarillando. Lo abrí y vi, como me había asegurado mi hermano, que estaba lleno de dinero.

Charlie me había dicho que lo había descubierto el año pasado... aunque yo no quise saber cómo ni por qué. No obstante, una parte de mí cayó en la cuenta de lo desesperado que debía de estar para encontrar el dinero que mi madre escondía en su cajón de calcetines. Fue por esa época cuando empecé a percatarme de que estaba tocando fondo. Charlie me había explicado que solo recurría a aquel escondite en caso de emergencia y que siempre procuraba devolverlo, ya que estaba seguro de que si no mamá se daría cuenta. Siempre había seiscientos dólares dentro del huevo, en su mayor parte en billetes de cien y de cincuenta. Puede que al final Charlie estuviera demasiado colocado para que le importara o tal vez no le había dado tiempo de reponer el dinero antes de acabar en un avión de camino a Carolina del Norte, pero ahora solo había cuatrocientos dólares.

Oí cerrarse la puerta principal abajo y supuse que Roger estaría preguntándose por qué tardaba tanto en buscar mi maleta. Sin pararme a pensar en lo que estaba haciendo, me guardé el dinero en el bolsillo, cerré el huevo y volví a ponerlo en su sitio. Una parte de mí buscó justificaciones: no se podía confiar en esos busca-casas y turbios agentes inmobiliarios, en realidad solo estaba ayudando a mi madre. Pero en el fondo sabía que nada de eso era el verdadero motivo por el que había cogido el dinero. Así que ¿por qué lo había hecho?

Aparté esa idea de mi cabeza mientras salía rápidamente del cuarto. A continuación, cerré la puerta detrás de mí y bajé la maleta a rastras por la escalera. Cuando llegué a la

cocina, vi a Roger delante del frigorífico, observándolo. Se volvió hacia mí cuando llegué con la maleta al pie de la escalera.

–¿Todo listo? –me preguntó.

–*Sip* –contesté, y al instante me pregunté por qué me habría dado por hablar como un *cowboy*.

Arrastré la maleta hacia la puerta y le eché un vistazo a Roger, que seguía en la cocina. Se había puesto a contemplar de nuevo la nevera, lo que me proporcionó un momento para estudiarlo sin que se diera cuenta. Era alto y su presencia parecía llenar la cocina, que últimamente estaba tan silenciosa y tranquila. Mi madre me había dicho que tenía diecinueve años y que acababa de terminar su primer año de universidad. Sin embargo, había algo en él que lo hacía parecer mayor... o, al menos, me hacía sentir a mí más joven. Quizá fuera eso del apretón de manos.

–Son asombrosos –dijo Roger, señalando el frigorífico.

–Sí, ya –contesté mientras entraba en la cocina.

Sabía que se refería a los imanes, que cubrían todo el frigorífico. Había muchos más de los necesarios para sujetar los menús de restaurantes de comida tailandesa y las listas de la compra. Cada uno era de un lugar diferente: ciudades, estados, países... Mis padres habían empezado a coleccionarlos en su luna de miel y habían seguido haciéndolo hasta hacía unos meses, cuando mi madre dio una charla en una conferencia en Montana y regresó con un imán que era un simple rectángulo azul oscuro con las palabras «LA REGIÓN DEL GRAN CIELO» estampadas en él.

–Mis padres... –Noté que se me quebraba un poco la voz al pronunciar aquella palabra.

Palabras que siempre había dado por sentadas se habían transformado en minas, en trampas que me hacían tropezar y caer. Me fijé en que Roger había posado de nuevo la mirada en la nevera, fingiendo que no se había dado cuenta.

–Los... –proseguí después de un momento– coleccionaban. De todos los lugares en los que habían estado.

–¡Caramba! –exclamó mientras retrocedía un paso para admirar todo el electrodoméstico como si fuera una obra de arte–. Es impresionante. Yo no he estado en ningún sitio.

–¿En serio? –pregunté, sorprendida.

—En serio —contestó sin apartar la mirada del frigorífico—. Solo en California y Colorado. Qué patético, ¿eh?

—A mí no me lo parece —le aseguré—. Yo apenas he salido de California.

Era algo que me daba muchísima vergüenza y que no le había contado a nadie salvo a Julia. Había salido del país una vez (habíamos pasado un verano muy húmedo en los montes Cotswold, en Inglaterra, mientras mi madre investigaba para un libro), pero California era el único estado que conocía. Cada vez que me quejaba de ello, mi madre me decía que cuando viéramos todo lo que había que ver en California podríamos visitar los otros estados.

—¿A ti te pasa igual? —Roger me sonrió y me miré los pies, como si fuera una reacción automática—. Bueno, eso me consuela un poco. La excusa que empleo es que California es un estado bastante grande, ¿no? Sería peor si no hubiera salido nunca de Nueva Jersey o algo por el estilo.

—Creía... —comencé, y luego me arrepentí. En realidad no me interesaba saber la respuesta, así que ¿por qué había empezado a plantear la pregunta? Pero no podía dejar la frase a medias, así que carraspeé y continué—. Creía mi madre que tu padre vivía en Filadelfia. Y que por eso... eh... hacías esto.

—Así es —contestó Roger—. Pero yo nunca he estado allí. Él viene un par de veces al año por negocios.

—Ah...

Al levantar la mirada, vi que él seguía observando el frigorífico. Su rostro cambió ante mis ojos y supe que había visto el recordatorio que sostenía el imán de la ciudad de Ithaca en la esquina inferior izquierda. El recordatorio que yo intentaba no mirar (sin éxito) cada vez que abría la nevera, pero nunca había hecho nada al respecto. Como quitarlo, por ejemplo.

Estaba impreso en cartulina beis y tenía delante una fotografía de mi padre que alguien le había sacado mientras daba clase. La foto era en blanco y negro, pero podía distinguir que llevaba la corbata que le regalé el último Día del Padre, la que tenía diminutos sabuesos. Tenía polvo de tiza en las manos y miraba a la izquierda de la cámara, riéndose. Debajo de la foto ponía «BENJAMIN CURRY: UNA VIDA VIVIDA CON PLENITUD».

Roger me miró y supe que estaba a punto de pronunciar una versión de la misma frase que llevaba oyendo los últimos tres meses. Cuánto lo sentía. Que era una tragedia. Que

no sabía qué decir. Y no me apetecía nada escucharlo. No había palabras en el mundo que ayudaran en esa situación y, de todas formas, él no podría entender cómo me sentía.

—Deberíamos irnos —sugerí antes de que él pudiera decir nada.

Agarré la maleta por el asa superior; pero, antes de poder levantarla, Roger apareció a mi lado y la cargó sin esfuerzo.

—Yo la llevo —dijo mientras salía por la puerta principal—. Te espero en el coche.

La puerta se cerró de golpe y recorrí la cocina con la mirada, preguntándome qué más podría hacer para retrasar el momento de quedarnos a solas, atrapados en un coche durante cuatro días. Saqué el plato de donde lo había dejado a secar en el lavavajillas vacío, lo coloqué en el armario y cerré la puerta. Estaba a punto de marcharme cuando vi el diario de viaje sobre la encimera.

Podría haberlo dejado allí. Pero no lo hice. Lo cogí y, por impulso, saqué el recordatorio de detrás del imán de Ithaca y lo metí en la sección de álbum. A continuación, apagué las luces de la cocina, salí por la puerta principal y la cerré con llave.

¡En marcha!

TU VIAJE COMIENZA...

¡Felicidades! Estás a punto de embarcarte en un VIAJE.

Puede que vayas a desplazarte en avión, tren, coche, barco, bicicleta o a pie. Sin embargo, sea cual sea el medio de transporte que utilices, ten por seguro que conocerás gente nueva, descubrirás nuevos paisajes y regresarás a casa siendo una persona completamente diferente, cargada de nuevas experiencias.

Los consejos, recomendaciones y listas que encontrarás en este libro te ayudarán a documentar y organizar el viaje para garantizar que disfrutes de la experiencia al máximo.

No obstante, lo mejor de un viaje no se puede planear. ¡Y ese es el elemento SORPRESA! Mantén una actitud abierta, ya que hará que la experiencia sea aún más enriquecedora. Después de todo, nunca se sabe adónde te llevará el camino.

¡FELIZ VIAJE!

Dónde he estado...

Estado nº 1: CALIFORNIA -

El estado dorado

Lema: Eureka - «Lo encontré»

Tamaño: GRANDE

Datos: California en realidad significa «horno caliente». ¿Quién lo hubiera dicho? Gracias, puesto de información del área de descanso.

Notas: Es tan grande que es perfectamente posible que alguien no haya salido NUNCA del estado hasta los diecisiete. Seguramente no se pueda decir lo mismo de Rhode Island.

*California is a garden of Eden,
a paradise to live in or see. But believe
it or not, you won't find it so hot,
if you ain't got the do-re-mi.
—Woody Guthrie*

Me subí al asiento del pasajero y cerré de un portazo. Roger, que ya estaba sentado en el lugar del conductor, se movió despacio arriba y abajo, luego adelante y atrás, mientras ajustaba el asiento. Debí de encontrar una postura que le gustaba, porque dejó de moverse y se volvió hacia mí.

—¿Lista? —me preguntó con una sonrisa, tamborileando con los dedos en el volante.

—Toma —dije mientras sacaba el itinerario que había preparado mi madre y se lo pasaba.

Incluía la lista de ciudades que había elegido para que nos detuviéramos, mapas sacados de MapQuest y un listado de los hoteles en los que había hecho reservas (dos habitaciones en cada sitio), junto con un cálculo aproximado del tiempo empleado y la distancia recorrida en cada tramo del viaje. Ni esforzándose habría conseguido escoger lugares menos interesantes: Gallup, en Nuevo México; Tulsa, en Oklahoma; Terre Haute, en Indiana; Akron, en Ohio...

—Esta es la ruta que planeó mi madre —le informé mientras me abrochaba el cinturón de seguridad.

Respiré hondo y luego dejé salir el aire. Podía sentir cómo el corazón me martilleaba contra el pecho, y eso que ni siquiera nos estábamos moviendo todavía, lo que no me pareció buena señal.

—¿Tenéis GPS? —me preguntó mientras hojeaba las páginas. Vi cómo se le iba ensombreciendo la expresión y supuse que habría llegado a la parte de Tulsa.

—No —contesté. Había uno en el otro coche, pero ya no teníamos ese otro coche, y no me apetecía explicar el motivo—. Pero soy muy buena copiloto —le aseguré.

Me giré y cogí el atlas de carreteras del asiento trasero.

—Además, creo que mi madre nos imprimió indicaciones para llegar a cada sitio.

—Así es —confirmó Roger, que seguía observando los papeles con el ceño fruncido—.

¿Tienes idea de por qué planeó el viaje así?

Negué con la cabeza.

—Creo que lo hizo por kilometraje.

—Ya... —Le echó otro vistazo a las páginas, a los mapas y los listados de reservas de hotel. Parecía un tanto decepcionado—. Bueno, tiene sentido.

—Sabes que yo no... —empecé. Quería averiguar qué sabía él sin tener que contarle nada. Carraspeé y comencé de nuevo—. Sabes que yo no conduzco, ¿no?

—Eso me dijo mi madre —respondió Roger mientras dejaba la pila de papeles sobre el compartimento que había entre nosotros—. ¿No tienes carnet?

Me quedé mirándolo, asombrada. Estudié su expresión un momento, tratando de averiguar si lo preguntaba con sinceridad. Eso parecía. El corazón se me aceleró un poco, pero esta vez era de alivio. Roger no lo sabía. No había oído los detalles. No tenía ni idea de lo que hice. Fue liberador, como si pudiera respirar con más facilidad.

—No es eso —repuse despacio—. Sí tengo carnet. Pero es que ahora no... me gusta conducir.

Era una explicación pésima, pero fue lo único que se me ocurrió así de repente.

—Pues es una pena —dijo Roger—. A mí me encanta.

Antes, a mí también. Hubo un tiempo en que era lo que más me gustaba en el mundo. Mientras conducía, organizaba mis ideas y escuchaba música. Era mi terapia sobre ruedas. Me parecía tan injusto que, además de todo lo que me habían arrebatado, también hubiera perdido eso... Me encogí de hombros intentando aparentar despreocupación.

—Supongo que no es lo mío.

—Vale. —Roger me devolvió el fajo de papeles. Busqué la primera serie de indicaciones, que nos llevaría a Gallup en unas nueve horas—. ¿Lista? —me preguntó de nuevo, aunque ahora parecía mucho menos entusiasmado.

Asentí con la cabeza.

—Vamos allá.

Le entregué las llaves y arrancó. Cerré los ojos un momento cuando el vehículo empezó a desplazarse hacia delante, intentando convencerme de que no pasaba nada, de

que todo saldría bien. Los abrí a tiempo para ver cerrarse la puerta del garaje mientras Roger ponía el intermitente para girar en la calle sin salida. Le eché un último vistazo a la casa y caí en la cuenta de que la próxima vez que la viera (si es que volvía a verla) ya no sería mía. Lo último que vi antes de alejarnos fue el cartel que proclamaba «BIENVENIDOS A CASA».

Me volví hacia delante, recordándome que debía seguir respirando, y observé el barrio que pasaba rápidamente junto a la ventanilla. Miré disimuladamente a Roger con la sensación de que no había asimilado la realidad de esa situación hasta ahora. Iba a tener que pasarme los próximos cuatro días completitos sentada junto a un tío al que no conocía. Un tío muy guapo al que no conocía. Miré por la ventanilla mientras Roger se dirigía al centro de Raven Rock. Lo que me inquietaba era eso de no despegarnos durante días. Sabía que podía dar la sensación de que lo llevaba bien, siempre y cuando no me hicieran mantener una conversación muy larga. Después de todo, era actriz. Pero sabía perfectamente que, si alguien prestaba atención, vería que distaba tanto de llevarlo bien que daba risa. Y me preocupaba que, si pasábamos tanto tiempo juntos, Roger acabaría dándose cuenta.

Cuando nos dirigimos a la calle principal y Roger aceleró para incorporarse al tráfico, no pude evitar estremecerme y pisar con fuerza el freno fantasma cada vez que me parecía que se pegaba demasiado al coche que teníamos delante. Además, los coches del otro carril y del cruce iban a toda pastilla. ¿Por qué tenía que ir todo el mundo tan rápido?

El coche que circulaba detrás de nosotros pegó un bocinazo y di un pequeño respingo. Vi que Roger me miraba de reojo mientras ponía el intermitente para girar a la derecha hacia Campus Drive.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí —respondí con rapidez con la mirada clavada en la parpadeante flechita verde a la vez que intentaba contener la creciente oleada de pánico que me invadió al darme cuenta de cómo tenía pensado Roger llegar a la autopista—. Es más rápido si vas por Álvarez, ¿sabes?

—¿En serio? Pero podemos atajar por...

—No —repuse de forma más enérgica de lo que pretendía—. Si sigues recto por aquí, puedes llegar a la 2. Es más rápido.

El semáforo cambió y Roger se quedó inmóvil un momento antes de apagar el intermitente y seguir recto.

—Vale —aceptó.

Miré por la ventanilla, realizando inspiraciones profundas para intentar calmarme y tratando de no pensar en lo cerca que había estado de ver el cruce de la calle University. No tenía ni idea de si las cintas y señales seguían allí o si habían acabado en contenedores de reciclaje y nidos de pájaros. No quería saberlo. Solo quería alejarme de allí lo más rápido posible.

A medida que nos acercábamos a la autopista, comprendí (probablemente un poco tarde) que esa sería una de las últimas veces que vería mi ciudad. Raven Rock ya no sería mi hogar nunca más. Y ni siquiera me había parado a pensar en ello. Era el lugar en el que había vivido siempre, bastante aburrido, bastante limitado. Pero era mío, y todos los acontecimientos de mi vida, buenos y malos, estaban ligados a él. Vi lugares emblemáticos de mi pasado pasar junto a la ventanilla a demasiada velocidad para mi gusto. El Fosters Freeze al que Charlie y yo íbamos a comprar batidos dando un paseo y el Jamba Juice en el que me hizo pasar una vergüenza espantosa cuando teníamos doce años. Me dijo que si gritabas «¡JAMBA!» con todas tus fuerzas, todos los empleados te responderían: «¡JUICE!». Era mentira.

Me volví en el asiento para intentar ver lo máximo posible, pero entonces Roger se incorporó a la vía de acceso a la autopista. Por suerte, no hizo ningún comentario sobre el hecho de que hubiéramos seguido la ruta turística para llegar hasta allí. Observé por el espejo lateral cómo Raven Rock se iba alejando cada vez más hasta convertirse en otro punto más en un mapa, otra ciudad anónima en la que no merecía la pena parar. Mientras miraba, se perdió de vista hasta que lo único que pude ver detrás de mí fueron los otros vehículos de la autopista.

Viajamos unos veinte minutos en silencio. En cuanto salimos de Raven Rock y de las calles urbanas, me incomodó cada vez menos ir en coche. En la autopista, donde no había semáforos ni personas que se los saltaran, pude relajarme un poco.

Además, Roger parecía buen conductor y daba la impresión de sentirse mucho más cómodo en el coche de mi madre de lo que me había esperado. No podía dejar de mirarlo disimuladamente. Nunca me había dado cuenta de lo pequeños que eran los asientos delanteros de los automóviles. Estábamos más juntos de lo que había pensado. Cada vez que se movía, captaba mi atención. Yo iba sentada en el mismo borde del asiento,

prácticamente pegada a la puerta, para que nuestros codos no chocaran sobre el compartimento ni nada por el estilo. Roger parecía ocupar un montón de espacio. Conducía con el asiento muy echado hacia atrás y las largas piernas extendidas casi por completo, con una mano en el volante y la otra apoyada en el cristal de la ventanilla. Ese no era mi estilo: cuando yo conducía, siempre mantenía las manos en la posición de las dos menos diez. Pero Roger tenía el coche bajo control; no conducía demasiado rápido, pero sí lo suficiente como para seguir el ritmo de los demás vehículos del carril de alta ocupación. El tráfico era fluido, gracias a Dios, puesto que los coches se amontonaban en el otro extremo de la autopista sin razón aparente, ya que era jueves al mediodía.

—Oye —dijo Roger rompiendo el silencio que reinaba en el coche. Dio un golpecito en el cristal de su ventanilla. Miré y vi una conocida flecha amarilla y un letrero rojo al otro lado de la autopista—. ¿Qué te parece? ¿Tienes hambre?

—Voy a echar esto de menos —comentó Roger mientras introducía una mano en la bolsa de papel blanco que había entre nosotros y sacaba una patata frita—. Me encanta toda la comida rápida, pero ninguna se puede comparar con la de In-N-Out.

Le di un mordisquito a mi hamburguesa y asentí con la cabeza. Estábamos en la parte trasera del Liberty, que Charlie y yo siempre llamábamos el patio trasero: el espacio abierto destinado a guardar cosas. La puerta estaba levantada y estábamos sentados con las piernas colgando del borde. El sol brillaba cada vez con más intensidad y el resplandor me dificultaba mirar a Roger directamente. Sin embargo, las gafas de sol se me habían hecho añicos hacía tres meses y me había acostumbrado a entrecerrar los ojos. Los coches pasaban por la autopista a toda velocidad a la derecha del todoterreno y, a nuestra izquierda, una empleada del In-N-Out parecía estar rompiendo con su novio (en voz alta) por teléfono.



Habíamos pedido la comida para llevar; pero, cuando Roger intentó darle un bocado a su hamburguesa a la misma vez que salía del aparcamiento, quedó claro que primero habría que comer y luego conducir. Así que habíamos vuelto a entrar en el aparcamiento. Hasta que Roger me lo dijo, después de pedir, no había caído en la cuenta de que la cadena de hamburgueserías In-N-Out solo estaba presente en la Costa Oeste. No había ningún In-N-Out en Connecticut porque, evidentemente, aquel estado era un páramo inhóspito.

—Es un asco —se quejó Roger mientras sacudía la bolsa de papel. Ya hacía rato que nos habíamos terminado nuestras raciones individuales de patatas, pero al parecer unas cuantas se habían caído en el fondo de la bolsa. Efectivamente, sacó un puñadito—. Me pasé todo el año mientras estaba en la universidad extrañando esto. El más cercano a

Colorado está en Utah, lo que queda un poco lejos para ir a por una hamburguesa. Aunque habría sido viable. Salvo por el hecho de que no tenía coche.

Le di un sorbo al batido para ganar algo de tiempo para pensar una respuesta.

—¿Colorado? —pregunté por fin al recordar la pegatina del parachoques de su madre—. ¿Estudias allí?

Él asintió con la cabeza.

—En el Colorado College, en Colorado Springs. Es una buena universidad. Y tengo un montón de amigos fantásticos... —Me pareció ver algo en su rostro cuando dijo eso, pero desapareció un segundo después—. En fin, yo había planeado estar aquí todo el verano. Pero, después de los finales, mi padre empezó a insistir en que pasara el verano con él en Filadelfia.

—¿Tu padre vive allí? —En cuanto lo dije, me arrepentí. En primer lugar, ya me lo había contado en la cocina. En segundo, yo ya lo sabía. Y, en tercer lugar, tuve el presentimiento de que iban a ser cuatro días muy largos a menos que consiguiera dejar de comportarme como si me faltara un hervor.

No obstante, si Roger se dio cuenta, no lo demostró.

—Así es —contestó. Sacudió de nuevo la bolsa y consiguió más patatas—. Vive allí con su nueva mujer y el hijo de ella. Flipó al ver mis notas y dijo, textualmente, que quería tenerme allí para «enseñarme un poco de disciplina». Así que tiene pinta de que será un verano genial. No conozco a nadie allí. ¿Qué se supone que voy a hacer en Filadelfia?

—¿Comer *cheesesteak*?² —solté sin pensar.

Roger se rió por primera vez. Fue una carcajada fuerte y resonante que pareció llenar todo el espacio.

—Exacto. *Cheesesteak* y queso para untar.

Supongo que a ninguno de los dos se nos ocurrió más alimentos relacionados con Filadelfia, porque se hizo el silencio entre nosotros. Le di otro largo trago a mi batido y noté que Roger estaba observándome. Lo miré de reojo y descubrí que estaba leyendo la parte de atrás de mi camiseta, donde estaba impresa la lista de los miembros del reparto.

—Ese musical... —Noté que dijo «musical» como si fuera un idioma extranjero, como si no hubiera pronunciado muy a menudo esa palabra—. ¿Tú estabas en él?

Parecía sorprendido.

—Pues sí —contesté, y me volví hacia él para que dejara de leerme la espalda—. Yo era la... eh... la protagonista.

Cuando Roger enarcó las cejas, clavé de nuevo la mirada en la tapa de plástico del vaso de mi batido. Podía entender su sorpresa. Incluso antes de que aquello ocurriera, la gente parecía sorprenderse al enterarse de que era actriz. Pero a mí siempre me había encantado poder convertirme en otra persona durante unas horas. Alguien a quien le habían escrito lo que debía decir, cuyos gestos y emociones ya estaban trazados y el final, resuelto. Era casi como la vida. Pero sin las sorpresas.

–Bueno... –dije después de un momento–. Deberíamos volver a la carretera, ¿no te parece?

Roger asintió.

–Supongo que sí. –Le dio un sorbo a su cerveza de raíz³ y miró hacia la autopista–. ¿Sabes qué? –dijo, pensativo–. No creo que vayamos a tardar cuatro días. Unos amigos míos cruzaron todo el país en coche, y lo hicieron en treinta y seis horas.

–¿En serio?

–Sí. Aunque me parece que no hicieron ninguna parada. Creo que simplemente condujeron día y noche. Y lo más seguro es que fueran muy rápido –añadió.

–Ya –fue todo lo que dije, pues no tenía muy claro qué responder a eso.

De pronto se me ocurrió que, aunque yo no quería hacer aquello, a Roger probablemente le apetecía aún menos. ¿Por qué querría un universitario que casi estaba en segundo pasar cuatro días transportando a una chica de instituto por todo el país? Tal vez esa fuera su manera de decirme que quería acabar con eso lo antes posible.

–¿Has hecho alguna vez un viaje por carretera? –me preguntó.

Me volví para mirarlo con los ojos entrecerrados y negué con la cabeza, sintiéndome patética. Sabía que no se refería a una excursión en familia para visitar un monumento histórico. Estaba hablando de un viaje por carretera como los que hacía la gente guay en la universidad.

–¿Y tú? –quise saber, aunque tenía el presentimiento de que la respuesta sería afirmativa.

Roger asintió.

–Pero solo dentro del estado. Subí hasta San Francisco y luego bajé hasta San Diego. Y no sé... –Se calló un momento y escudriñó el interior de la bolsa. La sacudió esperanzado, rebuscó dentro y consiguió tres patatas. Se quedó una y me ofreció el resto–. Venga. Las dos últimas –me dijo.

Cogí una y le dejé la otra. Él sonrió y se la comió con actitud pensativa.

—Supongo que pensaba que este viaje se parecería más a un auténtico viaje por carretera —me explicó—. No sé... Con lugares más interesantes. Y que, por lo menos, podríamos elegir nosotros la ruta.

Le di un sorbo al batido con la esperanza de que no se me notara demasiado el alivio. Así que el problema no era yo, sino la versión del viaje que nos había organizado mi madre. Lo cual era totalmente comprensible, teniendo en cuenta los lugares que había escogido para que nos detuviéramos.

Recordé algo que había leído en el libro de mi padre. Sobre coger el coche y poner tierra de por medio, y que eso solo se podía hacer cuando eras joven. Por primera vez, se me ocurrió que, después de todo, quizá sí mereciera la pena dejar constancia de ese viaje en el diario de viaje.

—Bueno —dije, sin acabar de creermelo del todo lo que estaba a punto de sugerir—. A ver, supongo que podríamos ir a otros sitios. Mientras lleguemos en cuatro días, ¿acaso importa por dónde vayamos?

—¿Lo dices en serio? —preguntó Roger—. ¿Y qué pasa con las reservas que hizo tu madre?

Me encogí de hombros, aunque el corazón me latía a toda velocidad. Era una buena pregunta. Conociendo a mi madre, seguramente llamaría a cada hotel para asegurarse de que nos habíamos registrado. Sin embargo, una parte de mí (una parte diminuta e imprudente) quería ser la que causara problemas por una vez. Quería hacer que mi madre se preocupara por mí para variar. Quería demostrarle lo que se sentía cuando pasaban de ti.

—Me da igual —contesté.

Eso no era del todo cierto, pero me gustó lo que sentí al decirlo. Era el tipo de cosa que habría hecho Charlie. Algo que a «¡Amy!» nunca se le pasaría por la cabeza. Me acordé de los cuatrocientos dólares que llevaba en el bolsillo y se me ocurrió que podríamos usarlos para comprar un poco de libertad.

Roger se quedó mirándome.

—Vale —dijo. Se giró para mirarme de frente y se apoyó contra la ventanilla—. Bueno, y ¿adónde vamos?

—Aun así llegaremos el diez, ¿verdad? —le pregunté con rapidez. A mi madre no iba a hacerle ni pizca de gracia que ignorásemos la ruta que nos había elegido, pero se pondría como una fiera si tardábamos más de lo previsto—. Esto solo es un rodeo —aclaré.

–Solo es un rodeo –coincidió Roger, asintiendo.

Me sonrió y sentí el impulso de devolverle la sonrisa. No lo hice, pero me apeteció por primera vez en meses.

A nuestra izquierda, la empleada del In-N-Out alzó la voz de repente y empezó a gritarle a su futuro ex novio. Al parecer, se llamaba Kyle, y él sabía perfectamente lo que había hecho. Sentí como si estuviera escuchando algo que probablemente no debería oír, así que me puse de pie y empecé a rodear el coche en dirección a la parte delantera cuando me di cuenta de que Roger no se había movido. Seguía escuchando la ruptura con una leve expresión de asco en la cara.

–¿Vienes? –le pregunté.

–Voy –respondió enseguida.

Se levantó y arrugó la bolsa de papel blanco. Nos abrochamos los cinturones y Roger arrancó.

–Si esto va a ser un auténtico viaje por carretera –dijo mientras salía marcha atrás del aparcamiento y se dirigía hacia la salida–, tenemos que conseguir algunos elementos esenciales.

–¿Como gasolina?

–No. Bueno, sí –se corrigió bajando la mirada hacia el indicador–. Pero hay dos cosas imprescindibles si piensas echarte a la carretera.

–¿Cuáles?

Roger me sonrió mientras se detenía en un semáforo.

–Picoteo y música. No necesariamente en ese orden.

–¿Qué te parece Billy Joel? –me preguntó Roger mientras se desplazaba por las canciones almacenadas en su iPod.

Seguíamos sentados en el aparcamiento del Sunshine Mart, ya que Roger insistía en que no podíamos ponernos en marcha hasta que tuviéramos una banda sonora. Se había ofrecido a poner una de mis listas de reproducción, pero rechacé la oferta y dejé que él eligiera la música. La mayor parte de lo que había en mi iPod eran bandas sonoras de musicales de Broadway y clásicos, y no me parecía que Roger fuera un admirador secreto de Andrew Lloyd Webber.

Levanté la vista del mapa de carreteras.

—Supongo que está bien —contesté.

No quería tener que decirle que la mayoría de lo que sabía de Billy Joel provenía del musical *Movin' Out*. Cogí la bolsa de plástico llena de comida, coloqué mi refresco de vainilla en el portavasos trasero y abrí un paquete de regaliz. Roger había comprado un cargamento de Abba-Zaba⁴ ya que, según me contó, solo había en California. Lo que me hizo preguntarme una vez más por qué rayos elegiría alguien vivir en Connecticut. Saqué su cerveza de raíz y la puse en el portavasos delantero para que pudiera cogerla y luego dejé la bolsa de comida en el asiento trasero.

—Entonces incluimos a Billy —decidió Roger mientras hacía girar la ruedita de selección de canciones y apretaba el botón central—. Estupendo.

Volví a concentrarme en el mapa. Deslicé el dedo por las numerosas autopistas que cruzaban y dividían el estado de California, que parecía inmenso. Ocupaba cinco páginas de la guía. Al hojearla, había visto que Connecticut compartía una página con Rhode Island. Pasé a la página que mostraba el centro de California y, en cuanto lo vi, supe adónde quería ir: el Parque Nacional de Yosemite. Estaba a seis horas de Raven Rock y una parte la habían fundado mis antepasados por parte paterna. Mi padre, Charlie y yo solíamos pasar allí dos semanas todos los veranos. Habíamos dejado de ir hacía unos años, sin ninguna razón específica; simplemente era como si ninguno de nosotros tuviera ya tiempo. No me había percatado de cuánto lo había echado de menos hasta que lo vi en el mapa, justo por encima de la interestatal, a medio estado de distancia.

—Creo que... —comencé, y después carraspeé.

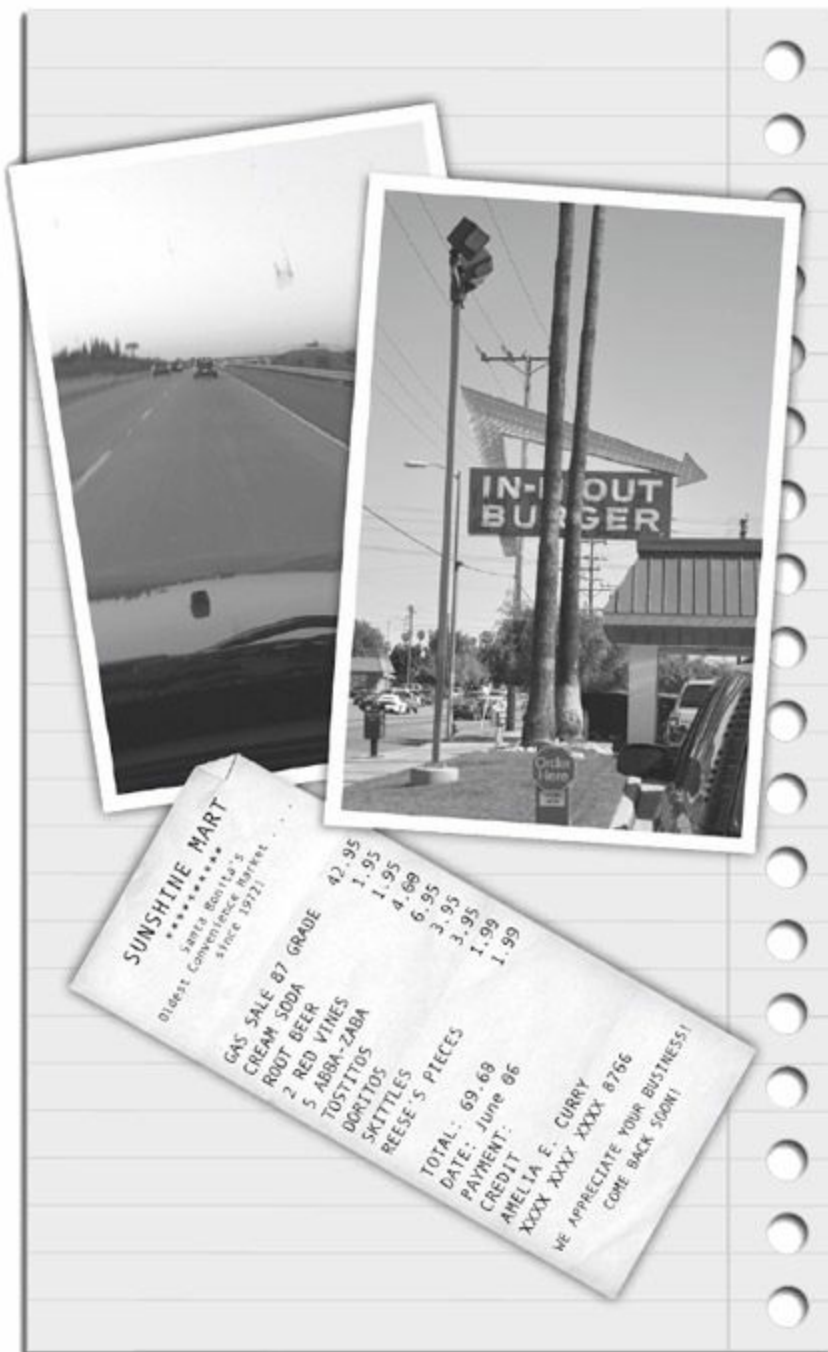
Roger levantó la vista del iPod y vio el atlas que tenía en el regazo.

—¿Tenemos un rumbo? —preguntó, sonriendo.

—Puede.

Bajé la mirada hacia el mapa. Tenía el dedo apoyado sobre la mancha verde que representaba el parque nacional. ¿Y si él no quería ir? ¿Y si le parecía una estupidez? Ni siquiera estaba segura de por qué me apetecía. Últimamente me había esforzado por evitar lugares que me recordaran cosas que no quería recordar. Pero, de pronto, ese fue el único sitio en el que quería estar. Respiré hondo.

—¿Has estado alguna vez en Yosemite?



*You ain't never caught a rabbit,
and you ain't no friend of mine.*
—Elvis Presley

Nueve años antes

—¿Falta mucho? —se quejó Charlie mientras golpeaba con un pie el respaldo de mi asiento.

Me volví para lanzarle una mirada asesina y lo vi repantigado en el asiento trasero, mirando por la ventanilla.

—Basta. Eso me molesta. —Charlie respondió dándole otra patada al asiento, más fuerte esta vez—. ¡Papi! —protesté volviéndome hacia mi padre, que iba conduciendo.

—Dime —contestó. Estaba tamborileando con los dedos en el volante al ritmo de una canción de Elvis, completamente ajeno a lo que ocurría a su espalda.

—Charlie me está dando patadas.

—¿En serio? —Miró por el retrovisor—. ¡Hay que ver cuánto te estiras, hijo!

—Me refiero a que le está dando patadas a mi asiento —aclaré con frustración.

—Ah, ya —dijo mi padre—. Bueno, en ese caso, te agradecería que te contuvieras. A tu madre no le va a gustar encontrar huellas en la tapicería.

Charlie murmuró algo que no entendí y, por el retrovisor, lo vi encorvarse aún más en el asiento. Siempre me dejaban sentarme delante en esos viajes porque de pequeña me mareaba. Ya no me ocurría, pero se había vuelto una costumbre. Cuando mi madre nos acompañaba en viajes largos, se sentaba detrás con Charlie. Se pasaban todo el tiempo leyendo cada uno un libro y el único sonido que se oía era alguna que otra carcajada por algo que uno había leído. Charlie solía pasarle a mamá lo que fuera que estuviera leyendo, señalándole con un dedo lo que lo había hecho reír, y mi madre respondía con una sonrisa.

No obstante, cuando íbamos en coche, ese mundo literario compartido no me molestaba, para variar. Porque mi padre y yo teníamos nuestra propia rutina en los asientos delanteros, y yo tenía responsabilidades.

Papá me había enseñado a usar mapas prácticamente al mismo tiempo que aprendí a leer, y yo hacía siempre de copiloto. «Muy bien, Sancho Panza –me decía–. ¿Por dónde vamos?» No tenía idea de a qué se refería con eso, pero me daba igual. Yo era importante. Me encargaba de asegurarnos de que íbamos en la dirección correcta y, si había tráfico o una carretera cortada, de encontrar una ruta alternativa. Cuando había que cambiar un CD, me ocupaba de poner el siguiente. Aunque tampoco es que hubiera mucho para elegir. Por lo general, cuando conducía mi padre, sonaba Elvis todo el tiempo.

Siempre colocaba dos paquetes de caramelos en el portavasos y me dejaba coger todos los que quisiera a condición de que, cuando él extendiera la mano, estuviera preparada para desenvolverle uno y ponérselo en la palma.

Charlie volvió a golpear mi asiento, esta vez siguiendo un patrón repetitivo que me irritaba cada vez más. Pero, en lugar de darle la satisfacción de girarme de nuevo, mantuve la vista al frente y me comí otro caramelo de menta.

Cada vez que estábamos nosotros tres solos, Charlie se ponía particularmente pesado. Siempre había sido más inquieto que yo y leer era lo único que conseguía calmarlo.

Las patadas se volvieron más fuertes y me giré bruscamente.

–¡Basta ya!

–Venga, hijo –dijo mi padre, mirando hacia atrás–. Te propongo algo: esta vez, puedes elegir tú el imán. ¿Qué te parece?

–Como quieras –musitó Charlie, aunque se sentó algo más recto y dejó de dar golpes.

–¿Veis cómo se acerca? –preguntó mi padre a la vez que bajaba el volumen de *Hound dog* en honor a la ocasión.

Miré por la ventanilla hacia la izquierda, y allí estaba: Yosemite. Pude ver la pequeña caseta de madera y el guarda con uniforme verde que permanecía fuera, cobrándoles veinte dólares a los ocupantes de cada vehículo que pasaba y entregándoles un permiso y un mapa. Luego nos hizo señas para que cruzáramos la entrada, permitiéndonos acceder a otro mundo. Eché la cabeza hacia atrás todo lo que pude para contemplar los árboles.

–¡Sí, ahí está! –exclamó Charlie desde el asiento trasero, y yo contuve el aliento, esperando a que mi padre pronunciara las palabras que siempre decía cuando

atravesábamos la entrada.

–Hemos vuelto, viejo y maravilloso montón de rocas. ¿Nos echabas de menos?

A YOSEMITE



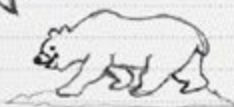
ROGER PLAYLIST #1

«Adios, California», alias «En marcha»,
alias «El picoteo es importante,
pero no tanto como la música»

TÍTULO

ARTISTA

"Going to California"	Led Zeppelin
"Drive Away My Heart"	Ida Maria
"California in Popular Song"	The Lucksmiths
"I See You"	Mika
"Travel Song"	Someone Still Loves You, Boris Yeltsin
"Miss California"	Jack's Mannequin
"The General Specific"	Band of Horses
"I'm Movin' Out (Anthony's Song)"	Billy Joel
"Life in the Fast Lane"	Eagles
"Birds of a Feather"	The Rosenbergs
"Limelight"	Rush
"All My Stars Aligned"	St. Vincent
"Unhurried Hearts"	Harlem Shakes
"The Wild"	Princeton
"I Stand Corrected"	Vampire Weekend
"In California" (Live)	Neko Case
"Nobody Lost, Nobody Found"	Cut Copy
"Vanilla Twilight"	Owl City
"Adrift"	Jack Johnson



REPÚBLICA DE CALIFORNIA

CAMPAMENTO CURRY

PARQUE NACIONAL DE YOSEMITE

SERVICIO AL CLIENTE

6 de junio / 20:21
Número de huéspedes: 2
Reserva: No

Alojamiento solicitado:
Cabaña con baño
Cabaña sin baño

Alojamiento disponible:
Cabaña de lona / 1 cama

Nota: Los huéspedes han solicitado expresamente que se les comunique de inmediato si queda libre alguna cabaña con más de una cama.

Duración de la estancia: 1 noche
Precio: 40.00\$
EFECTIVO

¡CUIDADO CON LOS OSOS!

Retire de su vehículo CUALQUIER objeto que desprenda olor.
Por ejemplo: jabón, champú, pasta de dientes, basura, maquillaje,
perfume, bebida, comida o neveras portátiles.
AUNQUE ESTÉN VACÍOS.

Guarde todos los artículos con OLOR en el
ARMARIO ANTIOSOS situado fuera de su cabaña.

Yosemite NO SE RESPONSABILIZARÁ
de la pérdida o daños ocasionados
a sus pertenencias.



I'd like to dream my troubles all away on a bed of California stars.

–Wilco

–Ostras –soltó Roger cuando salimos de la oficina de reservas–. Conque osos, ¿eh?

–Pues sí. Osos –confirmé.

Menos mal que habíamos conseguido una cabaña. Al parecer, la mayoría de la gente hacía reservas con meses de antelación; algo que no se me había ocurrido, ya que siempre era mi padre quien se encargaba de eso. Pero habían tenido una cancelación y habíamos conseguido la última cabaña disponible. No se trataba de la clase de cabañas en la que solíamos quedarnos, sino de una de lona. Solo tenía una cama, algo en lo que intentaba no pensar por el momento. Pero habíamos tardado tanto en llegar aquí (y luego otra hora más para llegar al Campamento Curry después de entrar en Yosemite) que habría sido deprimente tener que dar media vuelta.

Después de pagar el alojamiento, habíamos tenido que ver un vídeo de un oso destrozando una ranchera para luego sentarse en el suelo a comer las patatas fritas que los dueños del vehículo habían dejado dentro sin tener en cuenta la seguridad del automóvil. Mientras lo veía, me pregunté por qué el cámara no había hecho algo o, por lo menos, había enviado a alguien a avisar a los propietarios de la ranchera. No obstante, el mensaje que querían transmitirnos era que los osos que vivían en Yosemite eran peligrosos, sobre todo para los vehículos. Y, a continuación, nos hicieron firmar unos formularios de renuncia indicando que no los demandaríamos en caso de que nuestro coche sufriera un ataque, aunque hubiéramos sacado las patatas fritas.

Regresamos al aparcamiento principal, que estaba junto al comedor Curry Dining Pavilion (al que siempre llamábamos «la taberna»). Aunque estaba anocheciendo, todavía había suficiente luz para ver por dónde ibas. Lo que estaba muy bien porque, cuando oscurecía en Yosemite, no se veía ni torta. No había luces por ninguna parte, salvo en la taberna. Eso facilitaba contemplar las estrellas, pero complicaba la tarea de encontrar tu cabaña. Mientras bajábamos por el sendero empedrado, noté que Roger

estaba mirando hacia arriba, con la boca entreabierta. Yo también alcé la vista y admiré el paisaje que aún se distinguía. Aunque no era mi primera visita, Yosemite seguía impresionándome. Por todas partes había montañas y enormes árboles centenarios que te hacían sentir diminuto. El aire era más puro y más fresco y hacía que te apeteciera inhalar profundamente. Siempre me ha parecido un lugar único, donde no se aplicaban las reglas normales vigentes en otros sitios. Por ejemplo, tenías que sacar el champú del coche para mantener a raya a la fauna silvestre hambrienta.

Recogimos toda la comida y sacamos mi maleta y las dos de Roger del coche. Acto seguido, partimos en busca de la Cabaña 9. Cuando el sendero empedrado se convirtió en gravilla y virutas de madera, me di cuenta enseguida de que había un motivo por el cual la mayoría de la gente que venía a Yosemite no traía maletas grandes con ruedas. La mía se quedaba atascada constantemente en las virutas y se giraba, negándose a avanzar. Por no mencionar el hecho de que las personas que nos cruzábamos (las que habían venido preparadas con linternas y chalecos de lana) probablemente pensarán que tenía una pinta ridícula. Pero por fin conseguí llegar a la tienda, donde Roger esperaba fuera, mirando su móvil.

—¿Todo listo? —me preguntó, aunque parecía un poco distraído.

—*Sip* —contesté, y entonces maldije para mis adentros.

La cabaña, como se indicaba, estaba hecha de lona blanca, con la puerta pintada de verde. Cuatro escalones y una barandilla, también pintados de verde, llevaban hasta la puerta. El armario antiosos estaba al pie de los escalones. Revisamos nuestras pertenencias y guardamos en la caja de metal cualquier cosa que los osos pudieran confundir con comida (es decir, todo), asegurándonos de que estuviera bien cerrada. Miré aquel trasto con cierto recelo. En las cabañas en las que solíamos quedarnos no había nada parecido y no me fiaba de que aquella cajita metálica pudiera contener a unos osos hambrientos, sobre todo cuando las rancheras no eran rivales para ellos. Tampoco me parecía muy buena idea que estuviera tan cerca de la cabaña. ¿No era como poner los aperitivos justo al lado del plato principal?

No me gustaba nada el rumbo que estaba tomando ese pensamiento, así que cogí la llavecita de latón que me habían dado y abrí la puerta. Encontré el interruptor de la luz nada más entrar y la encendí. La cabaña era muy pequeña y la única cama ocupaba la mayor parte del espacio. La cama era de metal y estaba pintada de blanco y sin hacer. Encima había un juego de sábanas y dos mantas grises con pinta de ser bastante ásperas.

Estaba claro que aquello no era un alojamiento de lujo. Además, la cama parecía pequeña. Ni siquiera estaba segura de que llegara al tamaño de una de matrimonio normal.

–Qué rústico –comentó Roger mientras recorría la cabaña con la mirada.

Por dentro era de la misma lona blanca, con vigas de madera pintadas de verde atravesándola. Había una silla en un rincón y una cómoda de madera con un espejo con el marco también de madera. Y eso era todo.

–Pero no esperaba menos –añadió. Dejó el macuto y la mochila en el suelo y volvió a sacar el móvil.

Le eché otro vistazo a la cama, que parecía captar toda mi atención.

–Oye –dije titubeando, pues no estaba segura de lo que iba a decir–. En cuanto a lo de la cama... –No soportaría que pensara que yo quería una cabaña con una sola cama–. Lo siento mucho.

–¿Por qué? ¿Es que roncas? –Sonrió al preguntarlo, pero me di cuenta de que se había puesto un poco colorado–. Y solo es una noche.

–Cierto –contesté.

Puesto que todavía no habíamos salido del estado de California, sino que nos habíamos dirigido al norte (cuando se suponía que deberíamos estar en Nuevo México), mañana tendríamos que viajar durante muchas horas. No obstante, era de suponer que, dondequiera que acabásemos, habría dos habitaciones de hotel separadas.

–Lo único es que tengo que dormir en el lado derecho. Mi novia... –Se detuvo y carraspeó. Después de un momento, continuó–: Bueno, mi ex novia, quiero decir, siempre dormía en el lado izquierdo. Así que supongo que ya es una costumbre.

–De acuerdo –contesté, dándole vueltas a lo que acababa de decir.

Que ahora mismo no tenía novia. Pero que había habido una chica, alguien tan importante que había cambiado sus hábitos para dormir. Y la manera en que dijo «novia» se parecía mucho a como yo decía «padres».

Aunque no me había dado cuenta de que me había formado una opinión, supongo que había dado por hecho que Roger tenía novia. Parecía demasiado guapo y demasiado simpático para no tener pareja. Además, tenía algo que daba la sensación de que ya estaba cogido. El hecho de que no fuera así me hizo sentir un poco nerviosa de pronto.

–Bueno, a mí me va bien el izquierdo –le aseguré, esperando que fuera cierto.

Nunca había pasado la noche en el cuarto de Michael, así que no había compartido la cama con nadie aparte de Julia, cuando estábamos en séptimo y nos quedábamos a dormir una en casa de la otra todos los fines de semana. No tenía ni idea de cómo sería compartir la cama con un chico. Sobre todo con un chico guapo, mayor y, al parecer, sin novia.

—Genial —contestó Roger, que todavía parecía distraído—. Bueno, voy a hacer una llamada.

Se dirigió a la puerta.

—Puedes llamar desde aquí —dije. Al sacarme el móvil del bolsillo para comprobar las barritas, había visto que tenía una llamada perdida de mi madre—. Hay cobertura.

—No, no pasa nada —repuso hablando rápido—. Te dejaré un rato sola para que te pongas cómoda y nos vemos luego junto al comedor, ¿vale?

—Eh... —Me di cuenta, un poco tarde, de que era evidente que quería intimidad para hacer aquella llamada—. Vale, genial.

Roger salió de la cabaña un segundo después, se despidió con la mano y dejó que la puerta se cerrara de golpe detrás de él. Esperé un momento, luego apagué las luces y también salí, cerrando con llave. A continuación, me senté en el primer escalón y miré a mi alrededor, tiritando un poco. Me había olvidado del frío que podía hacer por aquí, incluso en verano. Casi había anochecido por completo, pero los árboles proyectaban sombras en el suelo porque había salido la luna. Una luna increíblemente brillante y nítida. Pude ver Half Dome, la montaña más famosa de Yosemite, a mi izquierda, y me resultó desgarradoramente familiar. Lo único que había cambiado era yo... y quien me acompañaba.

—He vuelto —dije en voz baja—, viejo y maravilloso montón de rocas. ¿Me echabas de menos?

—Hola, ha llamado a Pamela Curry. Por favor, deje un mensaje con su nombre y número de teléfono y le devolveré la llamada en cuanto me sea posible. Gracias.

Piii.

—Hola, mamá, soy Amy. Mierda, supongo que no oí tu llamada. Pero todo va bien. El viaje fue bien. Ahora estamos en el hotel. Ya nos hemos registrado y todo eso. ¡Así que todo va según lo previsto! Intentaré llamarte mañana. Saluda a la abuela de mi parte.

Estaba plantada en los escalones, fuera de la cabaña, intentando armarme de valor para entrar. Ya llevaba allí un rato. Sabía que, con cada minuto que transcurría, Roger probablemente acabaría pensando que sufría algún tipo de problema intestinal, ya que había ido a los baños a prepararme para acostarme hacía unos veinte minutos.

Había pensado que, cuando llegara el momento, no me supondría ningún problema tener que compartir la cama. Lo había creído de verdad. Me había reunido con Roger en la taberna, donde cenamos y estuvimos charlando con dos dentistas de Palm Desert que hablaban por los codos. Luego vimos el espectáculo nocturno (un vídeo informativo sobre *Yosemite y su historia*) y después regresamos a la Cabaña 9 para irnos a la cama.

Incluso lo llevaba bien cuando Roger se fue al baño a prepararse. Sin embargo, cuando regresó vestido con una camiseta azul y gris del Colorado College y un *short* negro, comprendí de pronto lo que implicaba realmente aquella situación. No solo tendría que dormir al lado de Roger, sino que tendría que hacerlo mientras él iba prácticamente en calzoncillos.

Me quedé mirándolo boquiabierto un momento, luego cogí mi ropa, saqué el neceser del armario antiosos y me dirigí al baño a cambiarme. Los baños estaban situados más abajo de nuestra cabaña, así que bajé por el sendero manteniéndome atenta por si oía algún oso e intentando parecer lo menos apetitosa posible. Me puse la ropa para dormir que me tapara más (un pantalón de chándal y una camiseta de manga larga) y luego me lavé los dientes y la cara sin prisas, esperando contra todo pronóstico que, para cuando regresara, la oficina de reservas nos hubiera encontrado milagrosamente otra cabaña.

Pero en el fondo sabía que eso no iba a pasar. Guardé mis cosas en el armario antiosos y ahora estaba intentando convencerme de que debía abrir la puerta y entrar.

Pero no quería hacerlo. No quería tener que dormir en la misma cama con alguien a quien apenas conocía. Quería estar otra vez en mi casa, en mi propia cama, con mis padres al otro extremo del pasillo y Charlie en el cuarto de al lado. Siempre había dado por sentado que esas constantes, tan básicas, no cambiarían nunca. En aquel momento, ni siquiera lo había considerado nada especial. Y ahora habría dado cualquier cosa porque todo volviera a ser igual.

Ahora mismo, «¡Amy!» probablemente estaría comiéndose una hamburguesa con su novio, que jugaba al fútbol americano, y su mayor preocupación sería aquella maldita espinilla que no le desaparecía de la mejilla.

Oí a Roger moviéndose dentro de la cabaña y supe que iba a tener que entrar tarde o temprano. Respiré hondo y abrí la puerta con las manos sudorosas. Descubrí que había hecho la cama con mucho cuidado y había colocado la manta superior doblada encima. Estaba sentado en el lado derecho de la cama. Dejé la ropa encima de mi maleta y me dirigí al lado izquierdo. Me sentía extremadamente tímida y me costaba recordar qué solía hacer normalmente con las manos. Cuando llegué a mi lado de la cama, vi que a Roger se le había levantado un poco la camiseta, dejando al descubierto una franja de espalda por encima del *short*. Miré hacia otro lado rápidamente, preguntándome qué hacer. ¿Debería sentarme también en la cama? ¿Apartar la manta? ¿Esperar a que él se metiera bajo la sábana primero?

Roger se volvió hacia mí.

—¿Todo va bien? —me preguntó—. Estaba empezando a preocuparme que te hubiera devorado un oso.

—Eh... Ja, ja —contesté intentando soltar una carcajada despreocupada, pero incluso yo me di cuenta de que había sido un fracaso lamentable—. No, estoy bien. Es solo que... —No tenía ni idea de cómo terminar esa frase, así que ni siquiera lo intenté, y quedó flotando allí en el aire entre nosotros—. Gracias por hacer la cama —dije por fin—. No tenías por qué.

—No es nada del otro mundo —repuso Roger con una sonrisa. Se puso en pie y me miró un momento, observando mi pijama—. ¡Vaya bomba!

—¿Quién? ¿Yo? —balbuceé, completamente desconcertada.

—Pues sí —contestó sin quitarme la vista de encima.

«Pero ¿qué...?» ¿Acaso estaba tirándome los tejos? ¿Justo antes de meternos en la misma cama? Como si las cosas no fueran ya lo suficientemente complicadas.

—Ah. Esto... gracias. A ver, no es que tú estés mal, pero no me parece que sea... Quiero decir que...

—Oh, no —me interrumpió Roger con rapidez, y noté que se había puesto colorado otra vez—. No. Me refiero... me refiero a lo que llevas puesto. ¿No te dará calor?

«Vaya.» Por un momento, me pregunté si sería posible hacer que uno de los osos que merodeaban fuera entrara y me matara.

—Ah, ya —contesté, intentando mantener un tono alegre—. Eh... creo que estaré bien. Aquí siempre tengo frío por la noche.

Roger asintió y se estiró, mostrando esta vez una franja de vientre plano. Volví a apartar la mirada, deseando que se hubiera puesto una camiseta un poquito más larga.

—¿Tú estarás bien así? —le pregunté—. Bastante abrigado, digo.

—Sí, sin problema —me aseguró mientras apartaba las mantas por su lado. Aliviada por tener algo que hacer, seguí su ejemplo en mi lado—. Siempre tengo calor de noche. Hadley solía decir que soy como un calentador.

Fui hasta la puerta, comprobé que estuviera cerrada y apagué la luz. Sin embargo, como las paredes eran blancas y se filtraba la de la luna, todavía había suficiente luz para poder llegar hasta mi lado. Roger se metió y yo hice lo mismo, procurando mantenerme lo más apartada posible sin llegar a caerme de la cama. Coloqué ambos brazos pegados a los costados y miré hacia el techo, plenamente consciente de lo juntos que estábamos. Podría tocarlo sin necesidad de estirar el brazo. Incluso notaba el ritmo de su respiración.

—¿Quién es Hadley? —pregunté después de un momento. Me imaginaba que sería su ex novia, aquella cuyo lado de la cama ocupaba yo ahora.

—Ah, sí —contestó Roger, y percibí que se le tensaba la voz—. Es mi novia. Mi ex novia —se corrigió de inmediato, y pareció enfadado consigo mismo—. Ella... Ella era...

Aguardé, girando la cabeza ligeramente para mirarlo; pero, al parecer, no iba a enterarme de qué era Hadley concretamente. Roger exhaló un profundo suspiro y luego colocó los brazos detrás de la cabeza. Contemplé aquellos bíceps un momento y luego clavé la mirada en el techo.

—¿Y tú? —me preguntó, volviendo la cabeza hacia mí—. ¿Hay alguien especial?

Pensé de inmediato en Michael, pero no estaba segura de querer hablarle a Roger de él.

—No, la verdad es que no —contesté. Luego, al pensar que eso me hacía parecer demasiado patética, añadí—: Bueno, había un chico, pero solo era... Quiero decir que más bien era... Me refiero a que en realidad no... —Me quedé callada, preguntándome adónde habrían ido a parar todos los adjetivos, sustantivos y verbos que conocía. El señor Collins estaría muy decepcionado—. No sé —concluí al final de manera brillante—. No hay nadie.

Vi que Roger se había colocado de costado, hacia mí, encogiendo levemente el cuerpo. Por lo general, yo también dormía de costado (o, al menos, lo intentaba). Miré hacia el techo, preparándome mentalmente para otra larga noche. Había empezado a sufrir insomnio por primera vez en mi vida durante el último mes. Me quedaba tumbada

despierta durante horas hasta que al final me daba por vencida y me ponía a ver el canal del tiempo. Por algún motivo, me resultaba relajante: aquella precisión, la forma en que básicamente predecían el futuro. Me gustaba que los meteorólogos pudieran decirle a la gente de todo el país cómo serían sus días y semanas. Preparaban a las personas, las avisaban de que una tormenta podría estar aproximándose. Así no te pillaba por sorpresa y completamente desprevenido cuando se te echaba encima.

Después de observar el radar meteorológico un rato, normalmente me quedaba dormida un par de horas. Pero aquí, sin el pronóstico para los próximos siete días, con la posibilidad de que hubiera osos rondando ahí fuera y compartiendo la cama con Roger, sabía que no iba a poder pegar ojo.

—Bueno, buenas noches, Amy —dijo Roger.

—Buenas noches. Que duermas bien. Y que sueñes con ositos —añadí de manera automática.

Así era como mi padre, Charlie y yo nos deseábamos buenas noches cuando veníamos aquí. Hacía años que no pensaba en eso y, sin embargo, aquí estaba, esperando la ocasión adecuada para reaparecer.

Roger se rió. Fue una versión más suave de la carcajada que le había oído antes.

—Vale —contestó—. Lo mismo te digo.

Lo vi cerrar los ojos y supuse que probablemente se habría quedado frito de inmediato. Sentí una envidia irracional de que alguien pudiera quedarse dormido así sin más, de que sus pensamientos no lo mantuvieran despierto. Yo era así antes.

Su respiración se volvió más lenta y acompasada y noté que empezaba a relajarme un poco. Había un trocito de cama entre nosotros hacia el que Roger no parecía desplazarse. Moviéndome lo más despacio que pude, me giré para colocarme de costado, mirando a Roger, y me acurruqué.

Y, aunque sabía que no iba a conseguir dormir, dejé que también se me cerraran los ojos.

Cuando me di cuenta, estaba despierta otra vez. Miré el reloj con los ojos entrecerrados y me asombró descubrir que eran las tres de la madrugada. Me había quedado dormida... incluso sin la ayuda del radar meteorológico. Me senté y miré a mi alrededor. La cabaña estaba más oscura que antes (puede que la luna se hubiera ocultado detrás de una nube) y

estaba sola en la cama. De inmediato, me invadió el pánico; lo que era irónico teniendo en cuenta lo poco que me había apetecido compartir la cama para empezar. Pero ahora me parecía demasiado grande. Comencé a repasar mentalmente la lista de sitios a donde podría haber ido Roger (al baño, a contemplar las estrellas de madrugada...), cuando oí su voz fuera. Miré hacia la puerta y vi que estaba ligeramente entornada. Pude oírle hablando.

—Hola, Hadley —le oí decir—, soy yo otra vez.

Miré a mi alrededor, preguntándome qué debería hacer. ¿Ponerme a escuchar música en el iPod, tal vez? Sabía que se suponía que no debería estar oyendo eso pero, al mismo tiempo, sentía muchísima curiosidad. Antes de poder tomar una decisión, Roger continuó. Parecía nervioso.

—Supongo que no estás en casa. O puede que estés durmiendo. Supongo que ahí es bastante tarde. O temprano. Así que, si te he despertado, lo siento... —Hizo una pausa—. Estoy en medio de las montañas, en California, y aquí las estrellas son preciosas. Ojalá pudieras verlas. Estoy... —Se quedó callado—. Es que no entiendo qué pasó, Had. Ni por qué no me has llamado. No es propio de ti. Así que... no sé. En fin, llámame si oyes esto, ¿vale?

Pensé que se despediría, pero no dijo nada más. Como supuse que volvería a entrar pronto, me tumbé y cerré los ojos, haciéndome la dormida para que no se enterase de que lo había oído.

Sin embargo, la siguiente vez que abrí los ojos, ya era completamente de día y pude oír pájaros (algunos cantando y otros graznando) a mi alrededor. Miré el reloj y vi que eran las ocho en punto. Dirigí la mirada hacia el otro lado de la cama y me encontré con la cabeza de Roger a un palmo de la mía. Dormía a pierna suelta y tenía un hombro destapado. Lo observé un momento, esperando no parecer una acosadora, simplemente descubriendo lo que era contemplar a alguien cuando parecía tan relajado, cuando había bajado las defensas por completo. Aparté la mirada, luego salí de la cama y me estiré. Hacía meses que no dormía tan profundamente.

Esto es
lo que
desayuné yo



Esto es lo que
desayunó Roger



*Comedor Curry
Dining Pavilion*



*Yosemite
por la mañana*

CURRY MARKET

1 Yosemite mug-"AMY"	4.95
1 Skittles	1.95
1 Postcard	1.24
1 Disposable camera	9.99
TOTAL:	18.13

CURRY MARKET

1 Yosemite mug-"ROGER"	4.95
1 Reese's Pieces	1.95
"Bear Necessities"	
T-shirt	12.99
TOTAL:	19.89

You'll be missed, Miss California.

—Jack's Mannequin

Después de que Roger se despertara, nos dirigimos al comedor.

Siempre me había encantado aquel edificio. Estaba hecho de piedra y tenía una chimenea enorme ante la que solía reunirse la gente. Entre la decoración de madera y la chimenea constantemente encendida, era la clase de lugar que hacía que te apeteciera acurrucarte con un chocolate caliente, incluso en julio. Además, de las paredes colgaban fotografías de mis antepasados lejanos, que habían llegado a Yosemite hacía más de un siglo y habían montado un campamento para ganar dinero. Con el tiempo, el campamento se había convertido en parte del parque. Al parecer, lo más importante que habían hecho mis antepasados fue crear «la cascada de fuego», durante la que se vertían brasas, todas las noches, por un conducto abierto en una montaña. «La cascada de fuego» había sido prohibida en los sesenta, principalmente porque a la gente le asombraba que nadie se hubiera matado todavía. Después de ofrecerle a Roger un breve recorrido turístico por la historia de mi familia, desayunamos.

O, para ser más precisos, yo desayuné. Roger se metió entre pecho y espalda la clase de comida que normalmente se reserva para las cenas de Navidad y la gente con la solitaria. Por suerte, se trataba de un bufet libre; aunque tuve el presentimiento de que se lo replantarían después de nuestra visita. Cuando Roger regresó de llenar el plato por tercera vez (en esta ocasión se había centrado en varias clases de carne), enarcó las cejas al ver mi plato.

—¿Solo vas a comer eso? —me preguntó.

—Pues sí —contesté, y luego tomé un sorbo de zumo de naranja. Ya me había comido un tazón de copos de avena, dos magdalenas y un plátano: lo que a mí me parecía más que suficiente—. Ya estoy llena.

—Deberías tomar más hidratos de carbono —me aconsejó. Se sentó en la silla, cogió la *Guía de Yosemite* que habíamos conseguido de camino aquí y se puso a leer mientras se

comía un trozo de salchicha—. Hoy hay un montón de actividades (senderismo, excursiones, algo relacionado con un sitio llamado Badger Pass...) y vas a necesitar energía.

Me pasó el folleto y fingí leerlo mientras lo observaba por encima del borde.

—¿Qué tal dormiste anoche? —le pregunté como quien no quiere la cosa.

—Genial —contestó, aunque me di cuenta de que se estaba concentrando demasiado en el lomo de cerdo ahumado—. Caí como un tronco. ¿Y tú?

—Ah, muy bien —dije con tono despreocupado.

Lo miré y me di cuenta de que Roger era más complejo de lo que había supuesto. Y que yo no era la única mentirosa sentada a la mesa.

—Hola, soy Amy. Deja un mensaje y luego te llamo. ¡Gracias!

Piii.

—Hola, soy mamá. Supongo que no nos ponemos de acuerdo. Me alegro de que llegarais sin problemas a Nuevo México, y espero que a estas alturas estéis llegando a Oklahoma. Llamé al Gallup Holiday Inn para asegurarme de que os habíais registrado, pero no tenían constancia de que estuvierais allí. Aunque me dio la impresión de que la recepcionista no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Bueno, llámame.



- Ascensión a Half Dome*
- Excursión por el valle de Yosemite
- Charla sobre naturaleza a cargo del guardabosques Rob: «¿Qué raíces y bayas son tus amigas?».
- ¡Emula a Ansel!⁵» - *Tour* fotográfico de Yosemite
- Paseo para contemplar flores silvestres
- ¡El sendero del haiku!

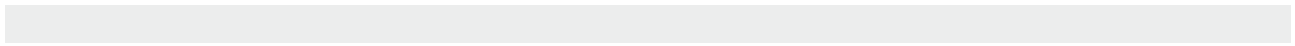
ACTIVIDADES DISPONIBLES:

- ~~Ascensión a Half Dome~~
- ~~Guardabosques Rob~~
- ~~Flores silvestres~~
- ~~Haiku~~

* Por favor, tenga en cuenta que se trata de una ascensión de clase 3 de varias horas recomendada únicamente para escaladores con experiencia. Deberá usar garfios de escalada y llevarse sus desechos. ¡Acompáñenos! Es obligatorio firmar un documento de renuncia eximiendo a Yosemite de toda responsabilidad en el improbable caso de muerte o amputación.

Nombre: Amy Curry/Roger Sullivan

Cabaña/Tienda número: 9



El sendero del haiku de Yosemite

A cargo del guardabosques Carl

¡Bienvenido a este lugar de serenidad y belleza natural! La tradición de «El sendero del haiku» lleva en marcha desde hace siete años y es una de nuestras partes favoritas del programa de excursiones de Yosemite. A lo largo del camino, habrá paradas designadas durante las que podrá anotar sus impresiones en la hoja adjunta. Por favor, intente mantener el patrón 5/7/5. Reserve los fragmentos e ideas más largos para «El paseo de los sonetos al atardecer» o «El recorrido del pareado en pareja».

¡QUE SE DIVIERTA!

El sendero del haiku de Yosemite

A cargo del guardabosques Carl

HOJA DE TRABAJO

Qué tontería,
los haikus son bobadas.
Me duelen los pies.
—Amelia E. Curry

Eras tú la que
quería ir a Half Dome,
¿no te acuerdas?
—Roger H. Sullivan

Pero encontré
la letra pequeña y
me acobardé.
—A. E. C.

Amy, creo que
los versos de los haiku
no deben rimar.
—R. H. S.

El sendero del haiku de Yosemite

A cargo del guardabosques Carl

HOJA DE TRABAJO

Oye, Rog, ¿haiku
en plural es lo mismo?

No me lo creo.

—A. E. C.

Pues sí, así es.
No cambia con el plural.

¿Y cómo que «Rog»?

—R. H. S.

Carl se pone muy
rojo cuando nos grita:

«¡No se retrasen!».

—A. E. C.

Tiene que darles
más tiempo a los lentos
para que cuenten.

—R. H. S.

El sendero del haiku de Yosemite

A cargo del guardabosques Carl

HOJA DE TRABAJO

¿Lo dices por mí?
Eso me ofende y
Carl me cae mal.
—A. E. C.

Cabreado y
la bragueta abierta.
Pobrecito Carl.
—R. H. S

¿Cómo? ¿En serio?
No lo había visto.
Madre mía. Ja.
—A. E. C.

–Esto es precioso –dijo Roger mientras estiraba las piernas y miraba a su alrededor.

Estábamos sentados en el patio exterior del Curry Dining Pavilion, contemplando el paisaje: los enormes pinos, las impresionantes montañas, los rayos de sol que se filtraban entre los árboles... Habíamos devuelto la llave de la cabaña y guardado de nuevo las cosas en el coche, pero estábamos lo bastante cerca del vehículo para ver si aparecía algún oso con pinta de estar hambriento. Roger levantó una mano para protegerse del sol y se puso en pie.

–Necesito las gafas de sol –dijo mientras se sacaba las llaves del coche del bolsillo. Me miró–. ¿Quieres que te traiga las tuyas?

–No, estoy bien –repuse, aunque tuve la impresión de que el tener que mirarlo entrecerrando los ojos le restó credibilidad a esa afirmación.

–¿En serio?

–Bueno –contesté intentando no entrecerrar los ojos, aunque me resultó físicamente imposible–, la verdad es que ahora mismo no tengo gafas de sol.

–En la tienda de regalos venden –me comentó Roger.

Ya las había visto: la mayoría eran de esas deportivas con cristales reflectantes que compraba la gente que de verdad iba a escalar montañas. Pero yo no quería ponerme unas gafas de sol.

–Estoy bien –repetí con tono firme.

Roger me miró unos segundos más, luego se encogió de hombros y se dirigió al coche.

Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás. Aquello era agradable, como si hiciera tiempo que no notaba el sol en la cara.

–¿Amy?

Abrí los ojos y vi a una mujer mayor de pie delante de mí, mirándome fijamente. Tenía el sol justo a su espalda y apenas podía distinguirla, así que me levanté para verla con más claridad. Iba equipada para hacer senderismo y llevaba una cazadora amarrada a la cintura. Tenía el pelo canoso, rizado y muy corto. Capté todos esos detalles antes de que un recuerdo despertara en mi mente. Era Cathy... no sé qué más. Por pura coincidencia, su marido y ella habían seguido el mismo calendario que nosotros durante años. Siempre nos encontrábamos con ellos cuando veníamos y, normalmente, acabábamos sentándonos juntos en el comedor. Creo que incluso nos enviaron una tarjeta de Navidad una vez: «Feliz Navidad de parte de no sé quién».

—Hola —la saludé intentando disimular que me había costado reconocerla—, Cathy.

Esperaba haber recordado bien su nombre; pero, por si acaso, bajé un poco la voz en la última sílaba.

—¡Sí que eres tú! —exclamó y, a continuación, me abrazó antes de poder darme cuenta de lo que estaba pasando—. Te reconocería en cualquier parte, pero ¡cómo has crecido! ¡Te has convertido en una jovencita muy guapa!

¿Por qué la gente mayor siempre decía ese tipo de cosas? Incluso cuando siempre nos estaban recordando que no se debía mentir. ¿Qué se suponía que tenía que responder a eso? Así que simplemente asentí con la cabeza.

—Bueno, ¿y dónde están los otros? —preguntó Cathy, mirando a su alrededor—. ¿Y tu hermano y tu padre? ¿Están dentro?

El corazón me retumbó en el pecho y empecé a notar la sensación de pánico que se apoderaba de mí cada vez que pensaba que tendría que contárselo a alguien. Todavía no había dicho aquellas palabras en voz alta y, sinceramente, no me veía capaz de hacerlo. Ni siquiera soportaba la idea de tener que pronunciarlas.

—Esto... —Noté que la voz me sonó forzada, como si la garganta se me cerrara alrededor de las palabras a la vez que yo intentaba escupirlas. Y me odié a mí misma y al hecho de que no pudiera formular ni una simple frase—. No han venido esta vez.

Parpadeé rápido, con la mirada clavada en el rayado suelo de madera, esperando contra todo pronóstico que Cathy «lo que fuera» lo dejara y se marchara. Vi a Roger por el rabillo del ojo, con las gafas de sol puestas, acercándose desde el coche. Aminoró un poco el paso al verme hablando con alguien.

—Vaya, qué pena —se lamentó Cathy—. ¡Comer con tu padre siempre era muy divertido! ¿Cómo le va? ¿Está bien?

—Eh...

Respiraba de manera entrecortada y parpadeaba a toda velocidad para contener las lágrimas. Lo único que deseaba era desaparecer, regresar a casa, donde podría estar sola y nadie me haría sentir esas cosas. Noté que estaba a punto de desmoronarme, de echarme a llorar allí mismo, delante de Cathy. Pero no había forma de escapar: tenía que quedarme allí y dejar que ocurriera. Y comprenderlo solo lo empeoraba. Podía sentir el pulso martilleándome en la garganta y cada vez me costaba más respirar. Volvía a invadirme la sensación de estar debajo del agua.

–Eh... –repetí, y se me quebró la voz. Cathy pareció darse cuenta de que algo iba mal porque enarcó las cejas y frunció levemente el ceño—. En realidad... está...

Un sollozo estrangulado escapó de mi garganta y aparté la mirada. Sabía que no sería capaz de continuar.

–Hola –le oí decir a Roger mientras se situaba al otro lado de Cathy. Extendió la mano, haciendo que la mujer dejara de mirarme. Aunque tenía la mirada borrosa, pude ver que me observaba por encima del hombro de Cathy—. Roger Sullivan. Soy un amigo de la familia.

–Cathy Summers –respondió la mujer.

Reparé vagamente en el apellido, me crucé de brazos y apreté los labios con todas mis fuerzas. Aun así podía notar cómo se me movían y que el mentón me temblaba de manera incontrolable.

–Estaba preguntando por el resto de la familia Curry –dijo Cathy alzando la voz en la última palabra para convertirla en una pregunta.

Roger me miró, pero yo mantuve la vista al frente, parpadeando rápido, intentando contener esa oleada de emociones, intentando encontrar el borde de la cordura y aferrarme a él. Roger dio un paso hacia Cathy y bajó un poco la voz.

–Lo cierto es que... –dijo, luego se quedó callado y carraspeó—. Por desgracia, el señor Curry falleció hace poco.

No pude seguir escuchando. Me dirigí hacia el comedor, manteniendo la cabeza gacha, y abrí la puerta de golpe. Pero aun así oí la exclamación de asombro de Cathy, seguida de ruiditos de compasión. Fui en dirección al baño lo más rápido que pude, pues no me hacía falta estar allí para saber qué venía a continuación. Que estaba atónita. Que era una tremenda tragedia. Y luego, por supuesto, la gran pregunta: ¿cómo había ocurrido? Al menos Roger no sabía la respuesta.

Abrí la puerta del baño, que por suerte estaba vacío, y me encerré en el primer cubículo. Apoyé la espalda contra la fría puerta de metal y dejé que el llanto se apoderase de mí. Lloré con la cara enterrada en las manos, con grandes y horribles sollozos que parecían surgir de algún lugar en lo más hondo de mi ser. Hasta que ocurrió, nunca había llorado así, y lo odiaba. Ese llanto era inmenso e incontrolable, y nunca me hacía sentir mejor. Únicamente me recordaba que todavía no había llorado mucho; así que, naturalmente, cuando ocurría era un proceso desgarrador y violento. Los ataques de llanto simplemente parecían demostrar que, por mucho que yo quisiera fingir

lo contrario, tenía un enorme y profundo agujero en el pecho que había intentado cubrir con hojas y unas cuantas ramas. Aquel patético camuflaje no me engañaba ni a mí misma.

Cuando me pareció que ya había pasado lo peor (cuando volví a respirar de manera más regular, con solo algún que otro hipo interrumpiendo el ritmo), me limpié la cara con las manos. A continuación, abrí la puerta del cubículo y salí. Me estremecí al ver mi propio reflejo. Tenía los ojos rojos e hinchados, la nariz colorada y la piel llena de manchas. Abrí el agua, la enfrié todo lo que pude y me mojé la cara. Luego me la sequé con las ásperas toallitas de papel marrón, lo que solo pareció empeorar las cosas.

La puerta se abrió y entró una madre, que guió a su hija hasta el lavamanos. La mujer me miró, aunque apartó la vista con rapidez, y supe que, por muy tentadora que me pareciera la idea, esconderme en el baño todo el día no era una opción viable. Abrí la puerta y casi me tropiezo con Roger, que estaba sentado en el suelo, a la derecha de la puerta.

—Hola —me saludó mientras se ponía de pie, y vi que tenía mi bolso—. Eh... te dejaste esto fuera.

Asentí con la cabeza y cogí el bolso con la mirada clavada en la moqueta marrón grisácea.

—Gracias —dije, y noté que todavía tenía la voz ronca. Pero, por suerte, ya no parecía fuera de control.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Puesto que era evidente que la respuesta era «no», no parecía tener sentido contestar que estaba bien. No me consideraba tan buena actriz. Así que simplemente me encogí de hombros.

—Bueno... —dijo Roger, y luego se quedó en silencio un instante antes de seguir. Cuando volvió a hablar, lo hizo de manera vacilante, como si eligiera cada palabra cuidadosamente antes de pronunciarla—. Si alguna vez quieres hablar... o simplemente que te escuche...

—¿Cómo te enteraste? —pregunté hablando muy rápido, ya que parecía la forma más fácil de conseguir que las palabras salieran de mi garganta—. ¿Te lo dijo tu madre? ¿O fue por el recordatorio del frigorífico?

Todavía no me atrevía a levantar la vista, así que le formulé las preguntas a la moqueta.

—Fue por mi madre —respondió Roger después de un momento—. Creo que asistió al... al funeral.

Seguramente había venido. Su madre podría haber llegado a la iglesia de St. Andrew montada sobre un elefante y yo no me acordaría.

Asentí con la cabeza.

—¿Sabes...? —Respiré hondo y me obligué a preguntarlo. No creía que lo supiera, pero tenía que asegurarme—. ¿Sabes cómo pasó?

—No. ¿Quieres contármelo?

Negué con la cabeza, moviéndola solo una vez a cada lado. Noté que empezaba a temblarme de nuevo el labio y me lo mordí lo más fuerte que pude.

—Bueno —dijo Roger después de un momento—. Deberíamos ponernos en marcha, ¿no te parece?

Asentí y, cuando levanté la mirada, vi que Roger me ofrecía sus gafas de sol. Ni se me ocurrió rechazarlas; sencillamente las cogí y me las puse. Eran demasiado grandes para mí: unas pesadas gafas cuadradas de chico que se me escurrían por la nariz. Sin embargo, en ese momento agradecí disponer de una pequeña barrera entre mi cara y el mundo, aunque solo fuera para no asustar a los niños de Yosemite. Nos dirigimos a la salida y le dediqué un último vistazo a la taberna antes de salir. Ya no me parecía el acogedor lugar de esa mañana. Dejé que la puerta se cerrara de golpe detrás de mí y seguí a Roger hasta el coche.

LA CARRETERA MÁS SOLITARIA DE ESTADOS UNIDOS



*Long-distance information,
give me Memphis, Tennessee.
—Elvis Presley*

Febrero – Cuatro meses antes

—¿Qué opináis? —nos preguntó mi padre, mirándome primero a mí y luego a Charlie. Parecía increíblemente orgulloso de sí mismo.

Miré a Charlie, que estaba sentado al otro lado de la mesa, y luego a mi izquierda, hacia mi padre, que sonreía de oreja a oreja. A continuación, bajé la vista hacia el regalo que acababa de desenvolver: una guía de viaje de Memphis, Tennessee. Charlie parecía igual de desconcertado con su regalo: un libro sobre la historia del blues.

Mamá regresó a la mesa con un tazón de té, sonrió y negó con la cabeza.

—Ya te dije que era demasiado críptico, Ben —comentó.

Yo no tenía ni idea de qué significaba eso, pero, como de costumbre, Charlie sí.

—Son pistas —nos explicó mi padre, al que no parecían desanimarlo lo más mínimo nuestras reacciones—. De adónde vamos a ir este verano.

Levanté mi libro.

—¿A Memphis, tal vez?

—Eso es —contestó mi padre con una paciencia infinita—. Pero no a cualquier parte de Memphis...

Charlie puso los ojos en blanco y dejó su libro sobre la mesa.

—¿A Graceland? —preguntó, y mi padre asintió con la cabeza. «¿En serio?», articuló para que yo pudiera leerle los labios desde el otro lado de la mesa, pero no le hice caso.

—¡Exacto! —exclamó mi padre mientras me quitaba el libro de las manos y lo hojeaba—. Creo que allá por julio estaría bien. Así que no hagáis planes, ninguno de los dos, porque vamos a hacerle una visita al Rey.

Charlie negó con la cabeza y apartó el libro.

—Sin ánimo de ofender, papá, pero Graceland es un muermo.

—¿Un muermo? —repitió mi padre, fingiendo indignarse.

Se volvió hacia mi madre en busca de apoyo, pero ella simplemente le sonrió y negó con la cabeza mientras hojeaba el *New York Review of Books*, manteniéndose fuera del conflicto, como siempre.

—No es un muermo —opiné mientras recuperaba mi libro y le echaba un vistazo.

—¿Acaso has estado alguna vez? —repuso Charlie.

—¿Y tú? —contraataqué fulminando a mi hermano con la mirada.

No entendía por qué Charlie tenía que ponerle pegas a todo y no podía seguir la corriente por una vez. Graceland tampoco era el lugar que más me apetecía visitar, pero estaba claro que era importante para papá. Algo que, como siempre, a Charlie no parecía importarle un comino.

—Tu hermana tiene razón —terció mi padre.

Pude oír cómo Charlie mascullaba entre dientes:

—Cómo no.

—Puesto que soy el único de los presentes que ha estado en Graceland, puedo dar fe de que no es un muermo. Es una institución estadounidense. Y vamos a ir. Meteremos las cosas en el coche...

—Un momento. —Charlie se sentó más derecho—. ¿Vamos a ir en coche? ¿Hasta Tennessee?

—Eso hay que discutirlo —intervino mamá levantando la mirada de la revista—. Está muy lejos, Ben.

—No hay mejor forma de ver el país —afirmó mi padre, recostándose contra la silla—. Y, cuando lleguemos a Memphis, visitaremos Beale Street, veremos los patos de Peabody, comeremos barbacoa... —Se volvió hacia mí con una sonrisa—. ¿Estás lista para hacer de copiloto, calabacita?

She's gonna make a stop in Nevada.

–Billy Joel

–¿Vamos en la dirección correcta? –preguntó Roger mirándome de reojo.

Me subí sus gafas de sol y le di la vuelta al mapa. Había elegido una ruta de salida diferente, ya que me había parecido más fácil salir por el otro lado de Yosemite que retroceder hasta la entrada del parque.

–Creo que sí –respondí mientras observaba una señal a la que nos estábamos aproximando. Sin embargo, las ramas del árbol que había al lado la tapaban por completo. Lo único que conseguí ver fue una franja verde encima–. Genial –murmuré.

–Estoy un tanto desorientado –dijo Roger observando atentamente la carretera.

–Vamos bien –le aseguré, aliviada, al ver una señal que no estaba cubierta de ramas y que nos indicaba cómo llegar a la autopista–. Gira a la derecha aquí.

–Me alegro de que lo tengas todo controlado –admitió mientras giraba a la derecha–. A mí no se me da muy bien orientarme. Y tampoco sé nunca cuándo me he perdido. Lo que es una mala combinación, porque siempre pienso que si continúo por un camino el tiempo suficiente al final todo saldrá bien.

–Bueno, a mí se me dan bien los mapas. Así que yo haré de navegante –dije intentando aliviar el nudo que empezaba a formarse en la garganta.

–Estupendo. Serás mi Chekov.

Lo miré confusa.

–¿Anton Chejov? ¿El dramaturgo?

–No, Chekov, el navegante de la nave *Enterprise* –aclaró, mirándome–. De *Star Trek*.

–Nunca he visto *Star Trek* –dije con un minúsculo suspiro de alivio. Puede que Roger no fuese tan guay como me había parecido al principio.

–Eso es una tragedia –contestó Roger–. Aunque tengo que admitir que yo no he leído nada de tu Chejov.

Cuando abandonamos Yosemite, la carretera fue volviéndose más sinuosa y desierta. Solo tenía dos carriles y, a medida que nos fuimos encontrando curvas cada vez más cerradas, quedó claro que estábamos en las montañas. Al observar los pinos que nos rodeaban, me pareció imposible que siguiéramos en el mismo estado que ayer, plagado de autopistas y palmeras.

—¿Te apetece poner algo de tu música? —me preguntó Roger cuando su lista de reproducción empezó de nuevo.

—No, así está bien —contesté.

Mis sospechas de que a Roger no le gustaban los musicales se vieron confirmadas ayer al ver su lista de reproducción. Al parecer, le gustaba la clase de música de la que siempre estaba hablando la gente del instituto que estaba al día de esas cosas, la clase de grupos que tenían nombres que ni siquiera parecían reales. ¿Someone still loves you, Boris Yeltsin? ¿Eso era un grupo? ¿Un grupo de verdad con otros fans aparte de Roger? Así que tenía el presentimiento de que no iba a gustarle mi selección de canciones de Jason Robert Brown y Elvis. Y, de todas formas, yo ya no escuchaba a Elvis.

—¿De verdad? No quiero seguir acaparando la tarea de DJ.

—No pasa nada —insistí.

No quería tener que ver cómo fingía que le gustaba mi música, o que simplemente la toleraba, mientras deseaba que llegara el momento de poder volver a poner la suya. Era más fácil seguir escuchando su música. Y, la verdad, resultaba que me gustaba casi toda.

—Al menos dame una pista de lo que te gusta —pidió.

Me encogí de hombros, deseando que dejara de interrogarme.

—Me gusta todo.

Roger negó con la cabeza.

—Eso es escurrir el bulto. Decir que te gusta todo es como decir que no te gusta nada.

—Tengo mis preferencias —solté con más brusquedad de la que pretendía—. Pero me da igual escuchar una cosa u otra, ¿vale?

Miré por la ventanilla, arrepintiéndome de inmediato de aquellas palabras. Últimamente me pasaba eso muy a menudo: me enfadaba de repente sin ningún motivo. Por eso era más fácil dejar de hablar con la gente.

—Vale, como quieras —aceptó Roger después de un momento—. Cuando lleguemos a la civilización, haré otra lista.

—No incluyas nada de Elvis —pedí sin apartar la mirada de la ventanilla.

–¿No eres fan del Rey? –me preguntó, y pude sentir su mirada sobre mí.

Me encogí de hombros, levanté las piernas y me rodeé las rodillas con los brazos mientras veía pasar el paisaje.

–Algo así –contesté.

Dos horas después habíamos atravesado los pueblos que rodeaban el lago Tahoe y nos dirigíamos a la frontera de Nevada. Cuando, después de una hora o así, quedó claro que la civilización no quedaba a la vuelta de la esquina, paramos en el arcén y Roger compiló una nueva lista de canciones.

Aunque sabía que California era grande, hasta ahora no me había percatado de cuánto. Parecía imposible que siguiéramos en el mismo estado. Continuamos encontrándonos más paisajes montañosos durante un buen rato: más rocas, pinos y curvas cerradas. Pero el terreno se fue allanando un poco y la Autopista 50 (la serpenteante carretera de dos carriles por la que habíamos viajado desde que habíamos salido de Yosemite) pasó a tener cuatro carriles, dos en cada dirección.

Cuando la nueva lista de reproducción empezaba a sonar por segunda vez, Roger redujo la velocidad y se detuvo a un lado de la carretera. Lo miré y él me hizo una seña con la cabeza en dirección a un punto situado por delante del coche.

–Me pareció que debíamos parar y señalar este momento. Echa un vistazo.

Miré hacia donde me indicaba y allí estaba: un letrero blanco, bastante pequeño, con unas letras azules que decían: «BIENVENIDOS A NEVADA». Y justo debajo ponía: «EL ESTADO PLATEADO».

–¡Caramba! –exclamé con la mirada clavada en el cartel.

–Estamos a punto de salir de California –anunció Roger–. ¿Cómo te sientes?

–Bien –contesté sin detenerme siquiera a pensar en la respuesta.

Y me sentía bien. Llevaba pensando en eso desde que había sentido el deseo de salir de Yosemite. Se trataba del impulso de pasar página, de alejarme de California y todo lo que había ocurrido allí.

–Bueno –dijo Roger mientras estiraba una mano hacia el asiento de atrás y cogía el mapa de carreteras–. ¿Sabemos hacia dónde vamos?

—Claro —contesté. Cogí el mapa de sus manos y busqué la página de Nevada, que de repente me pareció preocupantemente grande. Además, estábamos atravesando el estado por la parte más ancha, no por la puntita por la que podías cruzarlo si ibas por la ruta sur—. He aquí la cuestión. Solo hay dos interestatales que atraviesen Nevada: la 80, que sube por Reno, y la 15, que baja por Las Vegas.

—¿Por Las Vegas? —preguntó Roger, echándole un vistazo al mapa.

—Exacto —contesté—. Ahora mismo, estamos más cerca de la de Reno; pero aun así tendríamos que desviarnos. Y eso nos llevaría hasta Salt Lake City, lo que me parece mucho rodeo.



—¿Y cuál es el plan?

—Bueno —dije dando golpecitos con el dedo en el punto donde nos encontrábamos—, ahora mismo estamos en la Autopista 50. Y, por lo que veo, si seguimos por ella atravesaremos todo Nevada y llegaremos a Utah. Y, una vez en Utah, podremos coger la Interestatal 70.

–¿No hay ninguna interestatal que pase por el centro de Nevada? –preguntó Roger mirando el mapa–. Vaya –dijo después de echarle un vistazo–. Pues no hay, ¿no?

–Pero creo que esa es la mejor opción –opiné, estudiando el mapa.

Al observarlo, me di cuenta de que, en cuanto a logística, Yosemite no había sido una buena elección. Habíamos tardado mucho en llegar hasta allí y en salir y, al parecer, ahora cruzar Nevada iba a suponer todo un reto. Por lo visto, no había demasiada gente que decidiera salir de California a través de un parque nacional.

–¿Crees que aun así vamos bien de tiempo? –le pregunté, plenamente consciente del hecho de que se suponía que deberíamos estar llegando a Tulsa en ese momento, no empezando a salir de California.

–Probablemente –respondió Roger, que seguía observando el mapa–. Estoy convencido de que podremos recuperar el tiempo perdido. Y seguro que tu madre lo entenderá si llegamos un día tarde.

Yo no estaba tan segura de eso, pero asentí con la cabeza.

–Bueno, ¿qué ruta deberíamos seguir? Yo elegí Yosemite. ¿Adónde quieres ir tú?

–Pues... –Roger levantó la mirada hacia mí un momento, luego volvió a clavarla en el mapa y buscó la página de Colorado–. Parece que, si cogemos la interestatal en Utah y la seguimos a través de Colorado, llegaremos a Colorado Springs.

–Más o menos –asentí. No estaba demasiado cerca, pero sí bastante. Lo miré, sorprendida de que quisiera ir a un sitio en el que ya había estado–. ¿Ahí es donde quieres ir?

–Bueno, tendría sentido –contestó sin mirarme mientras jugueteaba con el volumen del iPod–. Por lo menos tendríamos un lugar en el que quedarnos gratis. Y puedo enseñarte el campus, ver si alguno de mis amigos andan por allí... –dijo esto último muy rápido.

–Claro –acepté retrocediendo unas páginas hasta Nevada–. Me parece bien.

–Genial –respondió, y parecía increíblemente aliviado–. Entonces, por la Autopista 50, ¿no?

–Vamos allá –dije, asintiendo con la cabeza.

Roger puso el intermitente y volvió a incorporarse a la carretera.

Después de dos horas, nos dimos cuenta de que algo iba mal. La carretera había pasado en algún momento de tener cuatro carriles a dos: uno en cada dirección. Aunque eso concretamente no era lo preocupante, ya que nos habíamos encontrado varios tramos parecidos cerca de Yosemite. La diferencia era que, de pronto, no había... nada. La carretera se extendía por delante de nosotros en línea recta hasta donde alcanzaba la vista. Teníamos montañas a lo lejos por delante de nosotros y montañas a lo lejos por detrás; pero, en su mayor parte, era un enorme y abierto paisaje desierto atravesado por el centro por la carretera de dos carriles. Y nada más. Aquel terreno llano suponía un gran cambio comparado con las serpenteantes carreteras de montaña cerca de Yosemite. El camino estaba bordeado de matorrales y me costaba creer que solo unas pocas horas antes nos rodearan los pinos.

Seguimos avanzando. Me fijé en que Roger se había sentado un poco más recto y también miraba a su alrededor. No había absolutamente nada: ni gasolineras ni tiendas ni restaurantes de comida rápida. Y casi no había coches. Alguna que otra vez, aparecía alguno detrás de nosotros, pero siempre acababa adelantándonos. Ni siquiera hacía falta un carril de adelantamiento, ya que se podía ver lo que había por delante a lo largo de lo que parecían kilómetros. Muy de vez en cuando, un coche o un camión se acercaba por el carril opuesto. Sin embargo, durante las dos últimas horas, solo habíamos visto tres vehículos.

—Esto... —dije cuando no pude soportarlo más—. ¿Es cosa mía o esto es un poco raro?

—Muy raro —coincidió Roger. Tenía cara de estar preocupado, y eso me hizo darme cuenta por primera vez de lo alegre que parecía normalmente.

—¿Crees que deberíamos...? —empecé a decir. Observé la carretera, que parecía continuar, exactamente igual, durante kilómetros—. ¿Crees que deberíamos dar media vuelta?

Me desmoralizó un poco la idea de tener que retroceder, de dar por perdidas esas horas y no conseguir llegar a donde queríamos ir.

—No lo sé —admitió Roger. Ahora iba sentado muy recto, con ambas manos en el volante y el ceño fruncido. Avanzamos sin hablar durante un rato, solo acompañados por el sonido de su música. Por fin, dijo—: Mira, seguro que llegamos a un pueblo pronto, ¿no? Y, una vez allí, ya tomaremos una decisión.

—Vale —acepté, pues suponía que tenía razón. La civilización no podía haber desaparecido por completo. En algún momento acabaríamos encontrando un pueblo de

carretera. Estaba segura.

Una hora después, llegamos a un pueblo.

Nunca en toda mi vida me había alegrado tanto de ver una gasolinera. Era un lugar diminuto, con dos surtidores y una tiendita. Paramos y usé la tarjeta de mi madre para pagar la gasolina. Mientras Roger repostaba, me confesó lo que no se había atrevido a decirme antes: que estábamos quedándonos sin gasolina y que, si no hubiéramos llegado a ese pueblecito (Fallon, en Nevada) cuando lo hicimos, podríamos haber estado en graves aprietos.

Cuando el depósito estuvo lleno, usamos cada uno el baño correspondiente y nos reunimos dentro de la minúscula tienda, que en realidad parecía más bien una casa. Pero me daba igual. Supuse que simplemente habíamos llegado a un extraño y desierto tramo de Nevada; pero que pronto estaríamos de vuelta en el maravilloso mundo donde había todo tipo de servicios al lado de la carretera, letreros con grandes arcos dorados y otros coches en el camino.

Saqué un refresco de vainilla de la vitrina que había en la pared del fondo y luego, después de dudar un momento, también una cerveza de raíz. Roger estaba estudiando el surtido de patatas fritas, pero le hice una seña y levanté la lata que había cogido para él, enarcando las cejas en señal de pregunta. Asintió y me dedicó una pequeña sonrisa. Pasé por el pasillo de las golosinas y cogí un paquete de Skittles para mí y otro de Reese's Pieces⁶ para Roger un poco a regañadientes, ya que siempre había odiado cualquier tipo de golosina con mantequilla de cacahuete. En mi opinión, la mantequilla de cacahuete solo se debía usar en sándwiches, y nada más. También vi otra cosa que no había visto nunca: unas chocolatinas con envoltorio rojo llamadas LOOK!⁷ El nombre funcionó, porque miré y decidí probar una. Me encontré con Roger en el mostrador, sobre el que acababa de dejar una bolsa de patatas fritas con sabor a barbacoa. Añadí el montón de golosinas que traía y la mujer situada detrás del mostrador (que era muy bajita, con el pelo blanco y la piel un poco curtida) lo sumó todo.

—Acabamos de llegar —comentó Roger mientras la mujer apretaba las teclas de la caja registradora usando el extremo con goma de un lápiz—. La carretera estaba bastante... desierta.

—Pues claro —respondió la mujer sin levantar la vista de la máquina mientras seguía introduciendo números—. ¿Qué esperabais?

—Esto... —dijo Roger, mirándome.

Yo tampoco sabía qué contestar a eso, pero intervine de todas formas.

–Supongo que nos sorprendió que no hubiera más cosas. Pero, a partir de aquí, eso cambia, ¿no?

La dependienta miró a Roger, luego a mí y después a nuestro coche.

–¿Sois de California? –nos preguntó con cierto desdén al ver la matrícula blanca. Asentí con la cabeza–. Ya me lo imaginaba. ¿Sabéis siquiera dónde estáis?

–¿En Fallon? –dije con vacilación, esperando que no se refiriera al nombre de la gasolinera, porque ya se me había olvidado.

La mujer negó con la cabeza.

–Fallon se acaba dentro de un minuto más o menos.

Nos mostró el total: 13.11\$. Saqué del bolsillo el dinero de mi madre y le entregué un billete de veinte. La mujer me devolvió el cambio y metió nuestras cosas en una bolsa de plástico.

–Pero os esperan kilómetros y kilómetros de carretera sin gran cosa. –Me pasó la bolsa por encima del mostrador–. Bienvenidos a «La carretera más solitaria de Estados Unidos».

Roger y yo cerramos las puertas del coche y nos miramos el uno al otro.

–Vaya –murmuró.

–Y que lo digas –coincidí.

Noté que había sonado tan estupefacta como él. Quizá hubiera sido por mi expresión de horror, pero la dependienta se había mostrado un poco más amable después de dejarnos claro en qué carretera habíamos acabado. Nos explicó que todo el mundo sabía que la Autopista 50 estaba desierta y que no podía creerse que nos las hubiéramos arreglado para dar con ella por accidente. Nos aconsejó que nos asegurásemos de tener siempre suficiente gasolina ya que, aunque había algunos pueblos, todos estaban a más de ciento cincuenta kilómetros de distancia los unos de los otros. Luego nos anotó su número de teléfono y nos dijo que se llamaba Barb, que su cuñado era policía estatal y que si teníamos algún problema con el coche la llamáramos y ella se lo haría saber. A continuación, se despidió de nosotros.

Roger introdujo las llaves en el contacto, pero no arrancó.

—No sé qué hacer —dijo pasándose una mano por la cara. Parecía preocupado de nuevo—. Es que...

Me miró. Ya hacía rato que me había quitado sus gafas de sol y las había colocado en el portavasos, pero me puse a jugar con ellas cuando su mirada directa empezó a hacerme sentir incómoda. Roger soltó un suspiro.

—Tu madre confía en mí. Mi madre confía en mí. Y ambas esperan que te lleve al otro lado del país, pronto, y sana y salva. Y ahora nos hemos desviado muchísimo y estamos en la carretera más penosa del país...

—La más solitaria —lo corregí, pero Roger siguió hablando.

—Y no tengo ni idea de qué es lo mejor. ¿Deberíamos dar media vuelta y buscar una interestatal? ¿Llamar a tu madre y contarle dónde estamos exactamente? Porque esto ya no me parece tan buena idea. Creo que hemos encontrado la carretera al infierno,⁸ como si estuviéramos dentro de una canción de AC/DC.

Levanté la vista para mirarlo a los ojos y luego volví a bajarla enseguida.

—¿Tú qué crees que deberíamos hacer? —me preguntó.

—Me parece...

Observé el papel con el número de teléfono de Barb y pensé en la carretera por la que habíamos venido. Pensé en tener que hacerle frente a más de lo mismo. Mucho más de lo mismo: según Barb, como mínimo ocho horas más por la Autopista 50 antes de llegar a la interestatal en Utah. Pero, para mi sorpresa, eso no me preocupaba. Ahora que sabía por qué no veíamos coches ni gente, que no habíamos acabado en una especie de purgatorio al estilo de *Perdidos*, todo eso ya no me preocupaba tanto.

—Me parece que deberíamos seguir adelante —opiné. Roger suspiró, aferró el volante y luego lo soltó—. Me refiero a que, teniendo en cuenta el tiempo, no tiene sentido volver.

—Pero ¿y si pasa algo? En otras circunstancias, seguiría la carretera y esperaría que mejorara, pero no sé si puedo soportar ocho horas más así. ¿Tú sabes cambiar una rueda? —Negué con la cabeza—. Pues yo tampoco. Y, a pesar de lo que haya dicho Barb, no quiero tener que depender de su cuñado en caso de que tengamos algún problema con el coche en lo que literalmente parece el medio de la nada.

—Pero, de todas formas, deberíamos retroceder durante dos horas para llegar a la interestatal —señalé—. Y hay más gente viajando por aquí. Es una carretera estadounidense. No es como si estuviéramos en la Conchinchina.

—No —coincidió Roger mientras arrancaba el coche—. Pero estamos en la carretera más deprimente del país.

—La más solitaria. No es lo mismo.

Me miró.

—¿De verdad vamos a hacerlo? —me preguntó.

Y, por primera vez desde que empezó el viaje, sentí que estábamos haciendo algo juntos. Estábamos tomando una decisión en común.

Asentí.

—Vamos a hacerlo.

Roger me sonrió levemente.

—Muy bien —dijo mientras salíamos de la gasolinera—. Allá vamos.

Volví la vista atrás y vi a Barb en la puerta de la tienda, observándonos. Sin pensarlo, le dije adiós con la mano y ella hizo lo mismo. Continué mirando a aquella mujer bajita hasta que tomamos una curva y se perdió de vista.

Barb nos había dicho la verdad: Fallon terminó casi tan rápido como había empezado. Mientras nos alejábamos, nos encontramos señales advirtiéndonos de que no habría más «gasolineras ni servicios» durante los próximos ciento cincuenta kilómetros y que nos asegurásemos de estar preparados. Vi que Roger frunció el ceño al leerlo, pero siguió adelante y reemprendimos la marcha por la Autopista 50.

Seguimos adelante. El tiempo parecía transcurrir de una manera diferente cuando no había nada que te indicara cuánto habías avanzado ni hacia dónde te dirigías. A veces miraba mi reloj, pensando que había pasado una hora, cuando en realidad solo habían sido cinco minutos. Otras, le echaba un vistazo al reloj del coche y me daba cuenta de que habían volado cuarenta y cinco minutos en lo que yo habría jurado que solo habían sido quince. Ahora que sabía qué esperar de esa carretera, no me resultaba tan estresante. Aunque todavía había ocasiones en las que la absoluta soledad del entorno me provocaba un momentáneo ataque de pánico, luego la sensación pasaba, miraba por la ventanilla, contemplaba el paisaje y notaba cómo me calmaba.

Puede que fuera porque nunca había visto nada igual; pero, aunque daba miedo y estaba aislado, el paisaje que se extendía al otro lado de la ventanilla era la cosa más bonita que había visto nunca. Era sencillamente impresionante. No estaba acostumbrada a ver una porción tan grande del mundo. Era como si alguien hubiera abierto las páginas de un libro en relieve, en el que la figura en tres dimensiones era nuestro coche, y todo lo

demás que nos rodeaba fuera completamente plano. Lucía el sol, pero no tanto como para obligarme a entrecerrar los ojos, y además Roger ya había recuperado sus gafas de sol. El cielo era de un azul brillante y claro y las pocas nubes que lo llenaban parecían demasiado pintorescas para ser reales. Había montañas delante de nosotros, allá en el horizonte, aunque no parecía que nos acercáramos nunca. Pero me daba igual. Simplemente realzaban la belleza del paisaje. Así era como me había imaginado que sería el desierto, aunque probablemente no habría sido capaz de expresarlo con palabras hasta ahora. Incluso el aislamiento estaba empezando a gustarme: la sombra de nuestro coche era lo único que se veía en la carretera. Era como si fuéramos a presenciar algo únicamente nosotros, algo que pocas personas habían visto antes.

Después de una hora, empezó a dolerme el trasero por estar sentada tanto tiempo en la misma posición, así que me saqué las sandalias, coloqué un pie en el salpicadero y luego el otro. Le eché un vistazo a Roger para comprobar si le molestaba, pero no me dio esa impresión. Simplemente me miró y me sonrió levemente antes de volver a concentrarse en la carretera. Había activado el control de velocidad y me resultó un poco raro verlo con ambas piernas dobladas en el mismo ángulo y los pies apoyados sobre la alfombrilla, como si el coche se dirigiera por sí mismo hacia el horizonte infinito. Me deslicé un poco más en el asiento y miré por la ventanilla.

Seguimos adelante. A las afueras de un pueblecito llamado Middlegate, pasamos junto a un enorme álamo del que colgaban cientos (o miles) de zapatos que proyectaban sombras en la carretera. Roger aminoró para observarlo: algo fácil, ya que no venía ningún coche detrás de nosotros.

—¿Sabes qué? Siempre he querido hacer eso —dijo con la mirada clavada en el árbol.

—Pues adelante —lo animé.

Contemplé aquel extraño espectáculo. Todos esos zapatos, zapatillas y botas que habían lanzado, unidos por los cordones, sobre las ramas. El coche redujo aún más la velocidad y pensé que Roger iba a parar para hacerlo. Pero entonces negó con la cabeza.

—Seguramente sea un desperdicio —repuso. Pero lo vi mirar de nuevo el árbol por el retrovisor mientras volvíamos a acelerar.

Como media hora después de encontrar el árbol de zapatos, hice parar a Roger para sacar una fotografía, pero me di cuenta de que sería imposible capturar todo el paisaje. Así que giré trazando un círculo y saqué una foto en cada dirección, ya que comprendí que esa sería la única forma de acercarme siquiera a captar lo que estaba viendo. Bajé la

cámara y me quedé inmóvil un momento, embebiéndome de aquel silencio. Aunque probablemente debería haberme dado miedo encontrarme en el arcén de una solitaria carretera en medio del desierto, no era así. Me resultaba extrañamente relajante.

Dónde he estado...

Estado nº 2: NEVADA – El estado plateado

Lema: Todo por nuestro país

Tamaño: También grande

Datos: En mi opinión, no le vendría mal una reestructuración de su sistema de autopistas. ¿Es que nadie piensa en la gente que vive en medio del estado?

Notas: Las señales de las autopistas estatales llevan dibujada la forma del estado y el número de la autopista dentro. Además, es mejor no conducir por carreteras solitarias a menos que SEPAS que vas a ir por una carretera solitaria.



Eureka, Nevada.

*«¡El pueblo más amable en la carretera
más solitaria!» (Es la pura verdad.)*





Llamad si tenéis algún problema.
(775) 555-2847
¡Acordaos de LLENAR EL DEPÓSITO!
-Barb





No había más coches en la carretera. Solo se oía el murmullo del viento, el sonido del motor al ralentí y, a través de la ventanilla abierta del lado del conductor, los ruiditos de las teclas del iPod de Roger mientras recopilaba otra lista de reproducción. Cerré los ojos, permití que el viento me arremolinara el pelo alrededor de la cara y dejé escapar un suspiro que no sabía que había estado conteniendo.

We're on the road to nowhere. Come on inside.

–Talking Heads

Cuando llegamos a Eureka, uno de aquellos pueblecitos, ya estaba empezando a anochecer. No habíamos parado a cenar, en parte porque no parecía haber ningún sitio donde detenerse a comer, pero sobre todo porque daba la impresión de que Roger quería cruzar la Autopista 50 lo antes posible. Compramos un nuevo cargamento de aperitivos en la tienda de otra pequeña gasolinera; aunque esta vez añadí unas barritas de cereales y un cóctel de frutos secos, pues me pareció que deberíamos comer algo que se pareciera más a la comida de verdad que los Fritos, por ejemplo.

Regresamos a la autopista mientras el atardecer empezaba a hacer acto de presencia mediante una línea rosada en la parte baja del horizonte que lentamente fue apoderándose de todo el cielo. La sombra del coche se fue alargando cada vez más por delante de nosotros. Eché la cabeza hacia atrás y contemplé la puesta de sol.

–Oye, Amy –dijo Roger. Al mirarlo, vi que estaba toqueteando los botones y palancas que había alrededor del volante–. No sé qué ha pasado. Las luces se encendieron automáticamente anoche. Puede que desactivara algo sin darme cuenta...

Él tenía razón. Había oscurecido lo suficiente para que se encendieran las luces.

–Déjame ver.

Eché un vistazo, pero me di cuenta enseguida de que no iba a poder acercarme lo suficiente con el cinturón puesto. Me lo desabroché y me incliné sobre el costado de Roger, plenamente consciente de lo juntos que estábamos.

–Eh... –Estudié los botones de mi lado del volante, pero no vi los controles de las luces por ninguna parte–. Creo que deben de estar en tu lado –le dije.

–¿De verdad? –preguntó bajando la mirada, lo que provocó que el coche se desviara ligeramente.

–Pues sí –contesté.

Respiré hondo y me incliné sobre él, asegurándome de mantener la vista al frente. Sabía que si volvía la cabeza estaríamos lo bastante cerca para besarnos. Vi el dial que controlaba las luces en el lado del volante de Roger.

–Espera un momento –le dije.

Estiré una mano procurando no tocar a Roger, giré el dial hasta la posición de encendido automático y dos puntos de luz cobraron vida de inmediato en la carretera oscura. Regresé a mi lado del coche y me abroché el cinturón, notando que el corazón me latía un poco más rápido de lo habitual.

–Gracias –dijo Roger, poniendo las luces largas.

Los faros de nuestro coche eran la única luz que se vía en toda la carretera, aunque la oscuridad no era total porque una luna enorme y brillante había aparecido sobre nosotros en aquella despejada e inmensa extensión de cielo. Y las estrellas eran aún mejores que las que se veían en Yosemite, porque parecía haber más, como si el cielo fuera mucho más grande de lo normal. Roger estiró una mano hacia el asiento de atrás y, al ver lo que estaba buscando, le alcancé su mochila.

–¿Esto? –le pregunté.

–Sí, gracias. ¿Puedes sacarme las gafas? Están en un estuche marrón.

Abrí la cremallera de la mochila e introduje una mano deseando que hubiera suficiente luz para ver lo que había dentro. Pero aun así encontré el estuche, lo abrí y le pasé las gafas.

Roger se las puso y se las ajustó con cierta timidez.

–Bueno... Solo me las pongo para conducir de noche. Bueno, y en el cine. Supongo que para ver cosas a lo lejos en sitios oscuros.

–Son bonitas –dije, asimilando aquella nueva faceta suya. Y era verdad: ahora parecía un poco más asequible, un poco más torpe, y mucho menos perfecto.

–Cuando me las pongo, tengo pinta de profe de Mates sustituto –dijo con tristeza–. Bueno, según alguna gente –añadió después de un momento.

–Pero un profe de Mates sustituto muy guay –repuse, y obtuve como recompensa otra de sus fuertes carcajadas.

–Gracias por el apoyo.

Volví a guardar el estuche vacío en la mochila y estaba a punto de cerrar la cremallera cuando vi un pequeño bloc de dibujo en el fondo.

—¿Dibujas? —le pregunté, y luego me di cuenta de que probablemente pensara que estaba fisgoneando. Lo que en cierta forma era verdad, pero había sido sin querer—. Lo siento, es que lo he visto ahí dentro...

—No pasa nada. Sí, dibujo —respondió asintiendo—. Aunque no se me da demasiado bien. Solo lo hago por diversión.

—¿Te importa que eche un vistazo? —pregunté mientras sacaba el bloc.

Roger se rió.

—No, adelante. Pero no te burles de mí.

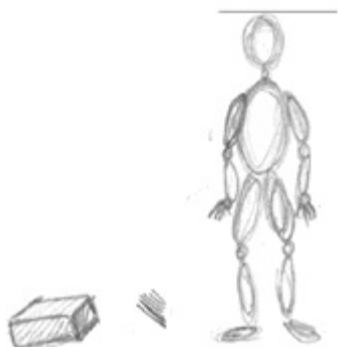
Apoyé el bloc sobre el salpicadero y fui hojeando las páginas a la luz de la luna. Casi todas estaban llenas de pequeños bocetos. Roger tenía un estilo caricaturesco, a menos que hiciera minirretratos: entonces los dibujos se volvían más realistas. La mayoría de los retratos parecían ser de una chica guapísima con el pelo largo y claro. Supuse que sería Hadley, pero no quise preguntárselo porque me pareció que ya había husmeado suficiente por una noche. Cerré el bloc y volví a guardarlo en la mochila.

—Son buenos —dije, pero Roger simplemente sonrió y negó con la cabeza—. ¿Estudias Bellas Artes?

—No, ni hablar. Me decanto más por Historia, con Ciencias políticas como segunda especialidad.

—Ya... —contesté.

Normalmente, ahora sería cuando yo diría que mi padre era profesor de Historia en la universidad, pero reprimí el impulso. De ninguna manera, no iba a hablar de eso. Sin embargo, el hecho de que no pudiera hacer ni siquiera ese simple comentario provocó que me envolviera una oleada de tristeza. Me volví hacia la ventanilla y me acurruqué. Miré hacia fuera, contemplando el interminable paisaje vacío y los millones de estrellas en lo alto. Entonces apoyé la cabeza contra el frío cristal de la ventanilla y cerré los ojos.



—Amy. Oye, Amy.

Me desperté sobresaltada. Había estado soñando: era marzo, hacía calor y el césped recién cortado se me pegaba a los pies descalzos. Todavía medio dormida, miré a Roger, que conducía en medio de la oscuridad. La carretera desierta se extendía de manera

interminable por delante de nosotros. Ah, claro. Estábamos en «La carretera más solitaria de Estados Unidos». Por supuesto.

Intenté girar la cabeza y noté de inmediato un tirón en el cuello.

—Ay —musité.

Al parecer, había conseguido encontrar la posición para dormir más incómoda del mundo.

—Hola —murmuré restregándome los ojos. Miré el reloj y vi que eran las dos de la madrugada—. ¡Madre mía! —exclamé sentándome más derecha—. ¿No deberíamos parar para que puedas dormir un poco?

Por delante de nosotros, la carretera seguía oscura y completamente desierta y las estrellas brillaban con tanta intensidad como unas horas antes. En cierta forma, era como si fuéramos las dos únicas personas sobre la faz de la tierra en ese momento, como si solo estuviéramos nosotros y nuestro coche bajo aquel cielo inmenso y las estrellas brillaran solo para nosotros.

—Por eso quería despertarte —dijo. Incluso con la luz del salpicadero, pude notar que parecía agotado. Tenía los ojos somnolientos detrás de los cristales de las gafas—. Quiero llegar a Utah esta noche. Estoy deseando salir de esta carretera y, si podemos llegar a Delta, estaríamos casi en la interestatal. Y entonces seguro que conseguiríamos llegar a Colorado Springs mañana.

Aunque le agradecía ese apremio, me resultó sorprendente, ya que había sido él el que había dicho que teníamos mucho tiempo. Me pregunté por qué le habría entrado tanta prisa de repente por llegar a Colorado Springs.

—Pero necesito que me mantengas despierto —me pidió.

—Eh... Por supuesto. —Lo miré, esperando más instrucciones—. ¿Y cómo lo hago?

Vi los faros de otro coche dirigiéndose hacia nosotros. Parecía estar a kilómetros de distancia, pero, como era la única luz en el horizonte, resultaba fácil de divisar. Roger puso la luz corta incluso aunque seguramente faltaran como cinco minutos para que el otro coche nos alcanzara.

—Háblame —contestó pasándose una mano por la frente—. Asegúrate de que te responda. Y, si pudieras poner un poco de música nueva, sería genial.

—Vale —dije mientras cogía su iPod—. Pero siempre podemos parar en Ely y dormir un poco.

Según el mapa, parecía que Ely era el último pueblecito en Nevada antes de entrar en Utah.

Roger negó con la cabeza.

–Tenemos que llegar a Utah –insistió.

Puesto que había sido el rodeo que yo había elegido lo que nos había retrasado, no pensaba discutir con él.

–Pon algo animado –pidió señalando el iPod–. No me dio tiempo de preparar una nueva lista, pero debería haber guardadas algunas viejas.

Revisé el iPod y vi que la mayoría de las listas de reproducción tenían títulos muy genéricos, como «Lista #1» o «Lista #2». Me desplazé hasta el principio, pues supuse que tendría que echarles un vistazo para intentar averiguar qué clase de música hacían aquellos grupos con nombres tan raros, cuando vi una lista titulada «Tendrías que haber estado allí... ☺». Me imaginé que la carita sonriente sería una buena señal, así que la seleccioné y volví a colocar el iPod en la base. La primera canción que empezó a sonar era bonita y lenta y la letra hablaba de un tipo que estaba perdidamente enamorado.

–¿Qué lista es esa? –preguntó Roger bruscamente, y me volví hacia él, sorprendida.

–La de la carita sonriente. Pensé que...

–Pon otra cosa –dijo todavía con voz tensa. Noté que estaba apretando el volante con fuerza y que ya no parecía nada cansado.

–Claro –murmuré.

Le di al botón de pausa y la canción se detuvo, dejando el coche en silencio. Mientras me desplazaba por las otras listas de reproducción, me dio la impresión de que de pronto la tecla de selección hacía muchísimo ruido. Encontré una llamada «Lista #4» y la elegí, esperando que no hubiera ningún problema. Empezaron a sonar unas trompetas muy animadas y Roger aflojó las manos.

–¿Esto está mejor?

–Mucho mejor. Lo siento. Debería haberla borrado.

Supuse que tendría algo que ver con Hadley (probablemente formara parte del título), pero no pensaba preguntar. Así que me limité a asentir con la cabeza.

–Ella me hizo esa lista –dijo Roger después de un momento–. Hadley.

Aquel nombre quedó flotando en el aire entre nosotros un instante y no pude evitar fijarme en que lo había pronunciado de forma diferente. Como si ese nombre, y solo ese nombre, contuviera las mejores letras del alfabeto.

—Mi ex —añadió de manera innecesaria.

Aunque quizá lo hizo por su propio bien, puesto que al parecer le costaba recordarlo.

—Ya —murmuré sin saber qué más decir.

«¡Amy!» seguramente habría sabido qué preguntar. Se habría mostrado comprensiva y amable y habría animado a Roger a hablar de sus sentimientos sin reservas. No se habría quedado sentada en silencio a su lado, mirando por la ventanilla, con miedo de preguntarle nada por si acaso él hacía lo mismo.

—Utah —anunció Roger señalando el cartel.

Redujimos la velocidad y me incliné hacia delante para echarle un vistazo. La señal decía: «BIENVENIDOS A UTAH». Y luego, debajo, en letras más pequeñas: «HORARIO DE VERANO DE LA MONTAÑA».

Mientras pasamos de largo, pensé en la línea imaginaria que acabábamos de cruzar y en que, aunque estaba a dos estados de distancia de California, nada parecía diferente. Aunque tampoco es que hubiera esperado que lo fuera.

—Bueno —dijo Roger mirándome—. No estás cumpliendo con tu trabajo. Necesito que me mantengas despierto. Hazme preguntas. Recita poesía. Lo que sea.

—¿Es una persona? —pregunté, bostezando, durante la sexta partida del juego de las veinte preguntas.

—Sí —contestó Roger—. Diecinueve. ¡No te me distraigas, Curry!

Aquello me hizo sonreír. Ocurrió de manera automática, lo que me sorprendió tanto que me detuve de inmediato.

—¿Está vivo?

—No. Dieciocho.

—¿Es un hombre?

—Sí. Diecisiete.

Miré a Roger, que ya no parecía correr el riesgo de quedarse dormido al volante. Había averiguado por las malas que los estudiantes de Historia tenían una clara ventaja jugando a las veinte preguntas, pero estaba empezando a hacerme una idea de la clase de respuestas que elegía constantemente.

—¿Es un explorador?

Roger me miró un instante, enarcando una ceja, como si lo hubiera impresionado un poco.

—Sí. Dieciséis.

Ya había elegido a Drake, Livingstone y sir Edmund Hillary. Me arriesgué, esperando tener razón, ya que no estaba segura de cuántos exploradores más conocía.

—¿Es Vasco da Gama?

Roger suspiró, aunque parecía contento.

—Lo has averiguado con cinco preguntas. Bien hecho. Te toca.

—¿Qué te pasa con los exploradores? —quise saber, pues supuse que cuatro seguidos tenía que ser un patrón, no solo una estrategia para ganarme siempre.

Roger se encogió de hombros, como si le diera un poco de corte. Se pasó una mano por el pelo y algunos mechones se le levantaron. Sentí el impulso de colocárselos bien, pero lo reprimí de inmediato.

—Siempre me han interesado. Desde que era niño. Me encantaba la idea de que la gente pudiera descubrir cosas. Poder ser el primero en ver algo. O ver algo que nadie más hubiera conseguido ver.

—¿Por eso estudias Historia?

Sonrió sin mirarme.

—Probablemente. Empecé a leer libros de Historia como si fueran manuales de instrucciones cuando era niño, intentando averiguar qué habían hecho esos exploradores para poder hacerlo yo también. Solía estar convencido de que iba a encontrar algo muy importante.

—Pero a estas alturas ya lo han descubierto todo —repuse.

Me giré un poco más hacia él, tirando del cinturón para aflojarlo, y apoyé la espalda contra la ventanilla.

—Bueno, técnicamente —contestó, aunque eso no parecía preocuparlo—. Pero yo creo que todavía hay un montón de cosas por descubrir. Solo tienes que prestar atención.

Levanté una rodilla y apoyé el mentón encima mientras meditaba sobre lo que acababa de oír.

—Madre mía, no paro de hablar —dijo, riéndose—. Te toca. Cuéntame algo sobre ti.

Eso era lo que menos me apetecía en este mundo, ni ahora ni nunca.

—Pues no sé qué decirte. Yo no he descubierto nada.

—Todavía —añadió Roger con énfasis, y noté que se me escapa otra sonrisa.

Sin embargo, al mirarlo (con sus gafas de profe de Mates sustituto y su expresión optimista) se me borró la sonrisa. Roger todavía no había descubierto que las cosas no acababan sucediendo simplemente porque uno lo deseara.

—Claro —contesté, y luego subí el volumen de la música. Estaba sonando una canción sobre un imperio falso que, después de escucharla por segunda vez, descubrí que me gustaba mucho.

—Lo digo en serio —insistió—. Cuéntame algo sobre ti. Por ejemplo: ¿qué es de lo que más te arrepientes?

No me esperaba esa pregunta, pero supe de inmediato cuál era la respuesta, y cerré los ojos para no recordarlo. Aquella mañana de marzo, con las sandalias en la mano y los pies cubiertos de fragmentos de césped. La única cosa en la que no quería pensar.

Abrí los ojos y lo miré.

—Ni idea.

Yesterday, when you were young...

–The Weepies

8 de marzo - Tres meses antes

–Bueno, ¿y qué pasó? –me preguntó Julia, ansiosa.

–Basta ya –contesté, riéndome.

Estaba sentada en los escalones delanteros de mi casa, hablando con mi amiga por teléfono, mientras mi padre cortaba el césped. Mi madre y yo siempre estábamos tomándole el pelo con ese tema. Mi padre solía ser bastante vago con todo lo demás, pero parecía estar obsesionado con el césped. Nunca tenía aspecto de que hiciera falta cortarlo, principalmente porque papá se pasaba todos los sábados por la mañana haciendo precisamente eso.

–Hacerlo bien requiere técnica –nos insistía siempre–. ¡Ya me gustaría veros intentarlo!

Mientras lo observaba, giró el cortacésped trazando un ángulo cerrado de noventa grados para llegar a una esquina del jardín.

–En realidad no hay nada que contar –dije volviendo a prestarle atención a Julia.

–Ya, claro –repuso ella.

Noté que se estaba riendo, algo que siempre me hacía feliz, ya que, por lo general, Julia era demasiado serena, siempre se pensaba bien las cosas antes de decirlas.

–Necesito detalles, Amy.

Se me extendió una sonrisa por la cara. Anoche había tenido una cita (y una alucinante sesión de morreo) con Michael. Y Julia siempre era la primera persona a la que le hablaba de estas cosas. En cierta forma, si no se lo contaba, no parecía real.

–Estuvo bien –contesté, y pude oír el profundo suspiro que soltó mi amiga al otro lado de la línea telefónica, allá en Florida.

–¡Detalles! –insistió de nuevo.

–Mi padre está aquí fuera –dije, bajando la voz–. No puedo hablar de esto ahora.

–Saluda a Julia de mi parte –gritó mi padre mientras hacía girar el cortacésped otra vez.

–¡Ponle más ganas! –le respondí, y él me sonrió mientras se dirigía en la otra dirección en busca de un trozo sin cortar invisible para cualquiera salvo para él.

–Vamos –protestó Julia–. Desembucha. ¿Te va bien con tu universitario?

Eché un vistazo para comprobar que mi padre estuviera lo bastante lejos para no oírnos.

–Sí –contesté recostándome contra el escalón y preparándome para una de nuestras maratónicas conversaciones–. Vale. A ver, anoche me recogió a las ocho.

–¿Y qué llevabas puesto? –quiso saber.

–Amy –dijo mi madre desde la puerta, a mi espalda.

Bajé el móvil y la miré. Parecía estresada y, normalmente, el sábado era el único día en el que se permitía relajarse.

–Dime.

–¿Has visto a tu hermano?

Noté que el pulso se me aceleraba un poco mientras pensaba un instante cuál sería la respuesta adecuada. Charlie no me había enviado ningún mensaje explicándome una coartada, así que no tenía ni la más remota idea de qué les había dicho a nuestros padres que estaba haciendo ni qué habría acabado haciendo en realidad.

–No –contesté al final.

–No está arriba –comentó mi madre. Frunció el ceño mirando hacia la calle–. Voy a comprobarlo otra vez –dijo, y volvió a entrar.

–Lo siento –me disculpé con Julia–. Problemas con Charlie.

–¿Cómo le va? –me preguntó.

Julia había estado coladita por mi hermano durante la secundaria, pero se le había pasado en el instituto, cuando Charlie siguió un camino muy distinto al nuestro.

–Más o menos igual –contesté.

Es decir: no demasiado bien. Sabía que Julia entendería a qué me refería. Volví la mirada hacia la casa y supuse que debería echar una ojeada e intervenir antes de que las cosas empeoraran.

–Voy a tener que colgar.

–Vale –dijo Julia–. Pero llámame luego, ¿vale? ¿Me lo prometes?

—Por supuesto —le aseguré.

Colgué y abrí la puerta. Sin embargo, antes de entrar, dediqué un instante a mirar a mi padre, que estaba en su elemento, entretenido con el cortacésped y silbando para sí.

Beehive Inn

DELTA, UT

Fecha de llegada: 8 de junio, 3:35 h.
Fecha prevista de partida: 8 de junio

**LAS HABITACIONES DEBEN QUEDAR
LIBRES A LAS ONCE DE LA MAÑANA**

Nombre: Edmund Udell/Hillary Udell

Dirección:
1 Salt Lake City Boulevard
Salt Lake City, Utah
Código postal desconocido
Teléfono: Sin teléfono

Habitación: Suite nupcial
Forma de pago: Efectivo
Precio previsto de la habitación:
99\$ + impuestos

¡DISFRUTE DE SU ESTANCIA!

A love-struck Romeo sings a streetsuss serenade.

—Dire Straits

Me senté en el borde de la cama de matrimonio, intentando no descolocar los pétalos de rosa esparcidos sobre ella, mientras esperaba a que Roger saliera del baño e intentaba averiguar cómo rayos había pasado eso. Otra vez.

Habíamos tardado más de lo que pensábamos en llegar a Delta, el primer pueblo de Utah a lo largo de la Autopista 50. A esas alturas, estaba realmente preocupada por Roger, que llevaba conduciendo casi un día entero. La mayoría de los moteles que nos encontramos tenían iluminada la palabra «NO» en los letreros que indicaban si había habitaciones disponibles y estaba empezando a inquietarme qué ocurriría si no conseguíamos encontrar algún sitio para quedarnos en Delta. En el mapa, parecía que el siguiente pueblo estaba como a una hora de distancia y tenía el presentimiento de que Roger no aguantaría tanto.

Al final, nos detuvimos en el Beehive Inn para ver cuál era la situación. Puesto que tenía mejor pinta que los moteles de carretera, no anunciaba si tenía habitaciones libres con luces de neón en el letrero. Salimos del coche y, mientras nos dirigíamos a la entrada, noté que tenía los músculos de las piernas entumecidos y que me dolía el trasero por estar sentada tanto tiempo. Fui poniéndome nerviosa cuando atravesamos las puertas automáticas de cristal y entramos en el vestíbulo, que me resultó demasiado brillante después de estar viajando de noche. Esa era la primera vez que intentaba registrarme por mi cuenta en un hotel. ¿Podía hacerlo o había que tener dieciocho años? ¿Por eso nos había hecho las reservas mi madre? ¿Porque yo no podría hacerlo?

El corazón me iba a mil por hora cuando llegué al mostrador de recepción. El hotel parecía agradable, aunque tenía un aire hogareño un tanto excesivo, con todas las superficies disponibles cubiertas con colchas. Sin embargo, antes de que tuviera tiempo de echar un buen vistazo, nos dio la bienvenida un recepcionista con pinta de estar hecho polvo.

–¿Son ustedes los Udell? –nos preguntó, mirándome primero a mí y luego a Roger.

–¿Qué? –repuse, desconcertada, pues esa no era la pregunta que había esperado. Y Roger, que prácticamente se estaba quedando dormido de pie, tampoco parecía capacitado para responder.

–Les he reservado la última habitación que nos queda –dijo mirándome con el ceño fruncido mientras tecleaba en el ordenador–. Recibí el mensaje de que querían cancelar la reserva, pero, como la hicieron por adelantado, no la he cancelado.

–¿Y es la única habitación que tienen disponible esta noche? –pregunté mirando de reojo a Roger, al que se le iban cerrando los ojos y luego los abría de repente.

–Sí –contestó el recepcionista con cierta irritación.

–Pues sí –dije pensando rápido.

Si esa gente había cancelado la reserva, lo más probable era que no fueran a aparecer. Además, eran las tres y media de la madrugada y era evidente que Roger necesitaba dormir lo antes posible.

–Somos nosotros –anuncié con una gran sonrisa–. Los Udell.

Eso pareció despertar un poco a Roger, que me miró con cara de sorpresa.

–Por fin –murmuró el recepcionista–. Muy bien. ¿Me dicen sus nombres? –preguntó colocando los dedos sobre el teclado.

–Eh... A ver. Él es... Edmund y yo soy Hillary.

Roger me dedicó una mirada un poco más severa y yo intenté encogerme de hombros con la mayor discreción posible.

Creo que el recepcionista empezó a sospechar cuando no supe decirle el código postal de Salt Lake City y cuando Roger, que a esas alturas ya se había unido a la conversación, le explicó que no podíamos proporcionarle un número de móvil porque eso no era más que una moda pasajera. Pero creo que para entonces el recepcionista simplemente quería que lo dejáramos en paz. Pagué en efectivo usando los fondos del cajón de los calcetines de mi madre para que a los Udell, fueran quienes fuesen, no les cobraran. A continuación, el recepcionista nos entregó una llave: no una tarjeta-llave, sino una auténtica y anticuada llave de latón de la que colgaba un corazoncito.

–Disfruten de su estancia –nos dijo con una extraña sonrisa y enarcando una ceja.

Le di las gracias y Roger y yo fuimos en busca de la habitación.

Que resultó ser la suite nupcial.

Clavé la mirada un momento en la placa en la que estaba escrito el nombre de la habitación con unas letras llenas de florituras, esperando que fuera una broma. Pero no lo era: la llave encajaba en la cerradura y eso explicaba la sonrisilla del recepcionista y el colgante en forma de corazón. Abrí la puerta, entré y me puse colorada al contemplar la habitación. El edredón blanco de la cama de matrimonio estaba cubierto de pétalos de rosa y a un lado de la cama había una botella de champán flotando en un cubo de agua. Eso me pareció raro hasta que me di cuenta de que probablemente había sido hielo hace unas horas. Cuando Roger cerró la puerta, lo miré esperando no tener la cara del mismo color que el pelo.

—Esto... —empecé, muerta de la vergüenza y sin saber cómo justificar eso—. Eh...

—Bonita habitación, Hillary —comentó con una leve sonrisa.

Puede que estuviera demasiado cansado para sentir vergüenza, porque ni siquiera se había sonrojado.

—Lo siento muchísimo. Pero era la única que les quedaba...

—No pasa nada. Voy a cambiarme primero, si no te importa.

Se dirigió al baño, portando su macuto.

—Claro —contesté sin apartar la vista de la cama.

Cuando Roger cerró la puerta del baño, me miré en el espejo y vi que ya casi no estaba colorada. Luego examiné la habitación. Hacía tiempo que no me quedaba en un hotel de verdad (la cabaña de Yosemite no contaba). Era un sitio agradable. Había un bloc de notas sobre el escritorio del rincón, junto con un bolígrafo amarillo y negro con el nombre del motel. Cogí ambas cosas y me las guardé en el bolso. En ese momento, se me ocurrió que esa era la primera vez que me quedaba en un hotel sin mi familia. Y estaba en la suite nupcial. Con un universitario.

Justo mientras se me ocurría esa desconcertante idea, Roger salió bostezando del baño vestido con el mismo *short* y la misma camiseta que anoche. Ahora que sabía qué esperar, no me sorprendió tanto. Roger también miró hacia la cama.

—Me da pena destruirlo —comentó.

Observé los pétalos de rosa y advertí que los habían colocado en forma de corazón. Aparté la mirada, cogí mi maleta y me dirigí al baño.

—No creo que a los Udell les importe —dije con la mayor indiferencia de la que fui capaz.

Cerré la puerta y me apoyé contra ella, dejando escapar un suspiro. Sabía que Roger estaba cansado, pero era evidente que no tanto como para no darse cuenta de que habían preparado la habitación con la expectativa de que la gente que se quedara en ella tuviera relaciones sexuales.

Estábamos en la suite nupcial. La expectativa de que hubiera sexo flotaba en el aire, como un perfume, salvo que menos sutil. Era peor que compartir la cama de Yosemite, aunque aquella era más grande. Era como si hubiera una presencia incorpórea en la habitación. Una presencia que esperaba que tuviéramos relaciones. Noté que me ponía colorada de nuevo y, gracias al espejo, esta vez tuve pruebas visuales. Examiné el baño intentando pensar en otras cosas y vi que la bañera era de dos plazas. En el borde había un bote de espuma de baño de regalo y un platito con pétalos de rosa.

Para ganar tiempo, y también aprovechando que ese baño estaba en la habitación y no a cinco minutos a pie por un territorio plagado de osos como anoche, me di una larga ducha. Luego me puse el pijama, cambiando la camiseta de manga larga que me había puesto anoche por una de manga corta, ya que supuse que allí no haría tanto frío. Al peinarme, intenté no fijarme en todo el pelo que quedó pegado al peine cuando terminé. Guardé mis cosas y añadí la espuma de baño, el champú, el kit de costura y la crema de manos de regalo.

Cuando salí del baño, vi que Roger ya estaba acostado en su lado de la cama, con los ojos cerrados. Así que puede que a él no le hubiera molestado la extraña presión de aquella habitación.

Roger había apagado todas las luces salvo una, la pequeña lámpara con pantalla floreada situada en la mesita de noche del lado izquierdo: mi lado. Me metí bajo las mantas intentando hacer el menor ruido posible y apagué la luz. Me coloqué de costado y miré a Roger, que estaba acurrucado mirando hacia mí. Dormir a su lado no me pareció tan aterrador como ayer. ¿Solo había pasado un día?

Lo observé un momento. Y luego, aunque estaba segura de que lo de anoche había sido pura suerte y no iba a conseguir dormir, cerré los ojos.

–Buenas noches, Roger –murmuré.

Poco después, me sorprendió oírlo contestar, porque creía que estaba dormido:

–Buenas noches. Pero me llamo Edmund.

Por cierto, en el Mom's
Café, un **SCORE***
es un **FUNNEL
CAKE**** ENORME.
Roger se comió
cuatro.

¡CAFETERÍAS!
¿Por qué no
hay cafeterías
en Raven Rock?



Roger se burló de mí por sacarles
fotos a los árboles.

- * Especie de panecillo individual. Se suele servir caliente y abrirlo por la mitad para untar mantequilla o mermelada, por ejemplo. Puede estar relleno de pasas, arándanos, etc.
- ** Receta tradicional estadounidense elaborada vertiendo masa en aceite caliente, con la ayuda de un embudo o manga pastelera, formando un círculo. Se puede servir acompañado de azúcar glas, mermelada, chocolate, sirope, etc. (Notas de la T.)

Dónde he estado...

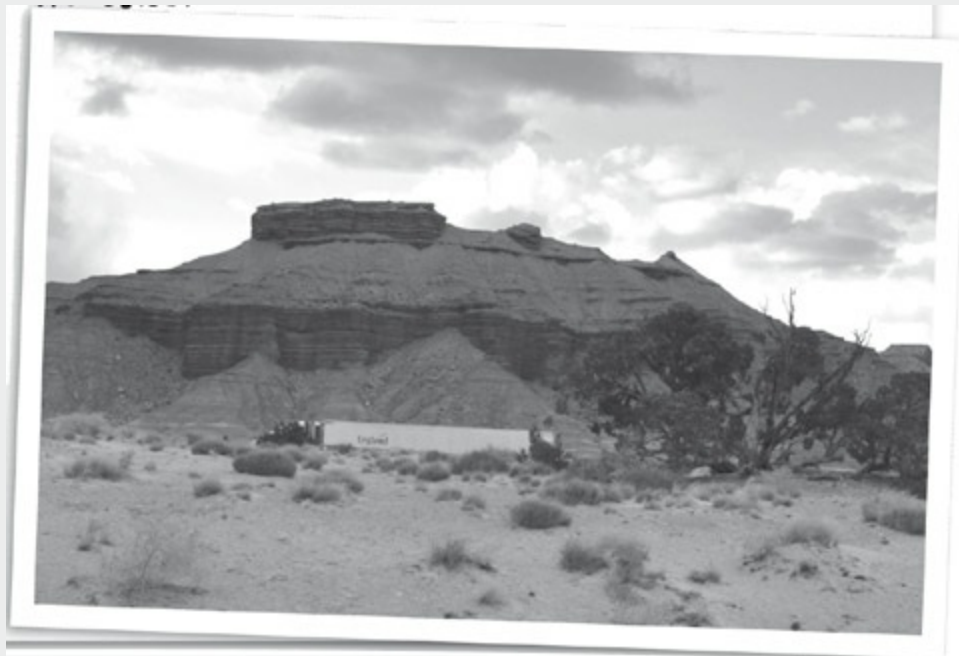
Estado nº 3: UTAH - El estado de la colmena

Lema: Industria

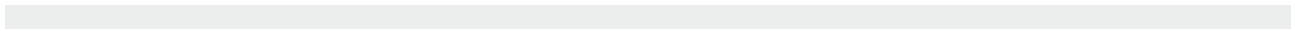
Tamaño: Grande, otra vez. Muy, muy grande.

Datos: ¡El estado de la colmena! Todas las señales que te indican en qué carretera estás tienen dibujos de colmenas.

Notas: Una señal al lado de la interestatal ponía: «PRECAUCIÓN: PASTOS ABIERTOS». ¿Y eso qué significa? En serio, ¿¿qué significa?? Pero Utah es TAN bonito. Incluso los árboles son lo bastante bonitos para sacarles fotos, y eso NO es una estupidez. Ah, y el código postal de Salt Lake City es 84148. Por si acaso.



¡¡¡Utah es IMPRESIONANTE!!!



COLORADO SPRINGS ETERNO



ROGER PLAYLIST #4

«Hillary y Edmund se echan a la carretera», alias
«Gente que les saca fotos a los árboles»

TÍTULO

ARTISTA

"Colorado"	Grizzly Bear
"Young Folks"	Peter, Bjorn and John
"I Am John"	Loney, Dear
"Unknown Legend"	Neil Young
"Break It Out"	The Rocket Summer
"No You Girls"	Franz Ferdinand
"Surf Colorado"	Bowling for Soup
"Just Like Heaven"	The Cure
"The First Single (You Know Me)"	The Format
"Gravel"	Ember FX
"Rootless Tree"	Damien Rice
"I Figured You Out"	Elliott Smith
"Baby, It's Fact"	Hellogoodbye
"Free"	Cat Power
"Don't Forget to Breathe"	Beulah
"Love Like a Sunset, Part I"	Phoenix
"Nobody Move, Nobody Get Hurt"	We Are Scientists
"A Year in the Past, Forever in the Future"	Dashboard Confessional

¡MIRA! ¡UN ÁRBOL! ¡TENGO QUE
PARAR Y HACERLE UNA FOTO!



¡MIRA! ¡OTRO ÁRBOL!!



There's no surf in Colorado.

–Bowling for Soup

–Hola, soy Amy. Deja un mensaje y luego te llamo. ¡Gracias!

Piii.

–Amelia. Soy tu madre. No me gusta que no me devolvieras la llamada ayer. Estoy empezando a preocuparme, sobre todo porque parece que ninguno de los hoteles tiene constancia de que os hayáis registrado. Llámame inmediatamente.

–Hola, ha llamado a Pamela Curry. Por favor, deje un mensaje con su nombre y número de teléfono y le devolveré la llamada en cuanto me sea posible. Gracias.

Piii.

–Hola, mamá. Caramba, parece que no hay manera de que consigamos hablar. Qué raro. Pero ¡todo va bien! No tienes por qué preocuparte. Resulta que... nos encontramos con tráfico a las afueras de... Oklahoma, de donde ya salimos hace mucho. Así que llevamos un poco de retraso. Pero no hemos tenido problemas para encontrar hoteles. El viaje va como la seda y todo marcha bien. ¡Pues eso, que no te preocupes!

–¿Es un hombre? –me preguntó Roger.

–Sí –contesté–. Dieciséis.

–¿Está vivo?

–No. Quince.

–¿Es un explorador?

–Solo a ti se te ocurriría preguntar eso. No.

–Tú siempre me lo preguntas.

–Porque siempre eliges exploradores.

–En eso tienes razón. ¿Es famoso?

–Sí. Catorce.

—A ver...

Roger tamborileó con los dedos sobre el volante mientras yo colocaba las piernas cruzadas sobre el asiento y miraba por la ventanilla.

Llevábamos todo el día en la carretera y el sol estaba empezando a ponerse. Habíamos salido más tarde de lo previsto porque, para mi asombro, había vuelto a dormir toda la noche y seguía profundamente dormida cuando el airado recepcionista nos llamó. En ese momento, yo pensaba que eran las diez; pero, puesto que ninguno de los dos había ajustado el reloj por el cambio horario, en realidad eran las once y corríamos el riesgo de que nos cobraran por dejar la habitación tarde. Nos pusimos en marcha y luego nos detuvimos por el camino para desayunar y almorzar a la vez. Había descubierto que me encantaban las cafeterías y a Roger le encantaban las gramolas de las cafeterías.

El viaje a través de Utah (durante el que aprendí que era posible que John Cabot hubiera descubierto Canadá y Roger se enteró de quién era Stephen Sondheim) fue absolutamente impresionante. El paisaje era aún más asombroso que en la Autopista 50, principalmente porque ahora había algo que ver. Y lo que se veía me dejó sin aliento. Tenía un aire como de otro mundo, con las enormes mesetas rojas y aquellos fabulosos arbolitos secos a los que no podía dejar de sacarles fotos. Para gran regocijo de Roger, que opinaba que fotografiar árboles era la cosa más absurda que había oído nunca. Al igual que el día anterior, era como si alguien hubiera abierto el paisaje y la vista no acabara nunca, bajo un cielo que juraría que era más grande y azul que en Nevada.

Ahora que habíamos regresado a la interestatal, volvimos a ver señales, la mayoría de las cuales me resultaron nuevas. Además del inexplicable «PRECAUCIÓN: PASTOS ABIERTOS», había otras con dibujos de animales que no había visto nunca: un antílope, una vaca y una vaca con cuernos. También había señales con ciervos, pero esas ya las había visto cerca de Yosemite. Sin embargo, me preocupaba que, sin previo aviso, una vaca con cuernos cruzara corriendo la interestatal. Y que eso hubiera ocurrido con la suficiente frecuencia como para que hubieran tenido que colocar una señal para advertir a la gente.

Cuando entramos en Colorado, el paisaje volvió a cambiar gradualmente. El terreno llano y abierto que habíamos visto, en Nevada y Utah se volvió más montañoso y, de repente, regresaron los pinos. Ahora los grados de inclinación aparecían indicados en las señales que había al borde del asfalto, y la carretera se fue volviendo más sinuosa y mucho más empinada a medida que atravesábamos montañas de verdad. Subíamos y

subíamos, y luego descendíamos bruscamente. A nuestro todoterreno le iba bien; pero, al parecer, las pendientes eran un problema para los camioneros: sobre todo las bajadas. Nos encontramos señales que no podía creer que fueran reales y que parecían ofrecerles a los camioneros una retahíla de consejos para recorrer esas carreteras. «CUESTA EMPINADA MÁS ADELANTE, CAMIONEROS. ¡CUIDADO!» y «¡CAMIONEROS! TODAVÍA NO HA TERMINADO. DESNIVEL DE MÁS DEL 6% Y CARRETERAS CON CURVAS». Sin embargo, la que me quedé mirando más rato decía: «SI LE FALLAN LOS FRENOS, NO SALGA DE LA CARRETERA. PERMANEZCA EN LA INTERESTATAL». ¿Que qué? A mí me parecía un consejo espantoso y, cada vez que íbamos detrás de un camión, acababa mirando fijamente las luces de freno para asegurarme de que se encendían.

A medida que nos acercábamos a Colorado Springs, Roger fue hablando cada vez menos. Las dos veces que paramos a comer, se había marchado durante la comida para llamar por teléfono. Cuando regresó a la mesa, dejó claro que no quería hablar de ello y cambió de tema de inmediato. La primera vez casi le pregunto si había llamado a Hadley, pero entonces me di cuenta de que eso significaría admitir que había oído lo que había dicho en Yosemite.

Había aprovechado una de sus ausencias para enviarle un mensaje a mi madre al móvil. Charlie había averiguado cómo hacerlo hacía años, pero yo nunca lo había utilizado hasta ahora. De ese modo, el teléfono mostraba un mensaje de voz sin llegar a sonar. Charlie estaba seguro de que mamá no tenía ni idea de que su teléfono tenía esa opción, ya que ella siempre suponía que no había oído la llamada. No me veía capaz de mantener una conversación con ella que implicaría contarle un montón de verdades incómodas o una sarta de mentiras. Sabía que probablemente tendría que decirle la verdad pronto, ya que se suponía que debíamos estar en Indiana en ese momento y nos hallábamos bastante lejos de allí. Pero intenté convencerme a mí misma de que quizá podríamos compensar el tiempo perdido conduciendo toda la noche o algo por el estilo. Tampoco me entusiasmaba demasiado la idea de llegar a Connecticut en un día o dos: no quería tener que empezar esa vida todavía. Además, hacía un mes que no veía a mi madre y la idea de volver a encontrarme con ella me ponía nerviosa, por motivos que no quería examinar.

Tomé un sorbo de refresco de vainilla y le eché un vistazo al reloj, que ya había ajustado a la hora de la montaña. Eran casi las siete. Me parecía que llevábamos una eternidad en el coche.

–¿Y bien? –le pregunté, mirándolo, mientras apoyaba los pies en el salpicadero.

–Lo siento –dijo Roger. Cogió su móvil, lo miró y después volvió a dejarlo en el portavasos–. Esto... ¿Está vivo?

–No –contesté, echándole otro vistazo–. Y eso ya lo habías preguntado.

–Lo siento –repitió. Me dedicó una rápida sonrisa y luego volvió a concentrarse en la carretera, que estaba empezando a serpentear otra vez–. Creo que estoy un poco... distraído. ¿Y si simplemente escuchamos música un rato?

–Claro –murmuré, intentando no sentirme herida.

De todas formas, no era más que un estúpido juego. Subí el volumen de la música y viajamos las siguientes seis canciones sin hablar.

Empecé a ver el nombre de Colorado Springs en las señales que nos indicaban a qué distancia estábamos de varios destinos. Cuando nos encontrábamos a unos noventa y cinco kilómetros de allí, fue como si regresáramos al mundo. Debíamos de haber cruzado las montañas, porque el paisaje era más abierto y, de pronto, íbamos por una carretera de tres carriles, y luego cuatro. Aquella sensación de aislamiento desapareció y volvimos a ver numerosos Target, Wal-Mart, Starbucks y restaurantes de comida rápida al lado de la carretera. Todas aquellas cosas que había echado en falta a lo largo de la Autopista 50 y que ahora me parecían demasiado grandes y de colores demasiado brillantes. Descubrí que echaba de menos las tienditas.

Paramos a repostar cuando estábamos a unos treinta kilómetros a las afueras de la ciudad. Mientras Roger llenaba el depósito, le sonó el teléfono. Yo estaba limpiando el parabrisas, que se había convertido en un cementerio de bichos, y vi cómo se iluminaba y brincaba al vibrar en el portavasos. Abrí la puerta del pasajero, lo cogí y vi que en la pantalla ponía: «BRON LLAMANDO». No tenía ni idea de qué significaba eso, pero le pasé el teléfono a Roger, que de pronto parecía muy nervioso. Volví a guardar la escobilla, aunque solo había limpiado la mitad del parabrisas, y me metí en el coche para no oír la conversación. Pero no pude evitar encorvarme un poco en el asiento para observarlo por el espejo lateral. Solo podía verlo de perfil, pero no parecía demasiado contento. Aunque estaba sonriendo, parecía un poco forzado. Un instante después, caí en la cuenta de que ahora podía notar la diferencia.

Roger se subió al coche y cerró la puerta un poco más fuerte de lo necesario. No metió las llaves en el contacto, sino que jugueteó con ellas con la mano apoyada sobre la

rodilla. Tenía cara de cansado y parte de la energía que siempre lo rodeaba parecía haberse desvanecido un poco.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Por supuesto —contestó mirando las llaves en lugar de a mí—. Tengo buenas noticias. He conseguido un sitio para pasar la noche. Es una casa a las afueras del campus. Durante el curso, es la International House,⁹ pero ahora mismo solo se queda gente que asiste a cursos de verano.

—Genial. —Lo observé con más atención. No parecía contento—. Eso está bien, ¿no?

Roger simplemente suspiró.

—Bueno, para serte sincero... —comenzó. Noté que me ponía tensa de inmediato—. Hay algo que debería decirte. En realidad, debería habértelo contado antes.

—Vale.

Ahora estaba empezando a preocuparme de verdad. ¿Estaba harto de mí y planeaba quedarse allí con sus amigos? ¿Iba a abandonar el viaje?

—La razón de que hayamos venido es que... —dijo todavía sin mirarme— me enteré de que Hadley estaba aquí.

—Ya... —De repente, tenía sentido que Roger llevara toda la mañana tan pendiente del teléfono—. ¿Y está aquí? —pregunté con la mayor indiferencia que pude.

—No —respondió, y noté que me relajaba un poco—. Uno de mis amigos me comentó que estaba por aquí haciendo unos cursos de verano. Pero, al parecer, ya ha vuelto a su casa en Kentucky.

—Ya —repetí. Me sentía como pez fuera del agua.

—No me devuelve las llamadas ni los correos. Así que pensé que si venía y la veía podríamos hablar, y puede que... —Frunció el ceño—. Qué sé yo.

«¡Amy!» habría sabido qué hacer en esa situación. Ella no se habría sentido tan cohibida, incómoda e inexperta.

—Esto... —dije por fin—. ¿Qué... qué os pasó?

Oímos un bocinazo detrás de nosotros y, al volverme, vi una furgoneta esperando para usar el surtidor. Era evidente que el conductor se preguntaba qué estábamos haciendo allí sentados en el coche. Roger arrancó y se dirigió de nuevo a la interestatal. Llevábamos viajando en silencio unos minutos cuando empezó a hablar de nuevo.

—No sé qué ocurrió. Si lo supiera, no creo que estuviéramos aquí.

—Ya —contesté. Me planteé si deberíamos tratar eso como si fuera una partida de las veinte preguntas, en la que la respuesta sería: «la razón por la que Hadley rompió conmigo»—. Bueno, ¿y qué te dijo?

Roger apretó y aflojó las manos sobre el volante, todavía con el ceño fruncido. Parecía preocupado y triste, lo que acentuaba lo alegre que solía estar siempre. Como con muchas otras cosas, no había reparado en ello hasta que había desaparecido.

—Fue durante los finales. Se suponía que debíamos encontrarnos en la biblioteca, porque iba a ayudarla a estudiar para su examen de Historia. Hasta le había hecho tarjetas. —Parecía furioso consigo mismo—. Pero vino a mi cuarto y...

Se quedó callado un momento y noté que le palpitó un músculo en la mandíbula al apretar los dientes.

—Me dijo... —continuó— que habíamos terminado. Que hacía mucho tiempo que se sentía de ese modo y que necesitaba sacarse ese peso de encima porque estaba afectando a sus estudios.

—¿Te dijo eso? —pregunté, atónita.

—Como lo oyes —contestó con una pequeña carcajada triste—. Hadley nunca fue muy sentimental. Bueno, no hace falta decir que no me fue demasiado bien en los finales. Y luego me dejó un mensaje de voz diciendo que sentía la forma en la que había roto conmigo y me pedía que me pasara por la casa de su fraternidad, cuando me viniera bien, para que pudiéramos decirnos adiós.

—¿Y?

—Pues que no fui —respondió Roger, cambiando de carril—. Yo nunca digo adiós. Y ella lo sabía. Se lo había dicho muchísimas veces.

Me enderecé un poco en el asiento.

—¿Nunca dices adiós?

—No. Desde que tengo once años. Es una especie de superstición —añadió de manera un tanto innecesaria—. Tres de mis abuelos murieron ese año: *pam, pam, pam*. Y, en cada ocasión, fue casi inmediatamente después de que hablara con ellos. ¿Y sabes qué les dije? Adiós. Así que ahora nunca lo hago. Ya sé que es una estupidez; pero el único abuelo que me queda sigue vivito y coleando, y yo no he vuelto a decir adiós desde entonces. Y ya está.

Mientras Roger tomaba la salida 143 en dirección a Uintah Street/Colorado College, dije:

–Pero ¿qué tiene eso que ver con decir adiós?

–¡Todo! –exclamó Roger. Su voz había recobrado parte de la energía que la caracterizaba.

Esa zona parecía estar menos desarrollada y pude volver a ver las montañas, que eran impresionantes. El sol poniente las iluminaba desde detrás, así que prácticamente solo veía el contorno, pero parecían moradas, como en la canción *America the beautiful*. Roger estaba recorriendo lo que parecía ser una calle principal: había tiendas de ropa, pizzerías y tiendas de discos. Podría haber sido Raven Rock (tenía ese aire de ciudad universitaria), salvo por las montañas de fondo, que eran mucho más impresionantes que las de California.

–Decir adiós es como asumir que no vas a volver a ver a una persona. Es aceptar que esa sea la última conversación que tengáis. Así que, si no lo dices, si dejas la conversación abierta, significa que tendrás que volver a verla.

Me quedé mirándolo, asombrada. Roger me miró y soltó una carcajada, que esta vez sonó normal.

–Ya sé que no tiene sentido, pero se ha convertido en un hábito.

–Pero a veces... –empecé, y noté que se me cerraba la garganta, aunque me obligué a hablar de todas formas–. A veces no dices adiós y, de todas formas, no vuelves a ver a esa persona. A veces ocurre.

–Sí, ya lo sé –dijo en voz baja, y, por su expresión, comprendí que sabía a qué me refería–. Supongo que solo se trata del sentimiento de culpa que me quedó por el «abuelicidio».

Eso me hizo sonreír.

–Tú no mataste a tus abuelos.

–Ahora lo sé. Pero intenta decirme eso cuando tenía once años.

Miré por la ventanilla en dirección a las montañas moradas que se iban oscureciendo y pensé en aquello. Decir adiós no me parecía tan importante como antes. Había descubierto que, si no vas a volver a ver a alguien, lo importante no es el adiós. Lo importante es que nunca podrás decirle nada más. Y te quedas con una conversación eternamente inacabada.

–En fin –dijo Roger mientras bajaba por una calle bordeada de casitas, la mayoría con letras griegas clavadas en las puertas–. Siento haberte soltado todo este rollo. Debería haberte dicho antes por qué quería venir.

–No pasa nada.

Roger me sonrió y luego se acercó al arcén y aparcó delante de una deteriorada casa de dos plantas con la pintura blanca desconchada y una palmera de plástico medio desinflada tirada en el césped.

–¿Quieres comprobar dónde podremos planchar la oreja?

Encontramos el área común de la International House del Colorado College desierta, salvo por un tío flacucho sin camiseta que estaba despatarrado en un sofá. Llevaba el pelo negro de punta y parecía estar absorto en un videojuego, que por lo que vi se desarrollaba en un bosque e incluía a una versión mucho más cachas de sí mismo.

–Hola, Leonard –lo saludó Roger.

–Hola, Sullivan –contestó el tío (que supuse que sería Leonard) mientras levantaba una mano para chocar el puño con Roger sin apartar la vista de la pantalla.

–¿Qué tal te va con el *Honour Quest*? –preguntó Roger.

–Conseguí llegar al Bosque de la Muerte.

–Ya lo veo –contestó Roger inclinándose sobre el sofá para observar la pantalla del televisor–. Estoy impresionado.

–¿Qué haces aquí? –preguntó Leonard–. Pensaba que ibas a pasar el verano en California. ¿Vas a quedarte aquí hasta que empiecen las clases?

–No –repuso Roger–. Pasaré el verano en Filadelfia.

–Qué coñazo –opinó Leonard. Su versión virtual se movió con pasos pesados, blandiendo una espada.

–Vamos a pasar aquí la noche –explicó Roger–. Ya hablé con Bron y me dijo que no había ningún problema. ¿Te importa que me quede en la otra cama que hay en tu cuarto?

–Claro que no –respondió Leonard–. Cuantos más, mejor. Deja tus cosas donde quieras. He oído que esta noche van a montar una pequeña fiesta en la Residencia Tranquila. Seguro que va a ser la caña.

Levantó la vista y pareció darse cuenta entonces de que yo estaba allí.

–Vaya. Hola. Leonard Cho.

–Amy Curry –contesté.

–Encantado –dijo, y luego volvió a concentrarse en la pantalla–. Por cierto, Sullivan, evita a toda costa el cuarto de Conrad. Resulta que tiene un conejo de mascota en el armario, y lo atacó.

–¿Un conejo? –pregunté, pues no estaba segura de haber oído bien.

—¿Que lo atacó? —repitió Roger.

Leonard negó con la cabeza.

—No es un espectáculo agradable. Hacedos un favor y ahorraoslo.

—Por supuesto —asintió Roger—. Gracias, colega.

A continuación, me miró enarcando las cejas y se dirigió a la cocina. Lo seguí mientras echaba un vistazo a mi alrededor. Vi indicios de que varias personas compartían la cocina, aunque no todas en armonía: había tablas en la pared indicando turnos para limpiar y sacar la basura, armarios cerrados con candados y las palabras «CÓMETE TU MALDITA COMIDA Y NADIE SALDRÁ HERIDO» pintadas en la pared.

—Bueno... —dijo Roger mientras atravesábamos la cocina—. Bienvenida a la International House. Mi amiga Bronwyn es la encargada en verano y me aseguró que podíamos quedarnos a pasar la noche. Me dijo que tú puedes quedarte con ella.

Subió por una estrecha y oscura escalera con marcas de pisadas en la moqueta, y lo seguí.

—¿Y no le importará? —le pregunté. Ahora comprendía quién era el tal Bron que lo había llamado antes.

Roger se detuvo delante de una puerta con una pizarra blanca. La pizarra estaba cubierta de mensajes, la mayoría de los cuales parecían tener que ver con un conejo.

—En absoluto —me aseguró—. Yo estaré al otro lado del pasillo, en el cuarto de Leonard. —Señaló hacia allí—. Casi nunca se levanta del sofá, así que seguramente tendré el cuarto para mí solo.

Roger abrió la puerta de Bronwyn y pude ver una pequeña habitación desordenada que parecía un armario gigante: había ropa colgando de todas partes y la pequeña cómoda estaba abarrotada de camisetas que se desbordaban. Entreví lo que supuse que sería una cama contra una pared, pero resultaba difícil asegurarlo porque estaba cubierta de ropa.

—¡Madre mía! —exclamé mirando a mi alrededor.

—Ya. Tiene un problemilla con las compras. —Me miró fijamente—. ¿Esto te parece bien? Porque podemos ir a un hotel si crees que estarás más cómoda...

Negué con la cabeza.

—Esto está bien —respondí.

En realidad, era mentira. No quería tener que quedarme con una desconocida, con una universitaria a la que seguramente le molestaría tenerme allí. Pero era tan evidente que

Roger quería estar allí, que no veía ninguna forma de librarme de aquello sin decepcionarlo.

Cuando me sonrió, parecía aliviado, y supe que había elegido la respuesta correcta.

–Genial. Bueno, voy a sacar las maletas del coche. Vuelvo enseguida.

Antes de poder responder, Roger ya había salido por la puerta.

Incluso sin las montañas de ropa, habría sido una habitación diminuta. El que hubiera cosas por todas partes tan solo la hacía parecer mucho más claustrofóbica. Básicamente contaba con la cama, un minúsculo fragmento de suelo al lado y un escritorio con libros de ciencias apilados encima y a su alrededor. Vi otro tablón encima del escritorio y, al reconocer a Roger en una fotografía, entré en la habitación para echarle un vistazo.

–¡Hola!

Me volví al oír aquella voz y vi a una chica en la puerta. Tenía el pelo largo y castaño y un flequillo que le llegaba casi hasta los ojos. Teníamos una altura y complexión parecidas, aunque puede que ella tuviera algo más de curvas. Supuse que sería Bronwyn, sencillamente porque iba vestida como alguien que se preocupaba mucho por la ropa, como estaba claro que era el caso de la ocupante de esa habitación. Llevaba unos vaqueros y una camiseta, como yo, pero ahí terminaban las similitudes. Ella parecía poseer ese algo que había notado en algunas chicas del instituto: una forma de combinar la ropa de manera que todo encajaba y parecía especial y a juego, pero también natural y sin esfuerzo. La camiseta blanca era entallada, pero, en cierta forma, también suelta. Llevaba unos delicados collares de oro, unos encima de otros, que parecían conjuntar a la perfección con las bailarinas doradas. Bajé la mirada hacia mi camiseta y vi que tenía una mancha de mermelada de la tostada que había almorzado.

–Hola –contesté metiéndome las manos en los bolsillos y esperando que no se fijara en la mancha.

–¿Eres Amy? –preguntó observándome con atención.

Se acercó a mí arreglándose las, de alguna forma, para no pisar la ropa ni los zapatos. Me miraba con la expresión más amable que le había visto a alguien que no fuera una azafata.

–Sí –contesté, y saqué una mano para darle un apretón, ya que supuse que eso sería lo apropiado en la universidad—. Hola.

Ignoró la mano que le tendía, se acercó más y me abrazó con fuerza. Me puse tensa de inmediato. Hacía mucho tiempo que no le daba un abrazo a nadie. Unas cuantas personas

me habían abrazado en el funeral, pero apenas me habían rozado mientras me daban unas rápidas palmaditas en la espalda. Esa chica no me soltaba. Intenté liberarme después de un momento, pero eso solo hizo que me apretara con más fuerza. Me resultó extraño, puesto que éramos casi de la misma altura, pero era como si estuviera abrazándome una persona mucho más grande. Noté que algo se debilitaba en mi interior, que una astilla o dos saltaban del dique que había levantado frente a todo aquello que no quería sentir. En cuanto me di cuenta, me aparté. Bronwyn también retrocedió un paso y me sonrió.

—¡Me alegro tanto de conocerte! —me dijo.

Percibí un leve acento sureño en su voz. Por ejemplo, pronunció «tanto» como si tuviera más sílabas de lo que yo estaba acostumbrada a oír.

—Igualmente. Esto... ¿Eres Bronwyn? —pregunté solo para asegurarme.

—¡Santo cielo! —exclamó riéndose—. Lo siento. Sí, así es. Bronwyn Elizabeth Taylor. Encantada de conocerte.

—¿Elizabeth Taylor? —repetí. No estaba segura de haber oído bien.

Bronwyn volvió a reírse.

—Sí, ya. Es por culpa de mi hermana mayor. Estaba obsesionada con *Fuego de juventud* por la época en la que nació. Niñas y caballos, ya sabes.

Asentí con la cabeza, como si supiera de lo que estaba hablando.

—Así que lo sugirió como segundo nombre, y aquí estoy. Por eso no debes permitir que alguien de cinco años elija tu nombre, ¿no?

—Cierto —contesté, algo aturdida.

Aquella chica hablaba muy rápido, lo que parecía contradecir todo lo que había oído acerca del lento hablar sureño. Un tanto descolocada, intenté volver a llevar la conversación a terreno conocido.

—Muchas gracias por dejar que me quede aquí esta noche.

—¡Ah, quia! —soltó. Nunca había oído a nadie usar esa expresión en una conversación, pero ahí estaba: «quia»—. Estoy encantada de que os quedéis aquí. Me muero por mantener una buena conversación. Y Roger es una de mis diez personas favoritas.

Dijo eso como si fuera todo un honor. Y la creí de inmediato.

—Eh. Ya, sí. Roger es muy...

—Y me da muchísima rabia lo que le ha hecho esa chica —continuó—. A un tío tan dulce. No fue más que un juego para alguien como Hadley. —Me fijé en que Bronwyn pronunció aquel nombre de la manera opuesta a como lo hacía Roger, prácticamente

escupiendo las sílabas—. Le puso la vista encima y vio a alguien en quien podría afilar sus garras.

Asentí, atónita. Me sentía como si acabara de engullirme un tornado. Intenté asimilar lo que acababa de decirme para tratar de pensar una respuesta adecuada.

—Bueno... —empecé.

—¡Dios mío! Qué descortés soy. Siéntate, por favor.

No vi ningún lugar donde poder hacerlo, pero Bronwyn apartó algo de ropa de la cama y dio una palmadita encima. A continuación, cruzó la habitación y se sentó sobre el escritorio. Me acomodé con cuidado en el espacio que me había despejado. Me miraba con una expresión expectante, así que decidí intentarlo de nuevo.

—Bueno... —repetí, y luego esperé un momento. Cuando no intervino, proseguí—. Así que te encargas de esto en verano, ¿no?

—Ajá —contestó con un gemido que, de alguna manera, también acabó sonando afable—. Supone comida y alojamiento gratis y me salva de pasarme todo el verano en casa trabajando como una esclava en la guardería de mi tía. Pero ¡ya basta de hablar de mí! —Se inclinó hacia delante—. ¡Quiero saberlo todo de ti! ¿Cómo ha ido el viaje hasta ahora?

—Pues... —dije, un poco incómoda, ahora que había centrado toda su atención en mí—. Bien, supongo. Hasta ahora.

—¿Ha surgido ya ella en la conversación?

Por la forma en la que Bronwyn dijo «ella», no me quedó ninguna duda de a quién se refería.

—No. La verdad es que no. En realidad, no ha hablado del tema.

Bronwyn asintió con la cabeza.

—Eso pensaba. No te preocupes, cielo. Yo haré que se abra.

—Esto... Aunque me parece que ella es la razón de que estemos aquí. Una de las razones —añadí rápidamente—. Me dijo que estaba buscando a Hadley. Que creía que podría estar en el campus este verano.

Bronwyn resopló.

—Bueno, pues no está. Créeme, me habría enterado y habría dado aviso. —Se volvió hacia el escritorio y cogió una fotografía enmarcada—. ¿Quieres ver cómo es?

Antes de darme ocasión de responder, cruzó la habitación y me la pasó.

Había cuatro personas en la foto: Bronwyn a la izquierda, al lado de un chico guapo y fornido con el pelo negro y rizado cortado al rape, y luego Roger junto a una rubia despampanante. Supuse que se trataba de Hadley, y no solo porque alguien le hubiera dibujado cuernos sobre la cabeza con un rotulador rojo. La observé más detenidamente. Era casi tan alta como Roger, esbelta, de facciones pequeñas y perfectas, con la piel bronceada de manera uniforme y el pelo rubio claro. Sonreía con aire distraído y no miraba directamente a la cámara; pero Roger, que la miraba con una sonrisa en la cara, no parecía darse cuenta.

—Eh... —murmuré, pues no tenía muy claro cuál era la respuesta correcta en esa situación.

—Sí, lo sé —dijo Bronwyn—. Es increíble, ¿verdad? ¿Se lo notas en la cara?

Volvió a recuperar la fotografía.

—Pero mira a Jaime —continuó, sonriente, apoyando un dedo sobre el chico que aparecía junto a ella—. ¿A que es el chico más encantador que has visto? ¿No te dan ganas de comértelo?

—Ya —respondí con el tono más neutral que pude, pues me imaginé que no debería mostrarme de acuerdo en eso con demasiado entusiasmo—. ¿Es tu novio?

—Sí —asintió con un suspiro de felicidad—. Y el mejor amigo de Roger por aquí. Así lo conocí, ¿sabes? Y a ella —añadió con amargura después de un momento.

—Bueno —comenté. Me sentía como si estuviera a punto de desvelar un misterio—. ¿Y qué pasó exactamente entre ellos?

Bronwyn lanzó otro montón de ropa al suelo y se sentó a mi lado.

—Cariño, si lo supiera podría haber solucionado esto hace dos meses. Pero creo que el problema es que en realidad no pasó nada. Me parece que Hadley simplemente se aburrió y le apeteció pasar el verano en Kentucky sin ataduras. Pero no lo sé con certeza. Tendremos que preguntárselo a R. S. ... —Se quedó callada y miró a su alrededor, como si acabara de fijarse en que Roger no estaba en la habitación—. Hablando del tema. ¿Dónde se ha metido?

—Fue a buscar las maletas —contesté.

Caí en la cuenta de que ya debería haber regresado y me pregunté si estaría tardando a propósito para que Bronwyn y yo tuviéramos ocasión de hablar.

—Entendido. Bueno, de todas formas, deberíamos empezar a prepararnos. Esta noche hay una fiesta en la Residencia Tranquila. Y tú te vienes con nosotros.

Noté que no lo expresó como si fuera una pregunta, y que tampoco esperó a que respondiera.

—Nos arreglaremos y... —Observó mi atuendo—. Bueno, podría prestarte algo para que te pongas. ¡Será divertido!

And you're doing fine in Colorado.

—Jackson Browne

La Residencia Tranquila no hacía honor a su nombre. De camino a la fiesta, Roger me había explicado que las casas que tenían un uso específico durante el curso académico (como la International House) se convertían en alojamientos normales durante el verano para los alumnos que se quedaban en el campus. Al parecer, las fiestas más desenfundadas del verano tenían lugar en la Residencia para No Bebedores.

Pudimos oír la fiesta incluso antes de llegar: el constante y retumbante ritmo de la música mezclado con risas y algún que otro grito. Se podía ir caminando de la International House a la Residencia Tranquila, que estaba en otra vivienda deteriorada (aunque esta parecía una vieja casa victoriana). Cuando nos acercamos, descubrí que había una playa falsa delante del porche: una extensión de arena atravesada por una red de voleibol. Aunque no tenía pinta de que nadie fuera a jugar esa noche, ya que habían encendido una pequeña fogata junto a la red. Había gente de pie alrededor del fuego, parejas hablando en el porche y un tío desmayado sobre la barandilla que todavía aferraba una botella de cerveza. Todo aquello me resultó muy familiar: si reemplazáramos las botellas de cerveza Mile-High que había desperdigadas por allí por Dos Equis, podría haberse tratado perfectamente de alguna de las fiestas a las que había asistido en el College of the West. Solo había ido a un par de ellas, y siempre con Michael. Solía pegarme a él, tomando sorbitos de cerveza de barril caliente en un vaso rojo de plástico y sonriendo cuando alguien me hablaba, procurando no decir nada que delatara que todavía iba al instituto.

Charlie, por el contrario, iba al campus desde que estábamos en secundaria, pues allí, al parecer, lo trataban como si fuera una especie de adorable mascota en las fiestas. Un tiempo después, lo aceptaron como si ya formara parte del mobiliario. Además, a menudo era él el que organizaba la fiesta o, al menos, el que sabía quién la daba. Siempre me había resultado desconcertante estar sentada en un rincón y, al mirar hacia el

otro extremo de una habitación o una casa, ver a mi hermano en el epicentro de la juerga, siendo el centro de atención.

Subí las escaleras detrás de Bronwyn y Roger. Me agarré a la barandilla y esquivé al chico inconsciente, intentando no perder el equilibrio. Estaba completamente sobria, pero los zapatos que llevaba no eran míos. No había sido decisión mía; pero, al parecer, a Bronwyn le costaba entender la palabra «no».

—¡Por supuesto que te vienes! —sentenció después de que yo protestara y Roger hubiera reaparecido con mi maleta.

Bronwyn lo saludó y, acto seguido, volvió a echarlo de la habitación para que pudiéramos empezar a arreglarnos. Ahí fue cuando descubrí que lo más probable era que no consiguiera librarme de ir a la fiesta.

—No pasa nada —le aseguré.

Bronwyn estaba tarareando algo entre dientes mientras rebuscaba en uno de los cajones, pero entonces se volvió y me miró.

—Claro que tienes que ir —insistió—. No seas tonta.

—Estoy bien aquí. De verdad.

Ignoró de nuevo mis palabras.

—Vas a venir, cielo. Y, lo que es más, te vas a divertir.

Se enderezó y me miró con atención.

—Creo que podríamos cambiar un par de cositas —dijo indicando mis sandalias, la camiseta holgada y los vaqueros—. Entiendo que para viajar es mejor llevar ropa cómoda.

—Claro —murmuré.

No quería decirle que aquello se había convertido en una especie de uniforme. No lo había planeado, sencillamente era a lo que seguía recurriendo. De alguna forma, la ropa demasiado ajustada me hacía sentir como si me asfixiara, las faldas me daban frío en las piernas, los colores brillantes llamaban demasiado la atención... Así que había encontrado un tipo de ropa que me permitía ocultarme un poco y pasar desapercibida. Y funcionaba perfectamente.

—Pero depende de la ocasión, ¿verdad? —continuó—. Hay un momento para ir informal y un momento para ponerse elegante. Y este caso es lo segundo.

Sacó un top rosado con un hombro al aire, lo miró, luego a mí, y después lo lanzó dentro de la cómoda. Hurgó más al fondo, soltó una pequeña exclamación de triunfo y extrajo un largo top azul celeste ribeteado de amarillo.

—Perfecto —anunció.

—Bronwyn... —comencé. No pretendía ofenderla, pero tampoco quería que se esforzara para nada—. No es que no te lo agradezca, pero creo que no me apetece ir a una fiesta esta noche.

Eso era un eufemismo, pero no sabía de qué otra forma expresarlo. Aún me estaba acostumbrando a pasar tiempo con Roger. Había estado casi tres meses sin hablar apenas con nadie y la idea de ver a tanta gente y estar rodeada de tantos desconocidos me daba ganas de esconderme bajo las mantas. Hubo un tiempo en el que me encantaba ir de fiesta. Nunca había sido un problema. Pero, naturalmente, eso había sido «antes». Esa había sido la antigua yo.

—Ya lo sé —contestó Bronwyn con un suspiro, sorprendiéndome—. La mitad de las veces yo tampoco quiero salir, cariño. Pero ¿sabes qué? Lo hago de todas formas. Ese es el lema de la familia Taylor: levántate, vístete y preséntate. Y, por lo general, al final acabo divirtiéndome.

Me lanzó la blusa azul y la cogí al vuelo.

—Y, a veces —añadió bajando un poco la voz, como si estuviera confiándome un secreto—, si no te sientes demasiado bien por dentro, intenta verte estupenda por fuera, y después de un rato ya no notarás la diferencia —me dijo con una sonrisa. Supongo que mi expresión indicaba que no estaba convencida del todo, porque se encogió de hombros y añadió—: Pero, si lo pasas mal, te prometo que puedes irte antes, ¿vale? Ahora ponte eso mientras te busco una falda.

Comprendí que era inútil resistirse, de modo que me saqué la camiseta manchada de mermelada mientras Bronwyn emergía de una montaña de ropa con una falda de tela vaquera en la mano. Cuando me miró, intenté volverme (solo llevaba el sujetador) para ponerme la blusa azul. Al sentir la suavidad de la tela, me di cuenta de que era una prenda de calidad. Después de pasarme los últimos meses usando algodón prelavado, prácticamente había olvidado lo que se sentía. Deslicé los dedos por el cuello de la blusa, que tenía un delicado bordado.

—Y esto también —me indicó, y un sujetador me golpeó en la cabeza.

—Eh... —dije sosteniéndolo en alto—. Creo que no me hace falta...

Aquello ya me parecía pasarse un poco con lo de prestarse ropa.

—No te preocupes, es nuevo —me aseguró—. Lo compré para mi compañera de cuarto el año pasado. Es que esa chica solo se ponía sujetadores deportivos. Qué lástima. Pero me dijo que no lo quería. Y que no había sido apropiado. ¿Te lo puedes creer? Pruébalo.

—Eh... —repetí, deseando poder vestirme de una vez—. De verdad que no lo necesito...

—Claro que sí —insistió—. Si vas a arreglarte, debes hacerlo por completo. En mi opinión, la ropa interior de buena calidad está muy subestimada.

Examiné el sujetador que tenía en las manos. Al igual que la blusa, era evidente que estaba muy bien confeccionado. Era de color verde pálido, con aros y un delicado encaje, y sin lugar a dudas mucho más sexy que cualquiera de los sujetadores con los que yo contaba ahora mismo.

—Vale, gracias.

—De nada. Y... —dijo mientras cogía otra cosa y me la lanzaba— toma.

Se trataba de un tanga a juego del mismo tono verde pálido, con las etiquetas todavía pegadas.

—¿Le compraste unas braguitas a tu compañera de cuarto?

—¡Es que era un conjunto! —respondió un poco a la defensiva—. No querías que separara un conjunto, ¿no? Pero puedes reservarlas para ocasiones especiales, si quieres.

Me guiñó un ojo e intenté no ponerme colorada. La primera (y única) vez que alguien me había visto en ropa interior, desde luego no llevaba nada tan impresionante como eso. Pero, bueno, a Michael tampoco pareció importarle, así que puede que diera igual a fin de cuentas.

—Bueno, tú cámbiate y ya veremos qué tal —dijo sonriendo y dando una palmada mientras salía por la puerta.

Cuando la puerta se cerró tras ella, me vestí y luego tuve que sentarme en la cama un momento a esperar a que la oleada de tristeza que acababa de invadirme se desvaneciera. Hasta entonces, no me había percatado de cuánto había echado de menos quedar con otra chica. De cuánto había echado de menos a Julia. Siempre nos arreglábamos juntas para ir a fiestas. Julia sabía hacer virguerías con el pelo y le encantaba peinarme, ya que el suyo era tan rizado que se quejaba de que nunca podía hacerse nada especial en él. Algunas veces, el proceso de prepararnos (en mi habitación, con la música a todo volumen, mientras elegíamos qué ponernos) resultaba mucho más divertido que la fiesta en sí. Y

luego, después de la fiesta, la llevaba a su casa en coche y comentábamos cómo había transcurrido la noche.

–Muy bien –dijo Bronwyn, echándole un vistazo al reloj, cuando regresó a la habitación–. Debemos darnos prisa para que me dé tiempo de peinarte y maquillarte. Solo disponemos de una hora.

Y así acabé en la fiesta vestida prácticamente de pies a cabeza con ropa prestada, incluyendo los zapatos. Bronwyn me había elegido unos tacones con el talón al descubierto que me quedaban un poco pequeños, pero se había negado a dejarme salir del cuarto en sandalias.

Me quedé pasmada al mirarme al espejo cuando terminó. Me parecía... no a la antigua yo, ya que nunca me había vestido tan a la moda; pero sí que me parecía más a como me recordaba. Como si tuviera algún sitio al que ir, y una historia que contar después. Sabía perfectamente que todo aquello era artificio y que desaparecería en cuanto me quitara el maquillaje que me había puesto; pero resultaba agradable ver, al menos por una noche, a alguien que creía que nunca regresaría.

Acabamos en la ruidosa cocina de la Residencia Tranquila, donde Bronwyn se puso a hablar con alguien que conocía de su clase de Química orgánica. Yo me quedé a un lado, cerca de Roger, tomando sorbitos de cerveza caliente en un vaso rojo y con una intensa sensación de *déjà vu*.

–Eso te queda muy bien –dijo Roger.

Lo miré, sorprendida, y vi que tenía la mirada clavada en su vaso.

–Eh... –Le di vueltas a aquello en la cabeza un momento, intentando averiguar si ese era otro momento como el del comentario de «vaya bomba» y estaba malinterpretándolo. Pero, en este caso, no veía cómo sería posible. Rocé el dobladillo de la blusa de Bronwyn con timidez–. Gracias.

–De nada –respondió, agitando la cerveza en su vaso.

Levantó la mirada y me sonrió. Tuve la sensación de que iba a decir algo más, pero entonces tres chicos en diferentes estados de embriaguez entraron tambaleándose en la cocina.

–¡Sullivan! –gritó el más alto, y fue directo hacia Roger–. ¡Hola! –Se detuvo al verme y luego miró a Roger–. ¡Tío! –dijo mientras le daba un golpe en el hombro a Roger sin

quitarme la vista de encima—. Cuidado, que te quemas.

Miré a Roger, que se había puesto colorado. No tenía ni idea de a qué se refería el otro chico, pero supuse que sería algo relacionado con mi pelo.

—Ahora vuelvo —murmuré.

Crucé la cocina hasta situarme al lado de Bronwyn. Procuré mantenerme al borde del grupo, pero ella me agarró de un brazo y me colocó a su lado, haciéndome sitio en el círculo.

—Esta es Amy —les dijo a todos mientras me enderezaba la blusa, me colocaba bien el pelo y me daba un golpecito en la espalda para que me pusiera recta. Había interrumpido a un chico con unas gruesas gafas muy modernas que estaba hablando de Kant y al que no pareció hacerle ninguna gracia tener que ceder la palabra—. Es de California.

Me quedé mirando a Bronwyn, sorprendida. Yo no se lo había contado. Pero me di cuenta de que debía de haberlo hecho Roger. Sentí un momentáneo nudo en el estómago al preguntarme qué más le habría dicho de mí.

—¿Ah, sí? —preguntó el chico de gafas—. Eso es genial. ¿Qué estudias?

—Todavía no ha elegido carrera —intervino Bronwyn con soltura antes de que yo pudiera responder. Me dedicó un guiño casi imperceptible antes de volver a concentrarse en la conversación.

Dos horas después, hasta me estaba divirtiendo y todo. Me dolían los pies por culpa de los zapatos y estaba harta de oír discusiones sobre qué profesor de Sociología era mejor; pero había visto a Bronwyn arrasar jugando a la moneda¹⁰ y, cuando el chico de las gafas perdía, hacía unos movimientos de baile asombrosos, incluyendo el gusano. Salí al porche a tomar un poco el aire y me senté en el último escalón. Contemplé el humo que se elevaba hacia las estrellas, la fogata y la gente borracha que intentaba jugar al voleibol alrededor del fuego, chamuscándose de vez en cuando.

—Hola —dijo una voz a mi izquierda.

Me volví y vi a un chico de pie en el suelo, apoyado contra la barandilla, mirándome. Era rubio y tenía la cara roja, aunque no supe decir si se debía al sol o la cerveza, o a ambas cosas.

—Hola —respondí, y luego volví a girarme.

—¿Estudias aquí? —me preguntó el rubio.

—Eh... no.

No me gustaba tener que levantar la cabeza para mirarlo, así que me puse en pie, tambaleándome un poco por culpa de los zapatos de Bronwyn.

—Cuidado. —Se acercó y me sujetó del brazo para ayudarme a recobrar el equilibrio, pero luego dejó la mano allí—. ¿Estás bien? —me preguntó mientras deslizaba los dedos arriba y abajo por mi brazo.

—Sí —contesté. Retrocedí un paso y fui a meterme las manos en los bolsillos de los vaqueros antes de recordar que no los llevaba puestos.

—Ya, no me pareció reconocerte —dijo el chico—. Y estoy seguro de que me acordaría de ti. —Se acercó otro paso y me sonrió—. Soy Bradley. ¿Cómo te llamas, guapa?

Me quedé mirándolo, con el corazón un tanto acelerado, sorprendida por un recuerdo que me asaltó de pronto con tanta fuerza que me dieron ganas de cerrar los ojos para contenerlo.

—¿Eh, guapa? —me preguntó de nuevo, ensanchando la sonrisa y acercándose más—. ¿Tienes nombre?

—Hillary Udell —farfullé—. Tengo que irme.

Bajé el último escalón, un poco a trompicones, y atravesé la playa falsa. Vi que Roger salía al porche y miraba a su alrededor, posiblemente buscándome. Nuestras miradas se encontraron y señalé en dirección a la International House, intentando obligarme a sonreír para que no pensara que me pasaba algo, antes de girarme y seguir caminando.

—¡Oye! —oí que gritaba Bradley detrás de mí—. ¿Adónde vas?

Pero no me volví a mirarlo y, por suerte, no me siguió. Cuando llegué a la acera, me saqué los zapatos de Bronwyn y me los enganché de las muñecas por las correas de los talones. Las estrellas que brillaban en lo alto eran preciosas, el cielo estaba increíblemente despejado y notaba levemente el olor del fuego, pero yo apenas advertía nada de eso.

Mantuve la cabeza gacha, intentando con todas mis fuerzas no pensar en nada que no fuera evitar los cristales rotos que había desparramados por el pavimento mientras regresaba descalza a la residencia.

Mistakes become regrets.

–*Carolina Liar*

11 de marzo - Tres meses antes

Me detuve delante de la puerta de Michael y llamé. Me alisé la falda y me bajé la camiseta elástica morada de tirantes que le había pedido prestada a Julia en noviembre. No estaba segura de qué ponerme para eso, pero supuse que lo más adecuado sería dejar poco a la imaginación. Me había quitado el vestido negro que había llevado todo el día, desde el funeral por la mañana hasta la recepción posterior. Incluso aunque durante toda la semana había hecho más calor del habitual (unos veintitantos grados), mi madre había insistido en que usara medias negras. Durante todo el funeral, me había concentrado en cuánto me picaban y cómo me apretaban las piernas para así no tener que oír nada de lo que se decía.

Todo el mundo se había congregado en nuestra casa después del oficio religioso. El salón se llenó de familiares, amigos, colegas y los alumnos de tesis de mi padre, que parecían incómodos con aquellas chaquetas y corbatas. Los camareros se movían discretamente entre la gente ofreciendo aperitivos que todos cogían, como si la comida fuera algo que aún resultara comprensible. Todos aferraban sus vasos con un poco más de fuerza de lo habitual y hablaban en voz baja formando grupitos. Mi madre recorría la habitación, cerciorándose de que todos tuvieran comida y bebida, dándole indicaciones al personal del *catering* o rellenando los servilleteros, sin detenerse a hablar con nadie. Era como si simplemente estuviera organizando un evento que no tuviera nada que ver con ella. Charlie había desaparecido en mitad de la recepción y había regresado una hora después con los ojos vidriosos. Yo había permanecido en la cocina, un poco apartada. Había asentido y me había mostrado de acuerdo cuando algunos familiares y amigos de la familia se habían acercado a decirme que era una pérdida terrible y les había dado las gracias cuando me comentaron lo bien que lo estaba sobrellevando. Lo único que yo

quería era despertar de ese sueño tan surrealista al que había ido a parar. Nada parecía tener sentido. Era como si una bomba acabara de estallar en la cocina y, en lugar de limpiar los escombros, la gente se dedicara a rodearlos y a comer pastelitos.

Pero, al final, todos se marcharon. Los últimos faros giraron en la calle, mi madre cerró la puerta principal con llave y nos quedamos los tres solos. Todos habíamos acabado en el cuarto de estar. Mi madre se había sentado en su sillón habitual, pero por alguna razón parecía muy pequeña en él, como si fuera a tragársela. Charlie estaba sentado en medio del sofá, encorvado, arrancándose hebras de los puños de la chaqueta azul marino. Yo me encontraba de pie, apoyada contra la pared del fondo, mirándome los zapatos negros de tacón. La última vez que me los había puesto (en el baile de invierno, en enero) había bailado.

—Bueno... —dijo mi madre, y tanto Charlie como yo nos volvimos hacia ella.

Todavía no habíamos hablado de ello. Había muchas cosas que organizar: el funeral, la recepción, los familiares, los camareros... Pero ahora ya no quedaba nada de lo que encargarse. Había estado esperando que mi madre hiciera algo desde que ocurrió, aunque ni siquiera sabía el qué: hablar conmigo de ello, abrazarme o simplemente mirarme a los ojos. Lo que de verdad quería era que se encargara de todo, como siempre, y que solucionara aquello de alguna forma. Que nos demostrara cómo superarlo.

Miró a Charlie y luego a mí antes de apartar la mirada y ponerse en pie.

—Me voy a la cama —anunció, masajeándose el cuello—. Vosotros también deberíais dormir un poco. Ha sido un día largo.

Salió de la habitación sin volverse a mirarnos y luego escuché sus pasos, inusualmente lentos, subiendo la escalera.

Me quedé mirando la puerta por la que había salido, sintiéndome en cierto sentido como si me hubieran dado un puñetazo. Había estado esperando que ella arreglara aquello. Ni siquiera había considerado nunca la posibilidad de que no lo hiciera. Y ahora no tenía ni idea de qué hacer. ¿Era porque había sido culpa mía? ¿Por eso estaba haciendo eso? ¿Para castigarme?

Sentí un nudo en la garganta y clavé la mirada en el suelo, que se volvía borroso a intervalos a medida que los ojos se me llenaban de lágrimas calientes. Parpadeé con fuerza para contenerlas. Tenía el presentimiento de que, si me permitía empezar a llorar, había muchas posibilidades de que no consiguiera detenerme nunca. La necesidad de llorar era tan intensa que me asustó, y la reprimí con todas mis fuerzas. Miré a mi

hermano. Aquellos días en que lo sabíamos todo el uno del otro habían quedado atrás hacía años, pero quizá podríamos hablar de eso y admitir el hecho de que había ocurrido de verdad.

—A la mierda —soltó Charlie mientras se quitaba la chaqueta y la arrojaba sobre el sofá. Se levantó y se dirigió hacia la puerta principal a la vez que se aflojaba la corbata—. Me largo.

—¿Adónde? —le pregunté. Noté lo estrangulada (lo vulnerable) que sonó mi voz.

—Afuera —contestó. Giró la llave y abrió la puerta—. No tengo ni puta idea de adónde.

Cerró de un portazo que me hizo estremecer, a pesar de que me lo esperaba.

Puesto que no sabía qué otra cosa hacer, fui hasta la puerta y la cerré con llave. A continuación, recogí la chaqueta de Charlie del sofá para doblarla. Podía sentir el pánico abriéndose paso en mi interior, la clase de nervios que me entraban antes de salir a escena; pero, en cierta forma, aquello era mucho peor, más intenso, y noté que el corazón comenzaba a palpitarme con fuerza. Dejé la chaqueta, luego volví a cogerla y la estrujé deseando poseer la fuerza suficiente para partirla en dos. Cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo, la solté de nuevo.

Sabía que no podía quedarme allí. Necesitaba ir a algún sitio y hacer algo que me hiciera olvidarme de aquello un rato. Me dirigí a mi cuarto a cambiarme, subiendo los escalones de dos en dos. Yo también me largaba. Pero, a diferencia de Charlie, sabía exactamente adónde.

—Hola, guapa —me saludó Michael cuando abrió la puerta, sonriendo.

Ese era el apodo que me había puesto. Había empezado a llamarme así después de enrollarnos por primera vez. Yo simplemente lo llamaba Michael. Era de Oregón, medía tres centímetros más que yo y siempre desprendía un leve aroma a Irish Spring.¹¹

—Hola —contesté obligándome a sonreír—. ¿Puedo entrar?

—Por supuesto —dijo, y abrió más la puerta.

Entré en la habitación que compartía con Hugo, un estudiante alemán de intercambio que mantenía impecable su lado del cuarto. El lado de Michael siempre estaba patas arriba y la ropa y los libros se amontonaban encima de la cama. Pero esas cosas se podían apartar con facilidad.

—¿Está Hugo? —le pregunté.

—No —respondió Michael, cerrando la puerta—. Está en un grupo de estudio. —Se metió las manos en los bolsillos—. Oye, sé que probablemente voy a meter la pata, pero lo siento mucho, Amy.

Asentí, como si aquellas palabras significaran algo, como si no me resultaran indiferentes.

—Gracias —dije mientras me acercaba a él—. Te lo agradezco mucho.

Le rodeé el cuello con los brazos y lo besé: con suavidad al principio, pero luego con más intensidad. Michael me devolvió el beso, pero luego se apartó.

—Eh... ¿Estás segura de que deberíamos...? Es decir, ¿no quieres hablar o algo?

—No —repuse. Había ido allí para olvidar que quería hablar, para poder sentir otra cosa durante un rato—. No pasa nada. Te lo prometo.

Lo besé de nuevo. Solo quería pensar en otra cosa. O no pensar en nada en absoluto. Y esa era la solución perfecta. Tiré del borde de su camiseta con el escudo del College of the West, se la pasé por encima de la cabeza y la arrojé sobre la cama de Hugo. Y entonces, antes de poder cambiar de opinión o acobardarme, me quité el top de tirantes.

—¡Madre mía! —exclamó Michael, mirándome—. Eh...

Forcejeé con la cremallera de la falda con dedos algo temblorosos. Pero conseguí abrirla, me la saqué y me situé delante de él.

—¿De verdad? —Parecía incrédulo.

—Absolutamente —contesté, como si estuviera segura.

Y para demostrárselo empecé a besarlo otra vez. Retrocedimos juntos a trompicones hasta chocar con la cama. Me senté en el borde mientras Michael la despejaba a toda prisa. A continuación, se sacó los pantalones color caqui y se deshizo de un tirón de los calcetines.

—¿La luz? —pregunté intentando no alterar la voz.

—Sí, claro.

Retrocedió hasta la puerta, la cerró con llave y luego le dio al interruptor, sumiéndonos en la oscuridad.

Have you ever been down to Colorado? I spend a lot of time there in my mind.

—Merle Haggard

Entré por la puerta principal de la International House. Quería subir a la habitación de Bronwyn, hacerme un hueco en el suelo y dormir. Simplemente quería cerrar los ojos y hacer que todo desapareciera un rato.

—¿Sullivan? —llamó una voz desde la sala de la tele. Me detuve, con un pie en la escalera que me conduciría a la paz y la tranquilidad—. ¿Eres tú? —preguntó la voz, y esta vez sonó un poco desesperada. Suspiré, me giré y me dirigí hacia allí.

Leonard seguía en el sofá y no tenía pinta de haberse movido en las últimas horas, salvo que se había puesto una desteñida camiseta amarilla que decía: «LLÁMAME KEVIN».

—Hola —saludé.

Todavía estaba jugando al mismo juego, aunque el terreno parecía diferente. Ahora era más rocoso y menos boscoso. Giró la cabeza y me miró.

—Vaya. Pensaba que eras Roger.

—Creo que sigue en la fiesta. Yo he venido antes —añadí de manera innecesaria, solo por decir algo—. Es que estaba... cansada.

Leonard siguió mirándome, mientras el juego continuaba a su espalda.

—Estás distinta —dijo al fin.

—Eh... —farfullé mientras tiraba del dobladillo de la falda de Bronwyn—. Sí, supongo.

—Te queda bien —concluyó después de observarme un momento más—. Me gusta.

Asintió con la cabeza una vez más y luego se giró de nuevo hacia el juego. Se apartó de un salto de la trayectoria de una especie de criatura lobuna justo a tiempo para evitar que lo matara. Unas palabras escritas con una letra llena de florituras aparecieron en la pantalla. «¡Deprisa! ¡Debes salvar a la princesa Jenna!»

—¿La princesa Jenna? —pregunté, y vi que a Leonard se le ponían rojas las puntas de las orejas.

–Ya, sí –contestó con una risita nerviosa–. En realidad, es la princesa Arundel. Pero averigüé cómo *hackear* el juego y cambiar el nombre.

–¿Y quién es Jenna? –quise saber, y volvió a ponerse colorado.

–Nadie –dijo encogiéndose de hombros–. Solo es una chica de mi clase de Química. Da igual.

–Vale –asentí, pero me fijé en que ya no jugaba tan bien.

Tres gnomos aparecieron y empezaron a darle patadas en las espinillas. Observé la pantalla mientras la versión virtual y cachas de Leonard se sacaba de encima a los gnomos y echaba a correr de nuevo por las rocas.

–¿Qué tiene de especial?

–¿*Honour Quest*? –me preguntó sin apartar la mirada del juego, machacando los botones del mando con los dedos.

–Sí. ¿Simplemente tienes que dar vueltas por ahí y evitar que los lobos te atrapen?

–Licántropos demoníacos –me corrigió–. Y no se trata solo de dar vueltas por ahí. Tengo una misión.

–¿Cuál?

–Creemos que es salvar a Arundel. Bueno, ya sabes, a Jenna.

–¿Creéis? –inquirí, inclinándome sobre el respaldo del sofá.

–El final de *Honour Quest* es un secreto cuidadosamente guardado. No conozco a nadie que se lo haya pasado todavía. Además, no se trata de la meta. La mejor parte es llegar hasta allí. Aunque hay rumores de que la princesa no es el objetivo final. Que, cuando acabas, el juego se reinicia y te encuentras con una nueva misión. Y que, en realidad, esta misión solo era para conseguir conocimientos, fuerza y bellotas mágicas como preparativo para la nueva. Lo que sería genial.

–Ya veo. –Lo observé en la pantalla un poco más, corriendo a toda pastilla hacia un final del que ni siquiera estaba seguro. Negué con la cabeza–. Buenas noches, Leonard –dije, y me dirigí hacia la escalera.

–Claro. Igualmente. Malditos orcos –murmuró mientras comenzaba a matar a diestro y siniestro.

Subí la escalera hasta el cuarto de Bronwyn y abrí la puerta. La habitación se hallaba a oscuras. Estaba a punto de encender las luces cuando vi que Bronwyn estaba en la cama, dormida, respirando lenta y rítmicamente. Ni me había dado cuenta de que se había ido de la fiesta. Recorrí la habitación con la mirada, usando la luz que se colaba desde el

pasillo, y vi que me había preparado un saco de dormir al lado de la cama. Encima había una camiseta verde y un pantalón de chándal cuidadosamente doblados.

Me pareció más fácil ponerme eso que lidiar con mi maleta en la oscuridad. Cerré la puerta y me cambié, intentando hacer el menor ruido posible. Pero Bronwyn parecía tener el sueño bastante profundo, lo que estaba bien, porque de todas formas yo solo quería dormir. Si hubiera estado despierta, probablemente habríamos tenido que hablar de la fiesta, y podría haberle contado lo de Bradley. Pero ahora no tenía que hacerlo, así que todo había salido bien.

Me subí el saco de dormir hasta los hombros, deseando que fuera cual fuese la magia que había ocurrido las dos últimas noches funcionara hoy también y pudiera dormirme sin más. Quería bloquear los recuerdos de Michael y dejar de rememorar aquella noche. Sin embargo, en cuanto cerré los ojos, lo único que pude ver fue su cara, y supe que seguramente no iba a ocurrir.

Those memories so steeped in yesterday. Those memories you couldn't run away.

—Ember FX

11 de marzo – Tres meses antes

Me senté en el borde de la cama de Michael y volví a ponerme el sujetador. Me abroché mal los corchetes, pero me dio igual. Michael me acariciaba la espalda trazando lentos círculos y me aparté de él con el pretexto de coger el top. Pero, en realidad, no quería que siguiera tocándome. Las manos me temblaban ligeramente cuando me puse la camiseta de tirantes.

—¿Estás bien? —me preguntó desde la cama, donde se había incorporado, todavía cubierto por la sábana. Me pregunté por qué nunca había notado que toda la habitación olía a pizza.

—Sí, muy bien —contesté con tono alegre, aunque pude notar un toque de histeria en mi voz.

Encontré la falda enrollada debajo de la cama, la alisé y me la puse, levantándome para cerrar la cremallera.

—Oye —dijo Michael. Parecía preocupado. Me tendió una mano—. Ven aquí.

No quería acercarme. Lo único que quería era salir de aquella habitación cuanto antes y, si fuera posible, retroceder en el tiempo y borrar los últimos veinte minutos.

—Debería irme ya —dije tratando de contener lo que fuera que estuviera a punto de hacerse pedazos en mi interior. Miré a mi alrededor buscando los zapatos de tacón negros, que parecían haberse desvanecido.

Michael se puso los pantalones color caqui y se acercó hasta situarse delante de mí.

—Amy —dijo mientras alargaba una mano y me alisaba el pelo.

—¿Has visto mis zapatos? —pregunté, intentando rodearlo.

–¿Qué te pasa? –Me tomó de las manos–. Mira, te prometo que la segunda vez será mejor.

Me solté de un tirón mientras llegaba a la conclusión de que en realidad no necesitaba los zapatos. Podía llegar a casa descalza. No pasaría nada.

Michael me abrazó y me acarició el pelo con la mano, y me puse tensa. Aquello era demasiado. Todo era demasiado. Lo que acabábamos de hacer y el hecho de que no tenía ni idea de que iba a sentirme tan vulnerable mientras ocurría, que era precisamente lo que menos quería sentir. Que, cuando acabó, comprendí que había sido un tremendo error. Pero era imposible enmendarlo. Que, de repente, mientras me rodeaba con sus brazos, sentí que no podía respirar. Lo empujé y me aparté. Al hacerlo, vi que en su rostro aparecía una expresión dolida durante un instante, pero no me importó. Lo único en lo que podía pensar era en que tenía que salir de allí.

–Tengo que irme –dije.

Noté lo inestable que sonó mi voz y sentí como si algo estuviera desmoronándose en mi interior. No podía creermelo que hubiera pensado que aquello sería buena idea. Necesitaba ir a algún sitio donde pudiera estar sola para intentar asimilar que todo en el mundo parecía haberse hecho añicos.

–Hablemos de esto –sugirió Michael mientras se sentaba en la cama y daba una palmadita sobre el colchón, a su lado.

–¡No quiero hablar! –le grité, sin darme cuenta de que iba a hacerlo, y se me quebró la voz en la última palabra.

–Vale –contestó. Ahora parecía un poco asustado–. Esto... No pasa nada. No tienes que hacerlo.

Le di la espalda y me obligué a respirar hondo, aunque noté que fue una inspiración entrecortada.

–Solo... Solo quiero estar sola, ¿vale? Lo siento. No debería haber venido.

Me dirigí hacia la puerta, dejando en la desordenada habitación mis zapatos, mi virginidad y el último atisbo de la chica que había sido una vez.

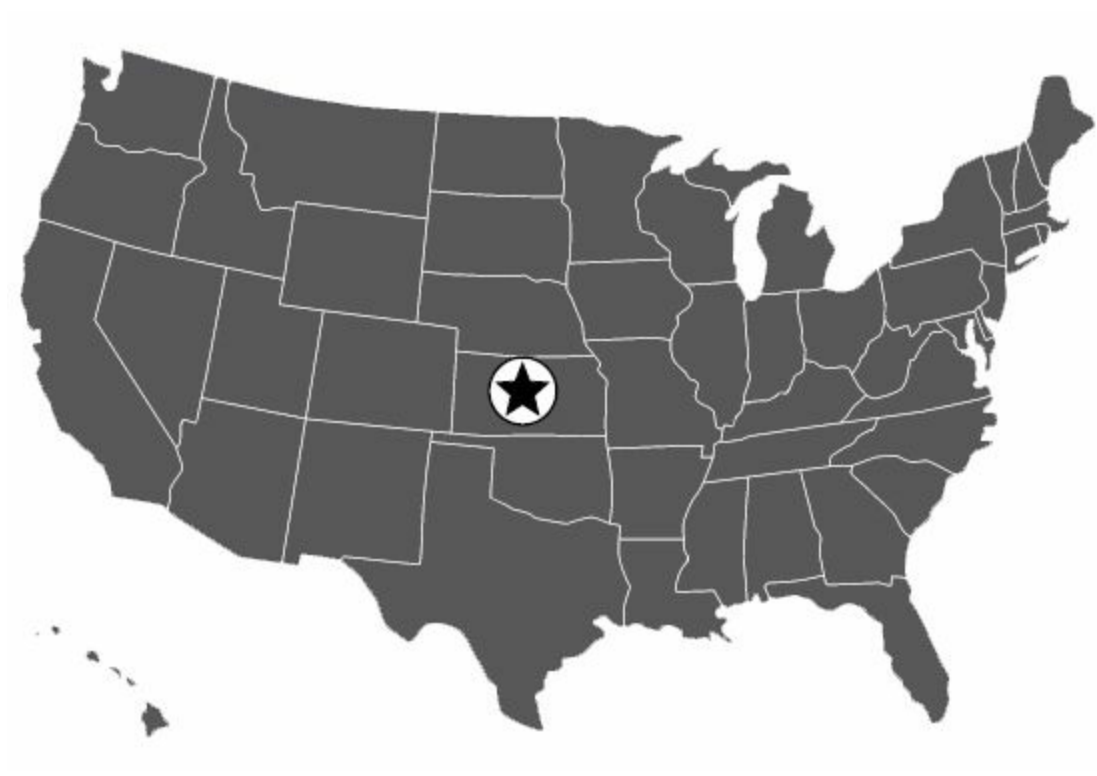
–Amy –me llamó Michael–. No...

Pero nunca me enteré de qué iba a decirme porque cerré de un portazo. Bajé por el pasillo de la residencia, con la mirada clavada en la moqueta industrial de color marrón, sin girarme para comprobar si me seguía. Noté el picor de las lágrimas en el interior de los párpados. Me ardían los ojos y se me escaparon dos lágrimas del derecho. Podía

sentir cuánto había allí contenido: todo lo que había ocurrido, la enormidad de todo aquello. No había suficientes lágrimas con las que llorar. No me quedaba suficiente voz para gritar. Y, de todas formas, eso no iba a cambiar nada. Por mucho que llorara, incluso aunque me permitiera gritar, las cosas no iban a mejorar nunca. Así que reprimí con todas mis fuerzas los sentimientos que exigían en mi interior que los liberase. Me concentré en respirar, en dar un paso y luego otro. En no pensar en lo que había ocurrido ni en la casa a la que tendría que regresar ni en que sentía que tenía el corazón tan destrozado que era como si se hubiera convertido en polvo. Contuve aquellos sentimientos con las fuerzas que aún me quedaban.

Y, cuando salí a la calle y me adentré en la tarde aún cálida, ya había dejado de llorar.

A TRAVÉS DE LA ADVERSIDAD HACIA LAS ESTRELLAS



I've reached the point of know return.

—Kansas

Íbamos a ir a Kentucky.

Bueno, primero teníamos que atravesar Kansas y Misuri, pero luego íbamos a ir a Kentucky.

Cuando me desperté a las diez de la mañana (después de haber conseguido quedarme dormida a eso de las cuatro de la madrugada), Bronwyn no estaba, ni tampoco mi maleta. Mis vaqueros estaban doblados sobre la cama, junto con una camiseta blanca muy parecida a la que ella llevaba puesta el día anterior. Había una notita adhesiva amarilla sobre la ropa que decía: «*Para Amy*» y otra rosada al lado de la amarilla que ponía: «*Úsame*». Desconcertada, pero sin más opciones a la vista, me cambié de ropa. Noté la suavidad de la tela al ponerme la camiseta. Era muy bonita, y blanca: tendría que asegurarme de mantenerme alejada de la mermelada.

Enrollé el saco de dormir y fui a la planta baja. Leonard estaba dormido en el sofá, roncando suavemente y con el mando apoyado sobre el pecho. Cuando me dirigía a la cocina, Roger salió de allí. Llevaba puesta la camiseta que se había comprado en la tienda de regalos de Yosemite y que ponía: «*Bear necessities*».¹² Al parecer, acababa de ducharse, porque todavía tenía el pelo mojado y se le notaban las marcas del peine. El remolino que tenía en la parte de atrás de la cabeza se afanaba por levantarse.

—¡Eh! Buenos días.

—Hola —respondí en voz baja, aunque probablemente no fuera necesario. En el juego resonaba una especie de música de zampoña que no parecía molestar a Leonard en absoluto.

—¿Te lo pasaste bien anoche? —me preguntó.

—Sí —contesté. Aún me sorprendía, pero sí que me había divertido. Hasta el final.

—Me alegro —dijo, sonriéndome—. No estaba seguro. Como te fuiste pronto...

—Ah, eso. —Clavé la vista en el suelo—. Es que estaba cansada.

–Ya –asintió Roger, estirándose un poco–. Han sido unos días intensos.

–Es verdad –coincidió. Al decirlo, caí en la cuenta de que solo habían transcurrido tres días. Y de que mi vida antes del viaje estaba empezando a parecerme algo muy lejano.

–¿Lista para ponernos en marcha?

–*Sip* –dije sin percatarme de la palabra que había elegido hasta que fue demasiado tarde para retractarme. Pero, después de todo, estábamos en Colorado, así que tal vez hablar como un *cowboy* fuera más aceptable. O, como mínimo, menos raro–. Pero antes tengo que encontrar mi maleta. No estaba en el cuarto de Bronwyn.

–No te preocupes –me dijo Roger mientras cogía su macuto de la puerta–. Bron la bajó esta mañana.

–¿En serio? Qué amable.

–Ajá –murmuró.

Pasamos junto a Leonard de camino a la puerta principal y Roger chocó el puño de la mano que asomaba sobre el respaldo del sofá.

–Nos vemos, tío –dijo mientras continuaba en dirección al coche.

–Igualmente –farfulló Leonard.

Le eché un vistazo a la pantalla y me fijé en que ahora decía: «¡Apresúrate! ¡Debes salvar a la princesa Amy!». Observé las palabras mientras se desvanecían y noté que se me dibujaba una sonrisa en la cara.

–Adiós, Leonard –dije bajito–. Buena suerte con tu misión.

Salí y cerré la puerta de la International House detrás de mí. A continuación, seguí a Roger hasta el coche.

–Bron tenía una reunión esta mañana temprano –me comentó mientras dejaba su macuto en el asiento trasero, sin mirarme a los ojos. Se dirigió hacia la puerta del conductor mientras yo me sentaba en el lado del acompañante y me abrochaba el cinturón–. Pero me pidió que te dijera adiós de su parte.

–Oh –respondí algo sorprendida e intentando no sentirme decepcionada.

–Naturalmente, le dije que ni hablar –añadió Roger, dedicándome una rápida sonrisa. Arrancó, puso el intermitente y nos incorporamos a la calle–. Pero quiso que te diera esto.

Me pasó un sobre de grueso papel color crema. Tenía escrito «AMY» por delante con la misma letra que las notitas adhesivas.

–Me dijo que esperara hasta que estuviéramos en marcha.

–Vale –contesté, completamente confundida. Cogí el sobre y lo abrí.

Me quedé mirando la nota. Era muy dulce, salvo por la posdata, que me resultó perturbadora, como mínimo.

–Roger –dije mirando hacia la parte posterior del coche–. ¿Le pasa algo a mi maleta?

–Eh... ¿qué? –respondió con la cara un poco colorada mientras toqueteaba el iPod–. Anda, mira, la interestatal.

–¡Roger!

De parte de
BRONWYN E. TAYLOR

¡Hola, Amy!

Siento no haber podido despedirme de ti en persona. Tengo que ir a una mediación entre dos personas de la casa que están siendo increíblemente testarudas y... Bueno, da igual. En fin, deberías venir a visitarnos pronto. Espero que Roger y tú lo paséis genial el resto del viaje. Si pasas por Texas, dale saludos de mi parte.

Dile a R. S. que le mando un abrazo. ¡Y mantente en contacto! Mis datos están en el dorso.

Besitos,

Bron

P. D.: ¡No te enfades por lo de la maleta! Hice lo que tenía que hacer. Los Taylor no nos escondemos. Y tú tampoco deberías. ¡Te prometo que un día me darás las gracias!

—Yo no sé nada. Lo juro. No soy más que un peón en todo esto. Bron bajó tu maleta esta mañana y me dijo que no la abriera, ni te dejara abrirla, hasta que estuviéramos en camino.

—¿Y aceptaste sin más? —pregunté volviéndome en el asiento para mirar hacia la parte de atrás, donde estaba mi maleta.

—Es que me amenazó con echarme el conejo encima si no cooperaba.

Contra mi voluntad, no pude evitar reírme de eso. Roger también se rió y parecía aliviado.

—Mira, casi hemos llegado a Fran. Si es algo realmente irreparable, todavía estamos a tiempo de regresar y hacer algo.

Mientras hablaba, tomó una salida de la interestatal y luego entró en un aparcamiento en el que parecía haber casi tantos camiones comerciales como coches.

—¡Caramba! —exclamé mientras aparcábamos a la sombra de un camión enorme.

—Ya. Este lugar es bastante popular tanto entre los camioneros como entre los estudiantes. Es una mezcla muy interesante. Bienvenida a La casa de las tortitas de Fran.

Salí del coche, me dirigí rápidamente a la parte de atrás y levanté la puerta. Abrí la cremallera de mi maleta y me quedé inmóvil. Toda mi ropa había desaparecido.

Bueno, me di cuenta de que eso no era del todo cierto mientras escarbaba en la maleta. Bronwyn me había dejado la ropa interior... y había añadido el tanga verde con el sujetador a juego. También había conservado la camiseta de *Anyone can whistle*. Pero el resto de mi ropa ya no estaba, y todo lo demás era suyo: el conjunto que me había puesto para la fiesta, camisetas de tirantes, vestidos, faldas... Terminé de revisar la ropa y me quedé mirando la maleta sin saber qué decir.

—¿Y bien? —preguntó Roger, rondando detrás de mí—. ¿Es grave?

—No. Simplemente me ha regalado un montón de ropa nueva, eso es todo.

—Ah. —Se acercó un poco. Probablemente pensó que era seguro, ahora que ya no parecía estar tan cabreada como para pegarle—. Pero eso es bueno, ¿no?

Observé todas aquellas cosas bonitas que de pronto me pertenecían y me di cuenta de que Bronwyn no solo me había dado ropa: se había llevado mi camuflaje. Me había impedido seguir escondiéndome. Eso no me entusiasmaba precisamente, ni tampoco el hecho de que se hubiera apropiado de mi maleta sin consultarme. Pero la ropa era preciosa. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan guapa como anoche. Resumiendo, todo aquello era demasiado que asimilar antes de desayunar.

—Así es —contesté. Volví a cerrar la maleta y luego bajé la puerta trasera—. Creo. Comamos algo. Me muero de hambre.

Mientras nos dirigíamos al restaurante, Roger se puso a hablar con entusiasmo de las tortitas de aquel sitio, pero yo no le prestaba demasiada atención. Me vi reflejada en la reluciente superficie plateada de un camión de combustible con la camiseta de Bronwyn, que ahora era mía. No pude evitar darme cuenta de que, de hecho, caminaba un poco más erguida.

Aparté mi plato de tortitas vacío y miré a Roger, que estaba sentado al otro lado de la mesa. Teníamos el mapa de carreteras entre nosotros, abierto por la página que mostraba todo el país. Aún nos quedaba un largo trecho hasta llegar a la Costa Este, pero me asombró comprobar cuánto terreno habíamos recorrido ya. Aunque estábamos muy lejos de Ohio, que era adonde se suponía que debíamos estar dirigiéndonos en ese mismo momento. Al comparar dónde estábamos con dónde deberíamos estar, comprendí que tendría que llamar a mi madre (probablemente esa noche) y decirle que no estábamos en Akron. Pensar en esa conversación hizo que se me revolviera un poco el estómago, pero no me resultó ni por asomo tan angustioso como lo habría sido unos días antes.

Roger trazó una línea con el dedo por los estados que separaban Colorado de Connecticut. Mientras lo observaba, se dirigió hasta Kansas, atravesó Misuri, llegó a Kentucky y se detuvo.

—Quieres ir a Kentucky —dije.

La casa de las tortitas de Fran

DESAYUNO

Todos los desayunos se sirven con café o té.
 Variedades de patatas: hash browns*
 / fritas al estilo casero / fritas clásicas
 Variedades de pan: trigo, blanco,
 multicereales, agrio, bagel, muffin inglés



*Ruta original: Gallup - Tulsa -
 Terre Haute - Akron - Slomwich -
 Nuestra ruta: Yosemite - Delta -
 Colorado Springs - Wichita -
 Louisville - Slomwich?*

Tortitas de Fran	5.99	2 Huevos, 2 Beicon, 2 Salchichas	5.99
2 Huevos al gusto	3.99	Gofres	4.99
Media ración de tortitas de Fran	3.99	Zumo de naranja	1.50
2 Huevos, 2 Beicon	4.99	Gofres Deluxe	5.99
Tortitas de Fran con multicereales	5.99	Zumo de manzana	1.50
2 Huevos, 2 Salchichas	4.99	Gofres de arándanos	6.99
Tortitas de Fran con arándanos	6.99	Zumo de pomelo	1.50

Colorado Springs, Colorado
 ¡Justo al lado de la interestatal!
 Abrimos todos los días del año

* Variedad de patata frita cortada en tiras. Se suele freír en planchas para darle una textura crujiente. Es un plato típico de los desayunos en Estados Unidos. (N. de la T.)

Roger me miró, sorprendido, y luego bajó la vista hacia donde tenía el dedo apoyado sobre el mapa.

—Pues... —Suspiró mientras daba golpecitos con el dedo sobre el estado—. No lo sé. He estado pensando en ello esta mañana.

Se pasó las dos manos por el pelo y, como si se alegrara de que lo liberase, el remolino de la parte posterior se levantó de inmediato.

—¿Hadley? —conjeturé. Me resultó extraño pronunciar ese nombre, sobre todo después de haber visto la fotografía y haber oído a Bronwyn hablar de ella.

—Es evidente, ¿no? Es que pensé que estaría aquí y podría hablar con ella. Me había preparado para ello. Pero resulta que no estaba... —Miró por la ventana en dirección a los coches que recorrían a toda velocidad la interestatal—. Te juro que no pretendo acosarla. Solo necesito saber qué pasó. Y no me devuelve las llamadas...

—Bueno —dije mirando el mapa—. Nunca he estado en Kentucky.

Roger sonrió al oír eso y luego se volvió hacia mí.

—No tenemos tiempo —repuso—. Se supone que deberíamos estar en...

—Akron —añadí.

—Akron —repitió Roger—. Y luego en Connecticut mañana. No creo que podamos llegar a Kentucky.

Contemplé el mapa. Todavía no estaba preparada para llegar a Connecticut. Por alguna razón, no tenía nada de prisa por volver a ver a mi madre. Y si nos retrasábamos un día (o dos), ¿qué podría hacer ella al respecto? Al parecer, Roger tenía su propia misión, al igual que la versión virtual de Leonard. ¿Y quién era yo para impedirselo?

—Creo que deberíamos ir —anuncié, una vez tomada la decisión.

—¿En serio?

—En serio. Solo es un rodeo, ¿no?

—Es un gran rodeo. Tu madre...

—Tendrá que aguantarse. Le diré... que nos encontramos un montón de tráfico en los estados centrales de la costa atlántica.

Apenas podía creer que estuviera diciendo eso. Mi madre iba a matarme. Me había dejado otro mensaje en el teléfono esa mañana, pero todavía no lo había escuchado ni le había respondido. Aunque había intentado alejar aquellos pensamientos de mi mente, sabía que probablemente estaría preocupada. La culpa me provocó un nudo en el estómago e hizo que se me revolvieran las tortitas de Fran. Pero entonces Roger me miró e intenté desprenderme de aquella sensación. Después de todo, había sido ella la que se había largado y me había dejado sola un mes. ¿No podía hacerle yo lo mismo durante cuatro días?

—Hagámoslo —propuse con toda la firmeza que pude, aunque el corazón me latía a toda máquina—. Kentucky.

Roger me observó un instante más, luego asintió y me ofreció un lápiz.

—¿Desea calcular nuestra ruta, Chekov? —me preguntó. Le echó un vistazo al mapa—. En realidad, no creo que vayamos a tardar mucho. Y, si vamos por Kansas, podríamos ver a mi amigo Drew...

—Me parece que iremos por Kansas —opiné.

Mientras hojeaba los mapas estatales, estudiando las interestatales que tendríamos que coger, se me ocurrió algo que hizo que se me revolviera un poco el estómago.

—Roger —dije. En realidad no quería saber la respuesta, pero me obligué a preguntarlo de todas formas—. ¿Todo este asunto de Hadley... es el motivo por el que aceptaste hacer este viaje?

Roger levantó la vista y me miró a los ojos. En los suyos vi un atisbo de culpa y supe que la respuesta era sí. Eso no debería haberme molestado ni decepcionado, pero así fue.

—No pasa nada —me apresuré a decir—. Después de todo...

—Bueno, sí —dijo Roger, interrumpiéndome—. Al principio, sí. A ver, mi madre me lo pidió, pero no tenía por qué aceptar. Podía haberle dicho a mi padre que me pagara un billete de avión. Pero me pareció una buena manera de ver el país, y pensé que Hadley estaría aquí y que si podía verla y hablar con ella...

Asentí diciéndome a mí misma que no debía ofenderme. Por supuesto que no debía de haberle entusiasmado hacer un viaje con una chica de instituto a la que apenas conocía. A mí no me había apetecido nada ese viaje, así que ¿por qué me disgustaba de pronto el hecho de que a él tampoco?

—Pero, con toda sinceridad —dijo con tanta seriedad en la voz que levanté la vista—, no es lo que me esperaba. Me lo estoy pasando bien. A fin de cuentas, es una aventura, ¿verdad?

—Exacto. —Volví a observar el mapa—. Una aventura.

Ya que él había puesto las cartas boca arriba, supuse que debería hacer lo mismo.

—Yo no quería hacer esto —confesé—. Me refiero al principio. Pero ahora... pues... me alegro. De que estemos haciéndolo.

—Yo también —contestó sonriéndome.

Un ayudante de camarero se acercó y recogió nuestros platos con un fuerte suspiro, que tomé como la señal de que debíamos marcharnos. Salimos del local, haciendo

tintinear la campanilla que había sobre la puerta, y tuvimos que apartarnos del camino de dos camioneros con cara de sueño que se dirigían tambaleándose a la entrada.

—Por cierto —comenté mientras Roger abría el coche con el mando a un par de metros de distancia—. El chico que estaba ayer en la fiesta... —continué mientras nos encaminábamos cada uno a nuestro lado del vehículo y nos mirábamos por encima del capó. Aquello llevaba rondándome por la cabeza desde que había ocurrido—. El que dijo que tuvieras cuidado porque ibas a quemarte. ¿Qué... qué quiso decir?

—Pues... —contestó Roger, y me di cuenta de que había dejado de mirarme—. Supongo que es una cosa de tíos. Solo es una estupidez.

Bajó la mirada hacia el llavero y se puso a jugar con él.

—¿Tenía que ver con mi pelo? —Estaba segura de que era así y temía que me lo confirmara.

—¿Qué? —preguntó, mirándome—. No. Tu pelo es muy bonito. Se refería a que le pareciste guapa. Y pensó que estábamos... juntos.

—Ah...

Ahora entendía la reacción de Roger. Noté que me ponía colorada.

—Ya —dijo riéndose. A continuación, abrió su puerta y entró.

Yo permanecí fuera un poco más, intentando refrescarme la cara. Sentí que una ligera sonrisa se me empezaba a formar en los labios. Porque, si la memoria no me fallaba, Roger no le había dicho al otro chico que no era verdad. Eso no debería haberme hecho feliz. Pero lo hizo.

En cuanto Roger dirigió el coche hacia Kansas, el paisaje empezó a parecer mucho más típico de allí, a pesar de que aún seguíamos en Colorado. Las montañas desaparecieron enseguida y todo se volvió más plano, con aspecto seco, del color de la paja... y recuperamos los inmensos cielos despejados. Como me esperaba, el terreno era llanísimo. Pero, a su manera, resultaba igual de fascinante que las montañas. Desprendía una sensación de amplitud y paz. Coloqué los pies sobre el salpicadero, me apoyé contra el reposacabezas y contemplé el paisaje.

Cuando cruzamos la frontera del estado y entramos en Kansas, me fijé en que al lado de la carretera empezaron a aparecer señales con luces en la parte superior que decían: «CUANDO SE ENCIENDA, PONGA LA EMISORA DE AVISOS METEOROLÓGICOS». Al principio

no les había prestado mucha atención (me parecía que, después de haber estado en Colorado, iba a hacer falta mucho para que una señal me sorprendiera), hasta que caí en la cuenta de que el aviso meteorológico al que probablemente se referían las señales era un tornado. De pronto, el cielo ya no parecía tan tranquilo; pero por lo menos, hasta donde me alcanzaba la vista, seguía despejado.

—¿Es una persona? —me preguntó Roger.

—Sí. Diecinueve.

—¿Es un hombre?

—No. Dieciocho.

—¿Está viva?

—No. Diecisiete.

—¿Es famosa?

—Mucho. Dieciséis.

Cuando entramos en el Sunflower Mart, sin ni siquiera preguntarme, Roger cogió un refresco de vainilla para mí y una cerveza de raíz para él y, a continuación, fue directamente a la diminuta sección de ropa.

—¡Amy! —gritó a pesar de que la tiendita estaba vacía.

—¿Qué pasa? —pregunté en voz baja, acercándome a él.

—Mira —dijo mientras hacía girar el expositor negro de plástico, haciendo que las gafas (que costaban 4,99 dólares) dieran vueltas—. Gafas de sol.

Intenté averiguar si esa era su manera de decirme que había estado usando las suyas demasiado tiempo, a pesar de que creía haber tenido cuidado. Decidí no volver a ponérmelas más.

—Vale —contesté, avergonzada. Fui hasta la sección de patatas fritas y cogí unos Doritos.

—¡Puedes comprarte unas! Y a un precio razonable.

—Estoy bien así —dije mientras elegía algunas golosinas—. Pero no volveré a pedirte las tuyas.

—No, eso me da igual —repuso Roger. Se reunió conmigo en el mostrador, dejó dos minichocolatinas junto a la caja registradora y sacó una moneda de veinticinco centavos

para pagarlas—. Es que no quiero que tengas que seguir entrecerrando los ojos por culpa del sol.

—Estoy bien —repetí de manera cortante.

Roger se quedó mirándome un momento, luego asintió y regresó al coche mientras yo le entregaba mi tarjeta de crédito al dependiente.

Dónde he estado...

Estado nº 4: COLORADO - El estado del Centenario

Lema: Nil sine numine (Nada sin providencia)

Tamaño: De nuevo, grande. Y MONTAÑOSO. Y, al parecer, eso les ocasiona un montón de problemas a los camioneros.

Datos: ¡America the beautiful fue escrita en Colorado Springs! Por eso las montañas parecían moradas: ¡eran las mismas que las de la canción!

Notas: Una señal de la autopista decía: «LLAME A LA CSP¹³ EN CASO DE VIOLENCIA VIAL». Pero ¿se refería a violencia vial por tu parte o por parte de otro? No quedaba claro. Aunque puede que dicha violencia vial se deba al hecho de que, si te fallan los frenos, se supone que debes permanecer en la interestatal. Entiendo que eso pueda conducir a violencia vial.



–Vale. Entonces es una mujer. Y está muerta. Y es famosa. Muy famosa. Y no es la reina Isabel la Católica.

Negué con la cabeza.

–No me puedo creer que esa fuera tu primera opción. Quince.

»¿Cómo funciona esto? –pregunté mirando más allá de Roger hacia el altavoz que había por fuera de un sitio llamado Sonic Drive-In, donde estábamos intentando comer.

–Tienen un refresco de cereza y lima en la carta –dijo Roger observando el enorme menú iluminado adyacente al área cubierta bajo la que habíamos aparcado–. No tengo ni idea de lo que es, pero creo que voy a tener que probarlo.

–¡Madre mía! –exclamé mientras también leía la carta, que era una pasada. Había sándwiches de queso a la plancha, *tater tots*¹⁴ y hasta varias clases de chili–. Tienen palitos de *mozzarella*. Tengo que pedirlos.

El altavoz situado al lado del coche emitió un ruido y luego volvió a quedarse en silencio. Roger le dio un golpecito.

–¿Hola? ¡Necesitamos unos palitos de *mozzarella* aquí fuera!

–A ver –dijo Roger.

La lista de reproducción estaba sonando por tercera vez y yo movía los labios siguiendo la letra de la canción de Fountains of Wayne, que ya me había aprendido de memoria.

La comida de Sonic había venido acompañada de dos caramelos de menta grapados a la bolsa de papel marrón. Desenvolví uno y se lo deposité en la palma de la mano. Entonces me di cuenta de lo que había hecho y me dejé caer con fuerza contra el asiento.

–Recapitulemos. Está muerta, es muy famosa y no es la reina Isabel la Católica, Margaret Mead ni la reina Isabel de Inglaterra.

–Correcto –contesté mirando por la ventanilla–. Trece.

Cuando estábamos a una hora de Wichita, el cielo empezó a oscurecerse. Yo creía que sabía cómo era un cielo nublado (ocurría de vez en cuando en California), pero nunca había visto nada como eso. El inmenso cielo empezó a llenarse de nubes y tuve la sensación de que las cosas podrían ponerse feas muy rápido.

–Oye, Roger.

Cuando me miró, parecía estresado.

–Estoy pensando. No me metas prisa. Solo me queda una pregunta.

–No es eso. Me estaba preguntando... ¿Sabes cuándo es la temporada de tornados?

–Eh... –Lo vi echar un vistazo hacia fuera, como si acabara de reparar en el cielo nublado—. Pues... no. ¿Y tú?

–Tampoco.

Observé las nubes bajas, que ahora cubrían todo el paisaje y se extendían hasta donde podía ver.

–Bueno –dijo Roger después de un momento—. Las señales no se han encendido todavía. Así que puede que no haga falta que nos preocupemos por eso.

–De acuerdo –contesté, pero continué mirando por la ventanilla, inquieta por lo que podría aguardarnos en el camino.

Roger me miró incrédulo.

–¿Quién?

–Ethel Merman –respondí mientras cogía unos Skittles—. Es una mujer, está muerta y es famosa.

–Pues yo nunca había oído hablar de ella –repuso observando la carretera con el ceño fruncido.

–¡Es una actriz de renombre! La mayoría de los principales papeles de teatro musical le deben su existencia a ella.

Roger simplemente negó con la cabeza.

–Me parece que acabas de inventártelo. Quiero repetir.

–Muy bien –acepté girándome en el asiento para mirarlo—. Te toca.

Mientras tanto, entramos en los límites de la ciudad de Wichita y dejé escapar un suspiro de alivio. Aunque apareciera un tornado, por lo menos ya no estaríamos en medio de la autopista, completamente vulnerables.

–Wichita –dijo Roger—. Por fin.

Sacó el móvil del portavasos, donde había acabado enterrado bajo toda la basura del día: envoltorios de golosinas, servilletas blancas de Sonic y botellas de refresco vacías.

–Debería llamar a Drew.

Roger había empezado a hablar de Drew cada vez más a medida que nos acercábamos, principalmente para intentar ganar tiempo mientras me sonsacaba pistas para el juego de las veinte preguntas. Me había dicho que no creía que tuviéramos que pasar la noche en Wichita (y tampoco teníamos tiempo si queríamos llegar a Kentucky), pero le parecía un

buen sitio para descansar un rato. Y viendo lo cansado que parecía y que no dejaba de removerse en el asiento, comprendí que le vendría bien una pausa. Y a mí también, la verdad. Estaba empezando a entumecerse el trasero y tenía los músculos de las piernas agarrotados.

—¿Drew es un amigo de la universidad? —le pregunté.

—Sí —contestó Roger—. Vivía en la misma planta que yo el año pasado y siempre acababa durmiendo en mi cuarto porque no podía entrar en el suyo. Perdió la llave tantas veces que debe de haber superado el récord de la residencia. Al final, la encargada dejó de cobrarle por las copias de la llave, porque estaba empezando a sentirse mal por dejarlo sin dinero.

Roger presionó un número, escuchó un momento y luego negó con la cabeza.

—El buzón de voz —me explicó—. Hola, Mofletes —dijo por el móvil—. Oye, tío, estoy con una amiga en Kansas y me preguntaba si te apetecería quedar. Llámame si escuchas esto, son casi las ocho.

Luego colgó sin decir adiós, algo a lo que ya me estaba acostumbrando, y volvió a dejar el teléfono sobre la bolsa vacía de M&M.

—¿Mofletes? —pregunté.

—Ah, eso —dijo Roger riéndose—. Solo es un mote estúpido. Todos en nuestra planta tenían uno.

—¿Cuál era el tuyo? —Roger fingió no haberme oído y se puso a mirar fijamente por la ventanilla—. ¿Roger? ¿Cuál era...?

Antes de poder terminar la frase, el teléfono empezó a vibrar en el portavasos. Roger lo miró, pero, por impulso y sorprendiéndome a mí misma, lo cogí y vi que en la pantalla ponía: «MOFLETES LLAMANDO». Ignoré la mano de Roger, que me hacía señas para que le entregara el móvil, y lo abrí.

—Hola. Este es el teléfono de Roger —dije, apartándome hasta el borde del asiento, fuera de su alcance. Roger siguió tratando de coger el móvil, provocando que el coche zigzagueara ligeramente en el carril.

—Hola —contestó una voz grave al otro lado de la línea—. ¿Está Magallanes?

Me volví hacia Roger, que continuaba intentando quitarme el teléfono, y sentí que se me dibujaba una sonrisa en la cara.

—¿Magallanes? —repetí con diversión.

Roger suspiró y dejó caer la mano. Era evidente que ese era el motivo por el que había intentado interceptar la llamada.

–Sí –dijo la voz del teléfono–. Ya sabes... Roger.

–Claro –contesté sin dejar de sonreír–. Un momentito. –Le pasé el teléfono–. Magallanes, tienes una llamada.

–Solo es un mote estúpido –me dijo entre dientes antes de coger el teléfono–. Hola, Mofletes. Oye, estamos por estos lares... ¿Qué? –Roger me miró de reojo–. Ah, no. Solo es una amiga. Hadley está en Kentucky.

Ahora me tocó a mí pasar vergüenza. Miré por la ventanilla hasta que Roger me hizo señas para captar mi atención y gesticuló indicando que quería anotar algo. Cogí un lápiz y escribí en una servilleta de Sonic la dirección y las indicaciones que Roger me fue dictando para llegar al Club de Campo de Wichita.

Cuando terminó de hablar con Drew, no me miró directamente, sino que mantuvo la vista al frente, como si hubiera algo más que ver aparte de la carretera interminable y el cielo nublado.

–Drew dice que deberíamos tardar unos veinte minutos. Supongo que acaba de salir de trabajar.

–Genial. ¿Qué es eso de Magallanes?

–Da igual –contestó, y me di cuenta de que se estaba ruborizando un poco–. Como te dije, no es más que un estúpido mote.

–A mí me parece gracioso. ¿Es por ese rollo que te traes con los exploradores?

–Sí –admitió Roger–. Pero se nos fue de las manos. Te lo juro, algunos de los chicos de la residencia ni siquiera llegaron a saber nunca cómo me llamo de verdad. Hadley opinaba que era una soberana estupidez.

Empleó el mismo tono de voz que usaba cada vez que pronunciaba su nombre. Una combinación de nostalgia y resignación.

–Pues a mí me parece gracioso –repetí en voz baja.

Roger me dedicó una rápida sonrisa.

–A mí también. Al principio. Es bastante menos divertido después de seis meses, cuando alguien te lo grita en medio del campus. –Señaló la servilleta que estaba sobre el compartimento, entre nosotros–. ¿Lista para indicarme el rumbo, Chekov?

Cogí la servilleta, la alisé e intenté descifrar lo que había garabateado.

–Lista.

Veinte minutos después, como nos había asegurado Drew, nos detuvimos delante del Club de Campo de Wichita. Había un guardia con una pinta muy intimidante en una pequeña caseta de madera que comprobaba los coches que entraban, así que bajamos un poco más por la calle y aparcamos. Salimos del coche y Roger sacó el móvil para volver a llamar a Drew cuando oí un chirrido de neumáticos. Un diminuto coche rojo salió por la entrada a toda velocidad y se dirigió directo hacia nosotros.

—Ese debe de ser Mofletes —dijo Roger sonriendo.

El vehículo giró en redondo y se detuvo junto al Liberty. La puerta del conductor se abrió y salió una persona de rostro redondo y cabeza redonda. Llevaba un polo verde azulado, pantalones color caqui planchados y mocasines.

—Colega —dijo Roger mientras se acercaba al otro coche—. Parece que estés a punto de venderme un seguro. O intentando que me una a tu hermandad.

—Magallanes —lo saludó Drew, y él y Roger se dieron un rápido abrazo de tíos que pareció consistir principalmente en golpearse el uno al otro en la espalda—. Resulta que estás viendo al más reciente asistente de golf del Club de Golf de Wichita.

—¿Con asistente de golf te refieres a... *caddie*? —preguntó Roger.

—Es mucho más que eso —insistió Drew—. Hace falta talento. Tengo que elegir los palos, leer los *greens*... —Hizo un amplio gesto con los brazos y debió de verme entonces—. Vaya, hola —me dijo con una amplia sonrisa, y me di cuenta de que su voz sonó de pronto más profunda.

Advertí todo aquello con cierta sorpresa y una creciente sensación de ansiedad. Le gusté. Sabía que probablemente fuera por la ropa de Bronwyn y, durante un instante, me enfadé con ella por hacerme eso. Me gustaba ser invisible. Las cosas eran más fáciles así. Sentí que el corazón me martilleaba en el pecho mientras lo miraba, sonriéndome con expectación, y odié que ahora hasta la más simple interacción me hiciera sentir incómoda. La antigua yo le habría devuelto la sonrisa y puede que hasta hubiera coqueteado un poco, solo por diversión. Pero simplemente me metí las manos en los bolsillos de los vaqueros y clavé la mirada en el suelo, deseando seguir llevando una camiseta enorme.

—Hola —murmuré—. Soy Amy.

—Andrew O’Neal. Es un placer.

Miró a Roger y enarcó las cejas, pero Roger frunció el ceño y negó con la cabeza. Drew suspiró.

–Encantado de conocerte –añadió con cierta resignación, y su voz recuperó su tono normal.

Pasé la mirada del uno al otro intentando descifrar qué acababa de ocurrir.

–Ahora que ya nos hemos presentado como es debido –dijo Drew–, pasemos a asuntos más importantes. Como la comida.

Hasta que pronunció esa palabra, no me había dado cuenta de que me estaba muriendo de hambre. Lo que era absurdo, porque llevábamos todo el día comiendo y picoteando y no habíamos hecho nada más que estar sentados en el coche. Roger me miró y yo asentí.

–Suená bien –le dijo a Drew.

–Estupendo –contestó el otro chico mientras regresaba a su coche. Nos hizo señas para que lo siguiéramos–. Resulta que, por alguna razón, el grupo al que estaba ayudando olvidó invitarme a comer en el club. Así que estoy famélico. Y a vosotros seguramente os vendría bien un descanso. Creo que, sin ninguna duda, hay que ir a New Way.

–¿New Way? –preguntó Roger mientras Drew abría la puerta del conductor y él, la del pasajero.

–New Way –repitió Drew empujando su asiento hacia delante para que yo pudiera subirme detrás–. Ya lo veréis.

Se está mejor en casa que en ningún sitio.

—El mago de Oz

Enseguida descubrimos que New Way en realidad era la cadena de comida rápida NuWay, que, según Drew, era un lugar emblemático de Wichita. La ciudad de Wichita propiamente dicha parecía un poco confusa, con una autopista que la atravesaba, dividiéndola en dos. Drew aparcó delante del NuWay Café, cuyo nombre aparecía grabado con letras blancas sobre un toldo rojo y amarillo. De pronto, me pareció que estábamos muy lejos de las flechas rojas y amarillas de los In-N-Out, con sus palmeras dibujadas en los vasos. «¡LA CARNE PICADA ES BUENA!», proclamaba un cartel en la ventana del local.

Entramos detrás de Drew en el restaurante, que estaba decorado con fotografías en blanco y negro enmarcadas de NuWay y sus clientes a lo largo de los años. Al parecer, Drew tenía razón en lo de que era un lugar emblemático. Él se hizo cargo de pedir e insistió en invitar. Cinco minutos después, salimos con dos bolsas de papel marrón que olían de un modo delicioso y que se llenaron de inmediato de tenues manchas traslúcidas de grasa. Regresamos al coche y Drew bajó por la autopista hacia Freddy's Frozen Custard.

—¿Crema helada? —pregunté al leer el letrero.

Como no encontró hueco, Drew aparcó en doble fila y luego entró a buscar el postre. Tiré del cinturón de seguridad para aflojarlo un poco y me incliné hacia delante en el espacio entre los asientos delanteros.

—Es algo típico del medio oeste —dijo Roger volviendo la cabeza hacia la izquierda para hablar conmigo. Me eché un poco hacia atrás cuando lo hizo, porque no me había dado cuenta de lo cerca que quedarían nuestras caras si él se giraba hacia mí—. Yo lo descubrí este año. Es como el helado, pero un poco más espesa. Está rica.

—Pero apuesto a que no se puede comparar con 21 Choices —comenté refiriéndome al local de yogur helado de Pasadena, esperando que Roger también lo conociera.

Sonrió al oírme nombrarlo.

–Me encanta ese sitio –contestó.

No sé en qué estaría pensando él, pero yo estaba pensando en mi casa, en California y en lo lejos que parecía estar en ese momento. Roger se inclinó un poco hacia delante y se giró para verme mejor.

–Yogur helado –me dijo con una sonrisa–. Qué californiana.

Le devolví la sonrisa y nos quedamos en silencio. Tomé aire para decir algo, pero entonces la puerta del conductor se abrió de nuevo.

–Ya he vuelto –anunció Drew mientras se dejaba caer en el asiento y le entregaba a Roger tres vasos plásticos de Freddy’s con unas cucharas rojas clavadas encima–. Preparaos para probar un «Hormigón». El nirvana hecho helado.

Salió del aparcamiento haciendo chirriar los neumáticos y se dirigió al cruce a toda velocidad lanzándome hacia atrás contra el asiento, haciendo que Roger chocara contra la ventanilla del lado del pasajero y provocando un alboroto de bocinazos a nuestro alrededor.

Empezó a invadirme el pánico y se me hizo un nudo en el estómago. Cerré los ojos y me esforcé por respirar, intentando bloquear el recuerdo de un chirrido de neumáticos y el espantoso sonido del metal arañándose, la sensación de que ya no controlaba el coche, los giros mareantes y la forma en la que el tiempo parecía haberse ralentizado.

–¡Drew! –soltó Roger. Abrí los ojos y vi que me miraba con cara de preocupación–. ¿Podrías frenar un poco?

–¿Por qué? –preguntó Drew haciéndose oír por encima del rap que había puesto a todo volumen.

–Tú hazlo –le exigió Roger con un tono cortante que no le había oído nunca.

–Vale –aceptó Drew, un poco enfurruñado, pero redujo la velocidad y empezó a conducir con más calma.

Mi ritmo cardíaco comenzó a disminuir y pude respirar con más normalidad. No estaba pasando otra vez. Me encontraba aquí, ahora. Y Roger estaba aquí conmigo. Estaba a salvo.

«¿Estás bien?», pude leer en los labios de Roger. Asentí, intentando sonreírle. Creía que cada vez se me daba mejor saber qué pensaba, pero hasta entonces no se me había ocurrido que podría ser algo mutuo.

Unos veinte minutos después, atravesamos la entrada de personal del Club de Campo de Wichita y nos dirigimos al aparcamiento de empleados, que estaba casi totalmente desierto. Ya había anochecido por completo y estaba más despejado que antes. Todavía había nubes en el cielo, pero se desplazaban por la oscuridad dejando ver la luna y las estrellas para luego ocultarlas de nuevo.

—¿Por qué hemos vuelto? —preguntó Roger—. ¿Vas a hacer unas horas extra?

—Prometí enseñaros lo mejor de Wichita —dijo Drew mientras aparcaba—. Y eso hago. —Se bajó, empujó el asiento hacia delante y me ofreció la mano para ayudarme a salir del asiento trasero—. ¿Milady?

Aparté la mirada y salí por mi cuenta. La antigua yo habría sonreído y habría aceptado su ayuda diciendo: «Sois muy amable, caballero». Puede que hasta hubiera hecho una referencia al musical *Camelot*. Ahora, tan solo miré fijamente al suelo mientras Drew cerraba la puerta con llave.

Roger tendió la mano libre, con la que no sujetaba el postre, hacia Drew.

—Las llaves —pidió—. Es por tu propio bien.

—Bien pensado —dijo Drew, entregándoselas—. ¿Dónde estabas ayer?

Drew se puso en marcha y yo me situé al lado de Roger. Dos de los vasos parecían correr peligro, así que se los cogí. Roger me dedicó una sonrisa rápida y tuvimos que apresurarnos para seguirle el ritmo a Drew, que caminaba sorprendentemente rápido. Cruzamos el aparcamiento y pasamos por delante de lo que supuse que sería el edificio principal del Club de Campo. Era imponente y blanco, con columnas y empleados con chaquetas rojas y cara de aburrimiento que se habían reunido delante para fumar.

—¡Mofletes! —le gritaron dos de ellos a Drew al verlo.

—No estoy aquí —dijo el aludido—. Ni en el campo de golf. Vosotros no me habéis visto.

—Entendido —respondió uno de los empleados, y Drew lo saludó al pasar.

—¿También te llaman Mofletes aquí? —preguntó Roger.

—Se corrió la voz —explicó volviendo la mirada hacia donde Roger y yo lo seguíamos a paso ligero—. Y se puso de moda.

Dejamos atrás el edificio principal y pasamos junto a una amplia piscina que reflejaba la luz de la luna. Un solitario flotador se mecía en el extremo menos profundo. Un poco más allá, pude ver las pistas de tenis desiertas y una pared de prácticas con una línea blanca pintada de un extremo a otro para representar la red. Las luces situadas sobre la

pared de prácticas estaban encendidas y, al acercarnos, vi que había una chica allí, jugando. Aminoré el paso un momento y la observé estrellar la pelota contra la pared y luego devolver su propio golpe cuando la pelota regresaba hasta ella, una y otra vez.

Tiempo atrás, cuando Charlie jugaba (cuando participaba en torneos y era la esperanza del entrenador de tenis local), mi padre había pintado una línea exactamente igual en un lateral de nuestro garaje y, la mayoría de las noches, podía oír el rítmico golpeteo de la pelota contra la pared. Cuando lo dejó hace dos años (o lo expulsaron del equipo, nunca supe con certeza qué ocurrió), me costó muchísimo acostumbrarme a la ausencia de aquel sonido. Era como si siguiera esperando oírlo, aunque sabía que no iba a regresar.

La chica falló uno de los tiros y se estiró para recoger la pelota. Nos vio y nos saludó con la raqueta. Acto seguido, se giró de nuevo hacia la pared y continuó jugando, pasando a emplear el revés. Llevaba ropa de tenis blanca y, bajo las luces brillantes, parecía exótica y fuera de lugar: como una polilla enorme bajo un foco que la iluminaba directamente.

Drew giró bruscamente a la derecha y Roger y yo lo seguimos mientras nos guiaba hacia el campo de golf.

—¿Podemos estar aquí, tío? —preguntó Roger.

—Por supuesto que no —respondió Drew, sin disminuir la velocidad—. ¿Por qué?

Roger me miró, se encogió de hombros y luego aceleró para no alejarse de Drew. Por impulso, me quité las sandalias, las cogí con una mano y seguí caminando descalza. El césped del campo de golf era denso y muy corto y me sentí casi como si flotara sobre él, sin hundirme en absoluto. Deslicé los dedos de los pies adelante y atrás un instante antes de correr para alcanzar a los chicos.

Avanzamos trazando una línea horizontal por la calle del campo. A nuestro alrededor, todo era espacio abierto y vacío, colinas ligeramente onduladas y el bosque oscuro cerca a cada lado. La tranquilidad era absoluta y reinaba el silencio, y ninguno de nosotros habló mientras caminábamos. De vez en cuando, pasábamos junto a algún búnker, que parecía anormalmente brillante comparado con la oscuridad del resto del campo. Debían de haber arreglado los búnkeres hacía poco, porque todos contaban con un complejo diseño en espiral. Esto les aportaba un aspecto sereno, como si se tratara de algo sacado de las fotografías que había visto de jardines zen japoneses y no las fuentes de gran angustia que probablemente fueran. A pesar de que ya era de noche, podíamos ver con facilidad por dónde íbamos gracias a los focos que había repartidos de tanto en tanto por

el campo y a la luna, que brillaba en el inmenso cielo. Aquí resultaba mucho más fácil ver las estrellas, ya que no había farolas ni letreros de neón que las oscurecieran.

Drew se detuvo en el punto de salida del hoyo doce, que según el cartel era un par cuatro. Se sentó en el césped, cogió la bolsa de NuWay que llevaba Roger y empezó a montar un picnic de comida rápida. Yo también me senté, dejé caer las sandalias y deposité en el suelo los vasos de Freddy's. Drew me pasó una hamburguesa y la acepté con cierto recelo.

–Gracias –dije intentando sonar entusiasmada mientras la observaba.

Era más pequeña de lo que esperaba y consistía en dos mitades cubiertas con un envoltorio blanco y rojo de NuWay. Parecía una hamburguesa desmigajada, ya que la carne no era compacta.

–Muy bien –dijo Drew frotándose las manos. Señaló los productos que había desplegado sobre las bolsas marrones de NuWay–. Tenemos *tater tots*, patatas fritas y aros de cebolla. Kétchup, mostaza, salsa especial...

–¿*Tater tots*? –preguntó Roger, cogiendo uno–. ¿En serio?

–Ya os dije que había que ir a NuWay. Es increíble. Ahora, a por las hamburguesas. Que no os eche para atrás la carne picada. La carne picada es buena.

–Sí, lo leí en el cartel –dije, y luego carraspeé–. Pero... ¿por qué?

–NuWay es famoso por eso. Las hamburguesas no están prensadas. No sé por qué. Tendréis que probarlas para entenderlo.

Drew estaba observándonos a Roger y a mí, esperando a que empezáramos. Miré mi hamburguesa y le di un mordisco. No estaba mal. Como se anunciaba, la carne estaba picada: parecía más bien carne para tacos. Tenía cebolla mezclada, lo que le añadía un toque picante. Le estrujé un sobrecito de kétchup por encima y le di un mordisco más grande. Estaba buena. Miré a Drew y asentí levantando el pulgar de la mano libre en señal de aprobación.

–Ya os lo dije –contestó mientras cogía su hamburguesa con una sonrisa.

–Tío –dijo Roger, levantando la vista–, está riquísima.

Las hamburguesas desaparecieron enseguida, junto con las patatas fritas y los *tater tots*. Me sentía llena y extrañamente relajada. Estiré las piernas delante de mí y me apoyé en los codos, contemplando las estrellas.

–Bueno –dijo Drew. Se recostó sobre los brazos y apoyó un tobillo sobre la rodilla doblada, mirando a Roger–. ¿Pasabais por Wichita por casualidad?

Roger me echó un vistazo.

–Algo así –respondió–. Tenemos que llevar el coche de la madre de Amy desde California y...

–Nos dirigimos a Connecticut –intervine, suponiendo que eso simplificaría las cosas–. Con el tiempo. De aquí iremos a Kentucky.

Drew se sentó un poco más recto.

–¿Kentucky? –preguntó, negando con la cabeza–. Ay, colega.

–¿Qué pasa? –repuso Roger, que de repente se mostró muy interesado en recoger las bolsitas de ketchup vacías–. Estoy seguro de que es un estado fascinante. Además, me gusta el *bluegrass* y el pollo frito.

–Vas por Hadley –dijo Drew con total naturalidad–. Vamos, tío, que no nací ayer.

–Bueno, ¿y qué? –soltó Roger mientras metía las servilletas usadas en la bolsa de NuWay.

–No tiene por qué tener nada de malo –contestó Drew, y volvió a recostarse sobre las manos–. Un hombre con una misión. Un Don Quijote en busca de su Dulcinea.

–Drew estudiaba Filología inglesa antes de decidir que la Filosofía le ofrecería mayor estabilidad profesional –me explicó Roger.

–Pero ten en cuenta, amigo mío –añadió Drew–, que Don Quijote nunca encontró a su Dulcinea, ¿verdad? Así es. A veces no hay mucha diferencia entre emprender la misión de un caballero y arremeter contra molinos de viento.

Roger se volvió de nuevo hacia mí.

–No tengo ni idea de qué está hablando. ¿Y tú?

–Hadley nunca te hacía caso –continuó Drew–. Bueno, a mí tampoco, pero yo no salía con ella. Solo es mi opinión. Medita si de verdad quieres hacer esto, ¿vale?

–Claro, Mofletes –contestó Roger con la expresión de alguien que quería dar por finalizada la conversación. Aunque noté que parecía más preocupado que antes.

–Bueno, Amy –dijo Drew, girándose hacia mí–. ¿Qué te ha traído hasta aquí en compañía de este bribón insensato?

Le eché un vistazo a Roger, que se había tumbado en la salida del hoyo con los brazos cruzados detrás de la cabeza.

–Es una larga historia –respondí.

–¿Puedes ofrecerme la versión resumida? –pidió Drew.

–Pues... –dije mirándolo–. Estamos dando un pequeño rodeo.

Vi que Roger sonrió sin mover la cabeza, que había echado hacia atrás para observar el cielo.

—Vaya, eso sí que es un resumen —comentó Drew—. Como en el *Reader's Digest* o la sinopsis de la guía de programación de la tele. ¿Puedes extenderte un poco más?

Antes de que pudiera responder, oímos un estruendo a nuestra izquierda que destrozó la quietud de la noche. Me volví y vi un cortacésped con asiento que coronaba la colina del anterior hoyo. Encima iba un tío con unos auriculares enormes como los de un DJ y que meneaba la cabeza al compás de la música mientras conducía de manera errática por el campo de golf.

—Mira por dónde —dijo Drew—. Aquí viene Walcott.

Drew le hizo señas. El chico del cortacésped lo vio, asintió con la cabeza y se dirigió hacia el hoyo doce. Cuando se acercó, apagó el motor, lo que hizo que el sonido de las cigarras de repente pareciera mucho más fuerte. Se apartó los auriculares, que le quedaron colgando alrededor del cuello.

—Hola, Drew. ¿Qué tal?

Se bajó del cortacésped y se recostó contra él. Era delgado y enjuto, con el pelo rubio y rizado, y parecía mucho más bajito ahora que ya no estaba sentado sobre la máquina.

Mientras estudiaba el enorme cortacésped, se me ocurrió que a mi padre le habría encantado conducirlo. Para él, cortar el césped de todo ese campo de golf habría sido como estar en el cielo. En cuanto lo pensé, tuve que esforzarme para recobrar el aliento. En su caso, lo de estar en el cielo ya no era metafórico. ¿Eso era lo que estaría haciendo, dondequiera que estuviera? ¿Estaba cortando un césped infinito en alguna parte mientras escuchaba a Elvis? ¿Era feliz? Cerré los ojos con fuerza. ¿Cómo podría serlo si nosotros no estábamos allí? ¿Si yo no estaba allí para alcanzarle caramelos y asegurarme de que no se perdiera?

Apreté las manos contra la hierba, luchando con la oleada de sentimientos que amenazaba con engullirme. Al final, se calmó, pero me costó.

—Este es Derek Walcott —apenas oí decir a Drew, como si su voz me llegara de muy lejos—. Walcott, esta es Amy y este es Magallanes.

—Roger —corrigió este—. Hola.

Abrí los ojos, agradecida por el camuflaje que me brindaba la oscuridad, y levanté una mano a modo de saludo, pues todavía no confiaba en que me saliera la voz.

—¿Habéis ido a NuWay? —preguntó Walcott mientras se acercaba—. ¿Os ha sobrado algo?

—Aros de cebolla —contestó Drew, ofreciéndoselos—. Sírvete.

—Gracias, tío. —Walcott cogió el envase—. Me muero de hambre. Llevo aquí como dos horas y solo voy por la mitad.

—Ya te lo he dicho. —Drew le lanzó una bolsita de ketchup que le dio en la frente—. Si lo haces por la mañana, es más rápido. Ya sabes, porque hay luz y eso.

—Por la mañana hace calor —protestó Walcott, que se sentó al lado de Roger—. Ya lo hemos hablado.

Drew se encogió de hombros.

—Allá tú. Es tu funeral.

Walcott levantó la cabeza de repente.

—¿Sabes qué? Eso sería un buen título para una canción.

—Ya lo es —dije, sin pensar.

Los tres chicos se volvieron hacia mí y sentí que las mejillas se me ponían un poco coloradas. Tenía un nudo en la garganta, pero continué porque me pareció que no me quedaba más remedio:

—De *Oliver!* Ya sabéis, el musical. —Estaba claro que no sabían de qué hablaba, ya que obtuve tres miradas de confusión como respuesta—. Bueno, da igual. Es un musical, y *Es tu funeral* es una de las canciones.

—Qué rabia —se lamentó Walcott—. Pero quizá todavía podamos usarlo. No creo que a mucho de nuestro público le gusten los musicales.

—Walcott tiene un grupo —nos aclaró Drew—. Pero, por favor, no le preguntéis por eso u os dará la demo.

—¿Tienes un grupo? —pregunté, y Drew soltó un gemido.

—Sí, así es —contestó Walcott. Se limpió las manos en el *short* color caqui, llenándolo de manchitas de grasa—. The Henry Gales. Hacemos una especie de emo-punk-alternativo con un toque de hardcore. Pero también tocamos versiones. Ya sabéis, para bodas y eso.

—Claro —dijo Roger, sonriendo—. Es impresionante.

—Anoche tuvimos una actuación. —A Walcott se le dibujó en la cara una expresión soñadora—. Y fue tan intenso... De eso se trata, ¿sabéis? Les cuentas tu verdad a unos desconocidos en la oscuridad. Eso es todo. Y, cuando funciona, es una pasada.

–Henry Gale –murmuré, sin percatarme del todo de que estaba hablando en voz alta. Ese nombre significaba algo para mí, pero no conseguía recordar el qué–. ¿De qué me suena?

–Es de *El mago de Oz* –respondió Walcott–. El tío de Dorothy.

–Walcott está muy orgulloso de ser de Kansas –añadió Drew.

–No como tú –repuso Walcott–. Traidor al estado, que te largaste a Colorado y abandonaste a los Hawks.

Drew se encogió de hombros. Me dio la sensación de que habían mantenido esa conversación a menudo.

–Pero echa un vistazo. Me lo hicieron la semana pasada en Sailor Gerry.

Walcott se subió la manga de la camiseta para enseñarnos un tatuaje negro que le rodeaba el bíceps. Parecía ser simplemente una frase, pero la letra era estilizada y gótica y no pude entender nada.

–¿Qué dice? –preguntó Roger.

–*Ad astra per aspera* –respondió Walcott. Eso no significaba nada para mí, pero vi que Drew asentía con la cabeza–. Es el lema del estado de Kansas –nos dijo a Roger y a mí–. Hacia las estrellas a través de la adversidad.

–¡Caramba! –exclamé mientras analizaba aquellas palabras–. Qué bonito.

–¿A que sí? –asintió Walcott mientras contemplaba su tatuaje con una sonrisa de orgullo. Estaba claro que pensaba que yo me refería a eso–. Gerry tiene mucho talento.

–Venga ya, Walcott –gruñó Drew. A pesar de la falta de luz, pude ver que había puesto los ojos en blanco–. ¿No estás llevando todo esto de Kansas un poco lejos?

–No –dijo Walcott tajante mientras se bajaba la manga–. Es mi hogar, tío. Tienes que estar orgulloso de tu hogar. Eres de donde vienes. De lo contrario, siempre estarás perdido.

–Solo piensas así porque nunca has estado en ningún sitio –le espetó Drew.

Se hizo el silencio. Acaricié las briznas de hierba, que ahora sabía que había cortado Walcott. Levanté la vista hacia él. Entendía cómo se sentía: hasta hacía tres días, yo tampoco había estado en ningún sitio.

Pero a Walcott eso no parecía molestarle. Se encogió de hombros y se sacudió las manos.

–Bueno, debería volver al trabajo. Gracias por la comida. Encantado de conoceros, chicos. –Se dirigió hacia el cortacésped y se dispuso a subir; pero entonces se volvió

hacia nosotros, que permanecíamos en el punto de salida del hoyo—. No necesitas marcharte para saber dónde está tu hogar. Todo el mundo sabe dónde está su hogar. Y, si no lo sabes, es que tienes un problema.

—Si no puedes satisfacer un deseo en tu propio hogar, aún menos fuera de él, ¿no? —preguntó Drew con cierto sarcasmo.

Me volví hacia él intentando averiguar por qué esa frase me resultaba tan conocida.

—Sí —dijo Walcott mientras arrancaba, haciendo añicos la calma nocturna—. Exacto.

A continuación, giró el cortacésped y lo guió colina abajo. Se despidió con un gesto de la mano antes de perderse de vista.

Lo vimos alejarse, manteniendo la mirada clavada en el lugar por el que se había marchado, como si estuviéramos esperando a que regresara. Entonces, Roger cogió un vaso de Freddy's y yo le pasé otro a Drew. Probé una cucharada del mío con cautela, y luego otra. La crema helada era espesa, fresca y dulce, y me alivió la garganta. Era más sustanciosa que el helado, pero tenía la consistencia del yogur helado. Y, en ese momento, era justo lo que me apetecía.

—Lamento lo de Walcott —comentó Drew después de un momento—. Supongo que no debería haberle dicho eso. Pero es que no quiere entender que está malgastando su vida aquí. Nunca ha ido a ningún sitio ni hecho nada... —Se volvió hacia Roger—. Tú me apoyas, ¿no, Magallanes? A ver, uno tiene que marcharse de su casa. Tiene que salir a ver cosas. Y eso no quiere decir que no sepa dónde está su hogar. Menuda gilipollez.

—Pero... —intervine, doblando las piernas. No tenía planeado participar en esa conversación, pero las palabras escaparon de mi boca antes de poder detenerlas o ensayarlas—. Pero ¿y si tu hogar ha desaparecido? —Pensé en el cartel de la inmobiliaria y el mensaje de «BIENVENIDOS A CASA» que no iba dirigido a mí ni a mi familia: a ninguna de las personas que de verdad vivían allí—. Entonces, ¿qué?

Roger me miró con el ceño fruncido.

—En ese caso, supongo que tu hogar es la gente que hay en él —contestó Drew—. Tu familia.

—¿Y si ellos tampoco están? —insistí mirando al frente, hacia los *greens* ondulados en lugar de a él o a Roger. Me obligué a mí misma a decirlo, esforzándome por mantener la voz firme—. Es decir, ¿y si tampoco tienes a tu familia?

Drew me miró, y vi sorpresa y una pizca de compasión en su cara.

—Entonces, supongo que creas un nuevo hogar. ¿No te parece? Encuentras otra cosa que te haga sentir en casa.

Después de un momento de silencio, como si hubiéramos acordado la hora de marcharnos, comenzamos a recoger la basura restante y, cuando no quedó ningún indicio en la salida del hoyo de que hubiéramos estado allí, emprendimos el regreso por el campo de golf. Casi habíamos llegado al final, cuando me di cuenta de que me había dejado las sandalias.

—Lo siento —dije—. Me olvidé los zapatos. Os alcanzo en el coche, ¿vale?

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció Roger.

Negué con la cabeza.

—Será solo un momento —contesté, y me dirigí de nuevo al hoyo doce.

Vi la amplia extensión de hierba delante de mí y eché a correr, sintiendo el espeso césped bajo los pies y el fresco aire nocturno en la cara. El pelo me ondeó a la espalda cuando corrí aún más rápido, dejando atrás búnkeres y subiendo colinas, hasta que llegué a la salida del hoyo y tuve que inclinarme para recuperar el aliento. Cogí las sandalias y regresé, esta vez caminando. Por una vez, el esfuerzo era lo único que hacía que el corazón me martilleara en el pecho. Cuando pasé por el hoyo siete, oí de nuevo el sonido del cortacésped y, un momento después, Walcott asomó en la cima de la colina situada detrás de mí. Se detuvo a mi lado y volvió a apartarse los auriculares.

—¿Quieres que te lleve? —gritó para hacerse oír por encima del ruido de la máquina. Negué con la cabeza y él apagó el motor, llenando de silencio la noche—. ¿Quieres que te lleve? —repitió. Al parecer, pensaba que no lo había entendido.

—No hace falta —contesté—. Pero gracias de todas formas.

Walcott se encogió de hombros y luego hizo ademán de ponerse otra vez los auriculares.

—Oye, Walcott —dije rápidamente, antes de que se fuera y antes de poder meditar lo que estaba a punto de hacer. Apoyé una mano en el cortacésped, que estaba sorprendentemente caliente—. ¿Te gusta conducir esto? ¿Es divertido?

—Sí —respondió, sonriéndome—. Me lo paso bien. ¿Quieres probar?

Levanté la mirada y oí la voz de mi padre en mi cabeza con total claridad, como si no hubieran pasado meses desde la última vez que la había escuchado. «Esto tiene su técnica, mi pequeña Amy», le oí decir. «Me gustaría verte intentarlo.»

—No, gracias —dije sin apartar la mano—. Pero a mi padre... —La voz se me atascó en esa palabra, como si estuviera oxidada, pero me obligué a seguir—. A él le habría gustado. Le habría encantado.

La garganta se me empezó a cerrar, impidiéndome respirar, y comprendí que ya no había vuelta atrás. Miré a Walcott.

—¿Puedo contarte algo? —pregunté. Se me quebró la voz, una lágrima caliente me rodó por la mejilla, y supe que había llegado el momento.

—Claro —contestó mientras se bajaba del cortacésped.

Cerré los ojos. Todavía no había dicho eso en voz alta. A nadie. Pero ahora no se trataba de que no pudiera decirlo: no podía continuar sin decirlo.

—Murió. —Sentí el impacto, la verdad de aquella palabra me golpeó al pronunciarla en voz alta por primera vez. Las lágrimas me surcaron la cara sin control—. Mi padre murió.

Las palabras quedaron flotando en el aire nocturno entre nosotros. No era así como me había imaginado que lo diría por primera vez. Pero ahí estaba, tal como lo había explicado Walcott. Una verdad que se le cuenta a un desconocido en la oscuridad.

—Ay, Dios. Lo siento mucho, Amy.

Noté que sus palabras estaban cargadas de sinceridad y no las deseché, como había hecho con las demás condolencias. Intenté sonreír, pero empezaron a temblarme los labios, así que simplemente asentí con la cabeza. Walcott dio un paso hacia mí y me puse tensa. No quería que me abrazara o que sintiera la obligación de hacerlo. Pero él simplemente se sacó los auriculares del cuello y me los colocó sobre las orejas.

Una música atronadora y furibunda me llenó la cabeza. Tenía un ritmo rápido y de fondo se oía un fuerte sonido de percusión que acompañaba a las guitarras eléctricas. Había letra, pero no pude distinguir ninguna palabra y, después de mis musicales, en los que no se paraba de hablar, me resultó un alivio, en cierto sentido. Coloqué las manos a ambos lados de los auriculares y dejé que la música me envolviera, apartando cualquier otro pensamiento de mi cabeza. Cuando la canción terminó, me saqué los auriculares y se los devolví a Walcott. Hacía mucho tiempo que no me sentía tan relajada.

—Gracias —le dije.

Walcott volvió a colgárselos del cuello, luego se giró hacia el cortacésped y bajó una mochila negra cubierta de parches. Abrió la cremallera y escarbó dentro hasta que sacó un CD y me lo tendió. Parecía casero y venía en un estuche amarillo.

—Mi demo —me explicó. Intenté cogerlo, pero él no lo soltó mientras me miraba directamente a los ojos—. ¿Sabes qué solía decir mi abuela?

—¿Que como en casa en ningún sitio? —sugerí. Intenté esbozar otra sonrisa, y esta vez me salió menos temblorosa que antes.

—No —repuso. Todavía tenía el gesto serio y seguía sujetando el otro extremo del CD—. Mañana mejorará.

—Pero ¿y si no es así?

Walcott sonrió y soltó el CD.

—En ese caso, te lo repites mañana. Porque podría pasar. Nunca se sabe, ¿no? En algún momento, mañana mejorará.

Asentí con la cabeza.

—Gracias —le dije, esperando que supiera que no me refería solo al CD.

Walcott asintió, volvió a subirse al cortacésped, arrancó y se alejó de nuevo.

Me tomé un momento para reflexionar, sola en medio de la oscuridad junto al hoyo siete (par cinco) del Club de Campo de Wichita. Luego me puse las sandalias y regresé. Drew y Roger estaban esperándome al principio del campo, donde el césped se encontraba con la gravilla. Roger parecía preocupado y mi cara debía de revelar algo de lo que acababa de ocurrir, porque no se le borró la expresión de preocupación al verme.

—¿Te perdiste? —me preguntó Drew.

Levanté el CD.

—Me encontré con Walcott —contesté intentando mantener un tono de voz desenfadado—. Me dio su demo.

—¡Te lo advertí! —dijo Drew.

Cuando nos dirigíamos hacia la salida, vi que la chica seguía en la cancha. Ahora estaba practicando el servicio, lanzándose la pelota por encima de la cabeza para luego estrellarla contra la pared.

Drew insistió en llevarnos hasta el coche en su vehículo, alegando que le quedaba de camino al salir. Al parecer, mientras yo no estaba, Roger le había hablado de la Autopista 50, y retomaron esa conversación.

—Ni te lo imaginas —dijo Roger—. Es larguísima y da la impresión de que no tiene fin.

—Pero sí lo tiene —contestó Drew—. Caramba. Es una historia genial, tío.

—¡Lo digo en serio! —insistió Roger—. Parece que fuera a durar eternamente.

—Pero nada dura eternamente —repuso Drew.

Y, entonces, Roger y él cantaron a dúo:

–*Even cold November rain.*¹⁵

Miré a uno y luego al otro, completamente desconcertada.

–¡No me lo puedo creer! –exclamó Drew al captar mi expresión por el retrovisor–. Magallanes, ponle algo de GNR a esta chica.

No sabía de qué estaba hablando, pero no tuve oportunidad de preguntar porque, unos segundos después, el coche se detuvo fuera de las puertas del club de campo. Miré hacia fuera y distinguí el todoterreno aparcado bajo la luz de una farola. Me sorprendió alegrarme de volver a verlo.

Puede que una agente inmobiliaria excesivamente simpática estuviera vendiendo mi casa y que mi familia hubiera desaparecido o estuviera diseminada por todo el país, pero aquel coche me resultaba acogedor y familiar y, con cada kilómetro, se parecía más a un hogar.

Drew se bajó y empujó el asiento hacia delante para permitirme salir. Me tendió una mano de nuevo y esta vez la acepté, dedicándole una leve sonrisa que él me devolvió sonriendo de oreja a oreja. Drew y Roger se abrazaron y se dieron otros cuantos golpes en la espalda. A continuación, Roger se dirigió al Liberty, dejándonos a Drew y a mí a solas.

–Ha sido un placer conocerte –dijo.

–Gracias por llevarnos a NuWay –contesté–. La carne picada es buena.

–¿Qué os había dicho? Hazme un favor –me pidió Drew mientras cerraba la puerta del lado del conductor de un portazo y se inclinaba un poco hacia mí–. Échale un ojo a mi amigo Magallanes, ¿vale? Sé su Sancho Panza.

Me quedé mirándolo, sorprendida. Mi padre se había inmiscuido de pronto en esa conversación, cuando no me lo esperaba.

–¿Cómo dices? –pregunté.

–Sancho Panza –repitió Drew–. Es un personaje de *Don Quijote*. El compañero de viaje, el copiloto. Pero escucha. A Magallanes le pasa lo mismo que a todos esos exploradores. La mayoría de las veces se empeñan en perseguir imposibles. Y la mayoría de ellos están tan absortos contemplando el horizonte que ni siquiera ven lo que tienen delante de las narices.

–Vale –contesté, aunque no estaba segura de a qué se refería. ¿Estaba hablando de Hadley?–. Así lo haré.

–Conduce con cuidado –le gritó a Roger, que ya se había subido al coche y asintió con la cabeza a modo de respuesta.

Acababa de abrir la puerta de mi lado cuando escuché que Drew soltaba una impresionante sarta de palabrotas. Me volví y lo vi atisbando con pesar por la ventanilla del lado del conductor.

–¿Las llaves? –exclamó Roger–. ¿En serio?

Drew suspiró y se sacó el móvil del bolsillo.

–No os preocupéis por mí –dijo encogiéndose de hombros–. Marchaos. Estoy bien.

Subí al coche, cerré la puerta y contemplé el conocido interior gris y, lo que empezaba a resultarme aún más familiar, a Roger sentado al volante, sonriéndome.

–¿Lista? –me preguntó.

–Lista –respondí.

Saqué las gafas de Roger del estuche. Como vi que los cristales tenían manchas, les di una rápida pasada con el dobladillo de la camiseta de Bronwyn. Roger se las puso, arrancó y nos incorporamos a la carretera. Por el espejo lateral, vi a Drew despidiéndose con la mano. Continuó agitándola mientras nos alejábamos, volviéndose cada vez más pequeño hasta que al final se perdió de vista.

ROGER PLAYLIST #6

«2ª Temporada de tornados??», alias
«Dolor de cabeza por comer helado ~~en una heladería~~»

TÍTULO

ARTISTA

"Ghost"	Neutral Milk Hotel
"November Rain"	Guns N' Roses
"Sugar, We're Goin Down"	Fall Out Boy
"Route 66"	Chuck Berry
"Morning Calls"	Dashboard Confessional
"All My Days"	Alexi Murdoch
"Not the Same"	Ben Folds
"Heartbeats"	José González
"Here (In Your Arms)"	Hellogoodbye
"The Weight"	The Band
"The Bird and the Worm"	Owl City
"Cast No Shadow"	Oasis
"It'll All Work Out"	Tom Petty and the Heartbreakers
"This Time Tomorrow"	The Kinks



KANSAS
KENTUCKY



Dónde he estado...

Estado nº 5: KANSAS – El estado de los girasoles

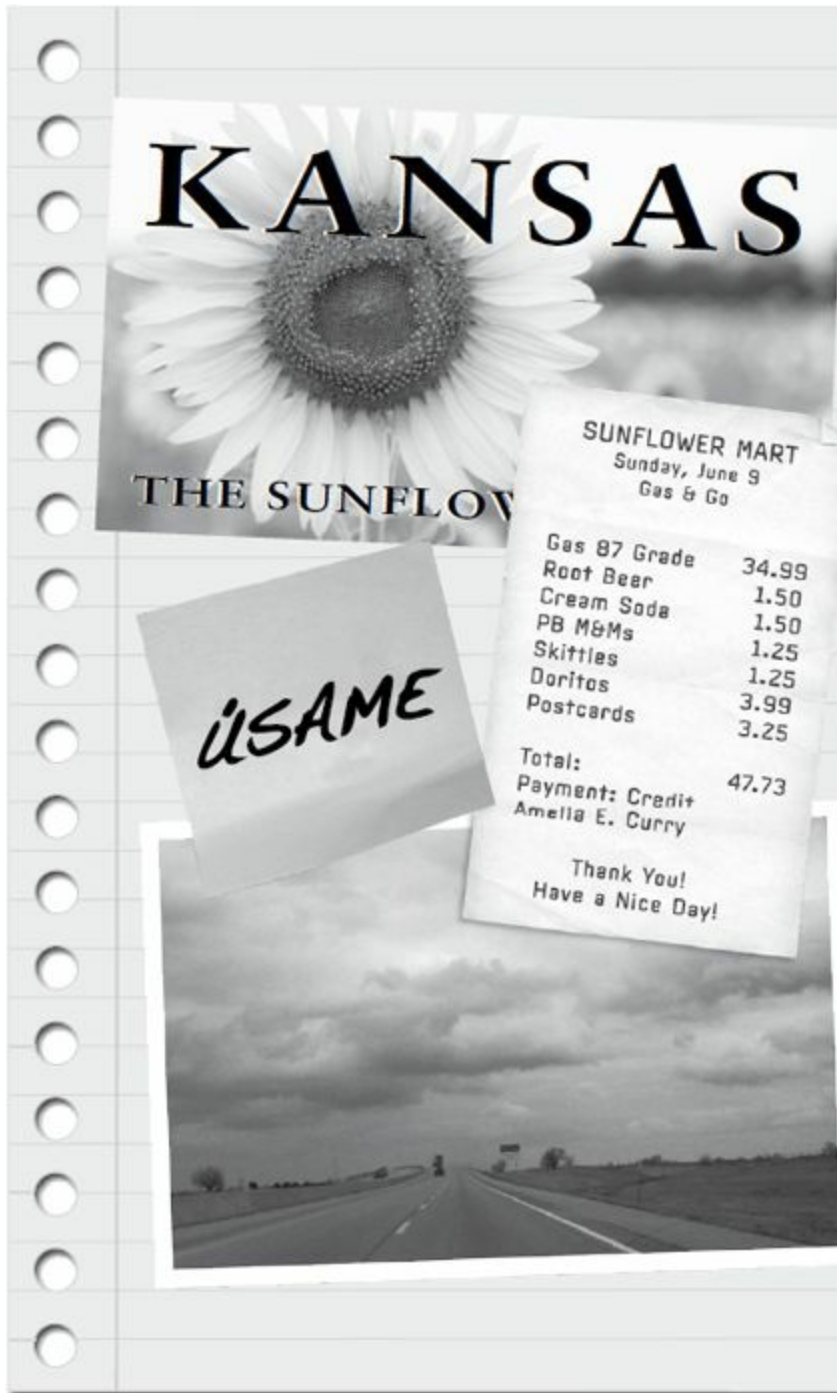
Lema: Ad astra per aspera (Hacia las estrellas a través de la adversidad)

Tamaño: Llano, con señales en la carretera bastante preocupantes.

Datos: La temporada de tornados es de abril a junio. Ah, bien.

Notas: Sin embargo, según la información del área de descanso, si ves venir un tornado, se supone que tienes que parar a un lado de la carretera y tumbarte en la cuneta. En serio.





Where they love me, where they know me, where they show me, back in Missouri.

—Sara Evans

Comenzó a llover alrededor de la medianoche.

Llevábamos tres horas viajando por Kansas en medio de la oscuridad, sin hablar demasiado. Mientras miraba por la ventanilla, todavía notaba en mi interior las repercusiones de lo que le había dicho a Walcott, como si fueran réplicas de un terremoto. Lo había dicho en voz alta. Lo había hecho. Y no había empeorado las cosas: el mundo no se había acabado. Pero tampoco me sentía mucho mejor. Era como si, al pronunciar aquellas palabras en voz alta, lo hubiera vuelto aún más real, porque ahora me costaba pensar en otra cosa. Mi mente no dejaba de darle vuelta a aquello en lo que menos quería pensar.

Agradecí la distracción que supuso la lluvia. Me incliné y le mostré a Roger cómo ajustar los limpiaparabrisas y luego clavé la mirada en la autopista. La lluvia que surcaba el parabrisas la oscurecía y le aportaba cierta belleza, difuminando las líneas rojas de las luces de freno por delante de nosotros y las líneas blancas de los faros a nuestra izquierda. Lo único que se oía en el coche era la música de Roger y el susurro constante de los limpiaparabrisas.

Al principio, la lluvia era ligera, solo unas cuantas gotas; pero luego fue como si el interminable cielo se hubiera abierto sobre nuestras cabezas y cayera un diluvio sobre el coche.

—¡Madre mía! —exclamó Roger mientras toqueteaba de nuevo la palanca de los limpiaparabrisas. Me acerqué y la levanté para que fueran a la máxima velocidad: *zas-zas-zas-zas-zas*—. Gracias —me dijo.

—No hay de qué.

Regresé a mi asiento y contemplé la oscuridad y las gotas de lluvia que se deslizaban en diagonal por la ventanilla. Siempre me había sentido segura viajando en coche de

noche y con lluvia. Sabía que la mayoría de la gente (como Julia) detestaba ir en coche cuando llovía, sobre todo de noche. Mi amiga decía que le daba miedo. Pero a mí nunca me había molestado. Y menos ahora que sabía que lo peor podía ocurrir a plena luz del día una soleada mañana de sábado, a apenas quince minutos de casa.

—¿Solías conducir este coche? —me preguntó Roger, echándome un vistazo.

—Sí, claro —contesté mientras apoyaba los pies sobre el salpicadero.

—Si alguna vez te apetece conducir... —me sugirió con cierta vacilación, como si meditara bien cada palabra antes de pronunciarla—. Quiero decir que no es ningún problema. Me parecería perfecto.

Bajé los pies y me senté más derecha.

—¿Deberíamos parar? ¿Estás demasiado cansado?

—No, estoy bien —me aseguró—. Todavía puedo aguantar dos horas más, como mínimo. Solo... quería que supieras que me parecería bien.

Algo en la manera en que lo dijo hizo que me pusiera tensa. ¿Sabía lo que había pasado? Yo pensaba que no, pero quizá solo era lo que quería creer. Quizá no había sido solo intuición lo que le había permitido darse cuenta de que Drew iba conduciendo demasiado rápido para mi gusto. Quizá sabía perfectamente por qué me incomodaba, y lo había sabido todo el tiempo.

—No quiero conducir —dije intentando mantener la voz firme, aunque me tembló un poco a pesar de mis esfuerzos.

—¿Quieres hablar del porqué? —preguntó, mirándome de reojo.

Observé su perfil, con el corazón desbocado. El coche ya no me parecía un lugar tan seguro.

—¿Sabes lo que pasó? —Noté que la voz empezaba a sonarme entrecortada.

Roger negó con la cabeza.

—No. Pero creo que tal vez deberías hablar de ello.

El corazón me martilleaba contra el pecho.

—Pues no quiero —sentencié con toda la firmeza que pude.

—Yo solo... —Me miró y me di cuenta de que las gafas habían vuelto a ensuciarse de alguna forma. Casi podía ver una huella dactilar completa en el cristal derecho. Decidí concentrarme en eso y no en la manera en la que me miraba. Como si le decepcionara lo que veía—. Ya sabes que puedes hablar conmigo.

—Sí, lo sé —contesté con precaución—. ¿Acaso no lo he hecho? —le pregunté, decidiendo malinterpretar a propósito sus palabras—. ¿No hemos estado hablando?

Roger suspiró y miró hacia la carretera, y supe que no se lo había tragado. Por supuesto que sabía a qué se refería. Pero no era lo mismo que contárselo a Walcott, al que estaba segura de que no volvería a ver nunca. Sincerarme con Roger sería algo completamente diferente. Después tendría que ir en el coche con él durante kilómetros y kilómetros, horas y horas. ¿Y si era demasiado para él?

—Es que... —empecé. Inhalé para no derrumbarme antes de empezar siquiera—. Me cuesta mucho. Hablar de eso.

O pronunciar frases completas, al parecer. «¡Amy!» no habría tenido esa dificultad. A «¡Amy!» no le habría supuesto un problema hablar de sus sentimientos y las cosas que más la asustaban con quien estaba ofreciéndose a escucharla. Pero, claro, seguramente ella no tuviera problemas. Cómo odiaba a «¡Amy!».

—Ya lo sé —contestó Roger.

La lista de reproducción se acabó, pero no hizo que empezara otra vez. La diminuta pantallita del iPod se iluminó un momento y luego se apagó. Lo único que se oía en el coche era el rítmico golpeteo de los limpiaparabrisas moviéndose de un lado a otro del cristal, que solo permanecía limpio un segundo antes de que la lluvia lo inundara de nuevo.

—No es que no quiera hablar —añadí sin pensar, y en cuanto aquellas palabras salieron de mi boca me di cuenta de que era verdad. Sí que quería hablar. Hacía meses que quería. Y allí había alguien ofreciéndose a escuchar. Entonces, ¿por qué me resultaba imposible? Como si tuviera que hablar en chino o algo igual de difícil—. Es que...

Ni siquiera parecía disponer de las palabras adecuadas para completar esa frase. Me rodeé las rodillas con los brazos, pegándolas al pecho, y miré por la ventanilla.

—Muy bien —dijo Roger después de un momento—. Empiezo yo, ¿vale? Veinte preguntas.

—Eh... —respondí un tanto sorprendida por el brusco cambio de tema. Porque, para ser sincera, casi me había sentido preparada para hablar con él—. Vale. ¿Es una persona?

—No —repuso Roger, sonriendo—. Me refiero a que te haré preguntas. Puede que de esa forma te resulte más fácil hablar. ¿Qué te parece?

Me alivió e inquietó a un tiempo que siguiéramos centrados en mí, que fuera a tener que hablar.

–Veinte me parecen demasiadas –opiné–. ¿Qué tal cinco?

–¿Las cinco preguntas? No suena igual de bien.

–Y yo también puedo preguntarte a ti –añadí por impulso–. Es lo justo.

Roger tamborileó con los dedos sobre el volante y luego asintió.

–De acuerdo. ¿Lista?

Dije que sí con la cabeza. Quería acabar con eso de una vez.

–¿Por qué no quieres conducir? –me preguntó.

Tragué saliva y me concentré en el vaivén de los limpiaparabrisas. Aunque Roger podía verme y yo a él, de pronto me alegré de que estuviera oscuro dentro del coche. Así me resultaba más fácil fingir que no se daba cuenta de que estaba esforzándome por no llorar, de que al parecer mi barbilla se movía por voluntad propia y yo ya no tenía ningún control sobre ella.

–Hubo un accidente –dije al fin, obligándome a hablar.

–¿Un accidente de coche?

–Sí.

Luchaba con todas mis fuerzas por no perder el control, pero estaba a punto de romper a llorar, y no tendría adónde ir si ocurría eso. No había ningún baño en el que esconderme, ningún lugar al que huir.

–¿Cuándo pasó?

Me estaba formulando las preguntas con tacto y en voz baja, pero hubiera dado igual que me las gritara: me sentiría igual al oírlas y saber que tendría que responder.

–Hace tres meses –dije, y noté que la voz se me quebró un poco en la última palabra–. El ocho de marzo.

–¿Eso es todo? –Parecía sorprendido y triste.

–Sí –contesté. Respiré hondo y traté de adoptar un tono más alegre–. Eso cuenta como una pregunta, ¿sabes?

Por la manera en que me tembló la voz y lo ronca que me sonó, tuve el presentimiento de que no había logrado ese tono alegre que buscaba.

–La última. –Me miró de nuevo y me preguntó en voz aún más baja–: ¿Quieres contarme lo que pasó?

Me lo veía venir, pero eso no hizo que me resultara más fácil oírlo. Porque una parte de mí quería hablar de ello. En algún lugar, en lo más hondo, sabía que a la larga sería mejor afrontarlo. Que habría que recolocar el hueso para que sanara debidamente, en

lugar de débil y torcido. En Colorado, había visto un atisbo de la antigua yo en el espejo de Bronwyn. Y quería verla de nuevo. Quería intentar volver a ser la que era. Y mi parte racional comprendía que no hablar de lo sucedido me impedía dormir y probablemente estuviera provocando que se me cayera el pelo.

Pero había otra parte de mí, la parte a la que llevaba haciéndole caso los últimos tres meses, que me decía que me alejara, que no respondiera, que metiera la cabeza bajo las mantas y siguiera escondiéndome.

Porque Roger no sabía lo que había ocurrido. Si lo supiera, no me miraría igual. En cuanto se enterase, me daría la espalda y luego me abandonaría, como habían hecho mamá y Charlie. Y no quería tener que mirarlo a los ojos cuando su opinión de mí (fuera la que fuese) cambiara por completo. Me solté las rodillas, apoyé los pies en el suelo y lo miré.

—No —dije en voz baja. Pero aun así mi voz pareció resonar dentro del silencioso vehículo.

Roger me miró, luego volvió a clavar la vista en la carretera, con los labios apretados, y asintió. A continuación, encendió de nuevo el iPod y subió el volumen de la música.

Me sentía como si lo hubiera defraudado. Pero sabía que, al final, sería mejor guardarme eso dentro. Ya se me daba bien. Y, pronto, Roger dejaría de preguntar. Pronto, yo sería así. Pronto, la antigua yo también habría muerto. Apoyé la cabeza contra el frío cristal de la ventanilla. Cuando noté que empezaba a llorar, no me contuve. Y, cuando vi mi reflejo en la oscura ventanilla, no pude distinguir las lágrimas de la lluvia.

I called your line too many times.

–Plushgun

8 de marzo – Tres meses antes

Volví a entrar en la casa mientras me guardaba el móvil en el bolsillo. Mi madre no estaba en la cocina, pero pude oírla en la sala de estar, hablando por teléfono con tono brusco y preocupado.

–Charlie –musité. Odiaba que mi hermano nos hiciera aquello.

Me dirigí a su habitación subiendo los escalones de dos en dos y, al abrir la puerta, me asaltó el fuerte aroma del ambientador eléctrico. Siempre pensé que el hecho de que el cuarto de Charlie oliera constantemente a popurrí debería haber despertado las sospechas de mis padres; pero, al parecer, a ellos nunca les había extrañado. O, si se habían dado cuenta, era como si no quisieran lidiar con ello, así que nunca decían nada.

Charlie no estaba en su habitación, que tenía el mismo aspecto de siempre. Había pósters de James Blake y Maria Sharapova clavados en las paredes, y la cama, que nunca hacía, estaba tan revuelta como de costumbre. Charlie me contó que había descubierto que, si nunca hacías la cama, costaba más que se dieran cuenta de si habías dormido en ella la noche anterior. Cerré la puerta y comprobé de nuevo el móvil. Por lo general, a Charlie se le daba bien cubrir sus huellas: así había conseguido salirse con la suya tanto tiempo.

Recordé la conversación que habíamos tenido en el porche hacía seis meses, mi intento fallido de intervenir en esa situación. Cuando lo amenacé con contárselo a nuestros padres y dejar de encubrirlo. Pero no había hecho ninguna de las dos cosas, tal como él había dicho que pasaría, y aquí estaba ahora dispuesta a intentar arreglar la situación. Siempre y cuando me diera algo de información. Le envié un mensaje («DÓNDE ESTÁS???) y aguardé mirando fijamente el móvil. Pero no obtuve respuesta.

Regresé a la planta baja y oí las voces de mis padres en la cocina. Me senté en el último escalón, donde quedaba parcialmente oculta pero podría escuchar lo que decían.

—¿A quién más deberíamos llamar? —preguntó mi madre, y noté la profunda preocupación en su voz.

No pude evitar pensar que, si hubiera sido yo la que había desaparecido, no estaría preocupada. Estaría furiosa. Pero, claro, Charlie siempre había sido su favorito.



—Quizá lo mejor sería no hacer nada —sugirió mi padre—. A ver, seguro que aparece...

El teléfono de la cocina sonó. Me levanté, entré en la cocina y me apoyé en la encimera. Mi padre me sonrió al verme, pero noté lo preocupado que estaba. La persona que silbaba mientras empujaba el cortacésped había desaparecido.

—¿Diga? —saludó mi madre respondiendo al teléfono. Le cambió la expresión a medida que escuchaba lo que le decían al otro extremo de la línea. Ahora había auténtico miedo combinado con la preocupación—. No lo entiendo. ¿Que está dónde?

No había podido dormir. Nos habíamos registrado en un hotel cuando fue evidente que Roger ya no podía más. Él se había quedado frito enseguida, pero yo me había pasado tres horas despierta con la mirada clavada en el espacio entre nuestras camas, mirando el reloj. Roger dormía plácidamente y, al ver cómo subía y bajaba su espalda, le envidié esa paz. Había sacado el móvil y lo había colocado en la cama a mi lado y, cada vez que lo abría, veía iluminado el icono del buzón de voz. Mi temor iba en aumento. Sabía que tendría que llamar a mi madre pronto: en teoría, se suponía que deberíamos estar saliendo de Ohio y que llegaríamos a Connecticut esa tarde. No deberíamos estar en

Misuri y de camino a Kentucky. No deberíamos estar en una zona horaria diferente. Cuando fueron las seis, renuncié por completo a la idea de dormir. Cogí la llave de la habitación (una tarjeta morada de plástico) y mi teléfono y salí al pasillo, cerrando la puerta despacio detrás de mí para que no diera un portazo y despertara a Roger.

Fui hasta el final del pasillo, donde había una ventana grande que daba a la autopista. A continuación, respiré hondo y apreté el botón de marcado rápido para el móvil de mi madre.

Respondió al segundo tono y parecía mucho más despierta de lo que me habría imaginado que estaría a las siete de la mañana, según su huso horario.

—¿Amy? —preguntó—. ¿Eres tú?

—Hola, mamá.

—Hola, cielo —contestó.

Solo con escuchar su voz, tuve que parpadear para contener las lágrimas. Sabía que ese era el motivo por el que había postergado hablar con ella todo lo posible. Porque ahora mismo sentía tantas cosas que no sabía cómo procesarlas todas. Era como si fuera a sufrir una sobrecarga. Me gustó escuchar su voz, pero un segundo después me enfadé, y ni siquiera estaba segura de por qué exactamente.

—Me alegro mucho de que hayas llamado. Aunque he de decirte, Amy —continuó, empleando el tono cortante que Charlie llamaba su «voz de profesora», aunque casi nunca lo usaba con él—, que me ha decepcionado mucho lo difícil que ha sido contactar contigo durante todo este tiempo. Apenas he tenido noticias tuyas, casi ni sé dónde estáis...

—Estamos en Misuri —la corté; algo que casi nunca hacía, ya que sabía que sus siguientes palabras serían: «No me interrumpas, Amy».

—No me interrumpas, Amy. Es una irresponsabilidad enorme y... ¿Has dicho Misuri?

—Sí —contesté.

El corazón se me aceleró de nuevo. Era lo mismo que sentía cada vez que sabía que iba a meterme en un lío.

—¿Y se puede saber qué rayos estáis haciendo en Misuri? —dijo mi madre con voz baja y firme, lo que siempre era mala señal.

—Tú escucha un segundo, ¿vale? —le pedí. Tragué saliva e intenté ordenar mis ideas.

—¿Acaso te impido hablar?

—No. De acuerdo.

Me aparté el móvil de la oreja un momento y observé la autopista. Me pareció ver una diminuta franja de luz abriéndose paso por el horizonte, anunciando el amanecer. Aunque podría haberse tratado simplemente de luces de freno.

—Verás. Roger y yo... —dije intentando no pensar en lo furiosa que mi madre se estaría poniendo al otro extremo de la línea telefónica— decidimos seguir una especie de ruta turística. Estamos bien, te lo prometo. Él conduce con precaución y nos detenemos cada vez que se cansa. —Se hizo el silencio al otro lado del teléfono—. ¿Mamá? —pregunté con cautela.

—¿Acabas de decir que estáis siguiendo la ruta turística? —Parecía más incrédula que cabreada.

—Sí. —Tragué saliva de nuevo—. Pero te prometo que no tardaremos mucho en llegar ahí. Solo...

—Lo qué vais a hacer —dijo, y su voz sonó de nuevo enfadada, muy enfadada— es subiros al coche y venir directamente a Connecticut. Luego meteré a Roger en un tren rumbo a Filadelfia y, después, tú y yo hablaremos de las consecuencias de tus actos.

—No me interrumpas, mamá.

Las palabras salieron de mi boca antes siquiera de darme cuenta de lo que estaba diciendo. Me alejé el móvil de la cara mientras reprimía una carcajada de asombro.

—Amelia Curry. —Aquellas dos palabras siempre presagiaban problemas—. Pisas terreno resbaladizo, jovencita. Esto no es una especie de... viaje de placer. No estás de vacaciones. Tenías una simple tarea. Como si no lo hubiéramos pasado ya bastante mal, ahora decides... —Le tembló la voz y se quedó callada un momento; pero, cuando volvió a hablar un segundo después, parecía tan serena como siempre—. ¿Por qué estás haciendo esto? Me estás complicando mucho la vida...

—¿Que te estoy complicando la vida? —repetí. Era como si hubiera perdido toda perspectiva y una rabia incontenible estuviera a punto de apoderarse de mí—. ¿Que te estoy complicando la vida?

La voz que salía de mi boca, fuerte y un poco descontrolada, no se parecía en nada a mi voz normal. Se me llenaron los ojos de lágrimas y la mano con la que sostenía el teléfono me temblaba. Estaba furiosa, y la intensidad de aquella emoción me asustaba.

—¿En serio? —solté. La voz se me quebró y me bajaron dos lágrimas por la mejilla.

—Déjame hablar con Roger —exigió mi madre—. Está claro que te estás poniendo histérica.

—Está durmiendo —repuse con acritud, en un tono que casi nunca había empleado con nadie, y mucho menos con mi madre—. Aquí son las seis de la mañana. Y no me estoy poniendo histérica.

—Vais a venir ahora mismo...

—Va a ser que no. —Aquella furia inmensa y aterradora se fue diluyendo y la reemplazó una actitud temeraria que hacía mucho tiempo que no sentía. Por no decir nunca—. Llegaremos pronto, pero primero queremos ver algunas cosas.

—Por supuesto que no —sentenció mi madre empleando el tono de voz con el que normalmente daba por terminada cualquier discusión. Pero ahora simplemente consiguió azuzarme—. Vas a volver a casa de inmediato...

—Vaya. ¿Así que quieres que dé media vuelta y vuelva a California? Porque podemos hacer eso.

—Me refería a que vinieras a Connecticut. Y lo sabes.

Ahora parecía más bien cansada y triste, como si hubiera permitido que todo el enfado abandonara su voz. Al notar este cambio, de repente me sentí culpable; además de cabreada, asustada y triste, también.

—Llegaremos ahí pronto —repetí en voz baja.

Ahora estaba llorando, y ni siquiera intentaba ocultárselo. Lo más horrible era que se trataba de mi madre, y estaba tan cerca, justo al otro extremo del teléfono. Lo único que quería era sincerarme con ella, decirle cómo me sentía, y que me prometiera que todo se arreglaría. En lugar de eso. En lugar de oír lo duro que era. En lugar de cualquiera de las conversaciones que habíamos mantenido los últimos meses. En lugar de sentirme tan lejos de ella. En lugar de sentirme tan sola.

—Mamá... —susurré con la esperanza de que ella sintiera lo mismo y tal vez pudiéramos hablar de ello.

—Voy a llamar a Marilyn para contarle lo que ha estado haciendo su hijo. —Ahora su voz sonaba cortante y fría. Al mando. Conocía bien ese tono—. Si quieres seguir adelante con esto, buena suerte. Pero te advierto que tendrás que arreglártelas por tu cuenta. Y, cuando llegues, ten por seguro que habrá consecuencias graves.

—Vale —contesté bajito. Me sentía agotada—. De acuerdo.

—Estoy muy... —dijo mi madre, y noté un leve temblor en su voz. No supe decir si se debía al enfado o a la emoción reprimida—. Muy decepcionada contigo.

Acto seguido, la comunicación se cortó y comprendí que mi madre acababa de colgarme.

Me quedé mirando el móvil y me pregunté si debería volver a llamarla para decirle que lo sentía y que llegaríamos lo antes posible. Aun así estaría en un lío, pero seguramente fuera menor. No quería hacer eso, pero tampoco quería pasarme el resto del viaje sintiéndome culpable. Jugueteé con la llave de la habitación, dándole vueltas en las manos. Y entonces vi el mensaje impreso con letras blancas en la tarjeta morada.

EXPLORE CUANTO QUIERA.

—¿Se marchan? —nos preguntó con tono alegre la chica situada detrás del mostrador de recepción.

Roger y yo asentimos con la cabeza, ambos medio adormilados. Después de regresar a la habitación, volví a meterme en la cama, pero apenas conseguí dormir. Simplemente clavé la mirada en el techo, que se iba iluminando poco a poco, mientras repasaba mentalmente la conversación con mi madre. Aunque debí quedarme dormida un momento, porque la llamada del servicio de despertador (que me había olvidado que había solicitado la noche anterior) me despertó de golpe. Cuando empecé a vestirme en el baño después de una ducha rápida, recordé que ya no contaba con mi propia ropa. Observé mi maleta, pero no tenía ni la más remota idea de cómo combinar la ropa como Bronwyn. Al final, simplemente cogí lo primero de arriba: una camiseta negra larga y sin tirantes y unos pantalones grises que parecían una mezcla entre unos vaqueros y unas mallas.

No obstante, la ropa de Bronwyn debía de ser mágica, puesto que en el espejo situado detrás del mostrador pude comprobar que me las había arreglado para ir más conjuntada de lo que debería. Bostecé, agotada, y, a pesar de que me tapé la boca, vi a Roger bostezando también unos tres segundos después.

—Veamos... —dijo la chica mientras tecleaba en el ordenador. Me pregunté cuántas tazas de café se habría tomado para estar tan despierta, y tan simpática, tan temprano. Llevaba una chapa identificativa que ponía: «KIKI... PARA AYUDARLE EN LO QUE NECESITE»—. Así que no hay más cargos salvo la estancia de una noche, ¿correcto?

—Así es —asentí reprimiendo otro bostezo.

—¿Y todo estaba a su gusto?

–Sí, todo bien –contesté. Supuse que debía encargarme de responder yo, ya que Roger había estado inconsciente la mayor parte del tiempo.

–Muy bien –dijo Kiki moviendo los dedos a toda velocidad sobre el teclado–. Estupendo. ¿Realizo el cobro en la tarjeta que figura en los datos de registro?

–*Sip*.

Puse los ojos en blanco mentalmente, pero me resigné al hecho de que, al parecer, de ahora en adelante iba a hablar como un vaquero alguna que otra vez. Kiki asintió, sonrió y fue a la pequeña habitación que había detrás de ella. Me volví hacia Roger, apoyando los codos sobre el mostrador.

–¿Te apetece desayunar?

–Si el desayuno incluye café –respondió restregándose los ojos–; entonces, sí.

–Lo siento, señorita Curry –dijo Kiki cuando regresó. Ahora parecía mucho menos simpática que hacía un minuto–. Me temo que me rechaza su tarjeta.

Me quedé mirándola.

–¿Qué? –pregunté, desconcertada.

–Lo he intentado dos veces. –Deslizó la tarjeta por el mostrador hacia mí, tocándola con un solo dedo–. No funciona. ¿Tiene otra tarjeta?

–Pues... –Revisé mi cartera como si fuera a aparecer otra tarjeta por arte de magia–. Eh...

No entendía qué estaba pasando. La tarjeta ni siquiera estaba vinculada a mi cuenta bancaria, sino a la tarjeta de crédito de mi madre. En cuanto lo pensé, supe qué había ocurrido. Se me hizo un nudo en el estómago al comprender a qué se refería mi madre cuando me dijo que ahora tendría que arreglármelas por mi cuenta.

–¡Ay, Dios, Roger! –exclamé volviéndome hacia él–. Hay algo que debería contarte.

Roger empujó hacia mí la ración de beicon que compartíamos y cogí un trozo. Estaba supercrujiente, supergrasiento y riquísimo. Pero no me estaba ayudando demasiado a aliviar el estómago. No estaba segura de que pudiéramos llevar eso a cabo.

El mapa de carreteras estaba a mi lado sobre la mesa, abierto por el mapa del país. La idea de hacerle frente a toda aquella carretera entre Misuri y Connecticut (sin la red de seguridad que suponía una tarjeta de crédito para emergencias) me provocaba náuseas. Habíamos juntado nuestros fondos, lo que nos dejaba con 440 dólares para llegar a la

Costa Este. Yo había aportado la mayor parte, gracias al huevo del cajón de mi madre. Cuando Roger enarcó las cejas al ver el efectivo que llevaba, farfullé una excusa acerca de que mi madre me lo había dado por si acaso algún sitio no aceptaba tarjetas.

—¿Qué opinas? —le pregunté observando la montañita de dinero que había sobre la mesa entre nosotros.

El camarero, que pasaba por delante de nuestra mesa, debió de pensar que estábamos reuniendo su propina, porque se detuvo y volvió a llenarnos los vasos de agua, con una amplia sonrisa.

Roger se pasó una mano por la frente, un gesto que ahora sabía que indicaba que estaba preocupado.

—Creo que podría bastar —contestó—. Esperemos.

Volvió a acercarse el plato de beicon, cogió un trozo y lo masticó. Luego se quedó mirando un rato por la ventana, que proporcionaba una bonita vista del aparcamiento.

—Supongo que estoy un poco sorprendido —dijo por fin—. Cuando tu madre te dijo que regresaras, contestaste que no.

Me miró desde el otro lado de la mesa enarcando las cejas.

—Sí, ya.

Todavía no podía creerme que me hubiera atrevido. Que ahora estuviéramos a nuestro aire y tuviéramos que arreglárnoslas solos en medio de Estados Unidos. Que mi madre básicamente se hubiera desentendido de mí. Aparté la vista de su intensa mirada y la clavé en la superficie rayada de la mesa. Alguien había grabado: «RYAN Y MEGAN PARA SIEMPRE».

—¿Por qué? —preguntó Roger simplemente.

Alcé la vista hacia él. Todavía no me había planteado esa pregunta a mí misma. Y no había sido sencillamente mi primer instinto.

—Pues porque... —Miré por la ventana como había hecho él, más allá del aparcamiento hacia la interestatal, donde los coches circulaban a toda velocidad, de camino a casa, huyendo... Todos ellos rumbo a otro sitio. De pronto, sentí el abrumador impulso de subirme al todoterreno y unirme a ellos—. Porque todavía no hemos terminado, ¿no?

Roger sonrió, pero no dijo nada. En cambio, decidió comerse un trozo de beicon con aire pensativo, algo que no hubiera creído posible si no lo hubiera visto con mis propios ojos.

–Quiero decir –añadí observando su expresión atentamente– que todavía no has visto a Hadley.

Cuando siguió sin responder, noté que el temor se iba apoderando de mí. De pronto sentí frío con el top de Bronwyn, a pesar de que la luz del sol iluminaba la mesa y hacía un momento tenía calor. ¿Y si él quería ponerle punto final? Había dado por hecho que Roger querría seguir adelante. Pero tal vez no fuera así. Tal vez íbamos a cambiar de ruta e ir directamente a Connecticut. La idea de estar allí, de tener que empezar mi vida allí con mi madre (que sin duda estaría furiosa), me agobió. Aún no estaba lista para hacer eso.

–Pero, si quieres dejarlo –dije intentando no alterar la voz, como si esa idea no me resultara completamente aterradora–, podemos hacerlo.

–No, no se trata de eso –contestó, mirándome. Se pasó las manos por el pelo, transformando la pulcritud posducha en el desastre habitual, y suspiró–. Se supone que yo soy el adulto responsable. A mi madre tampoco va a hacerle ni pizca de gracia esto. Y no quiero meterte en problemas.

–No es culpa tuya –le aseguré con rapidez–. Lo hice yo solita, créeme.

–Es que me siento culpable por esto.

–No tienes por qué. En serio. –Lo miré fijamente–. ¿Quieres dejarlo?

Contuve el aliento, esperando por el bien de mis pulmones que no tardara mucho en responder. Roger me observó un rato desde el otro lado de la mesa y luego negó con la cabeza.

–No –dijo, y pareció sorprenderle la respuesta.

Dejé escapar un largo suspiro y sentí que el estómago se me calmaba un poco.

Nuestro camarero se acercó y nos dejó la cuenta y un puñado de caramelos de menta envueltos en celofán sobre la mesa. Roger sacó su móvil.

–Debería hacer algunas llamadas. Todavía no he conseguido hablar con Hadley. Y probablemente debería llamar a mi madre antes de que lo haga la tuya.

–Yo me encargo de esto –me ofrecí mientras contaba el dinero para pagar la cuenta.

–¿Te importa guardarlo tú? –preguntó Roger indicando el resto del dinero con un gesto de la cabeza–. A mí me da miedo perderlo.

–Claro –contesté. Doblé los billetes y me los guardé en la cartera.

–Nos vemos en el coche.

Cogió uno de los caramelos de menta de la mesa y se dirigió a la salida. La campanita situada sobre la puerta señaló su salida.



Miré el mapa y tracé la ruta que seguiríamos hasta Kentucky. Habíamos calculado que tardaríamos unas ocho horas, así que deberíamos llegar a media tarde, a eso de las seis o las siete. Miré debajo de Kentucky y vi Tennessee. Y, en la esquina del estado, casi en Arkansas, estaba Memphis. Dejé que mi dedo se posara un momento sobre el nombre en negrita y pensé en el viaje que se suponía que iba a hacer ese verano, el viaje que me

habría llevado allí. A Memphis, pero más concretamente a Graceland. Me resultó extraño pensar en lo cerca que estaríamos cuando llegáramos a Louisville. Probablemente solo a unas pocas horas de distancia. Pero eso implicaría retroceder. Y no quería ir sin mi padre. Lo que significaba que, entonces, nunca iría.

Cerré el atlas tratando de alejar aquella perturbadora idea de mi mente. Pagué, colocando el dinero sobre la cuenta, y sujeté la propina del camarero con mi vaso de agua. Calculé que ya le había dado a Roger tiempo suficiente para hacer sus llamadas en privado y me levanté para irme. Al hacerlo, vi de nuevo el grafiti. Me pregunté quiénes serían Ryan y Megan. Y si, dondequiera que estuvieran, seguirían juntos. Me pregunté cómo alguien podía haber estado tan seguro de un concepto tan endeble e imposible como «para siempre» como para estar dispuesto a grabarlo en una mesa.

Lo observé un momento más y luego salí de la cafetería, entrecerrando los ojos por el brillo del sol.

I found my thrill on Blueberry Hill.

–*Elvis Presley*

Siete años antes

Mi padre aparcó delante del club de tenis de Raven Rock y se recostó hacia atrás para que yo pudiera tocar el claxon. Empleé la llamada que siempre utilizaba con Charlie: *pi-pi-pipipi*; llamada que mi padre, por algún motivo, llamaba «la coletilla».

Nos sentamos a esperar y, un momento después, *From Nashville to Memphis*, el CD que habíamos estado oyendo desde casa hasta 21 Choices y luego hasta el club de tenis, se acabó y empezó de nuevo por la primera pista. Eso no estaba permitido en el coche de mi padre. En su mente, en cuanto un CD se repetía, dejabas de oír los matices.

–¿Maestro? –preguntó, volviéndose hacia mí.

–Estoy en ello –contesté.

Abrí la guantera y revisé los CD de Elvis. Saqué *Elvis at the Movies*, que nos transportó de inmediato a los años sesenta. *All that I am* empezó a sonar y mi padre tamborileó con los dedos al ritmo de la canción, sonriendo.

–Buena elección, calabacita –me felicitó dedicándome un gesto de aprobación con la cabeza–. ¿Sabes qué? Creo que, de todas sus canciones, esta es mi favorita.

Mi padre pronunciaba el nombre de Elvis de tal forma que siempre iba en mayúsculas. En una ocasión, había escandalizado a mi abuela, que estaba de visita, al decirnos: «Espero que exista un Dios. Pero sé que existe un ELVIS».

–También es mi canción favorita –dije, tomando la decisión en el acto.

Mi padre se rió, se inclinó y me alborotó el pelo; lo que me hizo fruncir el ceño mientras me lo arreglaba.

Oímos un golpecito en la ventanilla de atrás y, al volverme, vi a Charlie tocando el cristal con el raquetero colgado al hombro y aspecto cansado y malhumorado. Mi padre abrió el seguro y Charlie se subió detrás y se abrochó el cinturón del asiento central.

–Hola, campeón –lo saludó mientras arrancaba–. ¿Qué tal el entrenamiento?

–Un asco –respondió Charlie.

–¿Y eso por qué? –pregunté volviéndome para mirarlo.

–Porque sí, ¿vale? –Se apartó el pelo, oscurecido por el sudor, de la frente–. No sé si quiero seguir jugando. Es que ¿qué sentido tiene?

–El sentido es que puedes hacer algo extraordinario –dijo mi padre–, algo que mucha gente no puede hacer. Si tienes la ocasión de desarrollar tus talentos, sería un crimen no hacerlo. Después de todo, renunciar porque algo se vuelve demasiado difícil es un signo de debilidad, ¿no te parece?

Charlie se desplomó contra el asiento.

–¿Y por qué Amy no tiene que jugar al tenis?

Puse los ojos en blanco. Charlie llevaba utilizando variaciones de este mismo argumento cada vez que amenazaba con dejarlo, desde hacía unos dos años, y ya cansaba.

–Porque a Amy no le gustaba el tenis –contestó mi padre con un suspiro.

–Me gustaba la ropa –señalé.

Había aguantado un par de años porque mi madre me compraba un conjunto de tenis nuevo cada año, y me gustaban mucho. No obstante, después de un tiempo, decidí que no valía la pena pasarme horas tratando de golpear una pelota amarilla peluda tan solo para conseguir un vestidito blanco.

–Así es –dijo mi padre con una sonrisa, sacudiendo la cabeza.

–¿Ya habéis ido a 21 Choices? –preguntó Charlie, inclinándose hacia delante y mirando las servilletas arrugadas que había sobre el compartimento–. ¡Pensaba que íbamos a ir juntos después del entrenamiento!

–Lo siento, campeón –contestó mi padre mirando por el retrovisor–. Tu hermana quiso ir antes. Pero ¿qué te parece si hacemos una parada rápida ahora?

–Olvidalo –murmuró, dejándose caer contra el asiento y mirando por la ventanilla–. De todas formas, no quiero ir.

Le eché un vistazo a mi hermano por el espejo lateral. Nosotros nunca habíamos tenido esa conexión secreta entre gemelos de la que había leído en los libros y, las más de las veces, era como si estuviéramos luchando por algo que ni siquiera tenía un nombre, así que nunca podríamos conseguirlo.

—¿Tenemos que seguir escuchando esto? —preguntó Charlie, enfurruñado, después de oír unos minutos la música melódica de Elvis—. Siempre pones a Elvis. Y estoy harto.

Decir eso en el coche de mi padre era como soltar un taco delante de tu profesor y sentí que se me aceleraba un poco el pulso mientras me preguntaba en qué estaría pensando Charlie.

—Oye —lo reprendió mi padre mientras giraba a la izquierda. Me di cuenta de que nos habíamos pasado la calle University y nos dirigíamos al centro, lejos de nuestra casa—. No puedes insultar así al Rey. Tienes que mostrarle el debido respeto.

—Su música me parece estúpida —masculló Charlie, aunque en voz más baja, y tuve la sensación de que se había percatado de que se había pasado de la raya.

—No se trata solo de la música, hijo —dijo mi padre—. Aunque sí en su mayor parte. Sino de lo que él representaba. Ya lo verás. Algún día iremos todos a Graceland y lo verás.

—¿Nosotros tres? —preguntó Charlie.

Mi padre se rió y empecé a relajarme un poco.

—Puede que hasta los cuatro, si logramos convencer a tu madre. Yo estuve una vez, hace años. Incluso escribí mi nombre en la pared de grafitis.

Me volví hacia mi padre y, por el rabillo del ojo, vi a mi hermano sonriendo de oreja a oreja por la sorpresa en el asiento trasero.

—¿Hiciste un grafiti? —le pregunté, escandalizada—. ¿En la casa de Elvis?

—Todo el mundo lo hace —contestó mi padre con una carcajada. Cuando giró otra vez, comprendí adónde íbamos, aunque no me pareció que Charlie se hubiera dado cuenta todavía—. Seguramente lo limpiaron hace años. Pero me gustaría volver para comprobar si sigue allí.

—¡Qué guay! —exclamó Charlie—. ¿Y yo también puedo?

—Claro —respondió papá—. Y tú también, Amy.

—No, gracias —repuse con firmeza, provocando que mi padre y Charlie se echaran a reír. Pero no me importó. A veces parecía que el único momento en el que podíamos llevarnos bien los tres era cuando me tomaban el pelo.

—Muy bien. Tú puedes ser la que respete la ley. Pero os lo digo en serio, chicos, cuando me muera y vaya a la gran aula del cielo, quiero que esparzáis parte de mis cenizas en Graceland. Porque ahí es donde voy a estar: pasando el rato en la «sala de la selva» con el Rey.

–No hables de eso –protesté con más brusquedad de la que pretendía.

–Solo estoy bromeando, calabacita –dijo, mirándome–. No te preocupes.

Asentí y solté un suspiro. Cuando levanté la mirada, vi que estábamos aparcando justo enfrente de 21 Choices.

–Vaya, mirad dónde estamos –anunció haciéndose el sorprendido–. Creo que sería una pena desperdiciar esta plaza de aparcamiento. Así que ¿quién quiere postre?

Dónde he estado...

Estado nº 6: MISURI – El estado muéstreme

Lema: SALUS POPULI SUPREMA LEX ESTO (El bienestar del pueblo será la ley suprema)

Tamaño: Grande, ora vez.

Datos: El estado muéstreme. Lo que significa, básicamente, que la gente de Misuri no confía en ti y te exige que le muestres pruebas de todo. Es alucinante, pero debe de ser complicado ser vidente aquí. O mago.

Notas: Al parecer, se pronuncia tanto «misuri» como «misura».

Dónde he estado...

Estado nº 7: ILLINOIS

Lema: Soberanía estatal, unión nacional

Tamaño: Bastante grande todavía

Datos: El estado de la Pradera. Y los habitantes se llaman «ilinoisanos». ¿A que mola?

Notas: Estate atento por si ves cabañas de madera. Yo no vi ninguna, al menos al lado de la interestatal.

Dónde he estado...

Estado nº 8: INDIANA – El estado **hoosier**¹⁶

Lema: Las encrucijadas de Estados Unidos

Tamaño: No tan grande como Misuri

Datos: Si viajas por Indiana con Roger, NUNCA le dejes hablar de la película

Hoosiers: más que ídolos. LO LAMENTARÁS.

Notas: Siento que no estoy dándole un trato justo a Indiana, ya que solo pasamos de largo. Sin embargo, los servicios disponibles junto a la autopista eran EXCELENTES.

ROGER PLAYLIST #9

«Missouri-Illinois-Indiana-Kentucky», alias
«¿Cuándo hará Amy de DJ? ¿CUANDO?», alias
«2,400 kilómetros con 400 dólares...»

<u>TÍTULO</u>	<u>ARTISTA</u>
---------------	----------------

"Come On! Feel the Illinoise!"	Sufjan Stevens
"Going Back to Indiana"	Jackson 5
"The Trick to Life"	The Hoosiers
"No More Runnin'"	Animal Collective
"Globes & Maps"	Something Corporate
"All Hail the Heartbreaker"	The Spill Canvas
"Old Flames"	Harlem Shakes
"Don't Wake Me Up"	The Hush Sound
"My Beautiful Rescue"	This Providence
"Beating Heart Baby"	Head Automatica
"Song in My Head"	Sherwood
"Nightswimming"	R.E.M.
"Ulysses"	Franz Ferdinand
"Good Arms vs. Bad Arms"	Frightened Rabbit
"Late in the Evening"	Paul Simon
"After Hours"	Caribou
"The Good Ones"	The Kills
"Sunlight in a Jar"	The Lucksmiths
"Where the Story Ends"	The Fray

KENTUCKY FRIED ROAD TRIP



We will sing one song for the old Kentucky home.

–Himno del estado de Kentucky

–¿Picoteo? –preguntó Roger mientras arrancaba el coche.

–Sí, señor –contesté levantando la bolsa que acabábamos de comprar en el supermercado.

Vi que Roger ponía los ojos en blanco ante mi respuesta, pero a mí se me dibujó una sonrisa al darme cuenta de que aquella expresión tan ridícula se me había escapado sin darme cuenta. Era el tipo de cosa que habría hecho la antigua yo.

–¿Bebidas? –continuó.

–Comprobado.

Coloqué el refresco de vainilla y la cerveza de raíz en nuestros respectivos portavasos y luego aflojé un poco la tapa de la bebida de Roger, ya que habíamos descubierto que era complicado hacerlo sin apartar las dos manos del volante.

–¿Música?

–Listo –dije, mirándolo–. Supongo.

–Listo –confirmó mientras se desplazaba por el menú del iPod–. Pero me estoy hartando de mi música. Me gustaría que probaras tú.

–Me gusta tu música.

Y, para mi continua sorpresa, era verdad. Resulta que aquellos grupos con nombres raros hacían música accesible y que se podía tararear. No entendía cómo había podido vivir todo ese tiempo sin conocer a The Lucksmiths. Aunque echaba un poco de menos mis musicales.

–Gafas de sol –dijo Roger, colocándose las suyas. Se giró hacia mí, arqueando una ceja por encima de la montura–. ¿Sabes? El supermercado tenía un surtido estupendo, y por solo tres dólares más impuestos.

–Estoy bien –le aseguré negando con la cabeza.

Roger se había tomado mi negativa a comprar unas gafas de sol como una especie de desafío. Pero yo no quería comprarme unas. Por algún motivo, no me parecía bien.

–Muy bien. ¿Nos ponemos en marcha?

–Vamos allá –contesté.

Roger puso el intermitente para salir del aparcamiento del pequeño supermercado y regresar a la vía de acceso a la interestatal.

–¿Es un hombre? –pregunté una hora después mientras Misuri, que estaba ligeramente nublado, pasaba veloz junto a la ventanilla.

–No –contestó Roger. Cogió su móvil del portavasos y lo comprobó con el ceño fruncido–. Diecinueve.

–Te digo que sí puedes –le aseguré para alentarlo–. Tú frunce los labios e inténtalo.

–Y yo te digo que, a pesar de lo que ponía en tu camiseta, no todo el mundo puede silbar –repuso sonriéndome–. Y yo soy esa persona.

–¿Qué crees que será un Chick-fil-A? –preguntó Roger mientras salíamos de la interestatal y entrábamos en el aparcamiento.

–Ni idea. ¿Por qué no vamos a una agradable cafetería?

–Tú y tus cafeterías –dijo negando con la cabeza.

Yo opinaba lo mismo de sus restaurantes de comida rápida, pero me lo guardé.

–¿Se supone que querían poner «*filet*», pero que lo escribieron mal? –Levanté la vista hacia el letrero rojo con letras curvas–. No sé yo.

–¿Dónde está tu espíritu aventurero? –comentó Roger mientras se dirigía hacia el carril de pedidos.

Quizá hubiéramos establecido una rutina después de la primera vez que comimos juntos en el In-N-Out; pero, cuando Roger se salía con la suya y elegíamos comida rápida, casi siempre la pedíamos para llevar y comíamos en el coche. Acercó el vehículo al altavoz, que se encendió con un fuerte murmullo.

–Hola –dijo, inclinándose hacia delante–. Es la primera vez que venimos. ¿Qué nos recomienda?

Diez minutos después, de regreso en el aparcamiento, le di un cauto mordisco a mi sándwich de pollo.

—Madre mía —murmuré con la boca llena. Se trataba de pollo empanado y condimentado dentro de un suave panecillo. Además, compartíamos una ración de patatas fritas picantes. Levanté la vista y vi asentir a Roger, que casi se había acabado su sándwich—. Esto está de muerte.

Roger sonrió.

—No voy a decir te lo dije. Pero...

—Vale —dije cuando regresamos a la autopista, y después de tomar un sorbo de refresco—. Déjame asegurarme de que lo he entendido. ¿Es una mujer, probablemente está muerta, es famosa y es una especie de exploradora?

—Correcto. —Bajó la visera para protegerse del sol, que había comenzado a asomar detrás de las nubes—. La respuesta está más cerca de lo que crees. Dieciséis.

Mientras yo me devanaba los sesos buscando la forma de ganar esa ronda de las veinte preguntas, Roger comprobó su móvil. Solía dejarlo en el compartimento situado detrás de los portavasos durante unos minutos, pero luego era como si perdiera una especie de batalla interna consigo mismo y lo abría para comprobar la pantalla en busca de algo que no estaba ahí.

—¿Cómo puedes saberlo si no lo intentas? —insistí mientras Illinois pasaba volando junto a la ventanilla—. Simplemente forma una «O» con los labios...

Se lo demostré acompañando a Paul Simon silbando.

—Ya lo he intentado —contestó Roger—. Pero no todos podemos tener tanto talento como tú.

—Indiana —anuncié señalando hacia fuera de la ventanilla mientras cruzábamos otra línea estatal invisible—. El estado *hoosier* —leí en la señal.

—Oye —dijo Roger, dejando de nuevo el móvil en el compartimento y volviéndose hacia mí—. ¿Has visto esa película? *Hoosiers: más que ídolos*.

Empezó a hacer calor. El sol caía de lleno sobre el coche y yo también había bajado mi visera. No pude evitar arrepentirme de haber elegido una camiseta negra esa mañana. Estiré el brazo bajo el sol que golpeaba mi lado del coche y vi que ya empezaban a salirme algunas pecas.

—Estamos en 1951 —dijo Roger—. Gene Hackman es el entrenador de un equipo de baloncesto de un instituto de Indiana. Son los que tienen menos posibilidades y nadie espera que ganen el gran partido, mucho menos el campeonato.

—Pero ¿ganan de todas formas? —conjeturé.

Roger se volvió hacia mí, sorprendido.

—¿No me habías dicho que no la habías visto?

—No lo entiendo —dije una hora después.

Me recosté en el asiento, coloqué los pies sobre el salpicadero y me aparté el pelo del cuello. Ahora hacía mucho calor en el coche y Roger y yo habíamos tenido una discusión sobre si debíamos encender el aire acondicionado (su opción) o bajar las ventanillas (la mía). Aunque tenía que admitir que estaba empezando a hacer demasiado calor para mantener las ventanillas bajadas. Subí la mía y Roger accionó el aire acondicionado.

—¿Qué es lo que no entiendes? —me preguntó Roger.

Se acercó a un camión enorme y situó el coche bajo la sombra que proyectaba, lo que nos refrescó de manera considerable.

—¿Cómo puede estar alguien probablemente muerto?

—Sabes que eso cuenta como una pregunta, ¿no? Quince.

—Y entonces *Shooter* (quiero decir, Dennis Hopper), al que todo el mundo ha descartado, empieza a entrenar con Gene Hackman. Y nadie cree que vaya a funcionar. Porque todos lo consideran un perdedor.

—Con ese nombre, no me extraña —comenté.

Roger me miró con el ceño fruncido.

—Amy —dijo con tono solemne—, esta película es muy importante.

—En ese caso, tal vez debería verla por mí misma —sugerí—. En lugar de que me la cuenten. Con todo detalle.

—Bueno, pues llega el gran partido —continuó Roger, sin desanimarse—, y nadie piensa que vayan a ganar...

Caí en la cuenta cuando ya llevábamos una hora viajando por Indiana. En ese tiempo, me había enterado de que, sorprendentemente, aquellos con los que nadie contaba habían ganado el gran partido y les habían demostrado a sus detractores que se equivocaban. No obstante, mientras Roger tamborileaba con los dedos sobre el volante y comprobaba su móvil, miré hacia fuera por la ventanilla (en teoría pensando en mujeres que estuvieran probablemente muertas y que fueran una especie de exploradoras) y comprendí que éramos libres. No sé por qué había tardado tanto en darme cuenta, pero de repente ahí estaba, haciendo que el corazón me palpitara un poco más fuerte, esta vez de excitación. Ya no tenía que preocuparme de cómo iba a mentirle a mi madre. Estaba en un buen lío, cierto, y teníamos menos dinero del que me gustaría; pero también estábamos a nuestro aire. El daño ya estaba hecho. Podíamos hacer cualquier cosa, ir a cualquier sitio que quisiéramos. Estábamos cruzando Estados Unidos. Teníamos un coche, dinero para gasolina y un destino. La carretera se abría ante nosotros. Contemplé las verdes colinas onduladas que pasaban al otro lado de la ventanilla y vi mi sonrisa reflejada en el espejo lateral.

—¿Amelia Earhart? —pregunté, mirando fijamente a Roger, cuando por fin me di por vencida—. ¿En serio?

—¿Qué pasa? Después de todo, no se sabe si está muerta. Solo se supone. A mí me gusta pensar que aterrizó en una fabulosa isla del Pacífico Sur y que ha estado pasándoselo pipa los últimos setenta años. —Me miró y sonrió—. Ya te dije que la respuesta estaba más cerca de lo que creías. Amelia.

Cuatro canciones después, me apoyé contra la ventanilla y lo observé. Se estaba pasando una mano por el pelo, algo que me había dado cuenta que hacía cuando estaba nervioso. Me pregunté si tendría que ver con el hecho de que nos acercábamos lenta e inexorablemente a Kentucky.

—Bueno —dije. No estaba segura de cómo empezar—. Hadley...

Lo que suponía un arranque espantoso, pero no sabía qué más decir.

—Pues sí —contestó Roger, pasándose otra vez la mano por el pelo.

—¿Te preocupa? Me refiero a verla.

—Un poco. —Me echó un vistazo, como si le sorprendiera que lo hubiera captado—. A ver, una visita sin avisar siempre es un riesgo, ¿sabes?

—Pero la has llamado, ¿no?

—Sí, muchas veces. En el último mensaje que le dejé, le dije que iba a estar por la zona. Pero no me devuelve las llamadas.

—Tal vez... —dije despacio, tratando de escoger las palabras adecuadas—. Es decir, ¿no crees que el que no te devuelva las llamadas significa algo?

—Claro que sí —respondió—. Lo pillo. Pero tengo que intentarlo. Y si no quiere verme ni hablar conmigo, está bien. Pero, al menos, lo habré intentado.

—Estás en una misión —comenté pensando en Drew y lo que había dicho sobre Don Quijote.

—Algo así, supongo. Es que necesito respuestas, eso es todo.

—¿Te importa que te haga unas preguntas? ¿Unas cinco, por ejemplo?

Roger me miró un instante.

—Tenía el presentimiento de que eso se volvería en mi contra. —Suspiró y bajó la música—. Vale. Dispara.

—¿Estás seguro?

—Esa cuenta como una, ¿sabes?

—Vale.

Fui consciente de que iba a tener que andarme con ojo con él. Aunque por un lado quería saber más de Hadley, por el otro no quería oírle hablar de ella. Pero habíamos partido en busca de esa chica y las únicas impresiones que tenía de ella provenían de Drew y Bronwyn. Decidí arriesgarme. Si él podía formular ese tipo de preguntas, yo también.

—¿La quieres?

—¡Caray! —exclamó, echándome un vistazo—. Directa al grano, ¿eh?

—Lo siento. —Pensé que tal vez me había extralimitado—. ¿Me he pasado?

—Y esa es la tercera. No, no, tranquila. Yo... eh...

Se hizo un silencio en el coche más largo que una pausa normal. Este estaba al nivel de los de las obras de Harold Pinter. «¡Amy!» seguramente se habría apresurado a romper ese silencio. En realidad, lo más probable era que «¡Amy!» nunca hubiera hecho esa pregunta. Me apreté las uñas contra la palma de la mano para obligarme a esperar la respuesta. Pero Roger continuó mirando por la ventanilla y, después de un rato, no pude aguantar más.

—¿Roger? —lo llamé.

—Y van cuatro. Esto no se te da muy bien.

—Me parece que estás haciendo trampas —protesté, aunque me alegraba de que el silencio se hubiera roto.

—Solo sigo tu ejemplo. ¿Que si la quiero? Cualquiera pensaría que es una pregunta fácil, ¿no?

Yo, desde luego, no era la persona más adecuada a la que preguntarle eso.

—No lo sé —contesté procurando no elevar la entonación al final de la frase.

Roger suspiró y cambió de carril.

—Creía que la quería. Si me lo hubieras preguntado hace un mes, habría respondido que sí sin dudarle. Incluso se lo dije a ella.

—¿En serio?

—Y esa es la quinta. Pues sí. No fue uno de los mejores momentos de mi vida.

Quise saber por qué, pero me había quedado sin preguntas. Roger me miró y debió de darse cuenta de lo que estaba pensando, puesto que esbozó una ligera sonrisa y entonces continuó:

—Ella no lo dijo —añadió en voz baja.

—Oh.

Aunque yo nunca le había dicho eso a nadie en plan romántico, podía imaginarme que el que no te dijeran lo mismo debía de ser un palo.

—Pues sí. Simplemente sonrió y me besó, pero no dijo nada. Creo que ahí fue cuando las cosas comenzaron a cambiar. No lo sé, quizá la asusté. A Hadley nunca le fueron las grandes demostraciones de afecto. Tal vez fue demasiado para ella...

Cuando se quedó callado, esperé todo lo que pude antes de intervenir de nuevo.

—¿Una última pregunta? —le pedí.

—Vale. Pero entonces yo tendré una pregunta extra la próxima vez que sea tu turno.

—De acuerdo —acepté.

Lo miré, tratando de averiguar cómo expresarlo. No creía que Roger hubiera planeado qué hacer después de llegar a Kentucky. No sabía si había pensado qué pasaría cuando estuviéramos allí. Quizá ser previsor fuera labor del copiloto, no del conductor. Pero estaba preocupada.

—¿Qué quieres que ocurra cuando lleguemos?

Roger me miró y luego volvió a concentrarse en la carretera.

—No estoy seguro —dijo al final—. No lo sé.

Aquellas palabras quedaron flotando en el aire entre nosotros un momento, luego Roger subió el volumen de la música y seguimos adelante.

Cuando estábamos a una hora de Kentucky, el móvil de Roger sonó. Ambos lo miramos, pitando y vibrando en el compartimento. En la pantalla ponía «HADLEY LLAMANDO». Se lo pasé a Roger, que parecía más pálido que hace un momento.

Respiró hondo y abrió el teléfono.

—¿Diga? —Su voz sonó de pronto un poco más profunda.

Clavé la mirada en la ventanilla para que no diera la impresión de que estaba escuchando la conversación, aunque resultaba imposible no hacerlo.

—Hola. Resulta que estoy casi en Kentucky. No sabía si estabas por aquí... —Roger me miró un momento, luego de nuevo a la carretera, y carraspeó—. Con una amiga —dijo, y me desanimé un poco al oírlo.

Miré por la ventanilla e intenté no ser absurda. Era su amiga. Debería alegrarme de haber logrado eso, no sentirme inexplicablemente decepcionada porque me hubiera identificado correctamente.

—Vale —dijo, y luego debió de verse interrumpido porque frunció el ceño mientras escuchaba—. Pero ¿estás por aquí? Si es así, me gustaría verte... —Se detuvo otra vez y guardó silencio, escuchando—. Entonces, ¿te llamo cuando lleguemos a Louisville? —preguntó, y esta vez parecía un poco frustrado—. De acuerdo —dijo después de otra pequeña pausa—. Me parece bien.

Y luego colgó sin decir adiós, algo que ya no me sorprendía. Entonces me miró.

—Hadley —me explicó al fin.

Me dio la impresión de que ahora pronunció su nombre de una manera un tanto diferente, sin la misma entonación que había empleado unos días atrás. Ya no era como

si su nombre estuviera formado únicamente con las mejores letras del abecedario.

—Me lo he imaginado. —Esperé a que Roger me pusiera al corriente de lo que habían hablado, pero se mantuvo en silencio, con la mirada clavada en la carretera y el ceño ligeramente fruncido—. Esto... ¿y qué te ha dicho?

Roger suspiró.

—No ha sido muy clara. Ese nunca ha sido uno de sus puntos fuertes. Nunca le ha gustado hacer planes. Me ha dicho que quizá estuviera por allí, que no estaba segura, y que la llamara cuando llegáramos a Louisville.

—¿Vive allí?

Roger negó con la cabeza.

—Un poco a las afueras. En Hummingbird Valley.

Una hora después, entramos en Kentucky, EL ESTADO DEL *BLUEGRASS*, según la señal estatal. Roger se detuvo en una gasolinera (una Git 'n' Go, que era una marca que yo no había visto nunca) y sacó su móvil. Estiré las piernas y me dirigí al baño. Luego compré refrescos y un mapa de carreteras de Kentucky, por si acaso. Cuando regresé al coche, Roger seguía allí sentado, mirando el móvil.

Cerré la puerta con fuerza, me senté en mi asiento y le pasé una cerveza de raíz.

—¿Y bien? —pregunté.

—Ahora no me contesta. —Suspiró y miró hacia la autopista—. Odiaría haber venido hasta aquí para nada.

No estaba segura de qué responder a eso, así que simplemente le di un sorbo al refresco de vainilla.

—Creo que deberíamos irnos —añadió.

—Vale —contesté, un poco sorprendida de que fuera a darse por vencido tan fácilmente. Pero estaba dispuesta a elegir un nuevo destino. Saqué el mapa de carreteras—. Bueno, ¿y adónde deberíamos ir?

—No —repuso, mirándome—. Me refiero a que creo que debería ir a su casa.

—Ah. —No estaba segura de que eso fuera buena idea, pero no sabía cómo decírselo a Roger sin hacer que se sintiera como un acosador. Pero podía imaginarme lo que yo habría sentido si Michael se hubiera presentado en mi puerta—. No me parece que eso sea lo más apropiado.

Roger suspiró y se le encorvaron un poco los hombros.

—Ya lo sé. Pero ¿se supone que tenemos que quedarnos aquí tirados en el Git 'n' Go esperando a que me llame? —Negó con la cabeza—. Siempre me hacía lo mismo...

Se quedó callado y volvió a mirar el móvil.

—Creo que deberíamos dejarnos caer por su casa. Y así, al menos, habré hecho todo lo posible. Porque, conociéndola, puede que no se acuerde de llamar en tres días.

Abrió la boca para intentar convencerlo de que no era un buen plan, pero me detuve al ver la expresión de su cara. Estaba decidido, y nunca lo había visto tan empeñado en nada (ni siquiera el Chick-fil-A). Además, seguramente él tampoco había querido ir a Yosemite, pero tal vez yo tenía entonces la misma expresión que él ahora.

—Vale —acepté mientras abría el mapa de Kentucky—. Vamos allá.

Roger me miró, sorprendido, y luego me dedicó una rápida sonrisa.

—Gracias.

—No hay de qué —contesté concentrándome en el mapa—. ¿Hummingbird Valley, dijiste?

—Sí —asintió mientras ponía el intermitente y se reincorporaba a la autopista. Me pasó su móvil—. Hadley Armstrong. Tengo su dirección en mi teléfono de cuando le envié flores durante las vacaciones de Navidad.

—Qué bonito —dije, mirándolo.

—Bueno, eso pensé yo —contestó con una pequeña sonrisa—. Pero, al parecer, a las chicas no les gustan las rosas rojas.

Yo no tenía nada en su contra.

—¿En serio? Porque yo soy una chica y no había oído eso nunca.

—¿De verdad? —Arqueó las cejas—. Por cómo reaccionó, pensé que había cometido algún crimen contra las mujeres.

Me encogí de hombros.

—A mí me parece bonito recibir flores —opiné—. Es todo un detalle.

—¿Aunque el detalle sea un tópico trillado? Por cierto, son palabras textuales.

—¿Te dijo eso? —pregunté, atónita.

—Pues sí. El Día de San Valentín le regalé bombones. Ni siquiera me planteé las flores. No sé si seré capaz de volver a comprar flores algún día y...

—Pásate al carril derecho —lo interrumpí al ver la señal de Louisville un poco tarde, y esperé que Roger lo consiguiera.

—¿Qué? ¿Ahora? —me preguntó mientras empezaba a atravesar carriles de tráfico.

—Sí. Lo siento. —Volví a mirar el mapa—. Muy bien. Creo que debemos seguir por este y pasar Louisville, y luego Hummingbird Valley debería estar a las afueras de allí. Puede que tardemos una media hora.

—«Luevel» —me corrigió.

—¿Qué?

—Has dicho «luivil», pero se pronuncia «luevel». Créeme, lo sé.

—«Luevel» —repetí—. ¿Así?

—Perfecto.

Estábamos dejando atrás el centro de «Luevel». La autopista formaba un paso elevado sobre la ciudad. Eran casi las ocho y el sol acababa de ponerse, cubriendo todo con una vaga luz azul. Era precioso, pero dificultaba la visibilidad. No obstante, pude ver un estadio enorme al otro lado de mi ventanilla: el Slugger Field.

Unos veinte minutos a las afueras de Louisville, vi la señal que anunciaba Hummingbird Valley. Le indiqué a Roger que abandonara la interestatal y enseguida fue como si nos hubiéramos adentrado en un mundo completamente diferente. No parecía haber nada más que onduladas colinas verdes a ambos lados y todo estaba oscuro y silencioso y olía a fresco. Kentucky olía genial: como a hierba fresca. A verano. Bajé la ventanilla e inhalé, y comprendí con asombro que era verano. Una nueva estación había comenzado sin que me diera cuenta.

Miré hacia fuera, pero no vi ninguna casa: solo parecía haber largos tramos de campos verdes interrumpidos de vez en cuando por vallas blancas.

—¿Qué es esto? —pregunté volviéndome hacia Roger—. ¿Es un pueblo?

—Así es. Un pueblo de solo unos doscientos habitantes.

Aparté la mirada de lo que todavía se podía ver de las colinas y me volví hacia él.

—¿En serio?

—Sí —contestó con una risita incómoda—. Bienvenida al pueblo más rico de Kentucky. Y uno de los más ricos de Estados Unidos.

—Pero ni siquiera veo casas —comenté atisbando hacia fuera.

—Por lo que tengo entendido, están ahí atrás —dijo Roger señalando a un lado de la carretera—. Muy atrás. —Miró hacia fuera entrecerrando los ojos—. Aunque no creo que se las pueda llamar casas. Creo que, en realidad, son fincas.

—¡Madre mía! —exclamé mirando hacia fuera. Yo también me puse nerviosa de pronto—. Creo que ya no estamos en Kansas.

—No puedo creermelo que hayas dicho eso.

Busqué en el móvil de Roger la dirección de Hadley (el 1205 de Westerly Road) y le indiqué la que esperaba que fuera la ruta correcta. Cuando dimos con la calle, lo que era cada vez más difícil a medida que iba oscureciendo, Roger redujo la velocidad para que pudiéramos ver los números de las casas. Pero no había ningún número, solo un sinfín de vallas blancas y alguna que otra entrada con una verja y una placa en la que ponía el nombre de la casa o la finca.

—Mira —dijo Roger frenando aún más y señalando su lado de la carretera—. ¿Ves eso?

Miré hacia allí. Habría resultado difícil pasarlos por alto: había topiarios¹⁷ con forma de animales en una extensión de césped. Aunque eran más grandes y tenían más detalles que los que yo había visto. Dos osos, probablemente a escala, se erguían sobre las patas traseras y alzaban las zarpas saludando a los coches que pasaban. Por debajo de ellos, un zorro saludaba con una pata con actitud alegre.

—Ostras —murmuré.

Roger siguió adelante despacio y me giré para echarles un último vistazo antes de que se perdieran de vista. Bajo la luz que iba menguando con rapidez, casi parecían esculturas o criaturas encantadas. En todo caso, cada vez se asemejaban menos a arbustos a los que les hubieran dado forma.

—¿Es eso? —pregunté al divisar un letrero por fuera de unas verjas—. ¿A la izquierda?

Las enormes verjas estaban hechas de hierro forjado y unidas a una columna de ladrillo a cada lado. En una placa plateada situada en la columna de la izquierda ponía: «FINCA ARMSTRONG». En la placa de la derecha estaba grabado: «HUMMINGBIRD VALLEY, KENTUCKY». Todo aquello resultaba intimidante. Pero, por suerte para nosotros, las verjas estaban abiertas.

—Eso creo —contestó Roger.

Nunca lo había visto tan nervioso. Observé cómo abría y cerraba las manos sobre el volante y luego atravesaba la entrada.

Como había supuesto Roger, tardamos muchísimo en llegar a la casa. Subimos por un camino con curvas suaves y rodeado por onduladas colinas verdes. Aunque en mi opinión, en algún momento, aquello no podía seguir considerándose un camino de entrada. Después de tanto tiempo, lógicamente, se convertiría de nuevo en una carretera.

Mientras avanzábamos, recordé con tristeza mi casa de California, con el cartel de la inmobiliaria en el jardín y el camino de entrada que tardaba diez segundos en recorrer, como mucho.

Tomamos otra curva y entonces, de pronto, ahí estaba frente a nosotros: inmensa e imponente e igualita a lo primero que te venía a la mente al imaginar una mansión sureña. Era enorme y blanca, con columnas, contraventanas verde oscuro y construcciones anexas a la sombra de la casa principal. Tenía una entrada circular delante, pero no había ningún coche aparcado allí. Con la luz que aún quedaba, pude ver flores sembradas siguiendo hermosos diseños y macetas de porcelana blanca llenas de plantas bordeando los escalones. Por lo que pude entrever por un lateral de la casa, al parecer había amplios jardines cuidados en la parte trasera.

—Caramba —dije intentando asimilarlo todo.

—Y que lo digas —contestó Roger mientras miraba también a su alrededor—. Me lo había descrito, pero veo que se quedó un poco corta.

Se detuvo y apagó el motor. Aparté la vista de la casa y la posé en Roger.

—¿Y ahora qué? —le pregunté—. ¿Cuál es el plan? ¿O simplemente vas a llamar al timbre?

—Supongo. En realidad, no había pensado en esa parte. Había pensado en cómo llegar hasta aquí y lo que le diría cuando la viera, pero no en lo que ocurriría entre esos dos hechos. —Carraspeó e hizo crujir los nudillos—. De acuerdo. Allá voy.

Se pasó de nuevo las manos por el pelo, haciendo que se le levantara por todos lados. Probablemente no fuera el aspecto más adecuado si pretendía impresionar a Hadley.

—Muy bien —dije de la forma más alentadora que pude—. Pero... si me permites una cosita...

Me incliné hacia delante, recorriendo el espacio que nos separaba, estiré las manos hacia él y las coloqué con firmeza sobre su cabeza. Noté la elasticidad y la suavidad de su cabello castaño contra mis manos y que el lado izquierdo estaba más caliente, por conducir todo el día bajo el sol. Sentí el impulso de hundir los dedos en su pelo, pero lo deseché de inmediato. En cambio, deslicé las manos hacia delante sobre el remolino que tenía en la parte de atrás, aplanándolo.

—Así está mucho mejor.

Le dediqué una sonrisa rápida y luego me retiré a mi lado del coche.

—Vaya —dijo mirándose otra vez en el espejo—. Gracias.

Estaba a punto de desearle buena suerte cuando me distraje al ver a una persona que había aparecido por un lateral de la casa. Era muy grande, llevaba una mascarilla blanca de médico y blandía una motosierra. Y se dirigía hacia nosotros.

CÓMO DECAPITAR A UN ALCE



You'd better go on home, Kentucky gambler.

—Dolly Parton

—Muy bien —le susurré a Roger con el pulso acelerado—. Creo que deberías arrancar sin hacer ruido y bajar marcha atrás por el camino lo más rápido que puedas.

—¿Cómo se arranca sin hacer ruido? —me dijo Roger, también con un murmullo—. Y te acuerdas de cómo es ese camino, ¿no? ¿Esperas que lo recorra marcha atrás?

—Roger, tiene una motosierra —solté entre dientes—. ¡No pienso morir en Kentucky!

Roger se echó a reír mientras aquel tipo agitaba el brazo con el que no sostenía la sierra.

—¡Hola! ¿Os habéis perdido?

—¿Lo ves? —me dijo Roger—. Es amistoso.

—¡Probablemente así es como atrae a sus víctimas! ¡Han hecho películas sobre eso!

—Eso era en Texas —dijo Roger, todavía sonriendo. Puso los ojos en blanco y salió del coche—. ¡Hola! Estaba... eh... buscando a Hadley Armstrong.

Mientras se acercaba, el recién llegado se quitó la mascarilla y, gracias a Dios, apagó la motosierra. Debíamos de haber activado algún tipo de sensor de movimiento, porque una luz tenue iluminó la entrada y me permitió comprobar que el tipo tenía un aspecto bastante normal. Llevaba zapatos náuticos, pantalones color caqui y un polo. Y, a pesar de que medía más o menos lo mismo que Roger, era más grande. No es que fuera gordo exactamente, tan solo grande en general. Algo así como un osito de peluche. Supuse que eso lo descartaba de la categoría de asesino en serie, así que abrí mi puerta y salí despacio.

—Soy su hermano. Lucien Armstrong. —Le tendió una mano a Roger y se dieron un apretón—. Encantado.

—Roger Sullivan. Igualmente.

—¡Ah! —exclamó Lucien chasqueando los dedos—. Tú eres el que envió rosas, ¿verdad?

Roger carraspeó y me señaló:

—Y esta es Amy Curry.

Me quedé donde estaba, apoyada contra el coche.

—Hola —dije saludando con la mano.

—Hola —contestó Lucien.

Estaba claro que no se había percatado de mi gesto, porque se acercó a mí y me tendió la mano. Se la estreché con la sensación de que en los últimos días había dado más apretones de mano que en toda mi vida. Su mano era enorme y casi envolvió la mía por completo. No se parecía en nada a Hadley, según la foto que había visto. Tenía el pelo rubio un poco largo y aclarado por el sol y quemaduras solares en las mejillas. Me sorprendió descubrir que era guapo. Intenté retroceder un paso, olvidando que estaba pegada al coche.

—Encantada de conocerte —dije liberando la mano.

—Siento lo de la sierra. Es que estaba podando unos arbustos. Entonces —dijo pasando la mirada de mí a Roger—, ¿sois amigos de Hadley?

Roger asintió y yo hice lo mismo, al considerar que parecía más sencillo que la verdad.

—Sí —contestó Roger metiéndose las manos en los bolsillos—. Estábamos por la zona y hablé con ella antes, pero luego dejó de contestar al teléfono. Así que se me ocurrió ver si estaba en casa. Le dejé un mensaje, pero...

—Vaya, qué pena. —A diferencia de la mayoría de la gente (y la mayoría de la gente de mi edad, que era lo que él aparentaba más o menos), Lucien parecía hablar en serio cuando decía que sentía algo. Frunció el ceño y pude oír auténtico pesar en su voz—. Ojalá pudierais haber contactado con ella, en lugar de venir hasta aquí, porque Had se fue a una exhibición hípica hace unas horas y no volverá hasta mañana. Estoy seguro de que sentirá no haber podido veros.

—Ah. Vale —dijo Roger, asintiendo con la cabeza.

Vi cómo metía las manos en los bolsillos y la energía lo iba abandonando, dejándolo con un aspecto un poco perdido. Sentí un cabreo enorme contra esa chica a la que no conocía. ¿Por qué le diría a Roger que llamara cuando llegara a Louisville si no pensaba estar allí? Podía imaginarme cómo debía de sentirse: como si hubiéramos hecho todo el viaje hasta Yosemite solo para descubrir que estaba cerrado los lunes o algo así.

—Pero... —intervine rápidamente intentando cubrir el silencio, que estaba empezando a volverse incómodo—. Es decir, tal vez... —Miré a Roger y pude ver que no le apetecía

nada dar media vuelta—. Podríamos pasar la noche en Louisville...

—«Luevel» —dijeron Roger y Lucien a la vez.

—Sí, eso. Después de todo, estamos muy cansados. Salimos de Misuri esta mañana y llevamos todo el día en la carretera. Así que... —continúe tratando de averiguar qué opinaba Roger del plan que me estaba inventando sobre la marcha—, podríamos ir a la ciudad, encontrar un hotel y volver mañana, ¿no?

Roger me miró a los ojos y me ofreció una pequeña sonrisa, y presentí que había tomado la decisión correcta.

—Fantástico —respondió Lucien, dando una palmada que hizo un ruido sorprendentemente fuerte—. Eso suena bien. Sería una pena que Had no os viera después de venir hasta aquí.

—Genial —dije volviéndome hacia el coche—. Pues...

—No queremos entretenerte más —añadió Roger.

—No estaba haciendo nada importante —nos aseguró Lucien—. Mis padres van a pasar toda la semana en Hilton Head y Had no está. Así que estoy haciéndome cargo de esto por mi cuenta.

Se frotó la nuca con la mano con una sonrisa un poco forzada.

Había algo en su expresión que me resultó sorprendentemente familiar. Me costó un momento, pero entonces lo comprendí. Estaba solo en casa, sin hermanos ni padres. Pareció alegrarse tanto de hablar con nosotros... Seguramente se sentía tan solo como lo había estado yo el último mes que había pasado en nuestra casa. Estar solo en un lugar que normalmente estaba lleno de gente tenía algo que lo hacía parecer particularmente vacío cuando solo estabas tú.

—Ha sido un placer conocerte, tío —se despidió Roger extendiendo la mano.

—¿Quieres venir a cenar? —pregunté sin pensar, sorprendiéndome a mí misma. Roger me miró, enarcando una ceja y con la mano suspendida en el aire—. Bueno, simplemente tomaremos algo en la ciudad. Pero si no has comido todavía, pues...

Roger dejó caer la mano.

—Sí, deberías venir. Es decir, si no tienes planes, claro.

Lucien miró a Roger y luego a mí.

—¿En serio? No quisiera molestar.

—Para nada —le aseguré, sorprendida de que estas palabras hubieran salido de mi boca. Me había pasado tanto tiempo evitando a los desconocidos, ¿y ahora los invitaba a

acompañarnos? Al parecer, así era. Me pregunté cuándo habría ocurrido ese cambio—. Deberías venir.

—Bueno, vale —aceptó Lucien, sonriéndonos—. Sois muy amables. Os lo agradezco.

—Vamos —dijo Roger mientras abría la puerta del lado del conductor—. Yo conduzco.

—Genial —contestó Lucien, acercándose al Liberty—. Todos nuestros coches están en la parte de atrás.

Roger me miró al oír eso e intercambiamos una sonrisita. Me pregunté de cuántos coches estaría hablando, cuántos tenía que haber para utilizar la palabra «todos».



El hotel Brown



Estamos en territorio de caballos



*Un auténtico Hot Brown.
Sabe mucho mejor de lo que su
nombre indica.*



Hum, pastel Derby...

Lucien abrió la puerta del pasajero y retrocedí un paso, sorprendida. Supuse que le gustaba ir delante. Transcurrió un silencioso y confuso minuto durante el cual mantuvo la puerta abierta observándome, antes de darme cuenta de que la había abierto para mí y estaba esperando a que entrara.

—Vaya —dije mientras me subía—. Esto... Gracias.

Estiré la mano para cerrarla; pero, un segundo después, él lo hizo por mí, cerrándola con suavidad. Subió al asiento trasero, se instaló en el centro y se inclinó hacia delante entre nuestros asientos.

—¿Alguno de los dos había estado ya en Louisville? —nos preguntó.

—No —contestó Roger, y yo negué con la cabeza.

—Decidido, entonces —dijo, recostándose contra el asiento con una sonrisa—. Iremos al Brown.

El Brown resultó ser el hotel Brown, en el centro de la ciudad. Antes de llegar allí, Lucien nos hizo una breve visita turística por Louisville, que era precioso. Era la ciudad más limpia que había visto en mi vida: desde luego, mucho más que Los Ángeles. Había preciosos jardines y árboles en flor por todas partes que llenaban el aire de un aroma maravilloso. Las calles eran amplias y nadie parecía tener demasiada prisa: otra gran diferencia con Los Ángeles. Había cosas de caballos por doquier, lo que tenía sentido, teniendo en cuenta que era la sede del Derbi de Kentucky. Me fijé en que incluso algunas de las matrículas que teníamos delante llevaban caballos, lo que me pareció un buen toque. En Louisville se respiraba un ambiente de paz, algo que no me había esperado.

Pasamos por delante del museo del béisbol de Louisville, que tenía un bate del tamaño del edificio apoyado contra él. Me quedé mirándolo boquiabierto y tomé nota mental de pedirle a Roger que volviera allí por la mañana para poder sacarle una foto. Charlie fliparía, porque siempre le había encantado el béisbol. Aquella idea me sobresaltó y me hizo darme cuenta de lo poco que había pensado últimamente en mi hermano... o lo mucho que había intentado no pensar en él. Sospechaba que se trataba más bien de la segunda opción. Pero no quería pensar en Charlie. Estaba demasiado implicado en todo lo que había ocurrido, además de todo lo que había pasado con él después... Miré por la ventanilla, intentando concentrarme únicamente en ver pasar Louisville.

Lucien condujo a Roger a un hotel de aspecto muy elegante. Tenía un enorme toldo rojo con las palabras «THE BROWN» escritas con letras doradas. Parecía bastante pijo, y mucho más de lo que podíamos permitirnos.

—Parece un sitio estupendo —dijo Roger, echándome un vistazo, y tuve el presentimiento de que también estaba pensando en los cuatrocientos dólares y pico que

suponían todo el dinero del que disponíamos. Aquel lugar tenía pinta de costar eso por noche—. Pero no estoy seguro de que sea el tipo de lugar en el que pensábamos quedarnos esta noche...

—No os preocupéis —dijo Lucien—. Solo vamos a comer aquí.

—Ah. Entendido —contestó Roger.

Me imaginé que los restaurantes de ese hotel también serían un poco más caros que los establecimientos de comida rápida y las cafeterías a las que solíamos ir, pero supuse que probablemente podríamos pagar una cena.

Las indicaciones de Lucien condujeron a Roger hasta la entrada con servicio de aparcacoches y, antes de que pudiéramos decir nada, unos mozos con abrigos blancos abrieron las tres puertas a la vez. Salí del vehículo dando gracias una vez más por llevar la ropa de Bronwyn. Me di cuenta de que Roger estaba metiéndose a toda prisa la camiseta blanca por dentro de los vaqueros. Lucien se acercó al mozo que había abierto la puerta de Roger y, al estrecharle la mano, vi fugazmente algo verde pasar de su mano a la del empleado. A continuación, nos indicó con un gesto que entráramos en el hotel, cuyas puertas nos abrieron otros dos mozos que habían aparecido de la nada. Entramos y miré a mi alrededor, boquiabierta. Ahora estaba segura de que aquello se salía de nuestro presupuesto: era un hotel extremadamente lujoso. Había lámparas de araña sobre nuestras cabezas y una gruesa moqueta estampada en el suelo, además de un montón de brillantes elementos de latón por todas partes.

Seguimos a Lucien por el vestíbulo (que estaba lleno de sofás de aspecto antiguo, alfombras orientales y pinturas al óleo de caballos) y después bajamos tres escalones hasta el J. Graham's Café and Bar. Había una multitud esperando de pie alrededor del atril del *maître*, pero Lucien fue directamente hasta él y nos sentaron de inmediato en un reservado de un rincón con vistas a la tranquila calle iluminada por las farolas.

—Disfrute su cena, señor Armstrong —murmuró el *maître* antes de entregarnos los menús y marcharse.

Miré a Lucien, sorprendida.

—¿Te conocen aquí? —le pregunté.

Lucien se encogió de hombros. Parecía un poco avergonzado.

—Llevamos mucho tiempo viniendo aquí. Cada temporada del Derbi, mis padres alquilan una suite en el undécimo piso. Así que acabas conociendo al personal.

—Claro —contesté, como si fuera lo más normal del mundo y no resultara para nada intimidante.

Contemplé el restaurante (decorado con buen gusto y evidentemente caro) y caí en la cuenta de cuánto hacía que no estaba en un sitio como ese. Roger y yo no nos habíamos encontrado servilletas de tela desde hacía bastante tiempo. Me dispuse a abrir el menú, pero Lucien colocó una mano encima.

—Si me permitís —dijo, mirándonos—. El Brown prepara un plato famoso que se creó aquí y, si no lo habéis probado, deberíais hacerlo.

Recordé que Roger me había preguntado una vez dónde estaba mi espíritu aventurero. Sabía que había sido una broma, en su mayor parte, pero ahora esa pregunta me retumbó en la mente. Incluso la antigua yo había sido siempre bastante prudente. Tenía que serlo, ya que Charlie no lo era en absoluto. Y llevaba demasiado tiempo leyendo mapas como para no querer seguir algún tipo de plan ni tener un destino a la vista. Pero le había echado la bronca a mi madre y el mundo no se había acabado. Y allí estaba, por mi cuenta en Kentucky, con Roger y un desconocido, en un restaurante elegante y llevando la ropa de otra persona. Tal vez no hubiera perdido mi espíritu aventurero. Tal vez simplemente había estado inactivo.

Aparté mi menú.

—Suená bien —contesté.

Inmediatamente después de decirlo, esperé que el famoso plato no fueran caracoles. Ni tuviera nada que ver con mollejas, que había aprendido por las malas lo que eran en Inglaterra.

Vi que Roger me sonreía ligeramente desde el otro lado de la mesa, aunque la sonrisa se le borró cuando oyó a Lucien pedir para todos algo llamado un Hot Brown.

—Coméis carne, ¿no? —nos preguntó cuando tres camareros nos colocaron delante tres cazuelas a la vez—. Debería haberlo comprobado, como sois de California y eso.

Habíamos efectuado las presentaciones básicas mientras esperábamos a que llegara aquella comida de nombre inquietante. Nos habíamos enterado de que Lucien tenía dieciocho años e ingresaría en la Universidad de Vanderbilt en otoño.

—No somos vegetarianos —contestó Roger.

—Bien —dijo Lucien—. Entonces, al ataque.

Observé la cazuela que me habían depositado delante. Uno de los camareros nos había explicado en qué consistía el plato: un Hot Brown era una pechuga de pavo sobre unas

rebanadas de pan suave, cubierta con queso parmesano y salsa cremosa, acompañada de rodajas de tomate y rematada con perejil y dos trozos de beicon colocados encima. Estaba estudiando el plato, preguntándome por dónde empezar, cuando me di cuenta de que Lucien no había comenzado a comer todavía. Me miraba con expectación y no cogió el tenedor hasta que yo cogí el mío. Había oído hablar de los modales sureños, pero había asumido que habían muerto hacía cien años. Al parecer, no. La prueba estaba sentada delante de mí, esperando a que yo tomara un bocado antes de empezar a comer.

Los cubiertos eran sorprendentemente pesados. Corté un trozo pequeño y lo probé. Estaba delicioso. Di otro bocado y vi que, al otro lado de la mesa, Roger estaba comiendo con entusiasmo. Mientras comía un poco más, me di cuenta de que me gustaban todos los ingredientes y me pregunté por qué nadie, aparte de la gente de Kentucky, habría reparado en lo ricos que estarían al combinarlos y cubrirlos con queso fundido.

Roger había pedido una Coca-Cola, ya que no había cerveza de raíz en el menú. Pero yo había seguido el ejemplo de Lucien y había pedido lo mismo que él: algo llamado té dulce. Di un pequeño sorbo, luego otro, y decidí que el refresco de vainilla podría haber perdido el puesto de mi bebida favorita. Se trataba de té helado, pero era muy dulce: el azúcar no se había añadido granulada, sino que formaba parte de la bebida propiamente dicha. Entre eso y el NuWay, decidí que de ahora en adelante seguiría siempre las recomendaciones de los lugareños, ya que por el momento habían acertado. Lucien nos dijo que él se encargaría de pedir el postre, y yo estuve más que dispuesta a dejarlo en sus manos.

Me dirigí al baño de señoras, dejando a los chicos enfrascados en un intenso debate sobre películas de deportes. Solo esperaba, por el bien de Lucien, que tuviera la sensatez de no mencionar *Hoosiers*. Mientras me lavaba las manos, me miré en el espejo. Recordé mi reflejo en el espejo del baño en Yosemite. Me vi diferente, y no solo porque no había estado llorando y luego me había frotado la cara con unas toallitas de papel que parecían estar hechas con algún tipo de corteza. Ahora estaba más morena y tenía ropa nueva. Pero no se trataba solo de eso. Observé mi reflejo un momento más, enderezando los hombros.

Cuando regresé a la mesa, los chicos dejaron de hablar de inmediato, lo que me preocupó. Sin embargo, antes de poder decir nada, nos sirvieron el postre.

–Pastel Derbi –explicó Lucien–. Una tradición de Louisville. Que aproveche. –Le hizo señas al camarero para que se acercara y le dijo–: Y un vaso de Maker’s Mark, por favor.

El camarero miró a Roger, luego a mí y después de nuevo a Lucien, que le sostuvo la mirada con total tranquilidad.

–Por supuesto –contestó el camarero, y se retiró.

–¿Acabas de pedir una copa? –dije, perpleja, mientras me preguntaba si Kentucky estaría exento de las leyes de consumo de alcohol del resto del país.

–Tío –dijo Roger con tono de respeto y la boca llena de postre. Saludó a Lucien con el tenedor y siguió comiendo.

Probé mi ración. El pastel consistía en una mezcla de chocolate, fresas y nueces de pacana, y estaba buenísimo. Deseé que a Kentucky se le diera mejor exportar sus platos locales al resto del país.

El camarero colocó un vaso corto lleno hasta la mitad con dos cubitos de hielo y un líquido de color marrón oscuro delante de Lucien

–¿Qué pasa aquí? –le pregunté–. ¿No te piden el carnet en Kentucky?

–No siempre –respondió Lucien con una sonrisa–. Tenemos ante nosotros un vaso de auténtico bourbon de Kentucky. ¿Sabéis que el bourbon es la única bebida autóctona de Estados Unidos? –Roger y yo negamos con la cabeza–. Pues sí. Y, a menos que se elabore en Kentucky, no se puede llamar bourbon. De lo contrario, se llama simplemente mosto ácido.

–Como el champán –comenté al recordar un dato que había aprendido mientras ensayaba una obra de Noël Coward–. A menos que sea de la región francesa de Champaña, se llama vino espumoso.

–Exactamente –dijo Lucien. Colocó el vaso de bourbon en el centro de la mesa–. Bueno, ¿quién va a conducir? Por mí, encantado, si os parece bien.

Roger me miró y luego tomó un sorbo de su refresco.

–Yo sigo encargándome de conducir. No hay problema.

–Ah. Vale –respondió Lucien.

–Yo no conduzco ahora –añadí después de un momento de silencio, al sentir que era necesario algún tipo de explicación. No obstante, después de decirlo, me di cuenta de que esa explicación en realidad no aclaraba nada–. Yo... no –empecé, pero me detuve al comprender que, sin explicar el porqué, no iba a poder ser más clara.

–Vale, como quieras –contestó Lucien. Señaló el *bourbon*–. ¿Te apetece?

—No, gracias —dije mientras me bebía mi segundo vaso de té dulce.

Lucien me miró enarcando las cejas.

—¿Estás rechazando un vaso de nuestro auténtico *bourbon* local? —preguntó.

—Pues... —Le eché un vistazo a Roger, que por alguna razón estaba mirando hacia el techo con una sonrisa—. Eh... vale.

Mientras ambos me observaban con atención, deslicé el vaso hacia mí y lo levanté. Me sorprendió lo pesado que era. Olí el líquido y luego me detuve, preguntándome si se suponía que eso solo se hacía con el vino. En cualquier caso, olía como a madera. Di un sorbo de prueba y casi lo escupo sobre la mesa. También sabía a madera. A madera ahumada. Supuse que así sería beberse un incendio forestal. Me obligué a tragarlo. Me quemó la garganta al bajar y se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Hum —dije con voz entrecortada cuando pude volver a hablar—. Es... suave.

Levanté la mirada y vi que tanto Roger como Lucien se estaban riéndose.

—Lo siento —se disculpó Lucien mientras apartaba la bebida y la colocaba de nuevo en el centro de la mesa—. Solo queríamos ver si podía conseguir que lo probaras.

—¿Qué? —exclamé, tosiendo todavía un poco. Roger seguía sonriendo—. ¿Los dos?

—Ha sido una pequeña apuesta —dijo Lucien, y dejó un billete de veinte sobre la mesa—. Bienvenida a Kentucky.

—Pensé que iba a insultarte si no lo probaba.

Me sentía nerviosa y traicionada, pero también me fijé en que Roger parecía estar divirtiéndose mientras se echaba hacia atrás contra el reservado para guardarse los veinte dólares en el bolsillo. Los añadí mentalmente a nuestro total actual.

—¡Qué va! —exclamó Lucien. Me acercó mi vaso de agua—. Probablemente vaya a hacerte falta esto.

Agarré el vaso y di un gran sorbo.

—El *bourbon* me parece asqueroso —añadió Lucien—. No sé cómo mi madre lo bebe. Creo que, en realidad, no puedes tomarlo hasta que has pasado de los cincuenta y ya no notas el sabor de nada.

—Lo siento —me dijo Roger. Parecía un poco avergonzado.

—Ya, claro —contesté. Intenté fulminarlo con la mirada, pero descubrí que no podía mantener la expresión de enfado en mi cara.

—¿Salud? —preguntó Lucien, alzando su vaso de agua.

Levanté mi vaso de té dulce y Roger, su Coca-Cola.

–Salud –dije, y chocamos los vasos.

Lucien se volvió hacia Roger.

–Bueno. Así que Hadley y tú, ¿eh?

–Sí –asintió Roger, y luego carraspeó–. Es decir, estuvimos saliendo este año en la universidad. Rompimos justo cuando estaban terminando las clases.

–Déjame adivinar –dijo Lucien con un suspiro–. ¿A que no has sabido nada de ella desde entonces?

–Pues no. A ver, hablamos un poco hoy, pero...

–¿Ahora no te devuelve las llamadas?

–Sí –dijo despacio–. Exacto.

Lucien negó con la cabeza.

–Lo siento, tío. Me temo que ese es su MO.

–¿Qué quieres decir? –le pregunté.

–*Modus operandi* –explicó Lucien–. Es latín.

–No –repuse poniendo los ojos en blanco–. Ya sé lo que significa. Quiero decir que a qué te refieres.

–Voy a probar otra vez –dijo Lucien, ignorando mi pregunta y volviéndose de nuevo hacia Roger–. Tampoco te dio ninguna explicación de por qué cortó contigo.

–¿Quién dice que fue ella la que cortó? –soltó Roger con cierta bravuconería–. Tal vez fue idea mía.

Lucien simplemente lo miró y Roger suspiró.

–No. No me dio ninguna explicación.

–Su MO –repitió volviéndose hacia mí–. La he visto hacerles esto a pobres imbéciles... sin ánimo de ofender...

–No te preocupes –contestó Roger.

–... desde que estaba en secundaria. Me temo que es lo que hace siempre. Te viste atrapado en el Huracán Hadley. Llega, lo pone todo patas arriba y luego se marcha dejando una estela de destrucción y chicos confundidos a su paso.

–¿Sucedé a menudo? –preguntó Roger con la voz un poco tensa.

Lucien asintió y, a continuación, transcurrió un momento en el que todos nos interesamos mucho por nuestras bebidas.

–Pero nadie le había echado en cara sus tejemanejes –dijo Lucien, rompiendo el silencio–. Así que bien hecho. Me alegro de que hayas venido, tío. Puede que tú seas el

que consiga abrirle los ojos. –Levantó el vaso hacia Roger–. Que tengas suerte.

Miré a Roger, que mantenía la mirada clavada en su refresco, y me sentí como si estuviera presenciando algo que no debería ver.

–Pero ¿qué sé yo? –añadió Lucien, un poco más fuerte de lo necesario, como si sintiera lo mismo que yo–. Después de todo, solo soy el hermano menor. Tampoco es que me cuente sus cosas. –Se volvió hacia mí y me preguntó, con el aspecto de alguien desesperado por cambiar de tema–: ¿Tienes hermanos?

–Un hermano –contesté. Sentí que ya había pensado en Charlie más de lo que quería por esa noche y deseé que Lucien hubiera elegido cualquier otro tema.

–¿Mayor?

–Menor. Tres minutos.

Lucien levantó las cejas de golpe.

–No me digas. ¿Gemelos?

Asentí con la cabeza.

–Entonces, debéis de estar superunidos, ¿no?

Cuando lo dijo, noté un nudo en el estómago. Había habido momentos, cuando éramos más pequeños, en los que Charlie y yo habíamos estado unidos; pero, en su mayor parte, parecía que lleváramos peleándonos toda la vida. Como si hubiera un muro entre nosotros que no se venía abajo.

–En realidad, no –dije, intentando mantener un tono desenfadado–. No estamos muy unidos.

–Ah –respondió Lucien, y se hizo el silencio de nuevo.

Tuve el presentimiento de que no iba a sacar más temas de conversación esa noche.

–Bueno, por lo menos nunca te ha mordido –comentó Roger incorporándose de nuevo a la conversación con una voz decididamente animada. Extendió una muñeca sobre la mesa para que pudiéramos ver una pequeña cicatriz circular en la palma de su mano–. Mi hermanastro. Un niño muy hambriento.

–Eso no es nada –dijo Lucien mientras se remangaba y nos mostraba una tenue cicatriz en el antebrazo–. Cuando yo tenía ocho años, Hadley adiestró a su caballo para que me diera coces. Ella siempre lo negó, pero nuestro mozo de cuadras me contó la verdad.

Roger se estiró para robarme una fresa del plato. Lucien se excusó y dejó la servilleta sobre la mesa, y un camarero volvió a doblarla de inmediato.

–Lo siento –dije en cuanto Lucien se fue. Acababa de darme cuenta de que todavía no habíamos tenido oportunidad de hablar nosotros dos solos–. Lo de invitarlo, digo.

–No, no pasa nada –me aseguró Roger–. Es simpático.

–Sí, es verdad. Es que... –No le había contado a Roger cómo había sido vivir en nuestra casa yo sola. Creo que ni siquiera yo misma había comprendido del todo cómo me había hecho sentir hasta que vi algo en la expresión de Lucien que reconocí–. Me pareció que se sentía solo, eso es todo.

–Ha sido divertido –añadió Roger, dedicándome una leve sonrisa que desapareció de inmediato. Movié la cabeza–. Hadley mencionó que tenía un hermano, pero no llegó a entrar en detalles. No me dijo cómo era su casa ni esta ciudad. Me resulta raro. –Tamborileó con los dedos sobre la brillante superficie de la mesa y luego prosiguió–: Estar aquí me hace sentir como si no la conociera en absoluto.

–Ya. –Observé el rostro de Roger intentando descubrir qué significaba eso para él–. Pero todavía quieres intentar verla mañana, ¿no?

–Sí –contestó, y a continuación asintió con la cabeza–. Así es. Después de todo, ya que hemos venido hasta aquí...

Lucien regresó entonces a la mesa, pero no se sentó.

–¿Listos para irnos?

–¿No tenemos que pagar? –pregunté mientras miraba a mi alrededor en busca de uno de los numerosos camareros que llevaban toda la noche merodeando alrededor de nuestra mesa, pero ahora no había ninguno a la vista.

Lucien simplemente negó con la cabeza.

–Ya me he encargado –nos comunicó a la vez que me retiraba la silla. No me lo esperaba y me tambaleé un poco al levantarme.

–No tenías por qué hacerlo –dije, pero Lucien sencillamente sonrió.

–Ha sido un placer. Gracias por la invitación. Comer solo no es divertido. –Vi que Roger abría la boca para protestar, pero Lucien negó de nuevo con la cabeza–. En serio. Os agradezco que me hayáis hecho compañía.

Mientras salíamos del restaurante, nos cruzamos con algunas de las mismas personas que seguían esperando una mesa, y que nos lanzaron miradas asesinas al pasar. Nos adentramos en la cálida y húmeda noche, que no parecía haberse refrescado desde que habíamos entrado. Acostumbrada al clima de California (clima desértico), en el que la

temperatura desciende bruscamente por la noche, aquello me resultó extraño, como si hubiera algo inconcluso. Como si alguien se hubiera olvidado de accionar un interruptor.

Lucien nos guió de regreso a Hummingbird Valley. Yo no dejaba de mirar a Roger, que permanecía inusualmente callado. Parecía hecho polvo. Pero no habría sabido decir cuál era la causa, si era por conducir o por la perspectiva de ver a Hadley.

—¿Visteis los topiarios al llegar? —preguntó Lucien mientras bajábamos por su calle.

Señaló hacia fuera de la ventanilla, a las figuras que habíamos visto antes y que parecían menos inquietantes ahora que había anochecido por completo y las iluminaba la enorme luna. Eran como centinelas que protegían las fincas situadas detrás de ellos.

—Sí. Son una pasada —contesté.

—Son una tradición —nos explicó inclinándose un poco hacia delante, entre mi asiento y el de Roger—. Deberíais ver este sitio en Navidad.

Roger puso el intermitente y subió por «el camino de entrada más largo del mundo». Cuando apareció ante nuestra vista, la casa estaba completamente iluminada. Me volví hacia Lucien.

—Parece que hay alguien —comenté, y noté que Roger apretaba las manos sobre el volante.

Lucien negó con la cabeza.

—Son temporizadores.

Asentí mientras contemplaba la inmensa casa, con todas esas habitaciones, y pensaba cómo sería estar solo en ella. Roger dio la vuelta delante, detuvo el coche y se volvió hacia Lucien, tendiéndole la mano.

—Gracias por enseñarnos tu ciudad.

—No hay de qué —dijo Lucien, estrechando la mano de Roger. Me di cuenta de que la sonrisa forzada de antes había regresado—. Supongo que os veré mañana.

Asentí y sonreí. Lucien se desabrochó el cinturón y abrió la puerta, pero luego se volvió hacia nosotros.

—Oíd. ¿Queréis quedaros aquí esta noche? Tenemos montones de habitaciones y nadie está utilizando las casas de invitados.

Ante aquel «casas» en plural, vi que los labios de Roger se torcían formando una pequeña sonrisa, probablemente imperceptible para cualquiera salvo yo.

—No podemos aceptar —dije de manera automática—. Pero gracias.

—Lo digo en serio —insistió Lucien—. Están siempre preparadas para recibir invitados. Y nadie las está usando. No tiene sentido conducir de nuevo hasta la ciudad en busca de un hotel para pasar la noche.

Roger y yo nos miramos, y tuve el presentimiento de que estábamos pensando lo mismo: que ayudaría, hablando de dinero, no tener que gastar nada en un hotel esa noche.

—Pero ¿a Hadley no le parecería raro? —preguntó Roger, volviéndose hacia Lucien—. Es decir, que su ex novio se quede en su casa...

Reparé en que, esta vez, Roger no había tenido ningún problema con la parte del «ex» en esa frase.

—No tiene por qué enterarse —contestó Lucien—. Además, ¿y qué si le molesta? Vosotros sois mis invitados, y puedo invitar a alguien a quedarse si me apetece.

Miré a Roger, que enarcó las cejas y asintió ligeramente.

—Si estás seguro... —acepté—. Pero ya has hecho demasiado.

—Para nada —dijo Lucien, cerrando la puerta. Su sonrisa se relajó hasta volver a ser la que le había visto la mayor parte de la noche—. Me alegra poder hacerlo. Vale, ahora tienes que llevar el coche a la zona de atrás.

Guió a Roger por un camino que nos llevó a la parte posterior de la casa. Aunque el aire acondicionado estaba encendido, bajé la ventanilla para intentar echar un vistazo en medio de la oscuridad. Los jardines parecían extenderse durante kilómetros y estaban maravillosamente diseñados. Había más topiarios con formas, como los que habíamos visto al lado de la carretera. Pero aquí había montones, desperdigados por todas partes, y eran asombrosos. Vi un oso asomando detrás de un árbol, unos cuantos perros y algo parecido a una grulla, antes de que diéramos otra curva y perdiera de vista los jardines.

—Son increíbles —dije.

—¿Te gustan? —me preguntó Lucien, inclinándose hacia delante—. ¿En serio?

—Por supuesto. ¿Los hace la misma persona que hizo los de la carretera?

—No. Es otra persona.

—Eso pensaba. Estos son mejores.

—Yo no los vi —terció Roger—. Como estaba conduciendo, no pude.

—Os los puedo enseñar mañana, si queréis. Roger, gira a la izquierda aquí.

Ahora comprendía por qué Roger me había corregido cuando íbamos hacia allí: aquello era sin duda una finca. A esas alturas, ya había perdido completamente de vista

la casa principal y avanzábamos por un camino empedrado a través de lo que parecía un bosque.

–Veo que os gusta proporcionarles un montón de intimidad a vuestros invitados – comenté mientras continuábamos adelante sin ver nada.

–Ya estamos llegando –dijo Lucien–. Hay jeeps en ambas casas, por si os apetece dar una vuelta pero no queréis usar vuestro coche.

Dejé que mi mente asimilara todo eso un segundo: lo diferente que era esa forma de vida de todo aquello de lo que había oído hablar, no digamos experimentado.

–Aquí es –anunció.

Roger se detuvo delante de lo que se habría considerado una casa de tamaño normal en Raven Rock. Tenía dos plantas y parecía más rústica que la casa principal. Estaba hecha de madera oscura, con un tejado puntiagudo, ventanas de cristal que iban del suelo al techo y un porche que la rodeaba.

–Sí –dijo Roger soltando una breve carcajada mientras apagaba el motor–. Creo que nos valdrá.

Cuando salimos del coche, Lucien sacó mi maleta de la parte trasera antes de que yo pudiera llegar. A continuación, abrió la casa de invitados y nos dejó entrar.

Por dentro era acogedora, aunque estaba muy decorada. Todo parecía hacer juego y, puesto que era una casa de invitados, no se veía ningún toque personal por ninguna parte. Pero era una casa de verdad, con una cocina operativa, un dormitorio en la planta baja y dos en la alta. Lucien nos mostró dónde estaban los tentempiés y cómo utilizar el aire acondicionado, mientras que yo simplemente miraba a mi alrededor, intentando abarcarlo todo.

–Bueno, creo que eso es todo. Dadme un toque si tenéis alguna pregunta –nos indicó mientras anotaba su número de móvil en la inmaculada pizarra blanca que había en el frigorífico–. Supongo que ya os veré mañana por la mañana. Si os apetece venir a la casa principal, el desayuno se sirve normalmente a eso de las nueve.

–Todo esto es genial, tío –dijo Roger, que parecía tan estupefacto como yo–. Gracias.

–De nada.

Lucien se dirigía a la puerta cuando vi un delgado portátil plateado sobre la mesa de la cocina.

–Oye, Lucien. ¿Eso es tuyo o...?

Se giró para ver a qué me refería y negó con la cabeza.

–Es de la casa. Puedes usarlo con total libertad. –Hizo un gesto vago hacia arriba–. Tenemos Wi-Fi.

–Te llevo a la casa –propuso Roger, cogiendo las llaves.

–No te preocupes –repuso Lucien–. Usaré uno de los jeeps, si no os importa. Hasta mañana.

Se despidió con un gesto de la mano y cerró la puerta tras él.

En medio del silencio posterior, contemplé lo que nos rodeaba, todavía un poco aturdida, y luego me volví hacia Roger.

–¿Cómo hemos acabado aquí?

–No lo sé –respondió con un bostezo–. Creo que lo invitaste a cenar.

Se dirigió a las escaleras y lo seguí. Cogí mi maleta, que estaba en el rellano, y señalé la habitación situada más cerca de mí.

–Me quedo esta, ¿vale?

–Me parece bien –dijo bostezando de nuevo. Se colgó el macuto al hombro y fue por el pasillo hacia la habitación situada un poco más allá–. Estoy molido. Buenas noches, Hillary.

Eso me hizo sonreír.

–Buenas noches, Edmund.

Lo vi desaparecer en su habitación y, después, entré en la mía. Puede que Roger estuviera agotado (pasarse todo el día conduciendo probablemente tuviera algo que ver con eso), pero yo me sentía extrañamente inquieta. Me puse un pantalón de chándal gris con las palabras «COLORADO COLLEGE» impresas en letras azules en una pierna y una camiseta azul marino de tirantes, asombrada de que incluso la ropa para estar en casa de Bronwyn fuera más bonita que la mía. Fui a la planta baja planeando conectarme un rato a Internet, ver la tele de pantalla plana o tal vez hacer unas palomitas de maíz. Sin embargo, cuando vi la luz de la luna entrando a raudales a través de las ventanas, supe que el único lugar en el que quería estar era fuera.

Salí descalza a la noche aún cálida y me senté en los escalones del porche. Me apoyé en las manos y levanté la vista. La única luz provenía del interior de la casa. No se veían farolas ni luces de ciudad y, como resultado, las estrellas se habían adueñado del cielo. Había infinidad de ellas, que se veían asombrosamente claras y parecían estar más cerca de lo normal. La luna estaba casi llena y daba la sensación de que era el doble de grande. Proporcionaba tanta luz que todavía se veía el camino hasta la casa principal.

Mientras contemplaba las estrellas, caí en la cuenta de que siempre había tantas. Pero hasta que desaparecían las otras luces no podías ver lo que había estado ahí desde el principio.

No sé cuánto tiempo permanecí allí sentada, observando el cielo, pero debió de ser un buen rato porque empezó a darme tortícolis. Mientras me estiraba y me ponía en pie, vi unos faros que aparecieron por la curva del camino, en dirección a la casa de invitados. A medida que el vehículo se acercaba, vi que se trataba de un jeep abierto pintado de blanco, con Lucien en el asiento del conductor. Conducía con una sola mano y llevaba el otro brazo apoyado sobre el respaldo del asiento contiguo. El jeep pasó frente a la casa de invitados, luego frenó con un chirrido y dio marcha atrás hasta situarse delante de mí.

—Hola —dijo Lucien, con cara de sorpresa. Entonces me sonrió—. ¿Quieres dar una vuelta?

Lo miré a él y luego al vehículo al ralentí. Mi primer instinto fue decir que no. Era tarde, íbamos a tener que madrugar, no llevaba sujetador y estaba descalza. Pero vacilé solo un segundo antes de bajar los escalones. Quizá esa fuera la ocasión de averiguar dónde estaba mi espíritu aventurero.

—Claro —contesté. Abrí la puerta del pasajero y subí—. Vamos.

I said, blue moon of Kentucky, keep on shining.

—Elvis Presley

Avanzamos en silencio por el camino dando botes. El jeep sin duda saltaba más que un coche y me aferré con fuerza a la barra de protección situada sobre mi cabeza. Sin embargo, era genial ir en un vehículo abierto y ver todas esas estrellas sobre nosotros mientras nos desplazábamos por debajo de ellas.

—¿No podías dormir? —le pregunté después de un momento.

—No —contestó.

Apoyó la mano que no sujetaba el volante en la barra antivuelco. Parecía conducir siempre con una sola mano, pero tenía el vehículo completamente bajo control. Lo que no era de extrañar, ya que nos había contado en la cena que había aprendido a conducir en la propiedad cuando tenía diez años.

—No sé. Estar en una casa vacía tiene algo...

—Te entiendo —fue mi respuesta automática.

Me miró, enarcando las cejas en un gesto de sorpresa. Me planteé retractarme, mascullar alguna explicación precipitada y fingir que no había dicho nada. Pero sí que había dicho algo. Respiré hondo y añadí:

—Yo... eh... me pasé todo mayo sola en mi casa. Así que sé a lo que te refieres.

—¿Todo el mes? —me preguntó Lucien, y yo asentí—. ¿Dónde estaba tu familia?

Debería haberme esperado esa pregunta. Pero aun así me afectó profundamente, pues yo llevaba preguntándome eso mismo los últimos tres meses.

—Bueno... —Dirigí la mirada hacia el jardín en lugar de a él—. Mi hermano estaba...

Me había ceñido a la historia de mi madre y no le había dicho a nadie que Charlie estaba en rehabilitación. Mi madre ni siquiera había usado nunca esa palabra en voz alta delante de mí, siempre lo llamaba simplemente «el centro».

—Se fue a Carolina del Norte. —Esperé que Lucien no me preguntara por qué y me obligué a continuar. Al igual que ocurría con los tiburones que morían si dejaban de

nadar, yo sabía que no sería capaz de seguir hablando si me detenía a escuchar mis propias palabras—. Mi madre tuvo que irse a Connecticut a preparar nuestra nueva casa. Y mi padre... mi padre murió.

Apreté los labios con fuerza al terminar y noté que me tembló la barbilla al pronunciar esa palabra.

—Lo siento mucho —dijo Lucien. Y, como antes, parecía hablar muy en serio.

—Gracias —contesté, y también lo dije en serio—. Estoy intentando...

—¿Superarlo?

—Algo así. —Guardamos silencio—. Fue un accidente de coche —añadí un momento después para que Lucien no me lo preguntara y el cómo no quedara flotando en el aire entre nosotros.

—¿Por eso no conduces? —inquirió después de una pequeña pausa.

—Sí.

Mientras seguíamos adelante, sentí que ya no estaba al borde de las lágrimas. Cerré los ojos un momento y noté el cálido aire nocturno en la cara.

—¿Vas a volver a conducir?

Abrí los ojos y lo miré.

—Supongo que algún día. —Me di cuenta de que no me había planteado en qué momento ponerle fin. Igual que no había comprendido hasta esa mañana que, si no iba a Graceland con mi padre, nunca lo haría—. Es que... cada vez que pienso en conducir, me entra el pánico.

—Es comprensible. Pero no puedes permitir que eso te detenga, ¿no?

No estaba segura de querer responder a eso, así que contemplé el paisaje. Me pareció que estábamos un poco más cerca de la casa principal, pero a esas alturas estaba tan desorientada que no podría asegurarlo.

—¿Adónde vamos? —le pregunté.

—Ya casi hemos llegado. Ya lo verás.

Pisamos un bache y ambos salimos despedidos de nuestros asientos. Me agarré de la barra de protección con todas mis fuerzas.

—No pasa nada. Lo tengo controlado —me dijo sonriendo—. Pero será mejor que te agarres bien para la siguiente parte.

Acto seguido, sacó el jeep del camino y continuó por el césped.

—Eh... ¿Podemos hacer esto?

—Claro —me aseguró—. A mi madre le da igual qué pinta tiene el césped aquí atrás.

Cruzamos el campo, en el que nos encontramos algunos hoyos muy profundos que Lucien me explicó que habían excavado las tuzas. Se detuvo al borde de lo que probablemente se podría considerar un prado: una vasta extensión abierta de hierba. Pero no estaba vacío. Se hallaba abarrotado de una colección de los topiarios con forma de animales que habíamos visto junto a la carretera y, después, cerca de la casa. Pude ver quince, como mínimo, y algunos que todavía parecían arbustos con partes de aquello en lo que se convertirían empezando a tomar forma.

—Madre mía —murmuré.

Salí del vehículo mientras Lucien apagaba el motor. Me acerqué al que estaba más próximo: un caballo de tamaño natural con una guirnalda alrededor del cuello.

—Ese fue para el Derbi del mes pasado —me explicó Lucien—. Salió en el periódico.

—Son increíbles —dije observando las criaturas que nos rodeaban.

—¿De verdad te gustan?

—Por supuesto —contesté, y entonces reparé en el tono de su voz. Me agaché para estudiar un cocodrilo con las mandíbulas abiertas y un pajarito posado en los dientes—. ¿Cuánto tardaste en hacer este? —pregunté, levantando la mirada hacia él.

Soltó una breve carcajada nerviosa.

—¿Es tan evidente?

—Es que parecías bastante interesado en mi opinión —dije, sonriéndole—. Pero no puedo creerme que sepas hacer esto. Es alucinante.

—Solo es un *hobby*.

Me seguía a un par de pasos de distancia mientras yo echaba un vistazo y observaba mi expresión mientras las examinaba una por una.

—Esto no es un *hobby*. Eres como un escultor. Deberías estar orgulloso de tus obras.

Vi una sierra pequeña en el suelo junto a una pieza que todavía estaba a medias y comprendí algo de pronto.

—¿Por eso llevabas una motosierra antes?

—Sí. Estaba trabajando en algunas del fondo cuando oí un coche. No te habré asustado, ¿no?

Fingí estar muy interesada en una pata con una hilera de patitos detrás.

—Puede que un poquito.

Los patos estaban realizados con un detalle asombroso: hasta tenían bultitos tallados a modo de plumas.

—¿Cómo pasó? —le pregunté recorriéndolas todas con la mirada—. ¿Cómo aprendiste a hacer esto?

—No es una historia muy interesante. Como te dije, son una especie de tradición por aquí. Siempre me habían gustado. Y hace unos años, contratamos a un jardinero al que se le daba genial. Me enseñó lo que sabía y eso fue todo. —Apoyó una mano en el lomo de un gato montés con una pata levantada—. Hay una cita de Miguel Ángel que siempre me ha gustado. Dijo que veía al ángel en el mármol y tallaba para liberarlo. Supongo que a mí me pasa lo mismo. Salvo que yo veo al gato montés en el arbusto. —Sonrió, aunque luego se encogió de hombros—. Pero, como he dicho, solo es un *hobby*.

Negué con la cabeza.

—No creo que la gente dedique tanto tiempo o esfuerzo a sus *hobbies*. —Me aparté de un oso (los osos parecían ser un motivo recurrente) y me volví hacia él, que tenía los hombros encorvados bajo la luna—. Eres un artista.

Lucien soltó una breve carcajada.

—Los artistas no ganan dinero. Y, desde luego, los jardineros tampoco. Mis padres tolerarán esto siempre y cuando crean que solo lo hago por diversión. Me informé sobre algunas universidades que ofrecían cursos de paisajismo y deberías haberlos oído. Fue como si los hubiera traicionado.

—Pero no puedes permitir que eso te detenga. Es decir, si tienes talento para algo, no me parece bien no desarrollarlo solo porque sea complicado o porque tengas miedo.

Guardé silencio después de decir eso, preguntándome por qué esas palabras me resultaban tan familiares.

—Mira, da igual —dijo Lucien. Hasta ahora nunca había visto su rostro (o lo que podía distinguir en la oscuridad) tan inexpresivo—. Supongo que no debí esperar que lo entendieras.

—Por Dios —solté, frustrada. Cabreada. Noté que el pulso se me aceleraba, pero no estaba asustada ni a punto de perder el control como cuando había hablado con mi madre. Por raro que pareciera, me sentía bien—. Sí que lo entiendo. ¿Tú te crees que mis padres quieren que sea actriz?

Me detuve, un poco aturdida, al darme cuenta de que había hablado en plural... y en presente.

–Pues no, no querían. A mi madre sigue sin gustarle. Bueno, da igual. –Intenté olvidarme de eso y volver al tema que nos ocupaba–. Mi padre era profesor de Historia. –Tuve ciertas dificultades para pronunciar la palabra «era»–. Y mi madre tiene un doctorado en Filología inglesa. Ellos no lo entienden. Opinan que lo que quiero hacer es una locura. Y puede que lo sea, pero no significa que vaya a renunciar a ello simplemente porque no quieren que lo haga. Porque no querían que... –Suspiré y renuncié a intentar que el tiempo verbal de mis frases concordase–. Pero solo es mi opinión.

Lucien asintió con la cabeza y clavó la mirada en el suelo con los hombros encorvados.

–Es que... –Levanté la mirada hacia el cielo un momento y luego proseguí–. Pensé que iba a morir. Hubo un segundo larguísimo durante el accidente en el que pensé que todo había terminado. Y luego no fue así, evidentemente, pero... fue como si hubiera tomado el camino opuesto. Como si hubiera dejado de vivir del todo para no tener que volver a sentir nada. Porque sentir dolía tanto...

Se me hizo un nudo en la garganta, pero inhalé y continué diciendo cosas que hasta hacía un segundo ni siquiera sabía que sentía.

–Pero desde que estoy aquí, en este viaje... es como si hubiera empezado a recordar cómo era. Sentirme viva. Sentir algo. Lo que quiero decir es que uno nunca sabe cuánto tiempo le queda.

–Entiendo lo que dices –contestó dedicándome una sonrisa triste–. Y suena fácil. Pero no sé si puedo hacerlo.

–Bueno, solo hay una forma de averiguarlo.

Estaba empezando a sentirme frustrada otra vez. Miré hacia el otro lado de la pradera y vi el jeep con las llaves colgando del contacto, brillando suavemente a la luz de la luna. Sin detenerme a pensar, fui hacia el vehículo, acelerando el paso a medida que me acercaba.

–Oye –me llamó Lucien–. ¿Amy?

–Alguien me dijo hace poco que no puedes dejar que algo te detenga solo porque tengas miedo.

Me dirigí a la puerta del conductor y me subí.

–Cierto. Pero...

Lo ignoré y coloqué las manos sobre el volante.

—Vale —murmuré para mí misma.

Era la primera vez que ocupaba el asiento del conductor desde el accidente. Recordé lo que había sentido aquella mañana cuando cogí las llaves que me ofrecía mi padre y me puse al volante sin dudarlo. Agarré las llaves, pero no le di al contacto todavía. Cerré los ojos y respiré hondo, intentando reprimir el pánico que amenazaba con apoderarse de mí, el pánico que me decía que no debería estar sentada allí, que pasarían cosas malas si lo hacía. Los abrí y miré a mi alrededor.

No estaba en mi casa, dondequiera que se hallara ahora. En cualquier caso, no estaba en California ni había regresado al cruce de la calle University. Aunque pareciera increíble, estaba en medio de un prado de Kentucky, en una cálida noche estrellada. No había más coches por los alrededores que pudieran saltarse los semáforos. Todo iba bien. Giré la llave en el contacto.

Antes de que pudiera cambiar de opinión, puse la marcha y coloqué el pie en el acelerador. El jeep dio una sacudida y frené tan de repente que salí despedida contra el asiento. Caí en la cuenta de que nunca había llevado un vehículo como ese, que no parecía conducirse igual que los coches normales. Además, tenía un poco oxidadas mis habilidades de conductora. Sabía lo que tenía que hacer, pero las cosas no fluían de manera armoniosa como hasta hace unos meses. Coloqué las manos en la posición de las dos menos diez y presioné el acelerador con más suavidad. El jeep avanzó con cuidado, así que apreté un poco más y empecé a trazar lentamente un amplio círculo alrededor del prado.

Lucien permanecía en el centro, junto a su gato montés, y giraba conmigo, sonriendo.

—¡Estás conduciendo! —exclamó.

—¡Estoy conduciendo!

Apreté más el acelerador, aumentando un poco la velocidad. Conducir un jeep abierto era fantástico. El viento me agitaba el pelo dando la impresión de que iba mucho más rápido de lo que era en realidad. Cuando completé el círculo, di media vuelta y empecé a girar en la otra dirección, sacándole una carcajada a Lucien. Mientras frenaba y volvía a acelerar, comprendí cuánto lo había echado de menos, lo libre que me hacía sentir, incluso aunque en realidad no fuera a ningún sitio.

—¡Amy, cuidado...! —gritó Lucien de repente con voz brusca.

—¿Qué pasa?

Un segundo después, el vehículo se inclinó por el lado izquierdo haciendo que, sin querer, apretara el acelerador más fuerte de lo que pretendía. El jeep se lanzó bruscamente hacia delante y, de pronto, no pude controlarlo. Durante un horrible segundo, retrocedí tres meses. Un instante después, me recobré y pegué un frenazo. Pero no a tiempo de evitar una imponente figura verde que se alzaba delante de mí. Se oyó un crujido y el vehículo se detuvo de golpe.

—¿Estás bien? —me preguntó Lucien mientras se acercaba a toda prisa.

Podía oír la sangre martilleándome en la cabeza y tenía náuseas. Notaba cómo una oleada de auténtico pánico iba creciendo en mi interior, amenazando con engullirme. Me obligué a abrir los ojos e inmovilicé el vehículo. Aparté las manos temblorosas del volante. Apagué el motor y solté las llaves rápidamente. ¿En qué estaba pensando? ¿Por qué se me había ocurrido intentarlo? Me puse de pie para tratar de ver por encima del capó.

—¿Qué ha pasado? —pregunté esforzándome por evitar que me temblara la voz.

—Bueno, creo que el jeep está bien —dijo Lucien desde el suelo, donde estaba arrodillado—. Parece que pisaste un agujero de tuza. Pero creo que a Maurice le llegó su hora.

Se levantó sosteniendo la cabeza (con cuernos) de un alce.

—Ay, Dios. Lo siento mucho... ¿Te rompí el alce?

No sé por qué, de pronto aquello me hizo gracia. Pero así fue. Noté una carcajada con un toque de desesperación luchando por escapar y me mordí el labio con fuerza para contenerla.

—Maurice —dijo Lucien con voz lastimera, y ya no pude controlarme.

Solté una carcajada histérica. Cuando se apagó, salí del jeep y me dirigí al asiento del pasajero, procurando evitar mirar el cuerpo amputado del alce. Ya no me parecía tan gracioso.

Evidentemente, Lucien condujo de regreso a la casa de invitados. La cabeza de Maurice descansaba entre nosotros sobre el asiento.

—De verdad que lo lamento.

—Ah, probablemente se lo tenía merecido —contestó echándole un vistazo a la cabeza—. De hecho, puede que hayas dado con algo. Esto quedaría genial encima de una chimenea. Ya sabes, para la gente a la que le guste ese tipo de decoración pero no quiera matar a un alce de verdad.

–Me gusta esa idea. Creo que tiene futuro.

Me miró y le respondí enarcando las cejas.

Cuando se detuvo delante de la casa de invitados, levanté la vista hacia las ventanas. La planta baja estaba completamente iluminada, pero el segundo piso estaba a oscuras.

–Parece que Roger ya se acostó –comenté.

–Pues sí –asintió Lucien mirando hacia la casa. Transcurrió un momento en el que lo único que se oía era el chirrido de los grillos y el ruido del motor–. Bueno, ¿y qué os traéis vosotros dos? –preguntó rompiendo el silencio.

Lo miré.

–¿A qué te refieres? –repuse, aunque lo sabía perfectamente.

Apagó el motor y se giró en el asiento apoyando la espalda contra la puerta y mirándome de frente. A continuación, quizá al darse cuenta de que Maurice estaba en medio, cogió la cabeza y la colocó en la parte de atrás.

–No nos traemos nada –contesté mirando hacia el segundo piso–. Roger está enamorado de tu hermana.

Lucien negó con la cabeza.

–Yo no estoy tan seguro de eso.

Estaba a punto de llevarle la contraria cuando recordé que Roger me había dicho prácticamente lo mismo en el coche hacía unas horas.

–Bueno... Lo que está claro es que todavía está colado por ella. A ver, por eso estamos aquí.

–¿Así que no hay nada entre vosotros?

Me quedé mirándolo. Mi primera reacción fue de incredulidad porque se le hubiera ocurrido eso. Pero... Me pasé una mano por el pelo, intentando no tirar demasiado. Estábamos hablando de Roger. Y aunque cuando lo conocí me fijé en lo guapo que era, ya no lo veía así. Entonces, de forma completamente espontánea, se me pasaron por la cabeza una serie de imágenes. Roger tamborileando con los dedos sobre el volante. Roger durmiendo a mi lado en la cama con un hombro destapado. Observándome atentamente mientras atravesábamos Kansas en una noche lluviosa y pidiéndome que le hablara. Ofreciéndome la última patata frita.

–¿Amy? –me llamó Lucien.

–No –dije rápidamente–. No, no hay nada. No.

–Esos son muchos «no».

—Ya —asentí, pues yo también me había dado cuenta. Me recosté contra el asiento, algo afectada por esa conversación.

—Es que no estaba seguro. De cuál era la situación, digo.

Negué con la cabeza.

—No pasa nada entre nosotros. —Me quedé callada después de decir eso. ¿Era completamente cierto?—. Es decir, no ha pasado nada —me corregí, con la certeza de que eso, al menos, era verdad—. Después de todo, estamos aquí por Hadley. Porque Roger todavía siente algo por ella.

—No estoy seguro de cómo va a salir eso. Creo que Had huirá en cuanto lo vea. Es lo que hace siempre. Yo soy todo lo contrario. A mí me gusta quedarme.

—Tú plantas cosas —le recordé—. Echas raíces. Literalmente. La gente que sale corriendo no suele hacer eso.

—No —contestó Lucien con una sonrisa—. Me imagino que no. Pero supongo que aprendí a hacerlo porque alguien tenía que estar aquí. Hadley se ha pasado toda la vida huyendo. Huye de todo. Cosas, personas, sentimientos. Familia. La he visto hacerlo desde que tengo uso de razón. ¿Por qué crees que monta a caballo? Lleva intentando escapar desde que era niña. Pero creo que no se ha dado cuenta de que, tarde o temprano, tienes que detenerte. ¿Y qué pasa entonces?

Algo de lo que Lucien decía me sonaba muchísimo y de pronto me vino a la mente un recuerdo de Charlie. Vi desaparecer su cabeza por encima de la barandilla del porche al escabullirse, noche tras noche.

—Creo que mi hermano hace lo mismo —dije despacio—. No sé si huye de algo. Pero creo que le gusta ir a donde nadie pueda seguirlo.

—¿De verdad? —me preguntó Lucien.

—De verdad —contesté, notando la ausencia de mi hermano. Había pasado tanto tiempo procurando no hablar de él... Pero de repente quería hacerlo. No sabría decir por qué, pero estaba segura de que Lucien lo entendería—. Está en rehabilitación —dije en voz alta, por primera vez.

Me miró un momento, luego levantó la vista hacia el cielo y soltó una breve carcajada.

—Igual que mi madre. —Negó con la cabeza—. Va casi cada verano a desintoxicarse. Mi padre y ella le dicen a todo el mundo que se van de viaje, a jugar al golf. Yo me lo creía hasta hace un par de años, cuando Had me contó la verdad.

—Lo siento —dije esperando que supiera que hablaba en serio.

–Y yo –respondió, mirándome con una sonrisa–. Por Dios, somos la imagen de la familia perfecta, ¿no?

–«Todas las familias felices se parecen» –dije, citando un libro del que les había oído hablar una vez a mi madre y a Charlie.

Lucien asintió.

–Exactamente.

Apoyé la cabeza contra el respaldo del asiento y contemplé el cielo.

–Oye, ¿sabes cuál es el lema de Kansas?

–No. Ilumíname.

–*Ad astra per aspera*. Es latín. Quiere decir: Hacia las estrellas...

–A través de la adversidad –terminó Lucien. Lo miré, asombrada, y él se dio un golpecito en la cabeza–. No la tengo solo de adorno.

–Impresionante. –Volví a echar la cabeza hacia atrás–. Me acordé de eso esta noche. Esto es precioso.

–Sí que lo es –murmuró–. Amy...

Giré la cabeza hacia él y descubrí que se había acercado un poco más a mí. Mientras lo miraba, sorprendida, se situó todavía más cerca, estiró una mano y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Su mano se quedó allí un segundo, a continuación trazó la curva de mi mejilla y se detuvo en mi barbilla.

–Ah –musité–. Eh...

Aquello me había pillado desprevenida. Me parecía que hacía un siglo que no me veía en ese tipo de situación. Por supuesto que me gustaba Lucien, era muy simpático, pero...

Se acercó un poco más y apoyó el brazo en el respaldo del asiento, justo detrás de mis hombros. Y, entonces, sentí cierta expectación. Allí había un chico al que le gustaba, que al parecer quería besarme bajo las estrellas. Todavía estaba tratando de averiguar qué sentía, y qué iba a hacer, cuando se arrimó aún más e inclinó la cabeza hacia la mía.

En ese instante, la luz de la ventana de Roger se encendió y levanté la mirada hacia allí, estropeando el momento por completo. Lucien también miró hacia la luz y retrocedió un poco hacia su lado del vehículo.

–Parece que Roger está despierto –comenté, señalando lo obvio, para intentar aliviar un poco aquel momento incómodo.

–Eso parece –respondió Lucien con una sonrisa de vergüenza.

Le devolví la sonrisa y me aparté.

—Será mejor que me vaya a la cama —dije mientras salía del jeep. Cerré la puerta y me incliné sobre la ventanilla abierta—. Pero te veo mañana.

—Hasta mañana —contestó Lucien con soltura, aunque noté que estaba un poco colorado. O, al menos, la quemadura solar parecía resaltar más—. Esta noche has conducido —añadió, mirándome—. Es un gran paso.

—Sí.

Sentí que el pánico comenzaba a aumentar al pensar en ello, en el momento en el que había vuelto a perder el control del vehículo. Aparté aquella sensación lo mejor que pude e intenté convencerme de que estaba bien. Por desgracia, no se podía decir lo mismo de Maurice. Me volví y me dirigí a la casa de invitados.

—Por cierto... —me dijo en voz baja, y me giré hacia él—. ¿Tienes un animal favorito?

No estaba preparada para esa pregunta. No creo que me la hubieran formulado desde que tenía ocho años. «¡Amy!» habría sabido la respuesta de inmediato. Probablemente fueran gatitos. O unicornios. Pero ella nunca habría tenido una noche como esa: no se habría arriesgado y habría salido descalza a conducir un jeep por un prado. Pero yo sí.

—No lo sé —contesté, meditando la pregunta—. Supongo que siempre me han gustado los búhos.

—¿Los búhos? ¿En serio?

—Sí —dije, riéndome—. Pero puede que sea porque me gustan los chupa-chups. Y las patatas fritas.¹⁸ Supongo que me gustan los que tienen gafas. ¿Por qué?

—Por nada.

A continuación, dio marcha atrás y giró en dirección a la casa principal. Tocó el claxon con suavidad y luego desapareció por el camino, dejando quietud y oscuridad tras él. Levanté la mirada hacia la casa y vi que la luz de Roger se había vuelto a apagar.

Entré, incapaz de borrar la sonrisa de mi rostro. Le gustaba a Lucien. Había querido besarme. Después de Michael, de pasar tanto tiempo sola y estar tanto tiempo sin conectar con nadie, había pensado que tal vez no volvería a ocurrir nunca. Pero había pasado.

Al entrar en mi habitación, vi mi móvil sobre la cama perfectamente hecha. Lo cogí, pensando en la madre de Lucien, que estaba desintoxicándose en algún centro de rehabilitación y que no quería que le dañara el césped con sus creaciones. Mi madre había venido a ver todas mis funciones, salvo la última. Siempre me traía flores. Y,

aunque entonces me daba vergüenza, siempre oía sus gritos de entusiasmo, distinguibles de todos los demás, cuando salíamos al escenario a saludar al finalizar la obra.

La llamé al móvil e introduje el código para dejar un mensaje directamente.

–Hola, mamá –dije después de la señal–. Eh... Solo quería saludar. Estamos en Kentucky. Y estoy bien. Así que no te preocupes.

Colgué y me quedé mirando la pantalla. Había intentado no pensar en ello, pero seguramente estaría preocupada. Así que quizá eso ayudara un poco. Me fui a la cama con la sensación de que me había quitado un pequeño peso de encima.

Por la mañana, cuando fui a la planta baja a ver si Roger estaba despierto (y, en ese caso, si había hecho café), vi algo en el porche y salí a investigar. Y allí estaba, sobre el último escalón: un pequeño topiario con forma de búho. Lo cogí y lo observé detenidamente. Era asombroso. Tenía bultitos sobre la nariz y alrededor de los ojos y, después de un momento, me di cuenta de que llevaba gafas.

NETMAIL... ¡Tu red de seguridad en Internet!

BANDEJA DE ENTRADA amycurry@netmail.com



DE	ASUNTO	ESTADO
Charlie Curry	hola	LEÍDO
Julia Andersen	Último correo	SIN LEER

DE: Charlie Curry (charliecurry@netmail.com)

PARA: Amy Curry (amycurry@netmail.com)

ASUNTO: hola

FECHA: 10 de junio

HORA: 16:45

hola.

solo quería saludar y asegurarme de que estás bien. escribí a mamá y le pregunté por ti y me dijo que no quería hablar de ello, pero que la estabas «decepcionando profundamente».

no parece propio de ti, pero ¡bien hecho!

en fin, que espero que te vaya bien.

charlie

DE: Yo (amycurry@netmail.com)

PARA: Charlie Curry (charliecurry@netmail.com)

ASUNTO: Re: hola

FECHA: 10 de junio

HORA: 23:45

Hola. Me alegro de saber de ti.

Espero que estés bien y que todo te vaya bien.

Ahora mismo estoy en Kentucky (es una larga historia). Digamos que mamá está furiosa conmigo, pero el sentimiento es mutuo. Tengo que contártelo algún día. Ojalá tuvierais teléfonos ahí. Creo que esto hay que contarlo en persona.

Espero que podamos hablar pronto.

Amy

She met a boy up in Kentucky.

—Steve Earle

—Está en casa —nos informó Lucien.

Había llegado a la casa de invitados poco después de que encontrara el búho. Roger acababa de aparecer justo cuando Lucien entró y ahora se estaba sirviendo un vaso de agua en silencio.

—¿Ahora mismo? —pregunté.

—Ahora mismo. —Se acercó a la cocina y cogió un plátano de la cesta de fruta que nos había traído esa mañana—. Probablemente lleve el remolque para los caballos hasta las cuadras, los instale y luego regrese a la casa principal.

A esas alturas, no debería haberme sorprendido que tuvieran cuadras, pero lo hizo.

—Bueno, esto es lo que había pensado —continuó, dirigiéndose a Roger—. ¿Por qué Amy y yo no nos esfumamos un rato para que tú puedas ir a la casa y así Had no tendrá que enterarse de que pasasteis aquí la noche?

Roger se encogió de hombros.

—Me da igual que se entere —contestó con cierta aspereza—. No voy a mentir sobre eso.

—Vale —dije, mirándolo e intentando evaluar cómo se sentía.

Aquella mañana había despertado temprano, había comprobado mi correo y había investigado un poco sobre el centro de Charlie. No había abierto el mensaje de Julia, pero me había quedado mirando la línea del asunto un buen rato antes de apagar el portátil de la casa. Roger había permanecido encerrado en su habitación y no había tenido ocasión de hablar con él de lo de anoche. Parecía preocupado, lo que era comprensible teniendo en cuenta que estaba a punto de ver a Hadley.

—Pero seguramente será mejor que yo no esté en el coche contigo, ¿verdad?

Roger me miró un momento y luego asintió.

—Verdad.

Como si hubiera captado la tensión que emanaba de Roger, Lucien salió para cargar las maletas en el vehículo. Cuando la puerta se cerró detrás de él, me volví hacia Roger, intentando averiguar qué le pasaba.

–¿Quieres seguir adelante?

–Claro –contestó con un tono un tanto cortante. Dirigió la mirada hacia fuera y luego preguntó sin mirarme–: ¿De dónde ha salido ese búho?

–Ah –exclamé observando al animalillo con una sonrisa–. Lo ha hecho Lucien. ¿A que es una monada?

–Sí –dijo, aunque no parecía sincero–. Una auténtica monada.

–¿Estás bien? –le pregunté. Nunca lo había visto tan distante y no lograba identificar cuál era el problema.

–Claro –repitió–. Muy bien. –Respiró hondo y me miró–. ¿Estás...?

Lucien volvió a entrar en ese momento.

–Las maletas están en el coche. ¿Todo listo?

–*Sip* –dijo Roger, lo que me hizo sonreír.

Le eché un último vistazo a la casa de invitados y nos dirigimos a los vehículos. Coloqué el búho con cuidado en el asiento trasero. Roger lo miró, negó con la cabeza y se subió al asiento del conductor.

–Vale –le dije–. Pues dame un toque cuando hayas... –No estaba segura de cómo terminar esa frase–. Cuando quieras que me reúna contigo.

Apreté los labios y miré a Roger sentado en el coche, con mi asiento vacío a su lado. Intentaba no pensar en ello, pero sabía que nuestro viaje (tal como era hasta ahora) podía terminar en unos minutos. Hadley había sido el objetivo de Roger desde el principio. Y ahora que había alcanzado ese objetivo, ¿qué pasaría? Si Hadley y él se reconciliaban (una idea que me provocó un pequeño nudo en el estómago), tenía el presentimiento de que no continuaría el viaje conmigo.

–De acuerdo –me contestó.

–Oye, Amy, ¿quieres volver a conducir? –me preguntó Lucien, que estaba de pie al lado del jeep.

Roger me miró asombrado.

–¿Qué? Pero ¿cuándo...?

–Todavía no he tenido ocasión de contártelo. –Tenía la sensación de que debíamos ponernos al día de muchas cosas y deseé que pudiéramos hacerlo sin Lucien mirando, y

sin la audiencia con Hadley cerniéndose sobre nosotros—. Pero, sí, anoche. Conduje el jeep como un minuto.

—Hasta que decapitó a un alce —añadió Lucien.

—Solo era un arbusto —me justifiqué. Deseaba haber podido decírselo a Roger yo misma.

—¡Vaya! —exclamó sin dejar de mirarme—. Eso es... eso es genial. Me alegro por ti.

—Gracias.

Se hizo el silencio y me dio la impresión de que algo iba mal, o un poco tenso, entre nosotros.

—Bueno, debería irme —dijo Roger, arrancando el motor—. Ya te llamaré.

—Buena suerte —le deseé, y, de inmediato, me preocupó que eso no fuera lo adecuado—. Quiero decir que espero que salga bien. Lo que digo es que...

Me quedé callada mientras Roger continuaba mirando al frente y me di cuenta de que, de todas formas, en realidad tampoco sabía qué estaba intentando decir.

—Vale —contestó.

Acto seguido, salió marcha atrás del camino de entrada de la casa de invitados y partió en busca de Hadley.

Al final, condujo Lucien. Nos dirigimos a la parte posterior de la propiedad y subimos una colina que parecía ser el punto más elevado del terreno. La casa principal quedaba debajo de nosotros y, en la parte de atrás de la misma, habría jurado que vi pistas de tenis. Estábamos justo encima de los establos y, además de la construcción principal, pude ver varios recintos con obstáculos y lo que supuse que sería un recinto techado en una enorme estructura circular.

—Madre mía —dije, observándolo todo.

El ambiente ya era bastante cálido, lo que indicaba que haría muchísimo calor a mediodía. Pero, ahora mismo, resultaba agradable. Inhalé el aroma de la hierba de búfalo, contemplé la extensión verde que me rodeaba y me pregunté cómo había acabado allí.

—¿Qué es eso? —pregunté señalando una construcción que se levantaba cerca de lo que parecía un estanque. Se hallaba tan lejos que ni siquiera estaba segura de si todavía formaba parte de la finca de los Armstrong.

—Es el campamento de caza —dijo Lucien mirando hacia donde le señalaba. Suspiró—. Es el pasatiempo favorito de mi padre. No le entra en la cabeza por qué prefiero hacer

patos falsos cuando podemos dispararles a los de verdad.

—Ya.

Era evidente que ya no estábamos en California. Nunca había conocido a nadie que cazara.

—Pues sí. Incluso ha planeado un viaje para los dos en noviembre, a Canadá. Seguramente caerá justo en medio de los parciales. Estoy intentando librarme.

Me giré para decirle algo y justo entonces vi detenerse el Liberty delante del edificio principal de las cuerdas. Roger salió y dio un portazo mientras cerraba el móvil. Miró a su alrededor, se pasó las manos por el pelo y luego, como si acabara de acordarse, se lo alisó como le había hecho yo el día anterior.

Miré a Lucien y después me hundí un poco en el asiento; algo inútil, ya que seguía estando totalmente expuesta. Pero aun así me alivió un poco la sensación de estar espionando a alguien.

—¿Qué hace aquí? —pregunté a la vez que obtenía respuesta a mi pregunta.

La puerta de la construcción principal se abrió y salió la chica más guapa que había visto en mi vida. Aunque estábamos muy lejos, la chica parecía tener ese aura. La que podías sentir en los famosos cuando los veías en persona. En Los Ángeles, ocurría con bastante frecuencia: normalmente no era más que un vistazo antes de que una jauría de *paparazzis* te apartara de en medio. Pero, por lo general, un vistazo era más que suficiente para percibir ese algo especial, ese brillo que parecían poseer las personas realmente hermosas. Y esa chica lo tenía. A espaldas.

—¿Hadley? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Hadley —me confirmó Lucien.

La fotografía que Bronwyn me había enseñado no le hacía justicia. Era alta y esbelta y tenía la clase de facciones perfectas que hacía que te preguntaras por qué algún cazatalentos no la había descubierto hacía años y le había ofrecido convertirse en modelo. Llevaba vaqueros y un polo; pero, por cómo le quedaban, parecían alta costura. Al verla, y al ver a Roger mirándola, comprendí por qué habíamos ido hasta allí. Comprendí por qué había estado dispuesto a soportar a una estúpida chica de instituto solo para tener la oportunidad de volver a verla. Lo vi acercarse a ella con la misma sensación en el estómago que cuando veía una película de terror. No quería mirar, pero, al mismo tiempo, sabía que no sería capaz de apartar la vista. Por un momento, pensé

que iban a abrazarse; pero entonces Roger retrocedió un paso y simplemente la saludó levantando la mano.

—¿Qué crees que va a pasar? —le susurré a Lucien, que sonrió y puso los ojos en blanco.

—Amy, estamos muy lejos. No creo que puedan oírnos.

—Lo sé. Pero aun así...

Los vi hablar. Roger se metió las manos en los bolsillos e indicó el coche con un gesto de la cabeza. Hadley asintió, señaló a su izquierda y luego los dos rodearon las cuadras y se perdieron de vista.

—Mierda —murmuré.

—Bueno —dijo Lucien—. Dependiendo de lo que pase ahí... —señaló en la dirección por la que se habían marchado—, será un placer que os quedéis unos días si queréis. Ha sido genial tenerte por aquí.

Lo miré.

—Eres muy amable. Pero ya has hecho demasiado. Además, creo que necesito ponerme en camino de nuevo.

Lucien asintió, como si ya se esperase esa respuesta.

—¿Adónde iréis ahora?

—No hemos hablado de eso. Pero...

Pensé en el viaje que mi padre había querido hacer conmigo y con Charlie y en que, ahora mismo, me encontraba a tan solo unas horas de Memphis. Pero ahora ignoraba cuál era la situación del viaje. Hasta donde yo sabía, podría estar concluyendo en ese preciso instante. Me detuve y me senté un poco más erguida cuando vi aparecer a Hadley con paso airado por donde Roger y ella habían desaparecido. No tenía pinta de estar muy contenta: torcía el gesto y su postura era más tensa. Ya no parecía tan guapa. Roger asomó un momento después. Caminaba más despacio y estaba cabizbajo, por lo que me costó leerle la expresión. Hadley cruzó la puerta de la cuadra y la cerró con tal fuerza que incluso a esa distancia me estremecí.

—Vaya —dije.

—Pues sí —asintió Lucien.

Vi cómo Roger se apoyaba contra el todoterreno sin levantar la vista del suelo.

—Bueno, supongo que será mejor que me vaya —le dije a Lucien.

—Eso parece. ¿Quieres que te lleve hasta allí?

—No te preocupes —contesté mientras salía del jeep—. Está ahí mismo, al pie de la colina. Iré dando un paseo.

Lucien se bajó del asiento del conductor y se reunió conmigo delante del capó.

—Ya sé que no es asunto mío. —Las palabras salieron de mi boca con cierta vacilación—. Pero deberías ir a ese viaje con tu padre.

Se quedó mirándome, como si aquello no fuera lo que había esperado que le dijera.

—El caso es que... —comenzó.

Negué con la cabeza, interrumpiéndolo.

—Tú hazlo. Lo hará feliz. Y, además, en algún momento quizá... quizá no puedas.

Lucien asintió, con expresión más seria, y supe que comprendía a qué me refería. Lo miré a la cara un momento más, para asegurarme de recordarla, y descubrí que iba a echar de menos a esa persona a la que ni siquiera conocía ayer a estas horas.

—Gracias por todo.

—Ha sido divertido —dijo con un toque de tristeza. Me miró y sonrió—. Eres genial. Lo sabes, ¿verdad?

No estaba segura de cómo responder a eso, así que simplemente dejé escapar una risita nerviosa.

—Y deberías seguir haciendo animales. Lo digo en serio. Me cabrearé si lo dejas.

—Bueno, habrá que evitar que pase eso —contestó.

Y entonces, antes de darme cuenta siquiera de que iba a ocurrir, se inclinó y me besó.

Fue rápido. Apenas tuve tiempo de responder antes de que se apartara y regresara a la puerta del conductor.

—Mantente en contacto —me pidió.

Recordé que había grabado su número de móvil en mi teléfono cuando lo escribió en la pizarra, así que asentí y me despedí con la mano mientras arrancaba y regresaba al camino principal. Seguramente fuera a esculpir algo. Otro búho, tal vez. Aunque lo más probable es que fuera un alce de recambio. Lo seguí con la mirada hasta que lo único que quedó fue el polvo que había levantado el jeep, luego me di la vuelta y empecé a bajar por la colina. Fui medio tropezando y medio corriendo, como es inevitable cuando intentas descender por laderas empinadas.

Roger levantó la mirada mientras yo recorría al trote la última parte de la colina.

—¿De dónde sales?

Señalé la cima de la colina.

–Estábamos mirando el paisaje cuando te vimos...

–Ah. Ya.

Lo miré, intentando descubrir cuál había sido el resultado de la conversación, pero su rostro estaba inusualmente carente de expresión.

–Bueno –dijo después de un momento–. ¿Lista para irnos?

–Sí, claro. ¿Estás bien?

Roger asintió.

–¿Sabes qué? –contestó sonriéndome por primera vez en toda la mañana–. Creo que sí.

Fui hasta mi lado del coche y, justo cuando intenté abrir la puerta, oí el pitido de las puertas al cerrarlas con el mando. Efectivamente, no pude abrirla.

–Venga ya, Roger.

–¿Qué pasa? –repuso sonriéndome desde el otro lado del capó–. ¿Estás segura de que no quieres conducir?

El énfasis que puso en la última palabra me dejó claro que no se había olvidado de lo que había dicho Lucien. Y que había estado en lo cierto al pensar que no le había hecho gracia.

–No –contesté intentando no reírme–. Déjame entrar.

–Vale.

Abrió las cerraduras y luego volvió a cerrarlas cuando me lancé a por la manilla.

–¡Basta ya!

–¿Qué? Si no eres lo bastante rápida...

La puerta de la cuadra se abrió de nuevo y Hadley se quedó allí inmóvil, mirándonos. A juzgar por su expresión, no había esperado verme.

–Oh –dijo pasando la mirada de mí a Roger.

–Ya nos íbamos –respondió Roger mientras abría de nuevo el coche con el mando. Tuve el presentimiento de que esta vez se quedaría así.

–¿Es ella? –preguntó Hadley, observándome.

Me quedé mirándola, atónita. ¿Roger y ella habían hablado de mí?

–Hola. –No estaba segura de cuál sería la respuesta correcta a eso. ¿Sí?–. Soy Amy...

–Estáis molestando a los caballos –dijo, interrumpiéndome–. Os agradecería que...

–Nos vamos –repitió Roger en voz baja.

–Ya, vale –contestó, pero no parecía tener nada más que agregar.

Me observó un buen rato, y yo le sostuve la mirada, alegrándome una vez más de llevar la ropa de Bronwyn y procurando acordarme de mantener la espalda recta. A continuación, dio media vuelta bruscamente, regresó al interior de la cuadra y tiró de la puerta para cerrarla de un portazo.

Me subí al coche rápidamente. Roger entró también y nos abrochamos los cinturones a la vez.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué le has dicho?

Roger metió la llave en el contacto y me miró.

—Le he dicho adiós.

Entonces arrancó, metió la marcha, y nos fuimos.

Dónde he estado...

Estado nº 9: Kentucky – El estado del **bluegrass**

Lema: Unidos permaneceremos, divididos caeremos

Tamaño: ¡No es tan grande como los otros estados! ¡Por fin encontramos estados de tamaño normal!

Datos: Roger se quedó muy decepcionado porque no comimos en un KFC en Kentucky. Quería saber si aquí lo llamaban solo «FC» porque la parte de Kentucky se sobreentiende.

Notas: En Kentucky, la comida es MARAVILLOSA. Me gusta el té dulce, el Hot Brown y el pastel Derbi. No me gustan las bebidas que saben a madera.

i Me encanta Waffle House!



WAFFLE HOUSE
Munfordville, KY
6/11
Server: Elle

Waffle Meal #1	5.99
Scrambled Eggs & Cheese Grits	2.99
Side bacon, crisp	1.50
Sweet Tea	
Waffle Meal #3	3.99
Double Stack	2.99
Side bacon, crisp	1.50
Root Beer	
TOTAL:	18.96

*De Louisville
a Memphis:
5 horas*



CARAMELOS



We both will be received in Graceland.

—Paul Simon

—Pero pensaba que no te gustaba Elvis —dijo Roger mientras recorriamos la Interestatal 65, retrocediendo, en dirección a Tennessee.

Todavía no hacía demasiado calor fuera y llevábamos las cuatro ventanillas bajadas. La brisa me sacudía la coleta, pero con un poco de suerte no me arrancaría demasiados pelos.

—Me encanta Elvis —contesté pensando en todas aquellas letras que siempre habían formado parte de mi vida, todas aquellas canciones que me sabía de memoria pero que ni siquiera recordaba cuándo me las había aprendido. De repente, me di cuenta de que estos últimos meses probablemente fueran el periodo de tiempo más largo que había pasado sin escuchar su música.

—Pero no querías escuchar nada suyo —insistió Roger con el ceño fruncido mientras miraba por el espejo y pasaba al carril izquierdo—. Me acuerdo perfectamente. Vetaste todo lo relacionado con Elvis.

—Por mi padre.

Tuve que respirar hondo antes de obligarme a pronunciar esas palabras. Entonces caí en la cuenta de que, como dolía tanto hablar de él, había dejado de hacerlo por completo. Lo que de pronto me pareció la peor de las traiciones. Había intentado no recordar lo que había ocurrido, pero eso no quería decir que quisiera olvidarme de él—. Le apasionaba Elvis.

—Ah —respondió, mirándome un instante.

Asentí y miré por la ventanilla. Pero, para mi sorpresa, todavía tenía algo más que decir. Y sentí que hablar me haría bien. Continué, con la voz un poco temblorosa:

—Se suponía que íbamos a ir a Graceland en julio. Charlie, mi padre y yo.

Roger me miró y sonrió.

—En ese caso, creo que deberíamos llevarte allí.

Me giré hacia él, dispuesta a disculparme por lo apartado que estaba, por tener que retroceder, pero me contuve. Tal vez esa fuera mi misión.

—¿Y bien? —le pregunté.

Llevábamos dos horas viajando por Kentucky y ya no podía soportar más el suspense. Incluso en la interestatal, había onduladas colinas verdes a ambos lados del vehículo que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Se parecía a las fotografías que había visto de Irlanda, pero no tenía ni idea de que hubiera partes de mi propio país con ese aspecto. Una vez más, reparé en lo grande que era Estados Unidos y lo poco que yo había visto hasta ahora.

—Me gusta —dijo Roger siguiendo con los dedos el ritmo de la primera canción de *Avenue Q*—. No sabía que los musicales podían ser divertidos.

Me miró, con las gafas de sol ya puestas. Pero, por una vez, no había hecho ningún comentario sobre el hecho de que las mías brillaran por su ausencia.

—No —repuse, aunque me aliviaba que al parecer le gustara de verdad mi música y no estuviera limitándose a fingir—. Me refiero a qué pasó con Hadley.

Roger no dijo nada al principio, simplemente activó el control de velocidad, haciendo que el coche diera una ligera sacudida hacia delante antes de estabilizarse en una velocidad constante. Le eché un vistazo al velocímetro y vi que marcaba exactamente ciento diez.

☆ Amy Playlist #1 ☆

«Camino a Graceland» o
«Roger se inicia en el teatro musical»

TÍTULO

ARTISTA

"Avenue Q"	Avenue Q
"One Short Day"	Wicked
"All That's Known"	Spring Awakening
"Someone Like You"	Jekyll & Hyde
"When I Look at You"	The Scarlet Pimpernel
"All the Wasted Time"	Parade
"I'd Give it All for You"	Songs for a New World
"I Believe"	Spring Awakening
"I Can Do Better Than That"	The Last Five Years
"The Best of All Possible Worlds"	Candide
"Bill"	Show Boat
"Consider Yourself"	Oliver!
"This Night"	Movin' Out
"Where Did We Go Right?"	The Producers
"Wheels of a Dream"	Ragtime
"Still Hurting"	The Last Five Years
"You Can't Stop the Beat"	Hairspray
"For Now"	Avenue Q
"Nothing in Common"	Wearing Someone
	Else's Clothes
"Remember?"	A Little Night Music

—No fue lo que me esperaba —dijo al fin.

—¿Y qué te habías esperado? —pregunté. Temía la respuesta, pero necesitaba oírla.

—Supongo que... al principio —contestó escogiendo sus palabras con cuidado—, tenía la esperanza de que nos reconciliáramos.

En cuanto aquellas palabras salieron de su boca, me di cuenta de que esa era exactamente la respuesta que no había querido escuchar. Lo que, junto con lo que había dicho Lucien, me hizo reparar en que en algún momento, sin darme cuenta, mi manera de ver a Roger había cambiado.

—Ya —dije intentando sonar lo más neutral posible.

—Pero luego... no sé —añadió, cambiando de nuevo de carril, aunque no había ninguna razón para hacerlo—. Dejé de pensar en eso estos últimos días. Y entonces, cuando nos encontramos, fue como si ya no la viera igual.

Después de haber visto a Hadley con mis propios ojos, me costaba creerlo.

—¿Ah, sí?

—Ya sé que suena raro —dijo con una sonrisa—. Pero fue como si estuviera mirando a alguien a quien conocí una vez, hace mucho tiempo. Y, mientras me hablaba, no podía dejar de pensar en cosas que había olvidado: como que odiaba mi música, que solía dejarme horas esperando para devolverme las llamadas o que nunca se había llevado bien con mis amigos. Y... no sé. No me quitaba de la cabeza la forma en que había cortado conmigo. Y, así sin más, ya no necesité saber por qué se había acabado. Simplemente supe que era así. Y que ya hacía algún tiempo que había pasado.

—Vaya. —Recordé la expresión de Hadley después de la conversación—. Supongo que no le hizo mucha gracia, ¿no?

—No. Ahí has dado en el clavo.

—Bueno, ¿y ahora qué? —le pregunté.

—No lo sé —contestó, mirándome—. ¿Y ahora qué?

Lo miré y el corazón empezó a palpitarme un poco más rápido. Estaba bastante segura de que estaba hablando del viaje. Los dos estábamos hablando del viaje, ¿verdad? Miré por la ventanilla. Ahora él estaba libre de una manera que no había ocurrido antes. De pronto, me percaté de que me había recogido el pelo en una coleta esa mañana sin peinarme.

—No lo sé —dije volviéndome de nuevo hacia él.

Nos miramos a los ojos un momento antes de que él se concentrara de nuevo en la carretera.

—Graceland, ¿no? —me preguntó, mirando al frente.

—Graceland —confirmé.

Roger me dedicó una rápida mirada y sonrió. A continuación, pisó el acelerador, desactivando el control de velocidad, y subió hasta los ciento veinte.

Una vez en Memphis, habría sido imposible no encontrar Graceland: tenía su propia salida de la autopista. Y, en cuando salimos de la interestatal, nos quedó claro que habíamos entrado en el territorio de Elvis. Un motel prometía una piscina con forma de guitarra y un catálogo de pelis de Elvis veinticuatro horas al día. Alucinamos al ver en la carretera, por delante de nosotros, dos Cadillac rosados, uno al lado del otro. Y, junto a la curva de entrada al aparcamiento de Graceland, estaba el Heartbreak Hotel, que anunciaba tarifas reducidas. Pagamos diez dólares y entramos en el aparcamiento, pero todavía no estábamos en Graceland. La mansión (como la llamaban en mi entrada) estaba al otro lado de la calle, enfrente del aparcamiento, los aviones de Elvis, tres tiendas de regalos y un restaurante.

Nos unimos a la visita turística de la mansión. El paquete VIP incluía acceso a la «sala de los trajes», que no me pareció necesario. Después de conseguir las entradas, nos pusimos en la cola para el autobús detrás de una pareja alemana y delante de lo que parecían tres generaciones de una familia: abuelo, padre e hijo. A medida que la hilera avanzaba, a cada grupo se le indicaba que se colocara delante de un fondo con una imagen de Graceland para sacarse una foto. Al parecer, era obligatorio: la mujer que realizaba las fotografías explicaba una y otra vez, con voz cansada, que no tenías que comprar las fotografías si no querías. Cuando Roger y yo llegamos a la pared, nos colocamos uno al lado del otro, con cierta incomodidad.

—Más cerca —nos indicó la fotógrafa con un suspiro de cansancio mientras levantaba la cámara.

Roger se acercó un paso y, luego, despacio (como asegurándose de que me parecía bien), me rodeó los hombros con un brazo.

Fue como si cada nervio de mi cuerpo despertara de repente. Sonreí para la foto, pero en realidad estaba pensando en que nunca había notado lo sensible que era mi hombro, en lo plenamente consciente que era del roce de su brazo. En que podía sentir cómo le subía y bajaba el pecho al respirar donde nuestros costados se tocaban.

—¡Siguiente! —exclamó la mujer.

Nos separamos sin mirarnos, ambos absortos en nuestras audioguías. Subimos al pequeño autobús que nos llevaría al otro lado de la calle y, cuando todo el mundo estuvo a bordo, el conductor cerró la puerta y arrancó. Salimos del aparcamiento y el conductor

puso el intermitente para indicar que iba a girar hacia el camino de entrada. Eché un vistazo por la ventanilla y vi la verja abierta de Graceland (decorada con Elvis acompañado de su guitarra y unas notas musicales) y la pared de ladrillos que conducía a la verja: la que estaba completamente cubierta con los famosos grafitis. A continuación, subimos por el camino y allí estaba, en la cima de la colina, y más pequeña de lo que me esperaba: Graceland.

Teníamos que seguir el recorrido de la audioguía por la casa y no se nos permitía retroceder, pero podíamos ir a nuestro ritmo. Al ver que yo iba más despacio (y sacaba más fotografías) que él, Roger se adelantó mientras yo recorría la mansión. La casa propiamente dicha era increíble. Todas las habitaciones contaban con un estilo recargado y todas tenían un motivo diferente: mi audioguía me explicó que muchos los había elegido el propio Elvis. Todo aquel lugar era un santuario a la decoración de los sesenta.

Donde permanecí más rato fue en la «sala de la selva». No era que esperase que hubiera algo en ese lugar. Claro que no. Y, sin embargo, me quedé allí, esperando. Por si acaso. Pero lo único que vi fue una habitación vacía, una sala de estar que nadie había usado durante años, con el osito panda de peluche de Lisa Marie compartiendo una silla con una guitarra que nadie tocaba. Mientras caminaba por la mansión, observando las habitaciones perfectamente arregladas en las que ya no vivía nadie, pensé en mi propia casa, vacía, dándoles la bienvenida a desconocidos.

Apagué la audioguía después de las primeras indicaciones. Proseguí el recorrido por la mansión, entré en el despacho y luego fui al estudio y al recinto dedicado a los recuerdos: vestuario, una habitación entera llena de discos, trajes que se mantenían en pie vacíos, y Elvis, Elvis por todas partes.

Saqué fotos y eché un vistazo, pero, mientras continuaba con la visita, fue como si mi campo de visión se fuera estrechando, como si las paredes adornadas con las pertenencias de Elvis se me vinieran encima. Me pregunté qué le habrían parecido las exposiciones a mi padre y qué trivialidades me habría contado, todos esos pequeños detalles que me estaba perdiendo. Caí en la cuenta de que ni siquiera sabía qué edad tenía cuando vino aquí. Nunca se lo había preguntado. Nunca le había preguntado un montón de cosas. Y ahora nunca lo sabría. Al contemplar aquella avalancha de Elvis que me rodeaba, sentí que ir a Graceland había sido un error. Era un santuario a aquello que mi padre había amado, y no debería haber ido sola. Estaba mal. Estaba en Graceland, y mi padre no estaba conmigo. Él nunca iba a hacer ese viaje. Nunca iba a tener la ocasión

de regresar aquí. Nunca volvería a escuchar a Elvis, a conducir hasta Tennessee y sacarse fotografías de recuerdo. Y todo por mi culpa.

La visita terminaba junto a la piscina. Levanté la cámara para sacar una foto hasta que me di cuenta de lo que había al otro extremo de la piscina. La tumba de Elvis.

Estaba rodeada de flores, coronas funerarias y ositos de peluche, delante de una llama eterna y flanqueada por las tumbas de sus padres. Me acerqué y leí la inscripción que había grabada encima con letras de bronce en relieve. Me quedé mirándola, con la respiración entrecortada. Había una parte de la que no podía apartar la mirada: «DIOS VIO QUE NECESITABA DESCANSAR Y LO LLAMÓ A CASA PARA ESTAR JUNTO A ÉL. TE ECHAMOS DE MENOS, HIJO Y PAPÁ».

Los ojos se me anegaron en lágrimas y la llama eterna, dentro de la urna de plexiglás, se volvió borrosa ante mí. ¿A casa? ¿Cómo podía haberlo llamado a casa? Esta era su casa. Pero, por lo menos, lo habían enterrado aquí, junto a la mansión a la que le tenía tanto cariño. Por lo menos no estaba solo y lejos de todos los miembros de su familia. Por lo menos la gente hacía todo lo posible por recordarlo. Por lo menos no lo habían abandonado en el Condado de Orange.

Well they've been so long on Lonely Street they ain't ever going to look back.

—Elvis Presley

Dos meses antes

Mi madre, Charlie y yo permanecíamos de pie, en fila, observando la pequeña lápida de latón que había en el suelo. El exageradamente solícito director de la funeraria nos había mostrado la parcela y luego se había retirado tras indicarnos que estaría cerca por si necesitábamos algo.

No se me ocurría nada que necesitáramos y que él pudiera proporcionarnos, así que me limité a fulminarlo con la mirada mientras hablaba; pero luego me sentí mal por ello cuando se marchó y esperó a una distancia respetuosa. El cementerio Pacific View era un sitio precioso. En el coche, de camino a la parcela, nos habían informado de que John Wayne estaba enterrado allí. Pero nos hallábamos en el Condado de Orange, a una hora y media de Raven Rock. Y no me gustaba pensar en que mi padre estaba aquí solo, tan lejos de casa.

No quería pensar en él en absoluto y, al mirar la pequeña lápida de latón (BENJAMIN CURRY. AMADO MARIDO, PADRE Y EDUCADOR), me parecía imposible que mi padre estuviera ahí dentro. Siempre había sido demasiado alto para todo y se quejaba constantemente de los diminutos asientos de los cines y los aviones. ¿Cómo podía caber debajo de una lápida del tamaño de mi mano? ¿Cómo era posible? Al mirar a mi madre y a mi hermano, ambos con la vista clavada en el suelo, sin que nadie dijera nada, sentí que todo aquello estaba mal. No deberíamos haberlo enterrado en el suelo frío y oscuro. Deberíamos haber esparcido sus cenizas en la «sala de la selva», por los campos de Gettysburg o incluso en nuestro jardín, al que quería tanto. No debería estar en el Condado de Orange, rodeado de desconocidos, la mayoría de los cuales seguramente eran viejos y habían fallecido plácidamente de causas naturales.

Mi madre carraspeó y luego nos miró a Charlie y a mí. Le sostuve la mirada, esperando muy a mi pesar (diciéndome a mí misma que, a esas alturas, ya debería haber aprendido la lección) que dijera algo. O que nos rodeara con los brazos. Para, de alguna forma, aliviar ese dolor. Pero dio media vuelta y se alejó en dirección al encargado de la funeraria. Miré a Charlie, que todavía mantenía la vista en el suelo. Tenía los ojos rojos, y hoy no estaba segura de cuál era la causa. Estábamos bastante cerca, podría haberlo tocado con solo estirar el brazo, pero era como si nos halláramos a kilómetros de distancia. ¿Por qué no estábamos hablando de esto? ¿Por qué no estábamos apoyándonos mutuamente?

Charlie se marchó también, dirigiéndose hacia mi madre y dejándome sola. Sola con el pequeño pedazo de tierra que contenía lo que quedaba de mi padre. Metí una mano en el bolsillo y saqué lo que le había llevado. Cuando fui al supermercado esa mañana, me entró de pronto el pánico al estudiar el expositor de los caramelos porque no podía recordar cuáles eran sus sabores favoritos. ¿Por qué no había prestado más atención? ¿Por qué no me había dado cuenta de que un día él no estaría allí para preguntárselo?

Al final me decidí por ron y menta. Los saqué y los coloqué encima de la lápida, por donde salieron rodando hasta que chocaron con la «B» en relieve del nombre y se detuvieron. Siempre había sido labor mía darle caramelos. Y ahora esa era la única manera de hacerlo. Observé los caramelos. Sabía que se los llevarían, sin comer, cuando tiraran las flores a la basura cada semana.

A continuación, yo también me alejé, dejándolo completamente solo.

Dónde he estado...

Estado nº 10: Tennessee – El estado voluntario

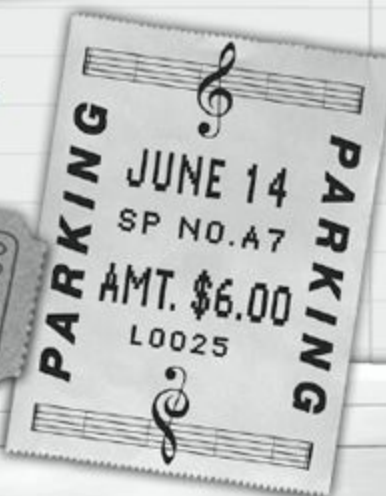
Lema: No lo sé

Datos: No sé

Notas: No me importa



*(No es Elvis
de verdad)*



Hola, papi:

Bueno, vine a Graceland, después de todo. Siento que no pudiéramos hacer el viaje juntos. Y siento no haber leído tu libro. En resumen, siento... todo lo que pasó.

Espero que seas feliz. Espero que haya un montón de Elvis y un montón de césped para cortar y un montón de gente con la que hablar de la Reconstrucción.

Ya sé que la gente siempre pone esto en las postales, pero esta vez es absolutamente verdad.

Ojalá estuvieras aquí.



Benjamin Curry

Pacific View

Condado de Orange,

California

AIR MAIL

I took a trip while I was gone. I cashed in all my savings and bought an El Dorado, drove to Tennessee.

—Jason Robert Brown

—¿Estás bien? —me preguntó Roger.

Asentí con la cabeza, mirando al frente, mientras atravesábamos el aparcamiento en dirección al coche. Había dejado la postal sobre la pared de grafitis, debajo de la piedra más pesada que pude encontrar en la calle. No había dicho gran cosa cuando me reuní con Roger en medio de la tienda de regalos y todavía no me apetecía hablar.

Cuando nos montamos en el coche, Roger se llevó una mano al bolsillo y sacó un pequeño objeto envuelto en papel de seda.

—Ya sé que seguramente no las quieras —me dijo mientras lo miraba, sorprendida—, pero me pareció una pena dejarlas pasar.

Rasgué el papel y vi que me había comprado unas gafas de sol: con montura dorada y al estilo de Elvis. Las contemplé mientras las sostenía en las manos y pensé en mis antiguas gafas de sol, destrozadas en el impacto. Había visto uno de los cristales en el suelo, mezclado con los vidrios rotos del coche. Era una estupidez negarme a comprarme unas nuevas. No arreglaba nada con ello. Le dediqué a Roger lo más cercano a una sonrisa que pude lograr.

—Gracias —dije mientras me las ponía—. ¿Qué tal?

Me respondió con una sonrisa de verdad.

—Perfecta —contestó. Luego arrancó—. ¿Tienes hambre?

Roger había descubierto su propia versión del cielo. Se llamaba Krystal y era una cadena de restaurantes de comida rápida de la que ninguno de los dos había oído hablar. Y era buena: las hamburguesas eran minihamburguesas y las patatas fritas estaban extrasaladas. Además, tenían té dulce en el listado de bebidas. Comimos sentados en la parte de atrás del todoterreno, con la puerta levantada y las piernas colgando del borde.

Teníamos la empresa de pirotecnia Tennessee-Alabama Fireworks al otro lado de la calle y me di cuenta de que Roger la observaba con demasiado interés, cuando no estaba alabando la perfección de las hamburguesas.

Yo sostenía el mapa de carreteras en el regazo y contemplaba el país, asombrada de lo lejos que habíamos llegado. Todavía nos quedaba un buen trecho, pero daba la impresión de que ya habíamos dejado atrás la mayor parte del país.

—¿Cuál es el plan? —me preguntó Roger mientras me ofrecía las patatas fritas.

Cogí una y la mojé en el recipiente de salsa barbacoa que había entre nosotros, ante lo que él hizo una mueca. Había descubierto que Roger no estaba a favor de añadirle salsa barbacoa a las patatas fritas.

—No lo sé —contesté, aunque al mirar el mapa pude ver adónde quería ir. Además, no estábamos demasiado lejos. Solo a un estado de distancia—. Debería contarte algo.

Roger bajó la patata que estaba a punto de llevarse a la boca y me miró.

—Mi hermano no está en un campamento de perfeccionamiento académico. Está en rehabilitación.

Aquella palabra, desagradable y cargada de implicaciones, quedó flotando entre nosotros un momento.



—Ah —dijo Roger en voz baja.

—Pues sí —contesté con una breve carcajada—. Y estaba pensando... —Deslicé el dedo por Tennessee y Carolina del Norte. Hasta Asheville—. Creo que necesito verlo.

Llegamos a las afueras de Asheville a eso de la una de la madrugada. No habíamos hablado mucho durante ese tramo. Estuvimos escuchando la demo de Walcott, que compensaba con volumen lo que le faltaba al cantante de entonación. Roger había puesto una de sus listas de reproducción, pero luego me pidió escuchar alguno de mis musicales entero, ya que estaba costándole seguir las historias al oír las canciones fuera de contexto. Le había gustado tanto *Los productores*, que lo había escuchado dos veces.

Estábamos allí. Sin embargo, a medida que atravesábamos Tennessee y se hacía cada vez más tarde, había comprendido que tendríamos que esperar hasta mañana para ver a Charlie. Mientras Roger tarareaba acompañando a Nathan Lane, yo había estado pensando en mi hermano. Después de todos estos meses sin comunicarnos, de pronto lo único que quería era hablar con él. Sentía que era el momento.

Nos detuvimos en el aparcamiento de un Wal-Mart para comprobar cuánto dinero nos quedaba para pagar un hotel esa noche y averiguar dónde íbamos a quedarnos. Me había imaginado que estaría cerrado (todo lo demás que había por la zona parecía estarlo); pero, curiosamente, el aparcamiento estaba lleno de caravanas y camiones con remolque y las luces situadas en altos postes de metal seguían encendidas.

—¿El Wal-Mart está abierto? —pregunté cuando Roger aparcó en un espacio libre. A tres plazas de distancia, había una enorme caravana a remolque plateada que brillaba bajo los focos.

—Tal vez —dijo con un bostezo—. Puede que sea uno de esos que abren las veinticuatro horas.

Saqué la cartera y conté el dinero que nos quedaba. Ahora solo teníamos trescientos dólares. Nos estábamos quedando tan rápido sin dinero, principalmente, por el gasto en gasolina. Trescientos dólares parecían un colchón mucho menos seguro que cuatrocientos, sobre todo si teníamos que gastarnos cien dólares en una habitación de hotel esa noche.

—¿Quieres entrar? —sugerí mientras volvía a guardarme el dinero en la cartera—. Seguramente podamos comprar algo para picar más barato que en una tienda.

—Claro —contestó. A continuación, abrió su puerta y salió.

Yo salí también. Roger apoyó las manos contra la parte trasera del vehículo y estiró las piernas antes de dirigirse hacia los grandes almacenes.

El Wal-Mart estaba abierto. Incluso había un empleado con chaleco azul en la puerta que nos deseó buenas noches y nos dio la bienvenida. Las brillantes luces fluorescentes

me molestaban en los ojos, obligándome a parpadear continuamente. Aquel sitio era enorme, estaba completamente tranquilo y parecía bastante desierto: lo que no tenía sentido, puesto que el aparcamiento estaba abarrotado. Nos dirigimos al pasillo de los aperitivos y nos aprovisionamos de refrescos y patatas fritas. Cuando me volví para preguntarle a Roger si quería Reese's Pieces o M&M's de mantequilla de cacahuete, ya no estaba a mi lado. Dejé el carrito en medio del pasillo (no consideré que fuera a estorbarle a nadie) y fui en su busca. Resultaba un tanto inquietante, ya que no vi a ningún otro cliente. Era como si estuviera sola en aquel inmenso y silencioso lugar. Me sentí aliviada al ver a Roger regresar a la sección de alimentación procedente de la de ropa.

—Roger —lo llamé, y mi voz sonó fortísima.

Se acercó a mí corriendo y entonces vi que llevaba un paquete de calcetines blancos en la mano. Cuando me alcanzó, abrió el paquete.

—Me parece que primero tienes que pagarlo —comenté, completamente confundida.

No comprendía por qué necesitaba calcetines en ese preciso momento. Mientras lo observaba, perpleja, se sacó las sandalias y se puso un par de calcetines. Luego me entregó otro par a mí. Me quedé mirando los calcetines que tenía en la mano.

—No lo entiendo —dije.

—Póntelos —me indicó.

Ya no parecía nada cansado. Parecía más entusiasmado de lo que lo había visto nunca.

—Pero es que llevo sandalias —le expliqué, preguntándome si Roger habría estado conduciendo demasiado rato.

—Tú hazlo —insistió, sonriéndome—. En serio.

Me encogí de hombros, me saqué las sandalias y me puse los calcetines. Esperaba que no nos metiéramos en un lío por usarlos sin haberlos pagado primero.

—¿Lista? —me preguntó cuando me enderecé.

—¿Para qué...? —empecé a decir.

Pero Roger me agarró de una mano y bajó corriendo por uno de los relucientes pasillos, arrastrándome tras él. Dejé de protestar y corrí con él, apretándole los dedos un instante. Entonces me soltó la mano, dejó de correr y se deslizó a lo largo del pasillo vacío con los calcetines.

Se volvió hacia mí, sonriendo de oreja a oreja.

—Tienes que probarlo —me gritó.

No me preocupé de que fuera peligroso ni de que pudiéramos hacernos daño. Simplemente eché a correr por el pasillo de los dentífricos. No pensé en lo que estaba haciendo. Sencillamente corrí a toda velocidad, luego me detuve y dejé que el impulso me llevara el resto del pasillo, más rápido de lo que me esperaba. Resultaba aterrador y emocionante y, mientras me deslizaba con unos calcetines nuevos por el pasillo vacío de un Wal-Mart, me sentí libre. Roger se deslizó hasta mí entre carcajadas y me tomó de las manos. Me hizo girar y luego me solté, dando vueltas. Los estantes llenos de productos de brillantes colores que me rodeaban se convirtieron en una mancha borrosa. Roger se giró en la otra dirección y empezó a correr. Después se deslizó, pero estuvo a punto de caerse y empezó a agitar los brazos para mantenerse en pie. Cuando lo alcancé, casi chocándome de paso con un expositor de productos para la higiene bucal, ya ni recordaba la última vez que me había reído tanto.

—Y esto también —dijo Roger mientras le entregaba el paquete de calcetines vacío a la encargada de la única caja que seguía abierta. La mujer enarcó las cejas, pero lo escaneó sin hacer ningún comentario.

Volví a ponerme las sandalias, sin haber recobrado por completo el aliento todavía. Vi mi reflejo en el cristal situado frente al puesto de la cajera y casi no me reconocí. Tenía el pelo revuelto, la camiseta arrugada y parecía feliz. Parecía que acababa de pasármelo bien. Que, comprendí, era justo lo que había ocurrido.

—¿Por qué hay tantas caravanas ahí fuera? —le preguntó Roger a la cajera mientras embolsaba nuestras cosas.

—Es la política de Wal-Mart —contestó—. Aparcamiento gratuito durante la noche. Son treinta con cuarenta y cinco.

Roger me miró mientras sacaba el dinero para pagar los tentempiés y los calcetines. Tuve el presentimiento de que los dos estábamos pensando lo mismo.

Hacía tiempo que no plegaba los asientos traseros, pero, después de un par de intentos, lo conseguí. Así toda la parte de atrás del todoterreno se convirtió en una zona abierta que, con un poco de suerte, nos proporcionaría espacio suficiente para dormir cómodamente. Roger había vuelto a entrar para comprar una manta y dos almohadas. Mientras no estaba, me cambié en el asiento delantero. Me puse la camiseta de tirantes que había usado la noche anterior, pero, como todavía hacía calor fuera, cambié el

pantalón de chándal por un *short* de Bronwyn. Por delante estaba bien, pero cuando lo levanté vi que tenía estampado «TEXAS PARA SIEMPRE» en el trasero. También era un poco más corto de lo que me habría gustado, aunque supuse que podría soportarlo por una noche. Después de cambiarme, saqué el móvil y vi que tenía una llamada perdida de mi madre. No me había dejado un mensaje, pero había llamado. Marqué su número de móvil y, en el último momento, añadí el código para enviar un mensaje directamente al buzón de voz.

—Hola, mamá. Eh... vi que me llamaste. Estoy bien. Ahora mismo estamos en Asheville. Voy a intentar ver a Charlie mañana. —Me detuve y respiré hondo antes de continuar—. Hoy estuve en Graceland. Me estaba preguntando... ¿Tú sabes cuántos años tenía papá cuando fue allí?

Me quedé callada de nuevo, con la sensación de que acababa de abrir una puerta. Nunca habíamos hablado de mi padre. Ni siquiera de las cosas buenas que recordábamos. Ni siquiera de las cosas que queríamos celebrar.

—Solo era curiosidad. En fin, únicamente quería que supieras que estoy bien.

Colgué, con un nudo en la garganta. Mantuve el móvil en la mano un minuto más por si me devolvía la llamada. Pero era tarde y probablemente estaría dormida, sola en nuestra nueva casa. Por primera vez, caí en la cuenta de que mi madre también había pasado el último mes sola. No había podido pensar en nada que no fuera yo misma y ni siquiera se me había ocurrido que estábamos en la misma situación. Cuando vi a Roger acercándose procedente del Wal-Mart, apagué el móvil para ahorrar batería y lo guardé en el bolso al lado del libro de mi padre.

Roger debía de haberse cambiado en el baño de los grandes almacenes, porque llevaba la camiseta y el *short* con los que ya estaba familiarizada. Abrió la puerta trasera y me lanzó la manta y las almohadas. Coloqué las almohadas junto a la puerta para que nuestros pies quedaran en dirección a los asientos delanteros. Julia, que el año pasado había atravesado una profunda fase de «energía curativa», podría haberme dicho si ese era el feng shui automovilístico adecuado. Pero Julia al fin se estaba dando por vencida conmigo, a juzgar por el título de su último correo.

Salí de mi ensimismamiento cuando Roger arrancó el vehículo y abrió las cuatro ventanillas una rendija. Aun así, hacía calor en la parte de atrás. Era evidente que podríamos habernos ahorrado los 9.99 dólares que se había gastado en la manta. Le pasé las maletas y él amontonó nuestras cosas sobre el asiento del pasajero, con mi búho

encima. A continuación, apagó el motor, cerró el coche desde dentro y pasó por encima del asiento del conductor hasta la parte de atrás. Me situé en el lado izquierdo (mi lado) para intentar hacerle sitio. Pero la verdad era que estábamos bastante apretados allí atrás, un factor que no había considerado detenidamente. Me tumbé, apoyé la cabeza en la almohada recién comprada y descubrí que ahora tenía a Roger más cerca que en cualquiera de las camas que habíamos compartido. Pero me di cuenta de que, en esta ocasión, no me importaba tanto. La manta permanecía junto a nuestros pies y yo era plenamente consciente de la presencia de Roger a mi lado sin que nos cubriera una sábana o una manta, de sus piernas desnudas a solo un palmo de las mías.

Me tumbé de espaldas y miré hacia arriba, a través de la ventanilla posterior, intentando ver las estrellas. No obstante, los focos del aparcamiento debían de ser demasiado brillantes, porque lo único que pude ver fue el reflejo del interior del coche.

—Buenas noches —dije.

Volví la cabeza hacia Roger, esperando que ya estuviera medio dormido, como siempre. Pero estaba dando vueltas de un lado a otro y le propinaba patadas a la manta para apartarla más.

—Tengo calor —se quejó mientras tiraba de su camiseta—. ¿Tú no?

—Sí —contesté. Ahora que estábamos los dos en la parte de atrás, parecía que hacía aún más calor. No había ni la más ligera brisa y era como si el calor nos aplastara—. Pero, claro, yo no soy un calentador.

—Y que lo digas —refunfuñó—. Esto parece un horno.

—Podríamos abrir un poco más las ventanillas —sugerí.

—Hace tanto calor ahí fuera que seguramente no serviría de nada. Además, me preocupa que alguien intente colarse. —Volvió a girar de un lado a otro y luego se sentó—. ¿Te importaría que...? —empezó, y luego carraspeó—. Quiero decir, ¿te molestaría que me sacara la camiseta?

—Ah... —Noté que las mejillas se me estaban poniendo rojas—. No, está bien.

—¿De verdad?

—Por supuesto —le aseguré, y esperé no haber sonado demasiado entusiasmada—. A ver, por mí no hay problema.

Roger se sacó la camiseta del Colorado College mientras yo intentaba mantener la mirada clavada en la ventanilla. Cuando volvió a tumbarse, eché un vistazo y sentí que me ponía aún más colorada. Porque pues... sí. Roger tenía un cuerpo estupendo. Era

delgado y no demasiado musculoso, pero tenía unos abdominales muy bonitos y... Levanté de nuevo la vista hacia el techo. De pronto, me pareció que hacía aún más calor.

–Buenas noches, Hillary –dijo Roger con un bostezo.

–Buenas noches, Edmund –contesté con el tono más despreocupado que pude.

Lo miré un momento después, en cuanto sus inspiraciones se volvieron más largas y regulares. Se había colocado de costado, hacia mí, y yo también me giré hacia él. Cerré los ojos, pero tenía el presentimiento de que no iba a poder dormir. Anoche había dormido, pero eso había sido en el lujoso alojamiento de Lucien, no en un vehículo en el aparcamiento de un Wal-Mart, con Roger semidesnudo a mi lado.

Sin embargo, cuando abrí los ojos de nuevo, fuera había luz: la fría luz del amanecer. Y, en algún momento durante la noche, habíamos acabado compartiendo la almohada.

I was on your porch last night.

—The Format

Seis meses antes

Estaba sentada fuera, en el porche de la derecha, y, según el tenue brillo verde de los números de mi reloj, llevaba esperando dos horas. Los mosquitos se habían aprovechado de ello y habían estado devorándome lentamente. Era un bufé libre de Amy. Yo había renunciado a la lucha y me había decidido por una resistencia pacífica, simplemente rascándome las picaduras de vez en cuando.

Mi padre decía que ese porche era una de las muchas locuras del arquitecto. Nuestra casa contaba con dos porches en la segunda planta que daban a la calle. Quedaban muy bien. El segundo porche, el que se encontraba a la derecha de aquel en el que me estaban devorando viva, era funcional. Estaba conectado con la habitación de invitados mediante unas cristalerías, proporcionándoles a nuestros teóricos invitados una bonita vista del camino de entrada. El de la izquierda, sin embargo, no estaba conectado a nada: era puramente decorativo. No obstante, Charlie y yo habíamos descubierto hacía mucho tiempo que nuestras ventanas (que flanqueaban el porche) estaban lo bastante cerca para poder salir por ellas y llegar al porche, si lo hacías rápido y sin mirar abajo. Cuando éramos más pequeños, solíamos escabullirnos de vez en cuando por la noche, a una hora determinada de antemano. Comíamos golosinas o jugábamos con las videoconsolas portátiles o simplemente nos quedábamos levantados hablando, disfrutando del hecho de que estábamos infringiendo las normas y estábamos despiertos cuando no deberíamos. Eran de las pocas ocasiones en las que habíamos estado unidos.

Me rasqué el tobillo tan fuerte que me hice sangre justo mientras unos faros recorrían la calle sin salida. Como siempre, se pasaron la casa y luego tuvieron que dar la vuelta de nuevo antes de detenerse delante de nuestra entrada. El conductor del vehículo (que parecía un todoterreno) apagó las luces, pero dejó el motor encendido. Miré hacia la

ventana de Charlie y esperé. Efectivamente, oí el ruido áspero de la ventana al levantarse y, un segundo después, la pierna de Charlie asomó, estirándose sobre la barandilla, y luego el resto de su cuerpo salió de espaldas por la ventana. Esperé hasta que estuvo en el porche antes de hablar.

–Hola.

Charlie dio media vuelta bruscamente a la vez que soltaba un chillido agudo que me encantaría haber podido grabar.

–Joder, Amy –me soltó en voz baja, jadeando–. No hagas eso, por el amor de Dios.

Miró hacia el coche que esperaba y luego de nuevo a mí. Mis ojos se habían acostumbrado lo suficiente a la oscuridad para ver que estaba calculando cómo justificar aquello.

–¿Qué haces aquí fuera?

–Yo podría preguntarte lo mismo –contesté.

–Venga ya, no seas ingenua –dijo echándole otro vistazo al coche. Cuando se volvió de nuevo hacia mí, sonreía. Al parecer, había decidido recurrir al encanto–. Solo voy a salir con unos amigos. ¿Acaso es un crimen tan grave? Oye, ¿quieres venirte?

Durante un segundo, me planteé aceptar, solo para darle un susto y ver cómo intentaba eludir el hecho de que nuestros círculos sociales no se cruzaban, precisamente.

–Últimamente sales mucho con tus amigos –comenté, y luego puse los ojos en blanco. Cualquiera habría pensado que, después de estar dos horas esperando, se me habría ocurrido una forma mejor de expresarlo. Pero, al parecer, no era así–. Mira, Charlie, es que estoy preocupada.

–¿Preocupada? –repuso con el ceño fruncido y cara de no haber roto nunca un plato–. ¿Por qué?

–Déjate de gilipolleces. Solo digo que tal vez deberías bajar un poco el ritmo. O, por lo menos, limitar esas cosas a los fines de semana. ¿Te das cuentas de que hoy es martes?

–Oye, que mi nota media fue mejor que la tuya el último semestre, si no me falla la memoria. Y solo porque tú no sepas divertirte...

El todoterreno que había junto al camino de entrada encendió y apagó las luces, haciendo que ambos miráramos hacia allí.

–Mis amigos me están esperando –dijo, y se echó la mochila al hombro.

—Creo que deberías cortarte un poco —insistí, levantando más la voz. Vi que Charlie volvía la mirada hacia la casa y comprendí que tenía una ventaja ahí.

—Por el amor de dios, Amy —dijo susurrando—. Baja la voz. Estoy bien. No hace falta que...

—Se lo contaré a mamá y a papá —dije, interrumpiéndolo.

Se quedó mirándome un momento.

—No vas a contárselo.

—Sí que lo haré. Les...

Me di un manotazo en la pierna, aunque sabía que era inútil.

—No —dijo Charlie. Se dirigió al otro lado del porche donde vi que había amarrado una escalera de cuerda. Se parecía a la que solía estar en nuestra antigua casa del árbol antes de que la echaran abajo. Me pregunté dónde la habría encontrado—. Si fueras a contárselo, ya lo habrías hecho. Y, de todas formas, tampoco es que puedan hacer nada. Lo único que conseguirás con eso será que me cabree contigo y que nuestros padres no confíen en ninguno de los dos.

—¿Por qué no iban a confiar en mí?

—¿Cuánto hace que lo sabes? ¿Cuánto hace que te enteraste y no se lo dijiste?

Hacía unos meses. Puede que cuatro. La respuesta quedó flotando en el aire entre nosotros un momento, sin pronunciar.

—Exactamente —continuó—. Así que no seas plasta, ¿vale? Intenta ser guay por una vez en tu vida.

Lanzó la escalera de cuerda por encima de la barandilla, pasó una pierna por encima y luego la otra. Vi desaparecer su cabeza y, un segundo después, oí un golpe suave cuando llegó al suelo. A continuación, echó a correr hacia el todoterreno. Entró y el vehículo salió pitando, sin encender los faros hasta que dieron la vuelta completa a la calle.

Mientras respiro, tengo esperanza.

–Lema del estado de Carolina del Sur

–¿Lista? –me preguntó Roger.

Asentí con la cabeza y luego levanté la vista hacia la ventana situada a metro y medio por encima de mi cabeza. No estaba segura de que aquello fuera a funcionar. De hecho, parecía mucho más probable que fallara. Pero, como habría dicho Roger, ya que habíamos venido hasta aquí...

–Lista –contesté.

Entrelazó las manos y coloqué un pie encima. Roger dobló las rodillas y apoyé las manos en sus hombros. Su camiseta estaba tibia por conducir bajo el sol. Dejé las manos allí un momento, notando los músculos bajo el algodón tibio y advirtiéndolo lo cerca que estábamos.

–Vale –dije, intentando centrarme en la tarea que tenía entre manos.

Asentí con la cabeza e hice presión contra las manos de Roger mientras él me levantaba, proporcionándome el empuje que necesitaba para agarrarme del alféizar de la ventana. Me quedé allí colgada un momento y luego noté que me agarraba los pies y me daba otro empujón. Ese impulso extra me permitió introducir el cuerpo por la ventana y caí dentro de la habitación.

El plan original consistía en entrar y pedir verlo. El plan original no incluía ningún tipo de allanamiento. Pero el plan original había fracasado. Habíamos desayunado en un Cracker Barrel situado cerca del Wal-Mart, donde Roger declaró que sus tortitas eran las mejores que había probado nunca; luego nos dirigimos a Asheville y llegamos a Promesas Cumplidas a eso de las diez. El edificio se parecía más a una mansión que a un centro de rehabilitación. El único indicio de lo contrario eran las plazas de aparcamiento, que estaban claramente identificadas como «VISITANTES», «DOCTORES» e «INGRESOS». Roger había entrado conmigo, pero no habíamos llegado muy lejos antes de que nos

detuviera una mujer con uniforme blanco que se presentó como Courtney. Aunque la página web de ese sitio daba la impresión de que era un lugar hospitalario, nos acompañaron de nuevo a la salida. La mujer nos dijo que los huéspedes de Promesas Cumplidas estaban en ese momento en medio de su plan de tratamiento y que no se permitía ningún contacto con familiares (salvo por correo electrónico) hasta que se completara el tratamiento. A continuación, nos deseó un buen día y nos cerró la puerta en las narices.

Estábamos regresando al coche cuando miré por casualidad hacia un lateral del edificio. Fue entonces cuando divisé la ventana (más o menos) baja y las cortinas blancas que asomaban por ellas. Lo que me indicó que estaba abierta y no tenía mosquitero.

Nos pusimos en marcha tan rápido que no tuve tiempo de pensar un plan, un hecho del que fui consciente cuando choqué contra el suelo. Me puse en pie y miré a mi alrededor. La habitación era grande, tenía dos camas y parecía estar completamente decorada de blanco. Había una chica tumbada en cada cama y las dos parecían muy sorprendidas de verme.

—Hola —dije intentando no hablar demasiado alto—. Eh... Hola.

—¿Puedo ayudarte en algo? —me preguntó la chica de la cama situada más cerca de mí.

Tenía el pelo castaño y rizado y no aparentaba más de doce años. Durante un segundo, me pregunté qué estaría haciendo en un sitio como ese.

—Sí. Soy la hermana de Charlie Curry. Estaba buscándolo.

—¿Eres Amy? —preguntó la otra chica.

Su pelo probablemente fuera rubio platino la mayor parte del tiempo, pero ahora estaban saliéndole unas raíces negras de casi diez centímetros. Incluso de lejos, pude ver que tenía algo parecido a quemaduras en los labios.

La miré sorprendida.

—Pues sí. Pero ¿cómo...?

—Tenemos terapia de grupo —contestó—. Compartimos cosas.

—Ah.

Comprendí que Charlie había estado hablando de mí. De nuestra familia. De inmediato, quise saber qué habría estado diciendo. Y, acto seguido, sentí una punzada de rabia tan intensa que me asustó. ¿Charlie podía hablar con desconocidos pero no conmigo?

–Bueno, ¿sabéis dónde puedo encontrarlo? –Las dos me miraron en silencio–. ¿Por favor? –añadí.

–No sé yo –dijo la chica de pelo rizado–. ¿Has venido para hacerlo sentir mal? Porque ya se siente bastante culpable, ¿sabes?

–¿Qué? –pregunté, confundida. Charlie nunca se había sentido culpable por nada en toda su vida–. No. Solo quiero hablar con él.

Las dos chicas se miraron la una a la otra y dio la impresión de que estaban manteniendo una especie de conversación silenciosa. Al final, la rubia asintió.

–Está tres puertas más abajo –me explicó indicando que debía dirigirme a la izquierda–. Él y Zef.

–¿Zef? –pregunté a la vez que se oía un fuerte repique de campanitas.

Miré a mi alrededor y vi que las dos chicas habían mirado hacia la pared, donde había instalado un interfono.

–Buenos días –dijo una voz relajante con tono suave–. Espero que la reflexión matutina haya sido agradable y provechosa. La hora de reflexión terminará en veinte minutos. Por favor, dentro de veinte minutos, diríjense a su actividad asignada previa al almuerzo. Gracias.

Se oyeron de nuevo las campanitas y el interfono se apagó con un chasquido.

Me quedé mirándolo un momento. ¿Así había pasado Charlie el último mes? ¿En un alojamiento de lujo hablando de sus sentimientos y reflexionando? Mientras que yo había estado comiendo pizza a domicilio y dando vueltas por la casa sola, intentando dormirme viendo el canal del tiempo.

–Gracias –les dije a las chicas mientras me dirigía a la puerta.

–De nada –contestó la del pelo rizado.

La rubia me miró un momento.

–Deberías llamar a tu madre. En serio.

Quise preguntarle a qué se refería, pero no tenía tiempo. Pero ¿qué acababa de pasar? Salí al pasillo, que estaba decorado con motivos asiáticos. Julia lo habría aprobado. Había un bambú en una maceta delante de cada habitación y una fuente que murmuraba suavemente al final del pasillo, que estaba iluminado con una luz tenue. Eché un vistazo para asegurarme de que no hubiera nadie a la vista y dejé atrás a toda prisa tres habitaciones, atrayendo miradas al pasar por delante de las puertas abiertas... y todas las puertas parecían estar abiertas.

Me detuve delante de una puerta entornada, pero no tanto como las otras. Leí «CHARLIE Y ZACH» en un letrero laminado sujeto a la puerta dentro de una pequeña ranura cuya función evidente era cambiar el letrero con frecuencia. Respiré hondo, abrí la puerta y entré.

Lo primero que vi fue a un chico en calzoncillos haciendo el pino contra la pared. Un chico que, por suerte, no era mi hermano. Sus ojos del revés se abrieron como platos y soltó un grito antes de caerse.

—Pero ¿qué...? —exclamó mientras se ponía en pie a toda prisa.

Era fornido y tenía el pelo castaño y rizado.

—Zef, por eso te digo que te pongas la maldita ropa cuando hagas yoga. —Miré hacia el otro lado del cuarto y vi a mi hermano sentado en un sillón, como si estuviera esperándome—. Después de todo, nunca se sabe cuándo podría decidir pasarse mi hermana.

Me volví hacia Charlie, tanto porque quería verlo mejor como para darle cierta intimidad a Zef mientras (con suerte) se ponía unos pantalones. Charlie tenía mucho mejor aspecto que la última vez que lo había visto, aunque seguramente habría sido difícil tener peor pinta. Pero parecía más sano, bronceado y centrado. Era como ver las diapositivas del oculista, cuando no te dabas cuenta de lo borroso que estaba algo hasta que podías verlo con más claridad, y conseguías ver lo que antes quedaba en sombras.

—Hola —dije mientras me adentraba un poco más en la habitación.

—Qué sorpresa —contestó Charlie. Sonó despreocupado, pero lo conocía lo bastante bien para ver que lo había desconcertado—. ¿Estabas por el barrio?

—Más o menos. —Levanté la vista hacia el interfono—. Eh... Oí el anuncio. ¿Tienes que marcharte en veinte minutos?

—Más bien quince —dijo Zef a mi espalda. Me volví con cierto reparo, pero, gracias a Dios, se había puesto un *short* y una camiseta. Y me estaba tendiendo la mano—. Zach Tyler.

—Amy Curry —contesté, y nos dimos un rápido apretón. A esas alturas, me habría sorprendido que no nos estrecháramos las manos.

—Ah, ya lo sé, créeme.

Me volví hacia Charlie, que simplemente sonrió y dijo:

—Amy, este es Zach, más conocido como Zef.

–Zach El Fumeta –me explicó Zef–. Pero ya sabes, para abreviar, normalmente usábamos el acrónimo.

–Zef es de Richmond, en Virginia, y hasta hace poco sus *hobbies* incluían fumar *crack*.

–Hola –le dije a Zef, y luego me giré de nuevo hacia mi hermano–. Entonces, ¿tienes que marcharte dentro de quince minutos?

Charlie le echó un vistazo al reloj que había entre las dos camas.

–Sí.

–¿Es obligatorio? Es decir, ¿no puedes escaquearte?

–No, no puedo escaquearme –contestó Charlie con severidad–. Esto es rehabilitación, Amy, no el instituto.

Zef carraspeó y murmuró:

–Creo que voy a esperar en el pasillo, ¿vale?

–Gracias –respondió Charlie.

Zef salió arrastrando los pies y cerró un poco más la puerta, aunque no del todo.

–Este sitio está bastante bien –comenté observando la habitación.

Supe cuál era el lado de Charlie porque había pilas de libros alrededor de su cama y una raqueta de tenis junto con un bote de pelotas al lado. Me pregunté si habría empezado a jugar otra vez mientras estaba aquí. En su tiempo libre. Noté que empezaba a enfadarme de nuevo.

–¿Qué haces aquí, Amy? –me preguntó, mirándome.

–Ayer fui a Graceland –dije, sosteniéndole la mirada.

El rostro de Charlie se volvió inexpresivo.

–Ya.

–Pues sí –añadí, y noté que me temblaba la voz–. ¿Recuerdas el viaje al que no querías ir? ¿El viaje que le dijiste a papá que era una estupidez? –Charlie posó la mirada en el suelo, cogió una pelota de tenis y la apretó con fuerza–. Me pareció que uno de los dos debería hacerlo.

–¿Por qué has venido? –me preguntó, mirándome con el rostro tenso–. Hablo en serio. ¿Es para hacerme sentir mal?

–No.

Esa no había sido mi intención, pero verlo allí había avivado una rabia que había estado conteniendo durante mucho tiempo. Una pequeña parte había escapado durante la

conversación con mi madre, pero era evidente que aún quedaba mucha más de donde había salido aquella.

—Pero estoy segura de que en ese caso podrías discutirlo con tu grupo de terapia.

Charlie me dedicó una mirada severa.

—¿Cómo te has enterado de eso?

—Ah. Pues entré por la ventana de dos chicas que parecían conocerme muy bien. Eso es todo.

—Aquí hablamos de nuestras cosas —dijo Charlie a la defensiva—. Es parte de la filosofía de este sitio.

—Y, entonces, ¿por qué...? —Se me quebró la voz—. ¿Por qué no lo hicimos nosotros? ¿Por qué no...?

Busqué la palabra adecuada, pero no me salía. Quería saber por qué nos habíamos retirado a partes diferentes de la casa, y luego a partes diferentes del país, dispersándonos cuando deberíamos haber estado unidos. Me senté en el borde de la cama de Zef y miré a mi hermano.

—Tal vez te necesitaba. Pero tú estabas siempre colocado y...

—¿Así que se trata de eso? —El enfado había regresado a su voz. En su rostro vi una expresión que reconocí. Una expresión que nunca me había gustado y ante la que siempre reulaba—. ¿Has venido a decirme que soy una mierda?

—No —contesté, manteniéndome firme esta vez—. Pero he estado completamente sola, hasta esta semana. Mientras tú estabas aquí. Y tenías gente con la que hablar.

—Podías haber hablado conmigo.

—¡No habría servido de nada! —grité, sorprendiéndome a mí misma. Charlie miró hacia la puerta abierta y bajé el volumen un poco—. Nunca estabas. Hace casi un año que no estás. —Lo miré con dureza—. Debería habérselo contado a mamá y a papá. Tenías razón cuando dijiste que no me atrevería. Pero si lo hubiera hecho, tal vez...

No pude terminar la frase. Era otra forma más en la que yo había provocado aquello, una razón más por la que era culpa mía. Una cosa más que no podía enmendar.

Charlie le dio vueltas a la pelota de tenis en las manos y soltó una carcajada breve y amarga.

—¿Te crees que yo no me pregunto eso cada puto día? ¿Te crees que no desearía haber hecho las cosas de manera diferente?

—No te creo. —Noté que me temblaba la voz—. ¿Llevas aquí un mes y de pronto tienes conciencia?

Charlie me miró como si lo hubiera abofeteado sin avisar: parecía completamente asombrado y dolido.

—Siempre he estado encubriéndote. —Las palabras salían de mi boca formando un torrente—. Durante años. Nunca tuviste que asumir ninguna responsabilidad. Y si hubieras pensado en otra persona aparte de en ti mismo por una vez en tu puta vida, eso no habría pasado.

Aquella frase se me escapó antes de poder sopesar las consecuencias o retractarme.

Charlie aferraba la pelota de tenis con fuerza, mirándola fijamente mientras se le agitaba el labio y le temblaba la barbilla.

—No debería haber dicho eso —me disculpé al sentir que me había pasado de la raya.

Se encogió de hombros.

—Es la verdad —contestó con voz áspera, sin levantar la vista.

—Ojalá... —Respiré hondo y me obligué a seguir—. Ojalá las cosas hubieran sido diferentes.

Charlie me miró entonces.

—Sí. Ojalá.

Me lanzó la pelota de tenis sin previo aviso. Cuando la atrapé, me sorprendí tanto que casi la dejé caer otra vez.

—¿Hablas de él? —pregunté mientras pasaba la mano por el fieltro amarillo—. ¿De papá? Charlie asintió.

—Estoy empezando —contestó con la voz un poco ronca—. ¿Y tú?

Negué con la cabeza.

—Todavía no. —Miré a mi hermano (mi gemelo) y vi reflejado en su rostro lo que yo sentía. Los dos habíamos perdido al mismo padre. ¿Por qué no hablábamos de ello?—. Lo echo de menos.

Noté que también empezaba a temblarme la barbilla. Las palabras no podían compararse con los sentimientos que había detrás. Era mucho más que echar de menos. Era esperar continuamente una llamada telefónica que nunca llegaría. Esperar oír una voz que no volvería a escuchar jamás.

Charlie me miró, con el labio tembloroso.

—Y yo.

—Sigo esperando verlo aparecer. Es como si no acabara de creer que esto es real. Que así es ahora la vida real.

—¿Y cómo crees que me siento yo? No estoy del todo convencido de que el que estás aquí no sea un *flashback* causado por el ácido.

—Soy real —le aseguré.

Le lancé la pelota y la cogió con una mano.

—Pero ¿qué estás haciendo en Carolina del Norte? Pensaba que se suponía que tenías que haber llegado a Connecticut hace días.

—Bueno, ese era el plan. —Noté que se me empezaba a formar una pequeña sonrisa en los labios—. Pero se podría decir que Roger y yo decidimos dar un rodeo.

—¿Roger?

—Roger Sullivan. Seguro que te acuerdas de él. Solíamos jugar a la patata caliente en la calle.

—Sí, me acuerdo. Así que, ¿te has rebelado? ¿Por eso está cabreada mamá?

—Oh, está más que cabreada.

—¡Vaya! —exclamó. Se recostó en la silla y me miró como si no me hubiera visto nunca—. ¿Y...? ¿Y has venido a verme? ¿Y has entrado por una ventana?

—Pues sí. Es que... pensé que deberíamos hablar.

—Me alegro de que hayas venido —dijo después de un momento.

—Eh, Chuck. —Los dos nos giramos y vimos a Zef merodeando en la puerta—. Será mejor que nos vayamos, tío. Faltan cinco minutos para...

—Sí, ya —contestó Charlie, aunque no se movió.

Me levanté y, al hacerlo, vi un libro conocido en la mesita de noche: *Food, Gas, and Lodging*.

—¿Lo estás leyendo? —pregunté mirando a Charlie, atónita, y esperando que no fuera de Zef. Dijo que sí con la cabeza—. Yo también —añadí mirándolo fijamente.

—¿En serio? —Parecía sorprendido—. Sé que era uno de los libros favoritos de papá, y se me ocurrió echarle una ojeada.

Asentí mientras observaba la portada, con la que ahora estaba tan familiarizada, y deseé que hubiéramos hecho eso hace unos meses. Cuando podríamos haber hablado de él con papá, cuando él aún estaría aquí para mantener esa conversación.

—¿Chuck? —volvió a llamarlo Zef.

Charlie asintió y se puso en pie y, a continuación, nos dirigimos a la puerta. De repente, me pareció que había tanto que decir que era imposible decir nada.

–Oye –dijo Zef, mirándonos–. ¿Vas a pasar por Richmond?

–Estoy seguro de que se refiere a ti –dijo Charlie.

–Pues no lo sé.

Solo había pensado en ver a Charlie y el hecho de no tener un plan más allá de ese punto resultaba un poco desconcertante.

–Pero ¿tal vez? ¿Tal vez pases por allí? –insistió Zef, entusiasmándose.

–Puede. No lo sé.

Zef asintió, se inclinó y rebuscó en una mochila que colgaba del pomo de la puerta del armario.

–Bueno, si pasas –dijo mientras se enderezaba sosteniendo un sobre arrugado en la mano–, ¿podrías darle esto a Corey, que suele andar por el Dairy Queen?¹⁹

–¿Lo dices en serio? –preguntó Charlie.

–Es sumamente importante –dijo Zef tendiéndome el sobre–. Por favor. Puedes entregárselo simplemente a uno de los empleados y ellos se lo darán. Tiene que saber por qué no aparecí cuando le dije. No quería ocultárselo, es que me enviaron aquí. Si no sabe la verdad, va a matar a mi pez.

–¿Tu pez?

–Por el amor de Dios, olvídate del pez –masculló Charlie–. ¿Por qué no le envías un correo y listo?

–Ah, sí. Es una idea estupenda. ¿Se lo envió a «Corey el que suele andar por el Dairy Queen punto com»?

–Veré lo que puedo hacer. –Cogí el sobre que me ofrecía Zef y lo alisé un poco–. Lo intentaré.

–Gracias –dijo sonriéndome–. Sabía que lo harías. Chuck no para de hablar de que siempre estás ahí apoyándolo y...

–Tenemos que irnos –lo interrumpió Charlie mientras abría más la puerta–. Te ayudaré a volver a bajar.

Al salir al pasillo, lo encontramos desierto. El único sonido era el suave murmullo del agua.

–¿Llegamos tarde? –preguntó Zef.

–Va a ser que sí –contestó Charlie.

Nos dirigimos a toda prisa al cuarto por el que había entrado.

–Gracias otra vez –me dijo Zef con un susurro bastante fuerte antes de bajar por el pasillo.

Se despidió con la mano y le devolví el gesto antes de entrar en el cuarto detrás de Charlie. Estaba vacío. Era de suponer que las dos chicas habían ido a su siguiente actividad.

–¿Esa? –me preguntó Charlie señalando la ventana abierta. Asentí y fuimos hacia allí–. Bueno, supongo que ya está –dijo retorciéndose las manos.

–¿Estás bien? –le pregunté. Sabía que no teníamos tiempo, pero todavía no estaba preparada para marcharme–. A ver, tienes mejor pinta. Pero ¿estás bien aquí? ¿En este lugar?

Charlie clavó la mirada en la moqueta blanca y se balanceó adelante y atrás.

–Creo que sí –contestó–. Sí, eso creo.

–Amy –susurró alguien con fuerza desde fuera.

Asomé la cabeza por la ventana y vi a Roger mirando hacia arriba. Pareció aliviarse muchísimo cuando me vio y me pregunté cuánto rato llevaría llamándome.

–Ahora mismo voy –respondí, y asintió. Volví a meter la cabeza en la habitación y miré a mi hermano–. ¿Cuánto tiempo tienes que estar aquí? Quiero decir que cuándo podrás irte.

Hasta que me había encontrado con esta antigua versión de mi hermano, que hacía muchísimo tiempo que no veía, no me había dado cuenta de cuánto lo había extrañado. Pero acababa de comprenderlo ahora, cuando tenía que separarme de nuevo de él.

–Otro mes –dijo. Me dedicó una pequeña sonrisa–. No es tanto.

–Amy –me llamó Roger desde el otro lado de la ventana, un poco más fuerte esta vez, justo cuando se oyeron de nuevo las campanillas. Charlie y yo miramos hacia el interfono.

La voz relajante, que esta vez sonaba menos tranquila, anunció:

–La sesión previa al almuerzo ha comenzado. Por favor, diríjense lo más rápido posible a su actividad asignada, si no lo han hecho ya.

–Bueno... –dije.

Charlie asintió y nos miramos el uno a la otra. Ni a mi hermano ni a mí nos iban los abrazos. En realidad, ni me acordaba de la última vez que nos habíamos abrazado. Pero no pensaba estrecharle la mano. Empecé a despedirme con un gesto de la mano cuando

Charlie extendió los brazos y me abrazó con fuerza. Le devolví el gesto y fue perfecto... y algo que deberíamos haber hecho hace mucho tiempo.

—Gracias por venir —musitó contra mi hombro. Asentí con la cabeza y nos separamos—. Deberías hablar con mamá. He estado recibiendo correos suyos y la tienes preocupada. Creo que está perdida sin ti.

Me quedé mirándolo.

—¿De qué hablas? No está perdida sin mí. Me dejó sola durante un mes y apenas...

—¡Amy! —volvió a exclamar Roger.

—Habla con ella —repitió Charlie—. Pero me alegro de que estés haciendo esto. Casi ni te reconozco.

—¿En el buen sentido?

—En el buen sentido. —Me sonrió y luego miró hacia la ventana—. ¿Necesitas que te eche una mano?

—Me parece que me vendría bien.

Me agarré al alféizar, pasando los brazos por encima, y saqué una pierna. Vi a Roger esperando debajo, con los brazos extendidos hacia mí. Respiré hondo y saqué la otra pierna. Miré hacia abajo y, de pronto, me dio la impresión de que Roger y el suelo estaban muy lejos.

—Esto... No estoy segura de que...

—Tienes que estirar los brazos —me indicó Charlie—. Dame una mano. —Lo miré y asintió—. No pasa nada.

Solté uno de los brazos con los que me aferraba al alféizar y Charlie me cogió de la mano. Me la colocó en el borde del alféizar y luego me ayudó a hacer lo mismo con la otra mano. Extendí los brazos y me quedé colgando en el aire. Noté que alguien me agarraba el pie y supe que Roger estaba allí.

—Déjate caer —me dijo—. Ya te tengo.

Levanté la vista hacia mi hermano, que estaba mirándome.

—Tienes que soltarte —me dijo—. Todo irá bien.

—Cuídate, ¿vale? —le pedí.

Dijo que sí con la cabeza y le sonreí. Acto seguido, me solté del alféizar y caí como un plomo, pero aterricé en algo blando: Roger.

—Lo siento —exclamé con voz ahogada. Me aparté de encima suyo, me puse en pie y me sacudí la ropa—. ¿Estás bien?

–Sí, muy bien –contestó aceptando la mano que le tendía para ayudarlo a levantarse–. Pero creo que tenemos que largarnos de aquí ya mismo.

Empezó a dirigirse a paso rápido hacia el coche, sin soltarme la mano y arrastrándome tras él.

–¿Qué pasa? –le pregunté esforzándome por seguirle el ritmo.

–Creo que es probable que hayamos llamado la atención. Estaba intentando pasar lo más desapercibido posible, pero es complicado cuando le estás hablando a una ventana. La gente que pasaba no dejaba de mirarme.

Nos dirigimos apresuradamente hacia el coche y, en efecto, noté que había muchas más personas con uniformes blancos rondando por la entrada que antes. Y también vi que todos llevaban *walkie-talkies*.

–Vayamos al coche enseguida –murmuré entre dientes, y Roger me apretó la mano una vez a modo de respuesta.

–Perdonen –dijo una voz a nuestra espalda. Al girarnos, vimos a Courtney acercándose a nosotros–. Necesito hablar con ustedes dos.

Roger y yo nos miramos y, luego, sin discutirlo y todavía cogidos de la mano, echamos a correr hacia el coche a toda velocidad.

–¿Llaves? –pregunté sin aliento mientras atravesábamos el aparcamiento.

–Sí –jadeó.

Me volví y vi que Courtney nos perseguía al trote. Cuando llegamos al coche, Roger lo abrió con el mando y nos metimos a toda prisa. Arrancó y salió marcha atrás a velocidad récord. A continuación, nos largamos a toda pastilla del aparcamiento.

Roger no redujo la velocidad hasta que transcurrieron cinco minutos y quedó claro que Promesas Cumplidas no había enviado a nadie a darnos caza.

–Por los pelos –dijo, y vi cómo el velocímetro descendía hasta la velocidad habitual fuera de la interestatal.

Contemplé a través de la ventanilla los otros coches que pasaban veloces a nuestro lado, intentando averiguar cómo me sentía. Había estado intentando con todas mis fuerzas evitar pensar en esa mañana, intentando no revivir aquel recuerdo hasta el final. Pero al ver a Charlie y hablar de ello...

–¿Estás bien? –oí que me preguntaba Roger desde un lugar que sonaba muy lejano.

Asentí, pero me giré aún más hacia mi ventanilla y cerré los ojos. Sin embargo, aquel recuerdo no quería desaparecer esta vez. Era como si ya no me quedaran fuerzas para

contenerlo.

—¿Amy? —Abrí los ojos y vi que Roger estaba mirándome con cara de preocupación—. ¿Estás bien?

Empecé a asentir, pero desistí a medio gesto y negué con la cabeza.

—Es que... —empecé, y noté que se me quebraba la voz—. No, no estoy bien.

Roger me miró y bajó la música. Podía notar cómo me invadían los recuerdos de aquella mañana. Sabía que Roger no me vería igual en cuanto supiera la verdad. Pero estaba cansada de luchar para reprimirla.

—¿Qué pasa? —me preguntó en voz baja, mirándome, y luego volvió a posar la vista en la carretera.

—El asunto de Elvis. El motivo por el que no quería escuchar música suya.

—Por tu padre, ¿no?

Asentí.

—Estábamos escuchando a Elvis en el coche. A ver, siempre escuchábamos a Elvis en el coche. Pero estábamos escuchando una canción suya cuando pasó. —Tragué saliva con fuerza y me obligué a decirlo—. El accidente.

—Ah —respondió con suavidad.

Fue como si aquello ni siquiera fuera una palabra. Me dio la sensación de que más bien estaba colocando una piedra para que yo pudiera subirme en ella y así seguir avanzando.

Sentí que se me aceleraba la respiración y supe que estaba dando vueltas alrededor de aquello que no podía seguir callando.

—El accidente... —dije intentando obligarme a que mi voz sonara audible. Realicé una inspiración entrecortada y lo dije—: Fue culpa mía. Fue culpa mía que muriera.

—Amy —dijo Roger lanzándome una mirada severa—. Claro que no fue culpa tuya.

Otras personas habían dicho lo mismo. Pero se supone que eso es lo que se le dice a la gente. Y, además, ninguno de ellos lo sabía. Ninguno de ellos había estado allí.

—Pero sí que lo fue —musité.

Inspiré de nuevo y procedí a contarle por qué.

I'll be right here with you, come what may.

—Elvis Presley

8 de marzo –Tres meses antes

Salí de casa y me puse mis gafas de sol nuevas. No dejaba de preguntarme qué le haría mi madre a Charlie. Que la poli te arreste por dormir en un banco del parque, todavía colocado, tenía que merecerse algún tipo de castigo. Tal vez eso hiciera que mis padres se dieran cuenta por fin de lo que le estaba pasando. Bajé por el camino hacia el garaje y volví la mirada hacia la casa, donde podía oír la voz de mi madre, todavía cargada de preocupación y enfado.

—Y luego, en cuanto lo recojas —dijo mientras salía, seguida de mi padre, que dejó que la puerta mosquitera se cerrara tras él—, necesito que pares en el supermercado. Así que llámame cuando llegues para decirte qué necesitamos.

Mi padre le echó una mirada mientras se ponía sus viejísimas gafas de sol: unas gafas de estilo aviador con los cristales tan rayados que siempre me había asombrado que pudiera ver algo.

—O podrías decírmelo ahora —dijo con una sonrisa en la voz—. Es una opción.

—Ya —contestó mi madre negando con la cabeza—. Eso ya lo hemos probado.

—Volveré pronto —le dijo, y luego le dio un beso rápido, que me hizo apartar la mirada de manera automática.

—Llamad si hay algún problema —nos dijo.

—De acuerdo —respondimos mi padre y yo a la vez, y nos sonreímos el uno al otro al darnos cuenta.

—Amy, ¿dónde están tus zapatos? —me gritó mi madre. Parecía exasperada.

—Oh. —Me miré los pies descalzos—. Un momentito —le dije a mi padre, y eché a correr por el jardín.

Estaba recién cortado y todavía estaba mojado: una combinación incómoda. Al bajar la mirada, vi que se me habían pegado trocitos de césped en los pies. Subí corriendo los escalones que llevaban a la casa; rodeé a mi madre, que seguía en la puerta, y cogí mis sandalias del cesto que había en la entrada. Me las puse y volví a salir.

Mi madre sostenía las llaves del coche en la mano.

—Ben, las llaves —dijo empleando lo que mi padre llamaba su «voz exasperada».

—Ya las cojo yo —dije. Las agarré y me despedí de mi madre con un rápido gesto de la mano. Crucé el césped corriendo en dirección al garaje y fui hasta el lado del conductor. Me lancé las llaves y volví a cogerlas y le dediqué a mi padre mi sonrisa más convincente—. Yo conduzco.

Mi padre sonrió y se dirigió al lado del pasajero mientras yo abría mi puerta y ajustaba el asiento. Me abroché el cinturón y señalé el suyo.

—Átate —le ordené.

Mi padre odiaba llevar cinturón de seguridad y la única forma que Charlie y yo habíamos encontrado de que lo usara era negarnos a ponernos los nuestros hasta que él hiciera lo propio.

—Venga ya, calabacita —dijo con su voz más persuasiva—. Tenemos prisa. ¿Por qué no nos vamos ya?

—Vale —acepté. Me desabroché mi cinturón y giré la llave en el contacto—. Vámonos.

Mi padre soltó un gruñido y se puso el cinturón.

—¿Contenta?

—Mucho —contesté mientras volvía a abrocharme el mío—. Gracias. Algún día me lo agradecerás, ya lo verás.

Miré por el retrovisor y empecé a bajar por el camino de entrada marcha atrás muy despacio.

—¿Algo de música? —sugirió mi padre mientras yo giraba por la calle sin salida.

Hacía tres meses que me había sacado el carnet, pero todavía necesitaba concentrarme cuando conducía y hacía poco que había empezado a aceptar que sonara música en el coche mientras iba al volante. Recién sacado el carnet, maniobrar con el coche me parecía igual de complicado que la física cuántica, así que necesitaba silencio absoluto en todo momento.

—Claro —contesté mientras frenaba en una señal de *stop*—. ¿Quieres oír algo del Rey?

—¿Hace falta que lo preguntes? —repuso mi padre ojeando los CD—. ¡Anda!

Sacó un CD de la funda y lo introdujo en el equipo de música.

–¿Cuál es? –quise saber.

Cuando conducía yo, me reservaba el derecho a ser quisquillosa con las canciones de Elvis que sonaban. Por ejemplo, no estaba permitido nada hawaiano.

–Creo que darás tu aprobación –dijo mi padre mientras pasaba algunas pistas. Un momento después, empezó a sonar *All that I am*.

–Buena elección –dije, sonriéndole–. Me gusta esta canción.

–Ya lo sé. Es porque eres mi hija y la niña de mi corazón.

Avanzamos en silencio un minuto, escuchando la melódica voz del Rey.

–De hecho –añadió mi padre después de un momento–, creo que deberíamos bailar esta canción en tu boda. ¿Qué opinas?

–Por el amor de Dios, papá –dije poniendo los ojos en blanco–. Además, creo que todavía faltan algunos años para eso. Solo un par, ya sabes.

–Lo siento –se disculpó, pero seguía riéndose entre dientes y tuve el presentimiento de que no lo había dicho en serio–. La mano.

Aparté con cuidado una mano del volante. Me volvió la palma hacia arriba, me colocó algo dentro y luego me cerró los dedos. Cuando abrí la mano, descubrí un caramelo dentro. Parecía de los de sabor a ron y, al echar un vistazo, vi a mi padre comiéndose otro.

–Gracias –dije, y me lo metí en la boca.

Me dirigí al cruce de Campus Drive y caí en la cuenta de que no sabía seguir a partir de ahí.

–¿Derecha? ¿Izquierda?

Me resultó extraño tener que pedir indicaciones en un coche en el que estaba tan acostumbrada a ser la que marcaba la ruta.

–Izquierda –contestó mi padre–. Ve por University. –Suspiró y miró por la ventanilla–. Acabemos con esto de una vez.

Mientras ponía el intermitente, lo vi masticar otro caramelo.

–¿Lo sabías? –preguntó, interrumpiendo al Rey–. Lo de tu hermano, digo.

Lo miré un instante y luego volví a posar la vista en la carretera, preguntándome cuánto contarle y si tenía algún sentido seguir encubriendo a Charlie ahora.

–Sabía que estaba pasando algo –confesé.

Recordé la intervención fallida que había intentado llevar a cabo y deseé habérselo contado a mis padres entonces. Me dirigí al cruce y frené cuando el semáforo se puso amarillo, haciendo que algunas de las personas que iban detrás de mí, y que seguramente habían esperado que me lo saltara, tocaran el claxon disgustadas.

–Yo sabía que algo no iba bien –dijo mi padre, mirando por la ventanilla–. Pero no creí que hubiera llegado tan lejos.

–Lo sé. Pero seguro que todo se arreglará.

Mi padre movió la cabeza.

–Eso espero, pequeña. –Se volvió hacia mí–. Gracias por acompañarme.

–No hay de qué –contesté mirando fijamente el semáforo. Aparté la vista un segundo para mirarlo y sonreírle.

–Verde –me indicó, señalando.

Volví a posar los ojos en la carretera y pisé el acelerador entrando en el cruce. Entonces vi algo por el rabillo del ojo que no encajaba. Un destello rojo que venía hacia mí cuando no debería haber nada siguiendo esa trayectoria.

–Amy... –oí decir a mi padre antes de que todo empezara a ir a cámara lenta.

Es un cliché, pero fue así. Y creo que solo ocurrió cuando ya no tenía sentido ralentizar las cosas. De alguna forma, sabía que no iba a poder hacer nada al respecto. Fue como si simplemente dispusiera de más tiempo para ver lo que se avecinaba.

Y lo que se avecinaba era un todoterreno rojo que se había saltado el semáforo e intentaba pasar por el cruce en medio del cual me encontraba yo en ese momento. Oí más bocinazos detrás de mí y luego el otro vehículo se estrelló contra nosotros con tanta fuerza que me lanzó hacia atrás contra el asiento, los dientes me chasquearon y empezamos a girar por el cruce. Mantuve las manos en el volante en todo momento y no aparté el pie del freno, como si así pudiera impedir que ocurriera todo eso. Oí un chirrido espantoso, de metal contra metal, y vi el poste un segundo antes de que nos estampáramos contra él, por el lado de mi padre. Y, entonces, fue cuando el coche se detuvo por fin. Pero mi padre ya no se movía y yo sentía un ardor en la frente. Alguien estaba gritando y no se callaba. Hasta que llegó la ambulancia y un enfermero me sacó del vehículo y me sacudió por los hombros con fuerza, no me di cuenta de que era yo la que gritaba.

If you don't mind, North Carolina is where I want to be.

—Eddie from Ohio

Regresé al asiento del pasajero, cerré de un portazo y clavé la mirada en el salpicadero. Cuando terminé de contarle a Roger lo que había ocurrido, me había dado la impresión de que él iba a decir algo, pero todavía no estaba preparada oírlo. Simplemente le señalé una cafetería situada al lado de la carretera y comimos prácticamente sin dirigirnos la palabra. No sabía qué iba a pasar ahora. Pero, lentamente, empezaba a sentirme más ligera, como si hubiera soltado algo que había estado cargando demasiado tiempo sin darme cuenta de lo pesado que se había vuelto.

Roger cerró su puerta con fuerza y me miró.

—Amy... —empezó.

—¿Qué te parecería ir a Richmond? —lo interrumpí.

Roger se quedó mirándome. Aquel comentario parecía haberlo descolocado un poco.

—¿Qué hay en Richmond?

—El compañero de cuarto de Charlie, Zef. Es de allí y me dio una nota para que se la entregue a un tal Corey que anda mucho por el Dairy Queen. Al parecer, la vida de un pez está en juego.

—¿Un pez?

—Ya —contesté mientras Roger arrancaba—. Yo tampoco entendí esa parte.

—¿Y qué clase de nombre es Zef?

—Es un acrónimo. Significa Zach El Fumeta.

—Ah, claro. Bueno, podemos ir a Richmond. ¿Por qué habría de morir un pez en vano?

Estudié el mapa de carreteras y le indiqué la ruta. Después saqué el sobre que Zef me había dado y alisé algunas arrugas.

—¿Cómo vamos de dinero? —preguntó Roger después de volver a incorporarse a la autopista.

–Nos quedan ciento ochenta y cinco dólares –contesté. Con suerte, sería suficiente para ir a Richmond y luego a Connecticut.

Miré a Roger, sentado al otro lado del coche. En algún punto, me había acostumbrado a aquella imagen. Me costaba creer que dentro de poco ya no volvería a verla.

Avanzamos unos cuantos kilómetros por la I-40 en silencio. Roger no dejaba de mirarme y, a esas alturas, ya lo conocía lo bastante bien como para saber que quería decirme algo. Cada vez que lo veía tomar aliento, yo subía el volumen de la música. Después de que la situación se repitiera tres veces, y la música resonara en el coche tan fuerte que hacía vibrar las ventanillas, Roger estiró la mano y apagó el reproductor.

–Tengo que decir algo.

Miré por la ventanilla, preparándome. Siempre había sabido que las cosas cambiarían cuando le contara lo que había ocurrido. Y, al parecer, no iba a poder retrasarlo más.

–Vale –contesté.

Me volví hacia él. Roger tenía la vista puesta en la carretera, pero me miró un instante antes de empezar.

–No fue culpa tuya –dijo.

Negué con la cabeza. Eso era como decir que el cielo no era azul. Decir algo así no hacía que fuera verdad.

–Claro que sí. Iba conduciendo yo.

–Eso no significa que fuera culpa tuya –insistió.

–No tienes que hacer esto.

–Hablo en serio –dijo con una voz carente de todo rastro de humor. Apartó una mano del volante y señaló una furgoneta azul que había cambiado de carril y avanzaba a nuestro lado–. Si de repente esa furgoneta diera un volantazo y se estrellara contra nosotros, ¿sería culpa mía?

–No –admití–. Pero...

–Así que no fue culpa tuya –sentenció Roger–. Y ya está.

–No fue solo por conducir. Oí a dos enfermeros hablando en el lugar del accidente. Estaban diciendo que había sido uno de esos casos poco frecuentes. Pero que, si no hubiera llevado puesto el cinturón, seguramente habría salido despedido hasta el asiento trasero y solo habría sufrido algunas contusiones leves. Pero lo obligué a ponérselo. Y se quedó atrapado en el asiento y el poste de la farola le aplastó el cráneo.

Supuse que Roger se estremecería al oír aquello, pero no fue así.

—No —dijo con el mismo tono serio—. Eso no son más que suposiciones. Nadie lo sabe con certeza. Podría no haberlo llevado puesto y haber salido despedido hacia delante por el parabrisas. O podría no llevarlo y no acabar en el asiento trasero. No hay forma de saberlo. Pero fue un accidente. No fue culpa tuya.

Sacudí la cabeza, negándome a aceptar aquellas palabras. Había vivido los últimos tres meses con esa certeza. Había dejado de creer en un mundo en el que no fuera verdad.

—Pero si me hubiera saltado el semáforo en amarillo; si no me hubiera olvidado los zapatos...

—No puedes pensar en eso. No fue culpa tuya —me repitió, en voz baja pero firme—. No lo fue.

—Eso no lo sabes —musité.

—Tú tampoco. Fue un accidente. Un accidente espantoso. No podrías haber hecho nada. Tú no lo provocaste. No fue culpa tuya.

—Sí lo fue —dije con voz ronca.

No quería aceptar esa liberación que me estaba ofreciendo. Porque creer en lo que me decía me parecía casi inconcebible. ¿Y si se equivocaba?

—No —dijo simplemente—. No te miento. Te prometo que no fue culpa tuya.

Fue eso lo que me convenció. En todo ese tiempo, Roger nunca me había mentado. Sabía que podía confiar en él. No iba a empezar a mentirme ahora, y mucho menos sobre algo tan importante. La idea de que aquello no hubiera sido culpa mía, que yo no fuera la responsable, que no se hubiera tratado más que de mala suerte y una cadena de acontecimientos sobre los que yo no había tenido control, fue la gota que colmó el vaso. Los últimos endebles tablones del dique se rompieron y empecé a llorar de verdad, dejando salir todo lo que me había estado guardando dentro. Sentía alivio, pero sobre todo tristeza. Tristeza porque había estado aferrándome a eso cuando no era necesario.

Roger redujo la velocidad, puso el intermitente para salir de la autopista y se dirigió a un área de descanso. Aparcó delante de las mesas de picnic y apagó el motor. Luego se desabrochó el cinturón, apretó el botón para soltarme el mío y se deslizó hasta el borde de su asiento. El compartimento central estaba entre nosotros, pero se inclinó por encima y me rodeó con los brazos con tanta soltura como si llevara haciéndolo toda la vida. En ese momento, no pensé en nada más aparte de en lo agradable que era que alguien me abrazara y no me soltara. Apreté la cara contra su camiseta y dejé que el llanto se

apoderara de mí, sin importarme si se la llenaba de mocos. Sentía que por fin podía liberar tantas emociones reprimidas, pues sabía que Roger podría con ello y estaría allí mientras lo necesitara.

Mientras los coches pasaban a toda velocidad por la interestatal al otro lado de la ventanilla, Roger me apartó el pelo de la frente y me meció adelante y atrás despacio.

—¡Virginia! —exclamó Roger, dos listas de reproducción y cuatro rondas de las veinte preguntas (Leonor de Aquitania, Jonathan Larson, Sir Francis Drake y Bernadette Peters) después. Señaló el cartel junto al que estábamos pasando y me sonrió.

Lo miré, todavía un tanto turbada por habérselo contado y que no le hubiera molestado. No me miraba de forma diferente, que yo me hubiera dado cuenta. No podía creerme del todo que fuera verdad. Pero si era así... era como si me hubieran quitado otro peso de encima. Y era un alivio que él lo supiera. Ahora ya no había secretos entre nosotros. Justo a tiempo para el fin del viaje.

—¿Sabes cuál es el lema de Virginia? —me preguntó—. *Sic semper tyrannis*, que significa...

—Así siempre a los tiranos —terminé la frase. Roger me miró, enarcando las cejas—. Y es lo que Booth gritó después de dispararle a Lincoln.

—Estoy impresionado —dijo, sonriéndome.

Respiré hondo y le conté aquello que no había sido capaz de decirle hacía cinco días.

—Mi padre era profesor de Historia en la universidad —dije, y, esta vez, apenas me trabé en la forma verbal en pasado—. Y ese periodo era su especialidad.

—Es un buen periodo —comentó Roger. Me miró, como para asegurarse de que no me molestaba, y me preguntó: ¿Le gustaba Lincoln?

Aquello me hizo sonreír y recordé los datos sobre Lincoln que había anotados en la tarjeta que había encontrado en el libro favorito de mi padre. El libro que me había acompañado a través del país.

—Casi tanto como Elvis.

—De acuerdo —dijo Roger dos horas después mientras bajaba el volumen de la canción *Into the woods* de mi lista de reproducción y miraba por la ventanilla—, estamos buscando un DQ.

–Así es –contesté mientras cogíamos la calle principal.

Subimos y bajamos por unas cuantas calles que parecían demasiado elegantes para que hubiera un Dairy Queen. Solo conseguimos encontrarlo, veinte minutos después, porque entré en una gasolinera a preguntar. Nos enviaron a una zona de la ciudad un poco más cutre, con oficinas de cobro de cheques y licorerías en lugar de las tiendas de ropa y los cafés que habíamos visto al llegar.

–Allí –dijo Roger, señalando.

El Dairy Queen, con su letrero rojo y blanco todavía sin encender, estaba junto a una terminal de autobuses. Roger entró en el aparcamiento y observó el letrero que colgaba unos metros por delante de nosotros, encima de la zona por la que entraban y salían los autobuses. Al parecer, lo hacían por el mismo sitio, ya que el letrero decía: «LLEGADAS SALIDAS», sin nada separando las dos palabras.

–Muy bien –dije. Roger apagó el motor y estiró las piernas cuando salimos del coche–. Vuelvo enseguida. ¿Quieres algo?

–Un Blizzard²⁰ estaría genial.

–¿De qué sabor?

Me sonrió.

–Sorpréndeme.

–Hecho.

Observé el Dairy Queen y me di cuenta de que en ese local sólo vendían productos para llevar. Únicamente había un mostrador para hacer los pedidos, pero no había sitio para sentarse dentro. Eso explicaba la desmesurada cantidad de gente que vi comiendo helado dentro de sus coches o apoyados en los parachoques traseros.

Me dirigí a la ventanilla del DQ y me saqué la carta de Zef del bolsillo. Esperaba que el amigo de Charlie supiera de lo que estaba hablando, porque no quería tener que ponerme a buscar a alguien con pinta de llamarse Corey ni intentar explicarles la situación a los empleados.

Volví la mirada hacia el coche mientras atravesaba el aparcamiento y vi a Roger sentado en nuestro lugar habitual en la parte trasera del todoterreno, con las piernas colgando del borde.

–Hola –dije al acercarme a la ventanilla de pedidos del Dairy Queen para hablar con un empleado con cara de aburrimiento, que llevaba la gorra con el logotipo de DQ ladeada.

–¿Puedo ayudarte en algo? –preguntó con un profundo suspiro.

–Sí. Zef me dio esto para Corey. Me dijo que ustedes podrían hacérsela llegar.

Deslicé la carta por el mostrador mirando atentamente al empleado para comprobar si ese código significaba algo para él.

–Vale –contestó cogiendo el sobre. Su expresión no cambió en lo más mínimo, como si interceptara continuamente correo para otras personas entre pedido y pedido de helado. Quién sabe, tal vez era así–. ¿Algo más?

–Pues... sí –respondí, un tanto asombrada de que la transacción se hubiera realizado con tanta facilidad–. Eh...

Levanté la vista hacia los tablones con los menús y supe exactamente qué le apetecería a Roger: un Blizzard de Reese's Pieces con la mitad de helado de vainilla y la otra mitad de chocolate. Después de deliberarlo un momento, también pedí un Blizzard de Oreo para mí. Pagué y llevé los helados al coche, aún pasmada porque la parte más difícil del proceso hubiera sido decidir qué elegir.

Rodeé el coche hasta llegar a la parte trasera y vi a Roger con los pies colgando y las gafas de sol puestas, aunque estaba nublado. Y, entonces, noté que algo se removía en mi interior. Era lo mismo que había sentido cuando había propuesto ir a Yosemite. Lo mismo que había sentido cuando había echado a correr hacia el jeep y me había colocado al volante. La misma sensación que había experimentado antes de pasar la pierna por encima de la ventana y caer dentro de la habitación en Promesas Cumplidas. La sensación de que estaba a punto de hacer algo sin estar segura del resultado. La sensación de saltar con la esperanza de que el suelo estuviera allí esperándome cuando aterrizara.

Me senté al lado de Roger en la parte de atrás del vehículo y dejé los grandes vasos desechables junto al espacio de la rueda.

–Hola –me dijo, sonriéndome, mientras se quitaba las gafas de sol–. ¿Me has traído algo rico?

–Eso creo –contesté, intentando ignorar los fuertes latidos de mi corazón.

Entonces, antes de poder pensar, analizar o reconsiderar lo que estaba haciendo, me incliné y lo besé.



BLUE RIDGE DINER
Asheville, NC
"GO HEELS!"

Table #7
Customers: 2
Server: Jennie

2 orders pancakes	\$3.99/ea.
1 side bacon	\$2.00
1 root beer	\$1.50
1 cream soda	\$1.50
Total	\$12.98

THANK YOU
FOR YOUR BUSINESS



Dónde he estado...

Estado nº 11: Carolina del Norte - El estado de los «talones de alquitrán»²¹

Lema: Esse quam videri (ser en vez de parecer)

Tamaño: Desde luego, no es Utah.

Datos: La cordillera Azul es preciosa.

Notas: Los empleados de los centros de rehabilitación son demasiado desconfiados.

Dónde he estado...

Estado nº 12: Virginia – El viejo dominio

Lema: Sic semper tyrannis (así siempre a los tiranos)

Tamaño: Más grande que Virginia Occidental.

Datos: También es más pequeño que Utah. TODO parece más pequeño que Utah.

Notas: Ni una palabra sobre si, de hecho, el estado cree que existe Papá Noel.²²

Country roads, take me home to the place I belong.

–John Denver

Roger me devolvió el beso. Solo un momento, pero me devolvió el beso, como si fuera una respuesta automática, como si lleváramos mucho tiempo besándonos. Pero luego se apartó y me miró.

–Amy –dijo en voz baja. Nunca antes había pronunciado mi nombre así y, aunque se había apartado, esa era la respuesta que necesitaba. Me acarició la cara, deslizando una mano por mi mejilla y colocándola bajo mi barbilla—. No sé si...

Pero yo sí lo sabía. Así que me incliné y volví a besarlo. Y, esta vez, Roger me besó en serio. Su mano pasó de mi barbilla a mi pelo, luego me bajó por la espalda y después regresó a mi barbilla. Nos besábamos con el mismo anhelo con el que respira alguien que se ahoga: como si, de pronto, hubiéramos descubierto algo que nunca había sido tan dulce hasta ese momento.

Cuando nos tranquilizamos un segundo para respirar y pasamos a darnos un beso más dulce y prolongado, comprendí de pronto por qué en el cartel de la estación de autobuses «Llegadas» y «Salidas» estaban juntas. Porque a veces, como en ese momento, pueden significar exactamente lo mismo.

–Dios mío –murmuró contra mi pelo cuando nos separamos.

Podrían haber transcurrido diez minutos. Podría haber sido una hora. En ese momento ya no podía calcular ese tipo de cosas. Roger me acarició el pelo.

–Llevo mucho tiempo deseando hacer eso.

–¿En serio? –pregunté, casi con miedo de creérmelo.

–Oh, sí. Desde Kansas. Por lo menos.

–¿Un Blizzard? –le ofrecí pasándole su helado.

Lo cogió, me dio otro beso y luego lo probó.

–Perfecto –dijo, sonriéndome—. ¿De Reese's?

Cuando asentí con la cabeza, sonrió y comió otra cucharada con la mano apoyada sobre mi rodilla.

Respiré hondo, me incliné hacia él y lo besé de nuevo. Esta vez me supo a helado. Podría haberme quedado así para siempre, con el sabor de los labios de Roger en los míos y lo que fuera que nos aguardase extendiéndose ante nosotros como los carriles de las autopistas: el camino estaba abierto y las rutas eran innumerables.

Y, entonces, empezó a llover.

Roger y yo nos separamos. Levanté la vista hacia el cielo, que se había oscurecido rápidamente y mostraba indicios de empeorar. Nos estábamos empapando, sentados en la parte trasera, así que bajamos y Roger cerró la puerta. Fuimos corriendo hasta los asientos delanteros y cerramos las puertas al tiempo que el cielo se abría y empezaba a diluviar sobre nosotros.

—¡Madre mía! —exclamé mirando hacia fuera.

—Y que lo digas —contestó Roger. Estiró una mano para apoyarla en mi rodilla y sentí que el corazón se me aceleraba. Todavía no acababa de creermelo que aquello estuviera pasando—. Supongo que deberíamos ponernos en marcha, ¿no?

Observé el aparcamiento, que ahora estaba casi desierto. El empleado del DQ se había colocado la capucha de la sudadera sobre la gorra.

—Eso parece.

Me aparté el pelo mojado de la cara. Caí en la cuenta de que casi no nos quedaba tiempo juntos, que el viaje estaba terminando justo cuando había cosas comenzando. Pero no se me ocurría nada que nosotros pudiéramos hacer al respecto.

Roger me acarició la mejilla un momento. A continuación, arrancó y nos marchamos del aparcamiento.

Dónde he estado...

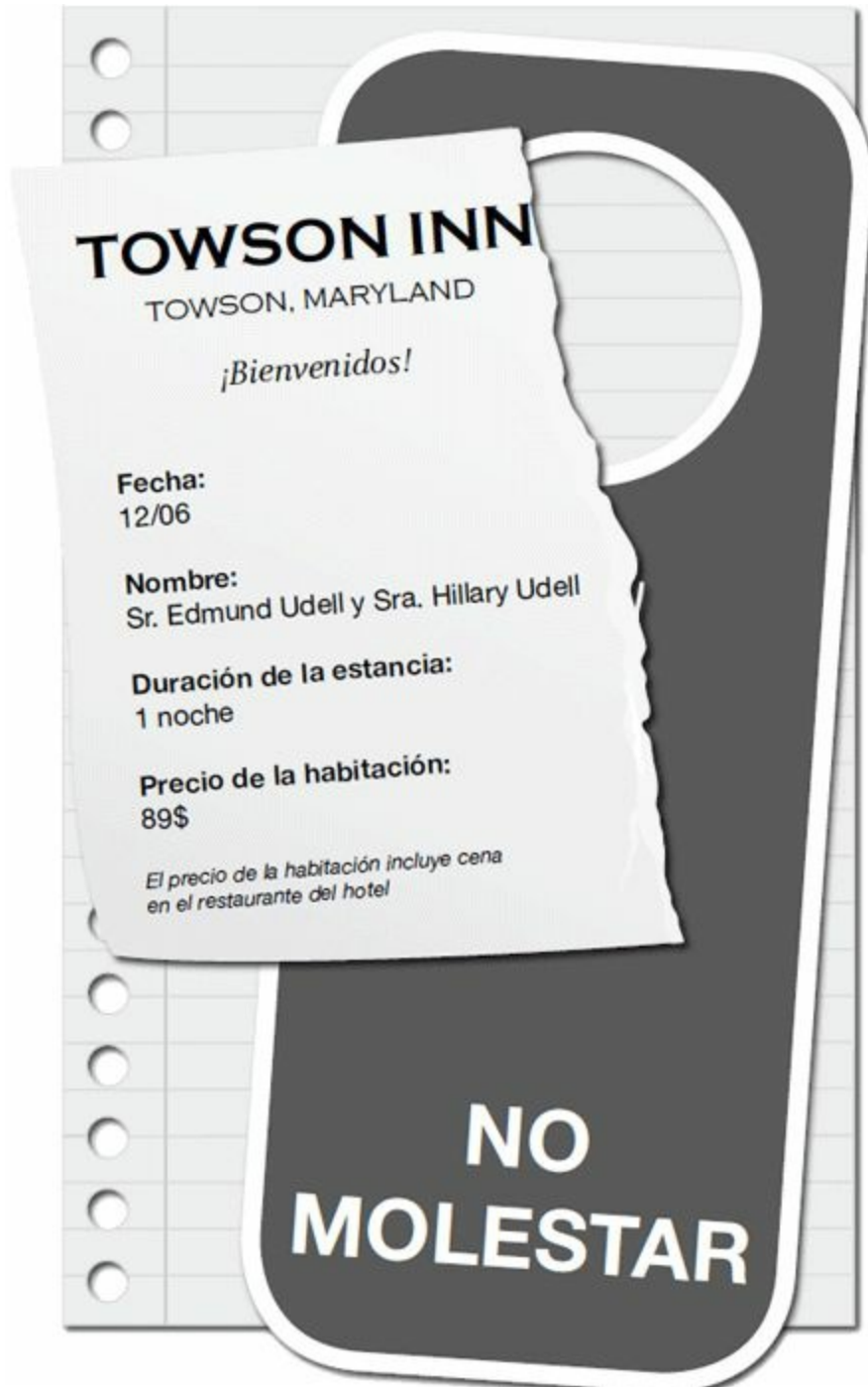
Estado nº 13: Maryland – El estado de la Vieja Línea

Lema: Fatti maschii, parole femine (Actos masculinos, palabras femeninas)

Tamaño: ¡PEQUEÑO!

Datos: La bebida típica del estado es la leche. ¿Quién iba a decir que los estados tenían bebidas típicas?

Notas: NUNCA le permitas a Roger hablar de The wire mientras viajas por Maryland. LO LAMENTARÁS.



*Quizá esta vez con tanto que ganar y tanto que perder: Pensilvania,
Maryland, el mundo.*

—William Faulkner

Para cuando llegamos a Maryland, la lluvia había empeorado. Yo nunca había visto una tormenta como esa (en verano, al menos), pero tal vez fueran frecuentes en la Costa Este. Tendría que aprenderme toda una nueva serie de reglas meteorológicas. Se me ocurrió que también tendría un invierno de verdad por primera vez en mi vida. Puede que hasta viera nevar.

La lluvia aporreaba el coche. Roger había activado los limpiaparabrisas a la máxima velocidad y llevaba las luces encendidas, pero aun así yo apenas podía ver las líneas de la carretera por delante de nosotros.

—Esto tiene mala pinta —le dije mientras le pasaba las gafas.

—Gracias —contestó, sonriéndome sin apartar los ojos de la carretera, y se las puso. Mantenía la mirada clavada en el parabrisas con los ojos entrecerrados—. Sigo pensando que va a escampar en cualquier momento, pero no parece que vaya a ocurrir.

Observé los letreros que había al lado de la carretera indicando los próximos restaurantes, gasolineras y hoteles. Al parecer, íbamos a llegar pronto a un pueblo bastante grande. Vi tres hoteles, como mínimo, en la sección correspondiente del cartel.

—¿Sabes qué? —dije, procurando no mirarlo, mientras notaba que me ponía colorada—. Parece que se está poniendo feo.

—Sí, ya —contestó Roger, moviendo la cabeza.

—Así que, tal vez —dije, hablando rápido—, deberíamos salir de la carretera antes de que empeore demasiado y buscar un sitio barato para pasar la noche.

Roger me miró y luego volvió a posar la vista en la carretera mientras se le empezaba a formar una sonrisa en los labios.

—¿En serio? ¿Estás segura?

—Estoy muy segura —respondí, sonriendo también.

–Pero ¿podemos permitirnoslo?

–Creo que es posible.

Sería ajustado, pero viable. Y, si nos quedábamos sin gasolina, para eso estaba el servicio de ayuda en carretera. Roger me miró y asentí. Puso el intermitente y cogimos la primera salida.

Después de que los Udell se registraran, nos dirigimos a nuestra habitación y abrimos la puerta con la tarjeta-llave. Era uno de los lugares menos bonitos en los que nos habíamos quedado, pero me dio igual. La cama era de matrimonio y estaba cubierta con lo que, según nos aseguró el recepcionista, era una reproducción auténtica de una colcha holandesa de Pensilvania, del vecino condado de Lancaster. Pero yo sabía, y estaba segura de que Roger también, que el hecho de que solo hubiera una cama ahora significaba algo muy diferente que antes.

–Voy a darme un baño rápido –dije intentando aliviar la tensión que percibí de pronto en la habitación–. Me siento como si hiciera un mes que no me baño.

–Muy bien –contestó Roger.

Lo vi meterse las manos en los bolsillos, luego sacarlas y juntarlas con incomodidad. Comprobar que él también estaba nervioso me hizo sentir mucho mejor.

Me llevé la maleta al baño conmigo, pues no quería tener que prepararme delante de él. Era absurdo ya que, después de pasar prácticamente todo el tiempo juntos esos últimos días, Roger me había visto en todos los estados posibles, incluyendo a primera hora de la mañana. Sin embargo, aunque no tuviera sentido, quería estar guapa esa noche. Después de todo, el precio de la habitación incluía cena. Y, para mí, era como si fuera nuestra primera cita.

Me di un largo baño caliente usando los productos que había robado en hoteles de todo Estados Unidos. Después me sequé el pelo con el secador, tratándolo con cuidado. Puede que fueran imaginaciones mías, pero me dio la impresión de que no se me cayó tanto como otras veces. Escarbé en la maleta, buscando algo especial que ponerme. Bronwyn me había organizado la maleta según el tipo de ropa: las camisetas y los tops sin tirantes estaban encima, y me había limitado casi exclusivamente a eso. Pero estaba segura de que había visto un vestido doblado en el fondo. Revolví hasta la última capa y allí estaba, solo, ocupando todo el fondo de la maleta. Lo sostuve en alto, dándole las

gracias una vez más a Bronwyn por todo lo que había hecho por mí. El vestido era largo, de color lavanda azulado y con el escote en forma de corazón. La tela era increíblemente suave y, al examinarla de cerca, vi que tenía un ligero brillo. Aunque era demasiado elegante para el restaurante del hotel, era el vestido perfecto para esa noche. Al sacarlo, vi el conjunto de ropa interior verde que había insistido en regalarme también. Me quedé mirando un momento las braguitas y el sujetador, y luego me los puse.

Terminé de vestirme y me puse un poquito más de maquillaje del habitual, añadiendo incluso un toque de rímel. Entonces, observé mi reflejo una última vez, respiré hondo y salí del baño.

Roger estaba sentado en el borde de la cama, pero se levantó al verme. Comprobé que él también se había puesto elegante. Llevaba unos pantalones color caqui y una camisa de botones.

–Hola. Estás muy guapo.

–Tú también –contestó, sonriéndome.

Estuve a punto de rechazar el alago, decirle que solo era por el vestido de Bronwyn o hacer un chiste. Pero simplemente sonreí y dije:

–Gracias.

–¿Nos vamos? –preguntó mientras me tendía una mano.

La cogí, entrelazando mis dedos con los suyos.

–*Sip* –contesté.

Behind closed doors...

—Charlie Rich

La chimenea del vestíbulo del Towson Inn estaba encendida y Roger y yo nos habíamos sentado en el sofá delante de ella. La cena había sido genial, aunque la comida solo había estado pasable y habíamos sido las personas más arregladas del restaurante. Pero eso nos había dado igual. Y nos habíamos agarrado de la mano por debajo de la mesa.

Sin embargo, mientras permanecíamos allí sentados, las pausas en la conversación se fueron haciendo cada vez más largas. Apoyé la cabeza en el pecho de Roger un momento y él colocó la barbilla encima. Entonces le apreté la mano una vez y me puse en pie. Lo hice con cuidado, ya que no estaba acostumbrada a llevar tanta tela como tenía ese vestido y no quería estropear el momento cayéndome. Roger levantó la vista hacia mí y le tendí la mano.

—¿Listo para subir?

Me cogió la mano entre las suyas, pero se quedó sentado.

—Mira —dijo mientras me trazaba un lento círculo en el dorso de la mano—. No quiero que te sientas presionada, como si estuviéramos obligados a... Lo que digo es que quiero asegurarme de que sabes que yo...

—Roger —lo interrumpí. Dejó de hablar y me miró—. ¿Listo para subir? —pregunté de nuevo, sonriéndole.

El corazón me iba a mil por hora y estaba increíblemente nerviosa. Pero en el buen sentido. Era la clase de nerviosismo que sentías antes de que ocurriera algo muy bueno.

Roger sonrió y se levantó sin soltarme la mano.

—¿Estás segura?

Asentí y lo besé. Me devolvió el beso y nos quedamos así un momento. Pero entonces ir a la habitación, y rápido, nos pareció buena idea a ambos. Entramos juntos a trompicones en el ascensor, besándonos hasta que llegamos a nuestra planta, y luego salimos a toda prisa, riéndonos e intentando caminar al mismo tiempo. Conseguimos

abrir la puerta de la habitación después de solo tres intentos y entramos. Roger trataba de aclararse con mis tirantes y yo le había sacado la camisa de los pantalones y estaba empezando a desabrocharle los botones mientras nos besábamos... y casi me tropiezo con mi vestido. Antes de reunirme con él en la cama, eché llave y cerré las persianas.

—Eh —murmuré varias horas después. Me estiré y le di un beso en el hombro desnudo—. ¿Estás despierto?

—No —contestó, sonriendo sin abrir los ojos.

Se tumbó de espaldas y me coloqué sobre él, apoyando la cabeza en su pecho. Después de un momento, me di cuenta de que podía notar los latidos de su corazón. Cerré los ojos mientras me acariciaba el pelo.

—¿Cinco preguntas? —dijo. Moví la cabeza en sentido negativo contra su pecho—. ¿Una? —corrigió.

—Esa cuenta, ¿sabes? —contesté incorporándome un poco para mirarlo.

—Eso es jugar sucio —protestó.

—Aprendí del mejor. Bueno, vale —cedí—. Una.

Trazó la línea de mi barbilla mientras su expresión se tornaba seria.

—Ahora mismo. En este instante. ¿Eres feliz?

Me estiré para besarlo antes de asentir.

—Sí. Mucho. —Lo miré, observando que la expresión seria no había abandonado su cara—. ¿Y tú?

Asintió con la cabeza y extendió el brazo sobre el que estaba apoyada. Se colocó de costado y yo hice lo mismo, mirándolo. Entrelazamos los pies como si lo hubiéramos hecho toda la vida. Ocurrió así de fácil.

—Sí —contestó—. Puede que demasiado.

Me arrimé más a él. Sabía que, en algún momento, íbamos a tener que sentarnos a hablar. Íbamos a tener que decir adiós. Y, aunque Roger se negara a llamarlo así, eso es lo que sería. Pero no quería pensar en eso todavía. Cerré los ojos y le envolví la mano con la mía.

Tienes un amigo en Pensilvania.

—Lema en matrículas de Pennsylvania

—¿Estás segura? —me preguntó Roger desde el asiento del pasajero.

Ajusté el retrovisor y me aseguré de estar lo bastante cerca de los pedales. Exhalé y vi mi sonrisa reflejada en el espejo lateral.

—Sí —contesté.

Cuando salimos del Towson Inn esa mañana, me había dirigido al lado del conductor. Quería intentarlo, al menos. Quería comprobar si podía hacerlo.

—¿Vas bien?

—Eso creo —respondí, y coloqué las manos en el volante, en la posición de las dos menos diez.

Roger estiró el brazo y me apretó la mano derecha.

—Lo harás genial —me aseguró—. Tú tómatelo con calma. Y me tienes aquí.

—Vale —dije—. Vale.

Apreté los labios y luego le di al contacto. Aquello estuvo bien, así que puse la marcha y salí despacio del aparcamiento del hotel.

—¿Todo bien? —me preguntó mientras me incorporaba con cuidado a la calle principal.

—Creo que sí.

Frené en un semáforo, consciente de lo concentrada que estaba, pero sintiendo que lo tenía bajo control. Se me ocurrió que sería más fácil en cuanto llegáramos a la autopista, donde habría que parar y acelerar menos.

—¿Quieres que ponga algo de música? —sugirió Roger bajando la mirada hacia el iPod.

—Puede que dentro de un momento —respondí. Me di cuenta de que había vuelto a necesitar silencio en el coche como cuando estaba aprendiendo a conducir—. Ahora estoy concentrada.

—No hay problema —dijo mientras se recostaba en el asiento del pasajero—. En realidad, me gusta ir aquí. Es muy tranquilo. Puede que tengas que conducir tú el resto del viaje.

Aquella frase quedó flotando entre nosotros, y pude sentir su peso. Ya no había más resto del viaje. El viaje había terminado.

Llegué a la autopista y me situé en el carril central, que siempre había sido mi preferido. Nunca me había gustado ir tan rápido como los conductores del carril izquierdo y, en el de la derecha, siempre había demasiada gente incorporándose. En cuanto llegué a los ciento diez, iba a la misma velocidad que los demás vehículos y pude relajarme un poco.

Todo iba bien. No estaba disfrutando como en el pasado, pero todo iba bien. Estaba conduciendo. Y me sentía bien.

Roger había sugerido que nos detuviéramos en una de las numerosas cafeterías de carretera que habíamos visto anunciadas en la autopista. Al parecer, Pensilvania era territorio de cafeterías. Sin embargo, cuando vi el letrero de una hamburguesería, supe que ahí era donde teníamos que parar a comer.



Habíamos pedido las hamburguesas para llevar y luego habíamos aparcado en la plaza más alejada del aparcamiento. Estábamos comiendo en la parte de atrás del vehículo, con los recipientes de patatas fritas entre nosotros y los pies colgando del borde.

—Esto está buenísimo —comentó Roger, y vi que su hamburguesa casi había desaparecido—. Puede que Pensilvania tenga algo bueno después de todo.

Sonreí, le di un mordisco a mi hamburguesa (que estaba realmente estupenda) y me ajusté las gafas de sol nuevas. Entonces recordé que nos habíamos sentado en ese mismo sitio a comer hamburguesas del In-N-Out en California el primer día de viaje. El día que habíamos decidido dar un rodeo. Un pequeño rodeo. Miré a Roger, que ahora me resultaba tan familiar.

—¿La última? —me ofreció orientando las patatas hacia mí.

Negué con la cabeza.

—Todas tuyas.

Se terminó las patatas y se puso en pie mientras yo metía la basura en la bolsa de Burgertown. Roger cerró la puerta trasera, luego se volvió hacia mí y me cogió de la mano con cuidado, como si todavía estuviera acostumbrándose a hacerlo.

—¿Quieres que me ocupe de conducir, Hillary? —preguntó.

Me saqué las llaves del bolsillo con la otra mano y negué con la cabeza, sonriéndole.

—Yo me encargo, Edmund.

Después de conducir durante otra hora, estuve preparada para volver a poner música. Roger recopiló su última lista de reproducción y me di cuenta de que había repetido algunos grupos, algunos de los cuales se habían convertido en mis favoritos: grupos de los que ni siquiera había oído hablar hasta hacía unos días. Canté las letras que me sabía mientras Roger seguía el ritmo tamborileando con los dedos en el salpicadero.

Mientras conducía, intenté imaginarme cómo sería el resto del día. Representé en mi mente las diferentes posibilidades. Roger regresando conmigo y enfrentándose a la cólera de mi madre. Roger allí presente mientras mi madre me gritaba en una cocina que ni siquiera conocía, con un frigorífico sin imanes. Pensé en que otra persona presenciaría cómo nos decíamos adiós, aunque no usáramos esas palabras exactas.

Le eché un vistazo al indicador de la gasolina, que estaba llegando al mínimo. Tomé la siguiente salida y me dirigí a una gasolinera.

—He estado pensando en algo —dije mientras me acercaba con cuidado al surtidor y apagaba el motor. Roger se volvió hacia mí—. ¿Y si te dejo en Filadelfia y voy por mi cuenta a Connecticut?

Roger negó con la cabeza.

—No me parece buena idea.

—No me pasará nada —le prometí—. En serio. Y eso tiene más sentido.

Roger salió del coche y desenroscó el tapón de la gasolina. Me di cuenta de que se lo estaba pensando. Entré en la tiendita para pagar en efectivo, esperando que nos alcanzara para llegar a Filadelfia. Cuando regresé al coche, Roger estaba bombeando gasolina.

–Me siento cómoda conduciendo –le aseguré mientras limpiaba el cementerio de bichos del parabrisas–. De verdad. Y no tiene sentido que vengas conmigo a Connecticut para luego tener que regresar en tren a Filadelfia.

–Pero es que acabas de empezar a conducir otra vez –protestó mientras volvía a colocar el tapón de la gasolina y cerraba la puertecita–. No sé si deberías ir sola todavía.

Volví a guardar la escobilla y me acerqué a él.

–No va a pasarme nada. Y así puedo ahorrarte la ira de mi madre.

Roger me rodeó con los brazos y apoyé la cabeza en su pecho. Nos quedamos así hasta que un claxon a nuestra espalda nos comunicó que había gente esperando para usar el surtidor. Entonces, le pasé las llaves. Roger se colocó al volante, yo regresé al lado del pasajero y emprendimos la última etapa de nuestro viaje.

Dónde he estado...

Estado nº 14: Pensilvania – El estado piedra angular

Lema: Virtud, libertad e independencia

Tamaño: Sorprendentemente grande, en realidad. Por suerte, no tuvimos que cruzarlo entero.

Datos: La bebida típica TAMBIÉN es la leche. ¿Hora de un enfrentamiento con Maryland?

Notas: ¿Dónde están todos esos supuestos amigos que prometen las matrículas?

ÚLTIMA LISTA DE REPRODUCCIÓN DE ROGER

«Pensilvania, allá vamos», alias «El final del viaje»

<u>TÍTULO</u>	<u>ARTISTA</u>
"How to Say Goodbye"	Paul Tiernan
"It'll All Work Out"	Tom Petty and the Heartbreakers
"The Trees and the Wild"	Matt Pond PA
"No Myth"	Michael Penn
"Slow Pony Home"	The Weepies
"How We Roll"	Flushgun
"The Resolution"	Jack's Mannequin
"World Spins Madly On"	The Weepies
"Signal Fire"	Snow Patrol
"Live to Tell the Tale"	Passion Pit
"What's So Bad (About Feeling Good)?"	Ben Lee
"Young Folks"	Peter, Bjorn & John



Los famosos exploradores Edmund y Hillary

Good-bye, so long, farewell...

—Paul Tiernan

Empecé a venirme abajo a unos treinta kilómetros a las afueras de Filadelfia. En un abrir y cerrar de ojos, fue como si comenzaran a aparecer señales cada pocos metros indicándonos a qué distancia estábamos de la ciudad. Roger sostenía mi mano entre los asientos, pero a mí me costaba incluso mirarlo, así que observaba el paisaje por la ventanilla. No conseguía pensar en otra cosa aparte de que, en unos minutos, se habría ido.

—¿Estás bien? —me preguntó mientras bajaba por una calle residencial.

—Creo que no —contesté sin dejar de mirar por la ventanilla.

—Bueno, creo que ya casi hemos llegado —anunció mientras reducía la velocidad y miraba con los ojos entrecerrados los números de las casas situadas en su lado de la calle.

—Eso no me ayuda —repuse intentando mantener un tono alegre y fallando por completo.

Roger me miró un momento y luego se apartó a un lado de la calle. Miré a mi alrededor y vi que estábamos entre dos casas.

—¿Es aquí? —pregunté, confundida.

—Creo que es allí —respondió leyendo la dirección en su móvil y luego mirando hacia la entrada de una casa situada a unos metros—. Pero quería un poco de intimidad.

Apagó el motor, dejó las llaves en el contacto y se volvió hacia mí. Se desabrochó el cinturón y luego el mío.

—¿Y ahora qué? —pregunté, esperando que él tuviera algún plan.

—Bueno —dijo mientras se deslizaba hasta el borde del asiento—. Yo voy a entrar y tú vas a conducir hasta Connecticut. Y luego voy a llamarte esta noche y hablaremos.

—No. Me refiero a qué va a pasar. Con nosotros —dije con el corazón desbocado.

Me sonrió.

–Siempre la navegante. Quieres saber adónde vamos y conocer la ruta exacta.

–Pues sí. Es que...

–Pero ¿y si no hubiéramos dado este rodeo? Habríamos regresado hace tiempo. Y solo habríamos visto Tulsa.

–Ya lo sé.

Pensé en el viaje que mi madre había querido que hiciera y el que habíamos acabado haciendo, y en que el nuestro había sido muchísimo mejor.

–Así que creo que tenemos que estar abiertos a lo que pase. No podemos saber exactamente lo que nos espera.

–Pero yo solo quiero saber si... –Me detuve cuando me di cuenta de que no podía terminar la frase. Lo que yo quería era algún tipo de garantía, y él no podía dármela. Nadie podía.

–Amy –dijo Roger. Lo miré y noté cómo había pronunciado mi nombre. Como si cada letra fuera mágica–. Yo no esperaba que pasara esto. ¿Y tú?

–No, claro que no.

–Exacto. Así que aún estoy tratando de asimilarlo. No sabemos qué va a ocurrir. Lo único que podemos hacer es resolverlo sobre la marcha. ¿No crees?

–Sí –contesté despacio–. Pero...

–Después de todo, debería haberlo sabido –comentó echándose un poco hacia atrás para sonreírme–. Siempre ocurre así.

–¿El qué?

–Los mejores descubrimientos siempre les suceden a las personas que no están buscándolos. Colón y América. Pinzón, que encontró Brasil por accidente mientras buscaba las Indias Orientales. Stanley cuando se topó con las cataratas Victoria. Y tú, Amy Curry, cuando menos te esperaba.

Le devolví la sonrisa mientras pensaba, con una punzada de pesar, cuánto iba a echarlo de menos. Era casi como un dolor físico.

–¿Estoy en esa lista?

–Eres la primera de la lista.

Se inclinó para besarme y le correspondí. Permanecimos así hasta que pasamos simplemente a abrazarnos. Roger se apartó un rato después y asentí con la cabeza. Salimos del coche y rodeé el vehículo hasta el lado del conductor mientras él cogía la mochila y el macuto.

–Bueno... –dije.

Nos besamos otra vez y me dio un abrazo tan fuerte que me levantó los pies del suelo.

–Te llamo esta noche –me susurró al oído–. Y resolveremos esto. Te lo prometo.

Asentí de nuevo y Roger me dejó en el suelo. Noté que me metía algo en el bolsillo delantero de los vaqueros.

–No lo abras hasta que llegues a Connecticut, ¿vale? –Retrocedió un paso y me sonrió con tristeza–. No vamos a decirnos adiós.

–Claro que no –contesté haciendo todo lo posible por devolverle la sonrisa.

–Solo voy a decir... hasta la vista –añadió mientras daba unos pasos en dirección a la casa de su padre.

–No te olvides de que existo –respondí.

–Cuídate –dijo, alejándose.

–Hasta pronto.

–Ya hablamos –agregó, caminando todavía de espaldas para poder mirarme.

–¡Nos vemos! –exclamé.

Llegó al extremo del camino de entrada a su casa y se despidió con la mano. Levanté la mía para responderle. Y, entonces, se echó el macuto al hombro y subió por el camino dejándome junto al coche, sola.

* Amy Playlist #3 *

«El final del camino» o «El comienzo»

<u>TÍTULO</u>	<u>ARTISTA</u>
"All Shook Up"	Elvis Presley
"I Guess This Is Goodbye"	Into the Woods
"New Music"	Ragtime
"The Joy You Feel"	The Light in the Piazza
"I'd Do Anything"	Oliver!
"Goodbye Until Tomorrow"	The Last Five Years
"All That I Am"	Elvis Presley
"It Would Have Been Wonderful"	A Little Night Music
"We're Okay"	Rent
"With So Little to Be Sure Of"	Anyone Can Whistle
"Come What May"	Elvis Presley

Into the woods, then out of the woods, and home before dark.

–Stephen Sondheim

Tres horas después, pasé la señal que me indicó que acababa de entrar en Connecticut y paré en la primera área de descanso que vi. Apagué el motor y me saqué del bolsillo lo que me había dado Roger: un objeto envuelto en una nota.



El imán tenía escrito encima «ESTADOS UNIDOS». Le di vueltas en la mano, pensando en el viaje. Pensando en la gente que habíamos conocido y todo lo que habíamos visto.

Leí una y otra vez las palabras que me había escrito. No estaba segura de qué nos pasaría. Sabía que no había garantías. Podían ocurrirte cosas espantosas cuando menos te lo esperabas, en soleadas mañanas de sábado, y tenías que vivir con las consecuencias todos los días. Pero, al parecer, también podían ocurrir cosas maravillosas. Podían obligarte a hacer un viaje, sin saber a quién conocerías. Sin saber que te cambiaría la vida.

Salí del coche para estirar las piernas y le eché el primer vistazo de verdad a Connecticut. Advertí, con cierta sorpresa, que era muy bonito, incluso en el área de descanso.

Saqué el mapa de Connecticut que había comprado en una gasolinera y lo desplegué cuando caí en la cuenta de que no tenía la dirección de la casa de mi madre... de nuestra casa. Empecé a pensar en aquella casa como en un lugar real, al que llegaría en menos de una hora. No podía imaginármela, pero esperaba que tuviera conexión a Internet. Le debía un correo a Julia desde hacía mucho tiempo. Saqué el móvil y marqué el número de mi madre, esperando que la llamada acabara directamente en el buzón de voz, como todas las demás.

Respondió al segundo tono.

—¿Amy? —dijo con un toque de vacilación en la voz.

—Hola, mamá —contesté intentando hablar a pesar del nudo que se me había formado en la garganta con solo oír su voz.

—¿Estás bien? —me preguntó, y noté lo tensa que sonaba—. ¿Pasa algo?

—No, nada —le aseguré enseguida, y pude oírla soltar un suspiro—. Estoy bien. Estoy en Connecticut.

—¿Estás... aquí? —La sorpresa reemplazó a la preocupación en su voz—. ¿Ahora? ¿Con Roger?

—No, yo sola —respondí, un poco sorprendida todavía de que fuera cierto—. Dejé a Roger en casa de su padre hace unas horas.

—¿Que lo dejaste? —Mi madre parecía cada vez más confundida—. ¿Quieres decir que... estás conduciendo?

—Sí.

Y, en el silencio posterior, sentí que todo lo que había ocurrido en el viaje me había traído a este punto.

—Vaya. —Parecía atónita—. Eso... eso es genial. Me refiero a que hayas... —Se quedó callada un momento—. Aunque eso no quiere decir que no esté disgustada contigo —dijo en un tono que probablemente pretendía ser severo. Pero no lo consiguió del todo—. Porque lo estoy. Y vamos a tener que hablar de las consecuencias de tus actos.

—Vamos a tener que hablar de un montón de cosas. Espero.

—Eh... sí —respondió mi madre despacio, probablemente tratando de averiguar a qué me refería. Pero daba igual si no se daba cuenta ahora. Ya se lo explicaría después.

—¿Me das la dirección? —le pedí—. Acabo de cruzar la frontera del estado.

—Oh, por supuesto.

Me leyó la dirección y me dio unas indicaciones básicas para llegar, y luego se hizo el silencio entre nosotras.

—Vale —dije después de un momento—. Pues...

—¿Tienes hambre? —me preguntó con algo de brusquedad—. Iba a ponerme a hacer la cena. Pero si no has comido, puedo esperarte.

—No, no he comido.

Al decirlo, me di cuenta de que tenía hambre. Y una comida casera sonaba genial.

—Bueno, pues voy a ponerme a ello —añadió mi madre—. Conduce con cuidado, ¿vale?

—Descuida —le prometí—. Te veo pronto.

Colgué el teléfono y regresé al coche. Me guardé el imán de Roger con cuidado en el bolso. Al hacerlo, vi el ejemplar de *Food, Gas, and Lodging*: el libro que me había acompañado a través del país. Lo saqué y lo abrí por la página de la tarjeta, la última página que había leído mi padre. Mientras lo miraba, supe que iba a poder seguir leyendo más allá de la página sesenta y dos. De lo contrario, nunca iba a averiguar qué pasaba. Lo leería hasta el final, aunque sabía que no podría comentarlo con mi padre. Aunque, tal vez, Charlie y yo podríamos hablar de él cuando regresara.

Al estirar el mapa de Connecticut, me llamó la atención el lema del estado, que aparecía en la portada. «Aquel que nos trasplantó nos sostiene.»

Me quedé mirándolo un buen rato. Aunque era evidente que había sido el lema de Connecticut desde hacía mucho tiempo (desde 1622, me informó amablemente el mapa), me pareció una señal. Me pareció que significaba que me iría bien aquí. Que, aunque me hubieran trasplantado, encontraría la forma de medrar aquí.

Lo observé un momento más y luego me di cuenta de que, si no me ponía en marcha pronto, iba a llegar tarde a cenar. Arranqué y repasé mi lista de reproducción hasta que encontré una canción de Elvis. A continuación, puse el intermitente, subí el volumen y regresé a la autopista.

Unos días después



Agradecimientos

En primer lugar, le doy las gracias de todo corazón a Alexandra Cooper, la editora que cualquier escritor soñaría tener. Muchas gracias por tu genialidad en el campo editorial, paciencia, amabilidad y humor. Nunca podría haber emprendido este viaje sin ti.

Gracias a Rosemary Stimola, agente extraordinaria y fuente de sabiduría infinita.

Le estoy enormemente agradecida a todo el equipo de Simon & Schuster por desvivirse por ayudarme. Gracias en particular a Justin Chanda, Lizzy Bromley, Krista Vossen y Julia Maguire.

Este libro, en sus inicios, comenzó en el programa de posgrado de la New School. Les debo miles de gracias y docenas de magdalenas a la facultad y a mis compañeros estudiantes por sus inestimables contribuciones: David Levithan, Tor Seidler, Sarah Weeks, Amalia Ellison, Lucas Klauss, Maude Bond, Lisa Preziosi, Zach Miller y Reinhardt Suarez.

Gracias a mi madre, Jane Finn, por su apoyo y ánimo... y por atravesar el país conmigo en un Volkswagen Cabrio del 98. Dos veces.

A Jenny Han y Siobhan Vivian: gracias por ser mis compañeras de escritura en las cafeterías de todo Brooklyn y por ayudarme a encontrar las palabras cuando creía que me había quedado sin ideas. Y también por compartir vuestros pastelitos.

Gracias a Jason Matson, Lola y Jesse Meyers, Laura Martin, Naomi Cutner y Kate Stayman-London.

Y, sobre todo, gracias a Amalia Ellison, mi mejor amiga. Sin ti, este libro (entre otras muchas cosas) nunca habría sido posible.

Notas

- 1 En español: «Todo el mundo puede silbar». (*N. de la T.*)
- 2 Especie de bocadillo típico de Filadelfia relleno de tiras de carne y queso fundido. (*N. de la T.*)
- 3 Del inglés «root beer». Bebida carbonatada, normalmente sin alcohol, elaborada principalmente a base de raíz de sasafrás y especias, entre otros ingredientes. (*N. de la T.*)
- 4 Barras de caramelo masticable relleno de mantequilla de cacahuete. (*N. de la T.*)
- 5 Ansel Adams: fotógrafo estadounidense conocido, principalmente, por sus fotografías en blanco y negro de paisajes del Parque Nacional de Yosemite. (*N. de la T.*)
- 6 Caramelos rellenos de mantequilla de cacahuete. Tienen forma redonda y una cobertura de azúcar en tres colores: naranja, amarillo y marrón.
- 7 En español, «¡mira!». (*Notas de la T.*)
- 8 *Highway to Hell* en el original, en alusión a la canción de AC/DC. (*N. de la T.*)
- 9 Residencia para alumnos extranjeros, aunque los estudiantes del país también pueden alojarse allí si así lo desean. (*N. de la T.*)
- 10 *Quarters*, en el original. Juego de beber que consiste en introducir una moneda en un vaso haciéndola rebotar en la mesa. Si el tirador acierta, elige cuál de los demás jugadores bebe y, si falla, debe ser él el que beba. (*N. de la T.*)
- 11 Marca de jaboncillos desodorantes para hombres. (*N. de la T.*)
- 12 Literalmente, «necesidades de oso». La autora juega con el parecido fonético entre las palabras «*bear*», que significa «oso», y «*bare*», que significa «básico». (*N. de la T.*)
- 13 Abreviatura de Colorado State Patrol. En español, policía estatal de Colorado. (*N. de la T.*)
- 14 Bolitas crujientes de patatas fritas. (*N. de la T.*)
- 15 Referencia a la canción *November rain*, del grupo Guns N' Roses. (*N. de la T.*)
- 16 Apodo con el que se conoce en Estados Unidos a los habitantes del estado de Indiana. (*N. de la T.*)

- 17 La poda ornamental o topiaria es una práctica de jardinería que consiste en podar plantas para darles formas artísticas. (*N. de la T.*)
- 18 Hace referencia a la marca de chupa-chups Tootsie Pops y a la de aperitivos Wise, cuyas mascotas publicitarias son búhos. (*N. de la T.*)
- 19 Cadena de heladerías y restaurantes de comida rápida con presencia en varios países del mundo. (*N. de la T.*)
- 20 Variedad de helado disponible en las heladerías Dairy Queen. (*N. de la T.*)
- 21 En el original, «*tar heel*». Apodo con el que se conoce coloquialmente en Estados Unidos a los habitantes de Carolina del Norte. (*N. de la T.*)
- 22 Hace referencia a un editorial de Francis P. Church publicado en el periódico *The Sun* en 1897 y que ha sido reproducido innumerables veces desde entonces. «*Is there a Santa Claus?*» (¿Existe Papá Noel?) es una respuesta a la carta de una niña, Virginia O'Hanlon, y una de las frases de la misma: «*Yes, Virginia, there is a Santa Claus*» (Sí, Virginia, Papá Noel existe) ha pasado a formar parte de la cultura popular estadounidense. (*N. de la T.*)

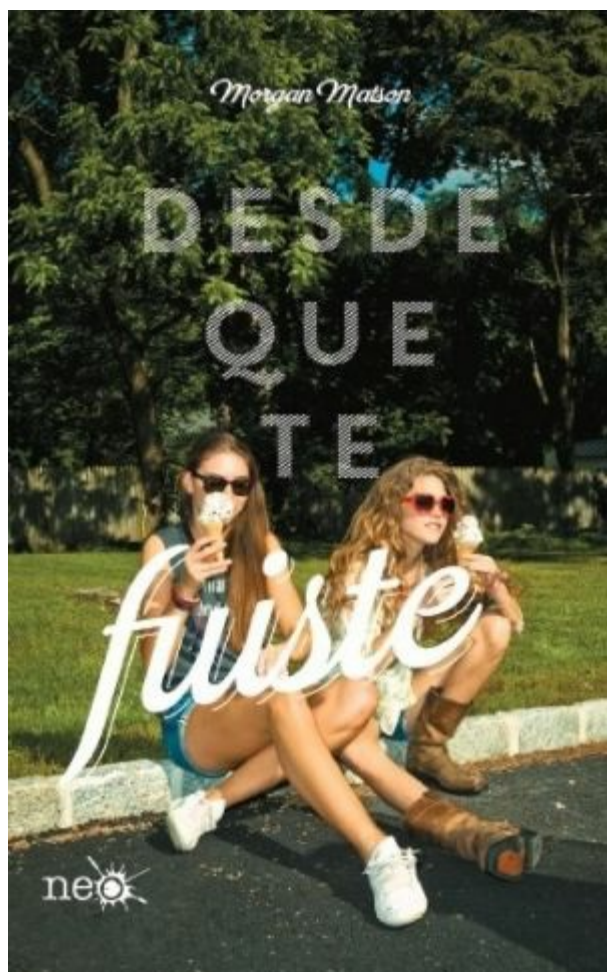
Tu opinión es importante.

Por favor, haznos llegar tus comentarios a través de nuestra web y nuestras redes sociales:

www.plataformaeditorial.com

www.facebook.com/plataformaneo

[@plataformaneo](#)



Desde que te fuiste

Matson, Morgan

9788416429059

384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Emily y Sloane siempre han sido mejores amigas. Pero, justo antes del que debería haber sido el verano más épico de todos, Sloane simplemente... desaparece. Y lo único que deja atrás es una lista de cosas por hacer. En ella, hay trece tareas que Emily no haría jamás. Pero ¿y si sirvieran para devolverle a su amiga? ¿Coger manzanas por la noche? Vale, eso es fácil. ¿Bailar hasta el amanecer? Claro. ¿Por qué no ¿Besar a un desconocido? Eh... Emily ahora se enfrenta a un verano lleno de sorpresas, aunque contará con la ayuda inesperada de Frank Porter para tachar elementos de la lista de Sloane. ¿Nadar desnuda? Espera... ¿qué?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



El reino de las almas robadas

Risley, Alexandra

9788416096992

290 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Érase una vez un reino en el que todas las almas vivían eternamente. Y la eternidad era su castigo. La muerte está a punto de irrumpir en la existencia de la joven Raven Davis. Shadow, su enigmática compañera de habitación en el internado, aparece desangrada en el baño el día antes del baile. Todo indica que se ha suicidado. Un año después, Raven llega a Christchurch con la intención de pasar unas tranquilas vacaciones. Pero una mañana es atropellada por una camioneta y, tras experimentar una extraña sensación, comprende que ella también ha muerto. Mientras atraviesa el umbral que separa la vida de la muerte, Raven vuelve a ver a Shadow, alejada del camino luminoso por donde transitan otras almas. En vano, Raven trata de acercarse a ella, pero solo consigue perderse en un bosque oscuro nebuloso. Ahora está atrapada en un mundo que no es el suyo. Pronto descubre que se encuentra en un reino donde todas las almas han sido condenadas a vivir eternamente y a luchar entre ellas por el poder y la tierra. ¿Hay alguna posibilidad de escapar? Y no menos importante: ¿brillará, entre las tinieblas de la muerte, la luz del amor?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



El suspiro del infierno (Los Elementos Oscuros 3)

Armentrout, Jennifer L.

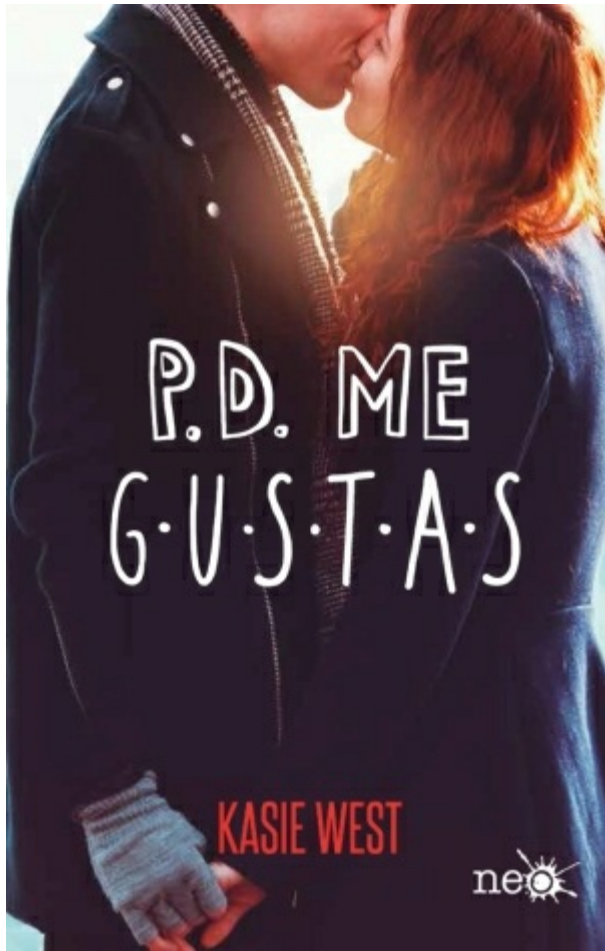
9788417114053

376 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

ALGUNOS AMORES DURARÁN HASTA EL ÚLTIMO SUSPIRO Toda elección tiene sus consecuencias, y Layla tiene que hacer frente a elecciones especialmente complicadas. Luz u oscuridad. Roth, el diabólicamente sexy príncipe de los demonios, o Zayne, el atractivo Guardián que nunca creyó que podría ser suyo. Sin embargo, la elección más complicada que debe tomar Layla es en qué parte de sí misma debe confiar. Además, Layla tendrá que hacer frente a un nuevo problema. Un Lilin, el demonio más letal de todos, anda suelto, y está creando caos entre aquellos que la rodean..., incluyendo a su mejor amiga. Para salvar a Sam de un destino mucho mucho peor que la muerte, Layla tendrá que hacer un pacto con el enemigo para salvar de la destrucción la ciudad y a todos los seres humanos. Dividida entre dos mundos y dos chicos distintos, Layla ya no está segura de nada, ni siquiera de su supervivencia, especialmente cuando reaparezca un antiguo trato que los atormentará a todos. Pero a veces, cuando los secretos están por todos lados y la verdad parece indescifrable, tienes que escuchar a tu corazón, elegir un bando y darlo todo en la lucha.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



P.D. Me gustas

West, Kasie

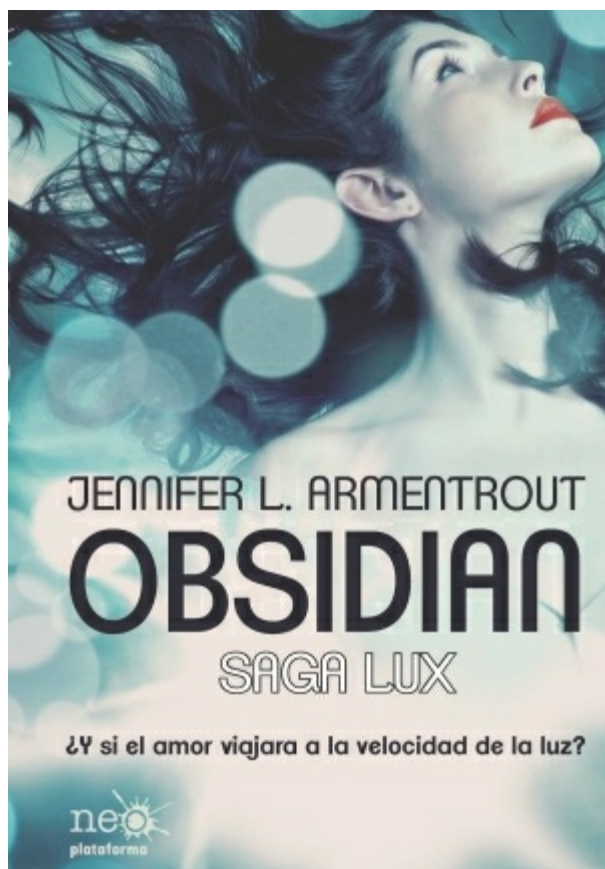
9788417114770

235 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

FIRMADO, SELLADO, ENTREGADO Para distraerse en clase de Química, Lily escribe en la mesa un fragmento de la letra de una de sus canciones favoritas. Al día siguiente, descubre que alguien escribió la continuación de la letra de la canción, y que además le había dejado un mensaje. ¡Qué intriga! Pronto, Lily y su misterioso amigo por correspondencia empiezan a intercambiar cartas enteras en las que comparten secretos, se recomiendan grupos de música y se sinceran el uno con el otro. Lily empieza a enamorarse. Pero ¿quién es él? Mientras intenta resolver el misterio y hace todo lo posible por compaginar el instituto, las amistades, los flechazos y su alocada familia, descubre que a veces es imposible poner por escrito los asuntos del corazón. Kasie West vuelve a enamorarnos con una historia de amor irresistiblemente ingeniosa, cálida y llena de luz.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Obsidian (Saga LUX 1)

Armentrout, Jennifer L.

9788415750826

448 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Cuando nos mudamos a Virginia Occidental, justo antes del último curso de instituto, creía que me esperaba una vida aburrida, en la que ni siquiera tendría internet para actualizar mi blog literario. Entonces conocí a mi vecino, Daemon. Alto, guapo, con unos ojos verdes impresionantes... y también insufrible, arrogante y malcriado. Pero eso no es todo. Cuando un desconocido me atacó, Daemon usó sus poderes para salvarme y después me confesó que no es de nuestro planeta. Sí, lo habéis leído bien. Mi vecino es un alienígena sexy e inaguantable. Resulta que, además, él y su hermana tienen una galaxia de enemigos que quieren robar sus poderes. Y, por si fuera poco, ahora mi vida corre peligro por el simple hecho de vivir junto a ellos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Índice

Portada	2
Créditos	3
Dedicatoria	4
Preámbulo	5
Miss California	10
La carretera más solitaria de Estados Unidos	73
Colorado Springs eterno	113
A través de la adversidad hacia las estrellas	146
Cómo decapitar a un alce	225
Caramelos	269
Agradecimientos	344
Notas	345
Colofón	347